

BERNARD CORNWELL

ΕΛ ΤΡΟΠΟ VACAΠΤΕ

ΕΛ ÚΛΤΙΜΟ ΡΕΙΝΟ

ΣΑΪΟΠΕΣ, ΒΙΚΙΠΓΟΣ Υ ΠΟΡΜΑΠΔΟΣ, VΙΙΙ



de

Lectulandia

«Mi nombre es Uhtred. Soy el hijo de Uhtred, quien fue hijo también de Uhtred».

En el año 911 las fuerzas de Wessex y Mercia vuelven a estar unidas contra los daneses, pero la inestabilidad y la amenaza de las incursiones vikingas todavía resultan muy amenazadores sobre ambos reinos. Aethereld, señor de Mercia, ha muerto sin dejar heredero. Los sajones occidentales quieren que su rey suba al trono, pero Uhtred ha apoyado durante mucho tiempo Æthelflæd, hermana del rey Eduardo de Wessex y viuda de Æthelred. Ampliamente amada y respetada, Æthelflæd tiene todas las cualidades de un gran líder, pero ¿podrían los guerreros sajones aceptar que una mujer rigiera sus destinos? La disputa por el trono se prevé conflictiva.

Por su parte, Uhtred sigue arrastrando las heridas recibidas durante la última batalla. Para recuperarse del todo, sabe que necesita encontrar la espada que lo hirió, pero, perdida entre la sangre y el barro de la batalla, ¿quién podrá hallarla ahora? Será un único hombre, un héroe, llamado a vencer a los vikingos en su nueva incursión y que, al final, será decisivo en el destino de Inglaterra.

Lectulandia

Bernard Cornwell

El trono vacante

Sajones, vikingos y normandos - 8

ePub r1.0

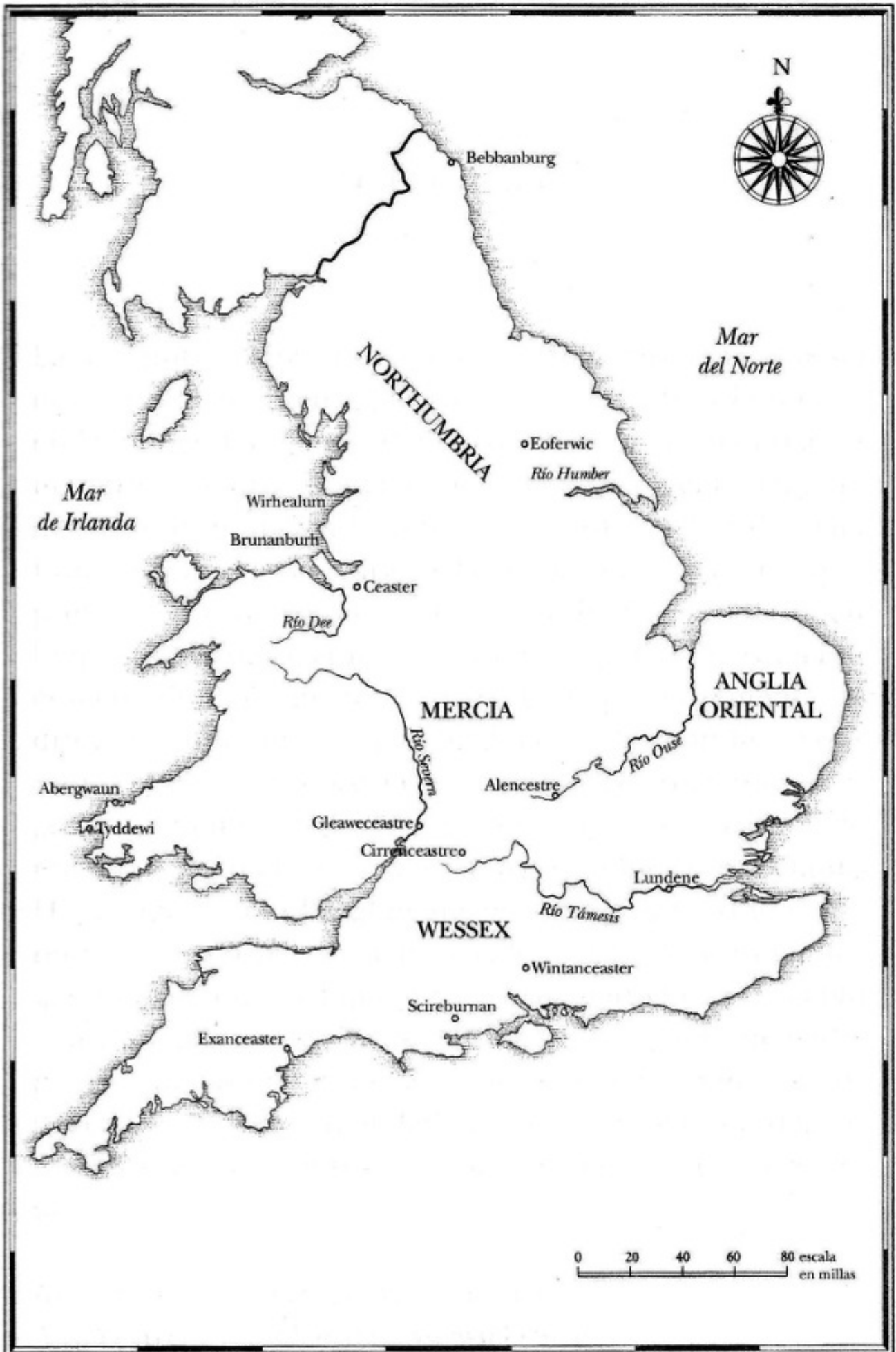
libra 11.07.16

Título original: *The Empty Throne*
Bernard Cornwell, 2014
Traducción: Gregorio Cantera

Editor digital: libra
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Peggy Davis



Topónimos

La ortografía de los topónimos de la Inglaterra anglosajona era y es una asignatura pendiente, carente de coherencia, en la que no hay concordancia ni siquiera en cuanto a los nombres. Londres, por ejemplo, podía aparecer como Lundonia, Lundenberg, Lundenne, Lundene, Lundenwic, Lundenceaster y Lundres. Claro que habrá lectores que prefieran otras versiones de los topónimos enumerados en lo que sigue, pero, aun reconociendo que ni esa solución es incuestionable, he preferido recurrir, por lo general, a la ortografía utilizada en el Oxford o en el Cambridge *Dictionary of English Place-Names* (Diccionario Oxford, o Cambridge, de topónimos ingleses) para los años en torno al 900 de nuestra era. En el año 956, Hayling Island se escribía tanto Heilicingae como Haeglingaiggx. Tampoco he sido coherente en este aspecto: he preferido escribir England antes que Englalund, igual que me he decantado por el vocablo Northumbria en vez de Norðhymbraland, para que nadie piense que los límites del antiguo reino coinciden con los del condado en la actualidad. Así que esta lista, como la ortografía de los nombres que aparecen en ella, es caprichosa.

- **Abergwaun:** Fishguard, Pembrokeshire
- **Alencestre:** Alcester, Warwickshire
- **Beamfleot:** Benfleet, Essex
- **Bebbanburg:** Castillo de Bamburgh, Northumbria
- **Brunanburh:** Bromborough Cheshire
- **Cadum:** Caen, Normandía
- **Ceaster:** Chester, Cheshire
- **Cirrenceastre:** Cirencester, Gloucestershire
- **Cracgelad:** Cricklade, Wiltshire
- **Cumbraland:** Cumberland
- **Defnascir:** Devonshire
- **Eoferwic:** York
- **Eveshomme:** Evesham, Worcestershire
- **Fagranforda:** Fairford, Gloucestershire
- **Fearnhamme:** Farnham, Surrey
- **Gleawecestre:** Gloucester, Gloucestershire
- **Lundene:** Londres
- **Lundi:** Isla de Lundi
- **Mærese:** Río Mersey
- **Neustria:** Provincia más occidental del reino de los francos, de la que formaba

parte Normandía

- **Sæfern:** Río Severn
- **Scireburnan:** Sherborne, Dorset
- **Teotanheale:** Tettenhall, Midlands Occidentales
- **Thornsæta:** Dorset
- **Tyddewi:** St. Davids, Pembrokeshire
- **Wiltunscir:** Wiltshire
- **Wintanceaster:** Winchester, Hampshire
- **Wirhealum:** Península de Wirral Cheshire

Prólogo

Mi nombre es Uhtred. Soy hijo de Uhtred, a su vez hijo de Uhtred, quien, como su padre, también se llamaba Uhtred. Así escribía mi padre su nombre, aunque también lo he visto escrito como Utred, Ughtred, incluso Ootred. Que como tal figura en algunos pergaminos antiguos que estipulan que Uhtred, hijo de Uhtred y nieto de Uhtred, es el único propietario a perpetuidad de esas tierras que, como atestiguan piedras miliare y acequias, robledales y fresnedas, se extienden entre los marjales y el mar. Tierras situadas al norte de ese país que hemos aprendido a llamar Inglaterra, o tierra de los ingleses. Tierras donde, bajo un cielo azotado por el viento, el mar bate con fuerza. A ellas nos referimos cuando hablamos de Bebbanburg.

No conocí Bebbanburg hasta alcanzar la mocedad, y mal nos fue la primera vez que nos enfrentamos a sus altas murallas. Por aquel entonces, la imponente fortaleza estaba en manos de un primo de mi padre. Su padre se la había escamoteado al mío. Rencillas de familia, pendencia que la Iglesia trató de atajar con el argumento de que los únicos enemigos de los cristianos sajones eran los paganos, los hombres del norte, daneses o noruegos, pero mi padre me hizo jurar que nunca cejaría en reclamar lo que es nuestro. Si me hubiera negado a hacerlo, me habría desheredado, igual que había desheredado y repudiado a mi hermano mayor, y no porque fuera a desentenderse de tamaña tropelía, sino por hacerse cura. Antes conocido como Osbert, cuando mi hermano mayor se hizo cura, en mí recayó su nombre. Soy, pues, Uhtred de Bebbanburg.

Mi padre era pagano, un temible señor de la guerra. Muchas veces me habló del temor que le inspirara su padre, cosa difícil de creer porque no se arredraba ante nada. Al decir de muchos, de no haber sido por mi padre, nuestro país sería conocido como tierra de los daneses y seguiríamos venerando a Thor y Odín, y están en lo cierto. Sorprendente pero cierto, porque abominaba del dios de los cristianos, al que solía referirse como «el dios crucificado», lo que no impidió que se pasara casi toda la vida guerreando contra los paganos. Lejos de reconocer que, si hablamos de Inglaterra como tierra de los ingleses, a mi padre se lo debemos, la Iglesia sostiene que cristianos fueron los hombres de armas que forjaron y conquistaron nuestro país, pero el pueblo inglés sabe de lo que hablo. Mi padre debería ser recordado como Uhtred de Inglaterra.

Empero, en el año de Nuestro Señor de 911, aún no existía Inglaterra como tal. Sí, en cambio, Wessex y Mercia, Anglia Oriental y Northumbria, y cuando el invierno dejó paso a la desapacible primavera de aquel año, yo andaba por las frondosas arboledas que, al norte del río Mærse, hacen las veces de frontera entre Mercia y Northumbria. Entre las desnudas ramas invernales de un bosque en un alto, a lomos de buenas monturas, treinta y ocho hombres nos manteníamos a la espera. A nuestros

pies, un valle por donde, abriéndose paso entre barranqueras cubiertas de escarcha, impetuoso, discurría un arroyuelo camino del sur. Ni un alma en el valle por el que, tan sólo un poco antes, sesenta y cinco jinetes habían seguido el curso de aquel riachuelo antes de desaparecer allí donde, de forma brusca, valle y arroyo se desviaban hacia el oeste.

—No tardarán en llegar —se le escapó a Rædwald.

Lo atribuí a los nervios y no dije nada. También yo estaba nervioso, pero intentaba que no se me notara. En vez de eso, pensaba en lo que habría hecho mi padre. Inmóvil y en todo su esplendor, se habría encorvado sobre la silla de montar; sin apartar la vista del valle, lo mismo hice yo, al tiempo que acariciaba la empuñadura de la espada.

Había dado en llamarla *Pico-de-cuervo*. Puesto que antes había pertenecido a Sigurd Thorrson, quien de algún modo la habría llamado, entiendo que sería conocida por otro nombre, aunque nunca llegué a descubrirlo. Cuando cayó en mis manos, pensé que el nombre de la espada era Vlfberht porque, con grandes letras, llevaba aquel extraño nombre grabado en la hoja. Tal que así:



Pero Finan, el amigo de mi padre, me contó que Vlfberht era el nombre del herrero franco que la forjó, que de sus manos salen las mejores y más preciadas hojas de la cristiandad, y cristiana debía de ser, a juzgar por las cruces que figuraban delante y detrás de su nombre. Le pregunté cómo podíamos dar con Vlfberht para comprarle más espadas como aquélla, pero Finan me aseguró que se trata de un herrero instruido en la brujería que, oculto a los ojos de todos, despliega sus artes: pongamos que al caer la noche, un herrero se desentiende de la fragua y que, al día siguiente, cuando vuelve al tajo, se encuentra con que Vlfberht ha estado en la herrería y le ha dejado una espada forjada en las llamas del infierno y templada en sangre de dragón. Me dio por llamarla *Pico-de-cuervo* porque un cuervo adornaba la divisa de Sigurd. Era la espada que había empuñado éste durante el combate que mantuvimos hasta que le rajé la barriga con el machete. Por más que quiera, no olvidaré aquellos mandobles, como tampoco la resistencia de su espléndida cota de malla antes de ceder, ni la satisfacción que me invadió al retorcer el machete y ver cómo se le iba la vida. Un año hacía ya de todo aquello. Fue en la batalla de Teotanheale, cuando expulsamos a los daneses del corazón de Mercia, contienda en la que mi padre se deshizo de Cnut Ranulfson aunque, de resultas, acabase malherido por la espada de su contrincante, *Duende-de-hielo*.

Pico-de-cuervo era una magnífica espada, mejor incluso a mi parecer que *Hálito-de-serpiente*, la espada de mi padre. De hoja larga, increíblemente ligera, muchas eran las que habían cedido ante su filo. La espada de un guerrero y, como tal, la

llevaba conmigo aquel día, en aquel bosque encaramado en lo alto de un valle cubierto de escarcha por donde, impetuoso, corría un riachuelo. No sólo la espada, también mi machete, *Attor*, que significa «veneno», una espada corta, imprescindible en refriegas tumultuosas como las que se producen en un muro de escudos. El mismo estilete de ponzoñosa mordedura que había acabado con Sigurd. Por no hablar del escudo redondo donde, pintada, destacaba una cabeza de lobo, divisa de nuestro linaje. Un yelmo con una cabeza de lobo por cimera y una cota de malla de factura franca por encima de un jubón de cuero; una capa de piel de oso completaba mi atuendo. Era Uhtred Uhtredson, el legítimo señor de Bebbanburg, y aquel día estaba nervioso.

Y al frente de aquella tropa. Acababa de cumplir los veintiuno; más baqueteados que yo, algunos de los hombres que venían conmigo casi me doblaban en edad, pero yo era el hijo de Uhtred, un señor; por eso, estaba al mando. Casi todos se habían quedado bastante más atrás, entre los árboles; sólo Rædwald y Sihtric permanecían a mi lado. Dos curtidos veteranos que habían recibido el encargo de brindarme consejo o, más bien, de evitar que me obcecara y cometiera alguna necedad. A Sihtric, uno de los hombres de confianza de mi padre, lo conocía desde siempre; Rædwald era un guerrero al servicio de la dama Etefleda.

—A lo mejor no se presentan —dijo. Era un hombre prudente, cauteloso y meticulado; medio me malicié que confiaba en que el enemigo realmente no apareciera.

—Vendrán —refunfuñó Sihtric.

Y vaya si vinieron. Procedente del norte y a todo galope, irrumpió una tropa de hombres a caballo, con escudos, lanzas, hachas y espadas. Hombres del norte. Me incliné hacia adelante en la silla y traté de contar cuántos jinetes picaban espuelas a orillas del riachuelo. ¿Tres tripulaciones? No menos de un centenar de hombres en cualquier caso, entre los que debía de estar el propio Haki Grimmson o, cuando menos, la banderola en la que ondeaba un barco.

—Ciento veinte —dijo Sihtric.

—Más —apuntó Rædwald.

—Ciento veinte —zanjó Sihtric.

Ciento veinte jinetes a la caza de los sesenta y cinco que, tan sólo un poco antes, habían dejado atrás aquel valle. Ciento veinte hombres tras el estandarte de Haki Grimmson, algo parecido a un barco rojo sobre un mar blanco, aunque la tinte roja de la tela estaba tan desteñida que parecía casi marrón, ensuciando de paso el blanco del mar, de forma que más se asemejaba a una nave de altiva proa sangrando por los cuatro costados. El abanderado cabalgaba detrás de un hombre corpulento a lomos de un vigoroso caballo negro. Di por sentado que aquel fortachón era Haki; un hombre del norte que tras haberse establecido en Irlanda, había pasado a Britania y ocupado unas tierras al norte del río Mærse con la idea de hacerse rico llevando a cabo incursiones más al sur, en Mercia. Había tomado esclavos, robado ganado y saqueado

haciendas, llegando incluso a asaltar las murallas romanas de Ceaster, ataque que la guarnición de la dama Etelfleda había desbaratado sin demasiado esfuerzo. Un fastidio, en definitiva, y la razón de que, ocultos entre los desnudos árboles invernales, sin perder de vista aquella tropa que se dirigía al sur por el sendero que, endurecido por la escarcha, discurría junto al riachuelo, nos encontrásemos al norte del río Mærse.

—Deberíamos... —comenzó a decir Rædwald.

—Aún no. —No le dejé acabar la frase. Eché mano de *Pico-de-cuervo* para cerciorarme de que entraba y salía con facilidad de la vaina.

—Todavía no —convino Sihtric.

—¡Godric! —dije en voz alta; mi mozo, un muchacho de doce años llamado Godric Grindanson, picó espuelas y salió de entre los hombres que aguardaban—. Lanza —le reclamé.

—Mi señor —dijo, tendiéndome la vara de fresno de nueve pies de largo rematada con una punta de hierro macizo.

—Seguidnos —le dije a Godric—, no os apartéis de nosotros. ¿Tenéis la trompa a mano?

—Aquí está, mi señor —dijo, al tiempo que la levantaba para enseñármela. Si las cosas se torcían, el bramido de la trompa haría ver a los sesenta y cinco jinetes que estábamos en apuros, aunque de poco iba a servirnos su ayuda si los malencarados a caballo que iban con Haki se decidían a cargar contra nuestra minúscula tropa.

—Si llegan a desmontar —le encareció Sihtric al chico—, echad una mano para ahuyentar a los caballos.

—Pero tengo que estar cerca de... —empezó a decir Godric, dispuesto a hacer valer su prerrogativa de quedarse a mi lado y tomar parte en la refriega, antes de quedarse sin palabras cuando Sihtric le cruzó la cara con la mano Vuelta.

—Echaréis una mano para ahuyentar los caballos —rugió Sihtric.

—Sin falta —dijo el chico. Tenía sangre en un labio.

Sihtric retiró la aldabilla que aseguraba la espada en la vaina. De chico, había sido mozo de mi padre; qué duda cabe de que, a esa edad, también él habría querido pelear con los mayores, pero consentir que un chaval plantase cara a curtidos hombres del norte era, sin duda, la forma más rápida de enviarlo a una muerte segura.

—¿Qué, nos ponemos en marcha? —me urgió.

—Vamos allá y acabemos con esos cabrones —repuse.

La tropa de Haki torció hacia el oeste y la perdimos de vista. Seguían el arroyo que desembocaba en un afluente del río Mærse, unas dos millas más allá del lugar donde, de forma brusca, el valle se volvía y miraba al oeste. Ambos riachuelos confluían al pie de una pequeña colina, poco más que un altozano alargado y cubierto de hierba como los túmulos de nuestros ancestros, que tanto abundaban por aquellos parajes; allí era donde Haki acabaría sus días o sería derrotado, algo que, en definitiva, venía a ser lo mismo.

Aunque sin prisa, porque no era mi intención que al volver la vista atrás los hombres de Haki se percataran de nuestra presencia, descendimos del altozano al trote. Llegamos al arroyo y nos dirigimos al sur. Como no llevábamos prisa, aminoré el paso para que Sihtric se nos adelantase y nos pusiera al tanto. Desde el momento en que echó el pie a tierra y hasta que dio con un lugar desde donde pudiera hacerse una idea de qué pasaba por el oeste, no lo perdí de vista. Agazapado y manteniendo una mano en alto para indicarnos que fuéramos con tiento, pasó un buen rato antes de que, a todo correr, volviese junto a su montura y nos hiciera una seña para que nos pusiéramos en marcha. Cuando nos llegamos a su lado, me recibió con una sonrisa maliciosa.

—Al poco de pasar al otro lado del valle, hicieron un alto —dijo con voz sibilante; le faltaban los dientes de delante: una lanza danesa se los había llevado en la batalla de Teotanheale—; luego, se despojaron de los escudos.

El caso es que cuando, al galope, los habíamos visto pasar a nuestros pies, llevaban los escudos atados a la espalda; pero se conoce que Haki, barruntándose las dificultades en que habrían de verse al final del valle, se había ocupado de que los suyos estuviesen en condiciones de pelear. Nosotros llevábamos los escudos en posición.

—Desmontarán en cuanto vean que han llegado al final del valle —dije.

—Y formarán un muro de escudos —corroboró Sihtric.

—Así que no hay ninguna prisa —concluí, con una sonrisa astuta.

—A lo peor les entran las prisas —apuntó Rundwald, preocupado por si la refriega fuese a comenzar sin nosotros.

Negué con la cabeza.

—Hay sesenta y cinco sajones esperándolos —le dije—; quizá Haki piense que sean muchos más. Aun así, se andará con ojo.

Aquel hombre del norte disponía de casi dos guerreros por cada soldado sajón que lo esperaba, pero los sajones estaban en lo alto de una colina y ya habían formado un muro de escudos. Si no quería verse expuesto a un ataque mientras sus hombres formaban su propio muro, Haki tendría que ordenar a los suyos que desmontasen a una distancia prudencial y, sólo una vez en formación y puestos a buen recaudo los caballos, se decidiría a avanzar, maniobra que por fuerza habría de ser lenta. Hace falta mucho valor para pelear en un muro de escudos, donde se huele hasta el aliento del adversario y los mandobles y las cuchilladas llueven por doquier. Fiándolo todo a su superioridad numérica, pero receloso de que los sajones que lo esperaban le hubiesen tendido una trampa, avanzaría despacio. No estaba en condiciones de sufrir bajas. Hasta se habría hecho a la idea de que podía salir con bien si la refriega tenía lugar allí donde el arroyo se encontraba con el río más caudaloso; aun así, estaba seguro, actuaría con prudencia.

Muchos hombres del norte establecidos en Irlanda estaban recalando en Britania. Finan, el compañero de armas de mi padre, aseguraba que no había enemigo peor que

los irlandeses; por eso los hombres del norte nunca habían ido más allá de la costa este de aquel país. Como de este lado del mar nadie se había aventurado en las inhóspitas tierras situadas al norte del río Mærese y al sur de los reinos escoceses, sus barcos surcaban las olas con la idea de establecerse en los valles de Cumbria. En realidad, Cumbria formaba parte de Northumbria, pero el rey danés que ocupaba el trono de Eoferwic recibía a los recién llegados con los brazos abiertos. Los daneses observaban con inquietud la creciente pujanza de los sajones; los hombres del norte que llegaban de Irlanda eran luchadores feroces y, llegado el caso, podrían resultar de gran ayuda a la hora de defender sus territorios. Haki sólo había sido el último en llegar, y no se le había ocurrido nada mejor que enriquecerse a expensas de Mercia; por eso nos habían enviado allí: para acabar con él.

—¡Recordadlo! —les grité a los míos—. ¡Sólo uno ha de quedar con vida!

Sólo uno ha de quedar con vida; de siempre, ésa había sido la recomendación de mi padre. Que sólo uno sea el portador de las malas noticias y meta el miedo en el cuerpo a los demás; aunque si, como me figuraba, Haki se había llevado a todos sus hombres, el único superviviente, si alguno había, sólo a viudas y huérfanos daría cuenta de la derrota sufrida. Los curas nos dicen que amemos a nuestros enemigos, pero que no tengamos piedad con ellos, y nada había hecho Haki para ganarse nuestra compasión. Había saqueado los alrededores de Ceaster y, si bien era adecuada para defender sus murallas, la guarnición de la fortaleza no lo era tanto para defenderlas y, de paso, enviar una tropa de reconocimiento al otro lado del río Mærese, así que había solicitado refuerzos. Nosotros éramos aquellos refuerzos, y cabalgábamos hacia el oeste siguiendo el curso del arroyo que, menos caudaloso a medida que se ensanchaba, ya no parecía tan impetuoso. Abundaban los alisos enanos de ramas desnudas e inclinadas hacia el este por el viento incesante que soplaba desde un mar lejano. Atrás habíamos dejado una alquería incendiada y arrasada, donde, aparte de las piedras ennegrecidas de una chimenea, no quedaba nada en pie. De todas las propiedades de Haki, aquélla era la que quedaba más al sur y también la primera que habíamos atacado. En las dos semanas que habían pasado desde que llegáramos a Ceaster, habíamos quemado una docena de caseríos, requisado montones de cabezas de ganado, acabado con sus moradores y convertido a sus hijos en esclavos. En aquel momento, pensaba que nos tenía en sus manos.

Con el trote del caballo, la pesada cruz de oro que llevaba al cuello iba y venía contra mi pecho. Dirigí la vista al sur, allá donde el sol no era sino un anublado disco plateado en un cielo desvaído y, en silencio, dirigí una plegaria a Odín. Soy medio pagano, o quizá ni eso, pero hasta mi padre se encomendaba al dios de los cristianos, como es bien sabido.

—Hay muchos dioses —tantas veces me lo había dicho—; como nunca vais a saber cuál de ellos anda despierto, más vale que os encomendéis a todos.

Me encomendé, pues, a Odín. «Échame una mano», le decía, «que soy de tu misma sangre», y no mentía, porque de él descendía nuestra familia. Mucho antes de

que nuestro pueblo pasase a este lado del mar y se instalase en Britania, el dios se había dado una vuelta por la tierra y se había acostado con una joven mortal.

—No durmió con la joven. —Aún me parecía oír los socarrones comentarios de mi padre mientras cabalgaba—. Le dio un buen revolcón, ¡y a ver quién pega ojo en pleno trajín!

Me quedé pensando en por qué los dioses ya no bajaban a la tierra: sería mucho más fácil creer en ellos.

—¡No tan deprisa! —advirtió Sihtric; en ese instante, dejé de pensar en dioses retozando con muchachas y reparé en que tres de nuestros jóvenes nos habían tomado la delantera—. ¡Volved aquí! —les gritó, antes de dirigirme una sonrisa—: Estamos a un paso, mi señor.

—Deberíamos echar un vistazo —apuntó Rædwald.

—¡Ya hemos esperado bastante! —dije—. ¡Adelante!

Sabía que, si se disponía a plantar cara al muro de escudos que los esperaba, Haki les diría a los suyos que echasen el pie a tierra. Antes que abalanzarse contra un muro de escudos, un caballo hará lo que sea por esquivarlo; de modo que, si pensaban ir a por los sajones que los aguardaban en aquel alargado montículo, los hombres de Haki tendrían que formar su propio muro de escudos. Nosotros caeríamos sobre ellos por la espalda y nuestras monturas embestirían contra la última fila, nunca tan firme como la que va en cabeza. La primera fila es un recio muro de escudos entrechocados y armas rutilantes; el pánico se desata siempre detrás.

Nos desviamos un poco hacia el norte para rodear las estribaciones de una colina, y allí estaban. Un sol radiante se abrió paso entre unas nubes y fue a dar de lleno en los estandartes cristianos que ocupaban el altozano, arrancando destellos de las hojas que se mantenían a la espera. En lo alto del montículo, al pie de los pendones donde ondeaba la cruz, un apretado muro de escudos de dos hileras: sesenta y cinco hombres, ni uno más ni uno menos; entre ellos y nosotros, los hombres de Haki se afanaban en formar otro muro; más cerca de nosotros, a nuestra derecha, unos muchachos vigilaban los caballos.

—Rædwald —dije—, que tres hombres ahuyenten a esos caballos.

—Al instante, mi señor —asintió, dándose por enterado.

—¡Id con ellos, Godric! —le grité al mozo, antes de hacerme cargo de la pesada lanza de fresno. Los hombres del norte aún no nos habían visto. Sólo sabían que una partida de guerreros de Mercia se había adentrado en territorio de Haki y que habían ido tras ellos con la intención de liquidarlos; no tardarían en darse cuenta de que les habíamos tendido una trampa—. ¡Acabad con ellos! —grité, espoleando mi montura.

Acabar con ellos. Eso cantan los poetas. Al caer la noche, entre cuernos rebosantes de cerveza, en la amplia estancia donde el humo de la chimenea se arremolina en lo alto, junto a las vigas, al son de las cuerdas que tañe el arpista, escuchamos canciones que rememoran batallas, romances que hablan de nuestra estirpe, de nuestro pueblo: así es cómo recordamos el pasado. Entre nosotros, un

bardo es un menestral, porque menestral es quien da forma a las cosas, igual que el bardo da forma a nuestro pasado de manera que nunca olvidemos las gestas de nuestros antepasados, cómo conquistaron tierras y mujeres, ganado y renombre. En ninguna se hablaría de Haki, pensé; sólo se le recordaría en algún romance sajón sobre una victoria sajona.

Y atacamos. Lanza en mano, escudo bien sujeto, y ya los recios cascos de mi caballo, Fogoso, brioso animal, hollaban la tierra; a ambos lados, caballos al galope, lanzas en ristre, hocicos humeantes; atónitos, nuestros enemigos se volvieron; los hombres de la última hilera del muro de escudos no sabían qué hacer. Algunos echaron a correr en busca de los caballos; otros intentaron formar otro muro de escudos y plantarnos cara; me fijé en las brechas que dejaban entre ellos y supe que eran hombres muertos. Al vernos llegar, más allá, en el alto, los guerreros sajones ya se hacían con sus caballos. Nos dispusimos a iniciar la carnicería.

Y eso hicimos.

Reparé en un hombre alto, de barba negra, magnífica cota de malla y un yelmo en el que sobresalían unas plumas de águila. A voces, debía de estar urgiendo a los otros para que entrechocasen los escudos con el suyo, en el que podía verse un águila con las alas desplegadas; se fijó en cómo lo miraba, supo cuál era el destino que lo aguardaba y, cubriéndose con el escudo del águila, blandió la espada; caí en la cuenta de que iba a por mi caballo con la intención de dejarlo ciego o de saltarle los dientes. Mejor cargar contra el caballo que contra el jinete. Herido o muerto el caballo, el jinete pasa a ser una víctima. Cundió el pánico: los hombres se desentendían del muro de escudos y huían por piernas; oía gritos que increpaban a los fugitivos para que permanecieran en sus puestos. Lanza en ristre y apuntándolo, me incliné, hiqué la rodilla izquierda, y Fogoso hizo un quiebro en el preciso instante en que el guerrero de negra barba se le venía encima. Le asestó un buen tajo en el pecho, lo bastante profundo como para hacerle sangrar, pero ni de lejos una cuchillada letal o que pudiese dejarlo lisiado; la punta de la lanza le atravesó el escudo, llevándose por delante los tablones de sauce y rasgándole la cota de malla. Sentí cómo le trituraba el esternón; deseché de la vara de fresno y empuñé la espada; obligué al caballo a dar media vuelta y la hoja de *Pico-de-cuervo* sesgó la espina dorsal de otro guerrero. Aquella hoja, salida de las manos de un hechicero, le atravesó la cota de malla como si de una corteza de árbol se tratase. Fogoso se abalanzó entre dos hombres y los arrojó al suelo; tomé grupas de nuevo, y observé el caos que reinaba sobre el terreno: hombres aterrorizados entre los que sobresalían jinetes que se afanaban en matar, en tanto que más jinetes llegaban del altozano; todos los nuestros a una, matando y gritando al pie de los pendones que ondeaban sobre nuestras cabezas.

—¡Merewalh! —se oyó una voz aguda y cortante—. Detened a esos caballos.

Un puñado de hombres del norte había conseguido llegar hasta las monturas, pero Merewalh, un guerrero curtido, se puso al frente de unos cuantos hombres y se dispuso a acabar con ellos. Rodeado por treinta o cuarenta de los suyos, que habían

formado una barrera de escudos en torno a su caudillo y que, impasibles, asistían a la degollina de sus compañeros, Haki seguía con vida. Algunos de los nuestros también habían sucumbido. Alcance a ver tres caballos sin jinete, y otro más, moribundo, que pateaba al aire en medio de un charco de sangre. Me volví y derribé a un hombre que, no sin esfuerzo, acababa de ponerse en pie. Si parecía aturdido, más hubo de estarlo cuando le acerté de lleno con la espada en el yelmo y acabó de nuevo en el suelo; a mi izquierda, apareció un hombre dando gritos y blandiendo un hacha con ambas manos; ágil como un gato, Fogoso se retorció, y la hoja del hacha resbaló contra mi escudo; volví grupas: un tajo de *Pico-de-cuervo* y vi cómo, al instante, brotaba sangre. Exultante, yo también gritaba, proclamando mi nombre a voces para que los muertos supieran quién los había enviado al otro mundo.

Bajé la espada, seguí adelante y busqué el caballo blanco, ése al que todos llamaban Trasgo; vi que estaba a unos cincuenta o sesenta pasos. Su jinete, espada en mano, se dirigía hacia los hombres que protegían a Haki; otros tres caballos le salieron al paso para impedirlo. Tuve que olvidarme de ellos porque, blandiendo una espada por encima de su cabeza, un hombre se abalanzaba sobre mí. Había perdido el yelmo y tenía media cara ensangrentada. Vi que sangraba también a la altura de la cintura; malencarado, de mirada despiadada y ducho con las armas; profiriendo amenazas de muerte, se abalanzó contra mí. Tuve que echar mano de *Pico-de-cuervo* para detenerlo, y la hoja de su espada se partió en dos, de forma que la punta fue a clavarse en el pomo de mi silla de montar, y allí se quedó. Con la otra mitad, la más próxima a la empuñadura, consiguió rasgarme la bota derecha hasta hacerme sangre, pero dio un traspié, momento que aproveché para, de una estocada, abrirle la cabeza; seguí adelante y reparé en Gerbruht que, pie a tierra y fuera de sí, descargaba su hacha contra un hombre que, si no estaba muerto, poco debía de faltarle. Le había sacado las tripas y, sin otro propósito al parecer que el de separar la carne del hueso, con rabia y sin dejar de proferir alaridos, una y otra vez descargaba la pesada hoja esparciendo trozos de carne, sangre, eslabones de cota de malla y astillas de hueso por toda la hierba que había a su alrededor.

—¿Qué estáis haciendo? —le pregunté a voces.

—¡Me llamó gordo! —se quejó Gerbruht, un frisio que se había unido a nosotros durante el invierno—. ¡Este hijo de perra me llamó gordo!

—Lo sois —convine, y era cierto. Gerbruht tenía una barriga tan abultada como la de un gorrino, unas piernas que parecían troncos de árbol, y tres papadas que le colgaban por debajo de la barba; pero también era un hombre increíblemente fuerte. Si aterrador como adversario, era un buen compañero en quien confiar tras un muro de escudos.

—No volverá a llamarme eso —rezongó, al tiempo que descargaba el hacha contra la cabeza del hombre muerto, partiéndole la cara en dos y abriéndole la cabeza hasta dejar los sesos al aire—. Cabrón delgaducho.

—Coméis demasiado —observé.

—Qué le voy a hacer, si siempre tengo hambre.

Volví grupas y observé que la refriega había concluido. Haki y los que formaban un escudo para protegerlo seguían con vida, pero nosotros éramos muchos más y los teníamos rodeados. Nuestros guerreros sajones ya echaban el pie a tierra para rematar a los heridos y arrebatárles las cotas de malla, armas, plata y oro que llevaran encima. Como todos los hombres del norte, nuestros adversarios lucían brazaletes que proclamaban sus proezas en el campo de batalla. En una capa ensangrentada donde se advertía el desgarrón de una espada, depositamos todos los brazaletes, broches, adornos de vainas y cadenas de cuello que encontramos. Le quité un brazalete al cadáver del hombre de barba negra. Era un buen pedazo de oro en el que podía verse una de esas angulosas inscripciones rúnicas que utilizan los hombres del norte, y me lo puse en la muñeca izquierda junto a los otros brazaletes. Sihtric me dedicó una sonrisa maliciosa. Había hecho un prisionero, un muchacho asustado, casi un hombre.

—Nuestro único superviviente, mi señor —dijo.

—Me parece bien —repuse—. Cortadle la mano de la espada, proporcionadle un caballo y que se vaya.

Haki no nos quitaba ojo de encima. A caballo, me acerqué hasta los hombres del norte que aún seguían con vida; me detuve y me lo quedé mirando. Achaparrado, de cara estragada y barba de color castaño. Había perdido el yelmo durante la refriega, y unos manchurrónes de sangre le oscurecían los pelos revueltos. Orejas tan de soplillo como las asas de una jarra. Desafiante, me devolvió la mirada. A la altura del pecho y por encima de la cota de malla, un martillo de Thor, todo de oro. Conté hasta veintisiete hombres a su alrededor. Con los escudos hacia fuera, formaban un círculo impenetrable.

—Haceos cristiano —a voces, le dije en danés—, y, a lo mejor, salís con vida.

Aunque no estaba muy seguro de que hablara danés, me entendió. Se echó a reír; luego, escupió. A pesar de que a muchos de nuestros enemigos se les había perdonado la vida si aceptaban la conversión y el bautismo, tampoco estaba muy seguro de haberle dicho la verdad. Era una decisión que no me correspondía a mí, sino al jinete que montaba aquel alto caballo blanco al que todo el mundo llamaba Trasgo. Iba a volverme hacia el círculo de hombres que rodeaban a Haki y a los que estaban a su lado cuando, sin mirarme siquiera, el jinete del caballo blanco dijo:

—Que sólo Haki siga con vida; acabad con los demás.

No nos llevó mucho tiempo. La mayoría de sus valientes ya habían muerto; sólo un puñado de guerreros curtidos permanecía a su lado. Los demás eran bisoños que, sin dejar de proclamar a gritos que se rendían, uno tras otro, fueron cayendo. Observé la escena. Al frente de aquella carnicería, Merewalh, un hombre de bien que, tras haber estado al servicio de Etelredo, se había puesto a las órdenes de Etelfleda; fue el propio Merewalh quien, a rastras, sacó a Haki de aquel montón de cuerpos ensangrentados, lo despojó de espada y escudo, y lo obligó a ponerse de rodillas delante del caballo blanco.

Haki alzó la mirada. El sol ya estaba bajo por el oeste, de forma que quedaba a espaldas del jinete que iba a lomos de Trasgo, deslumbrando a Haki, quien por fuerza hubo de sentir la mirada de odio y desprecio que se posaba sobre él. Levantó la cabeza hasta que sus ojos se situaron en la zona de sombra que proyectaba el jinete, y quién sabe si no llegó a ver la bruñida cota de malla de factura franca que, restregada con arena, resplandecía como la plata. O la capa de lana blanca y su níveo y sedoso ribete de piel de comadreja. Por no hablar de las botas altas de cordones blancos o la larga vaina de la espada con vistosos adornos de plata. Y, si hubiera osado alzar aún más la vista, los ojos acerados y azules de aquel rostro de expresión severa que completaban unos cabellos rubios, recogidos bajo un yelmo no menos bruñido que la cota de malla y reforzado con una banda de plata que remataba una cruz del mismo metal.

—Despojadle de la cota de malla —ordenó el jinete de blanco a lomos del caballo blanco.

—Como digáis, mi señora —contestó Merewalh.

La dama en cuestión no era otra que Etelfleda, la hija de Alfredo, quien fuera rey de Wessex. Casada con Etelredo, señor de Mercia; tanto en Wessex como en Mercia, todo el mundo estaba al tanto de que, durante años, había sido la amante de mi padre. Ella era quien había llevado sus hombres al norte para ayudar a la guarnición de Ceaster, igual que había sido ella quien había ideado la estratagema que había acabado con Haki postrado a los pies de su montura.

Me dirigió una mirada.

—No esperaba menos —dijo al desgaire.

—Gracias, señora —repuse.

—Lo llevaréis al sur —continuó, señalando a Haki—. Ya se encargarán de él en Gleawecestre.

Una decisión que no dejó de sorprenderme. ¿Por qué no acabar con él allí mismo, en aquel despacible paraje invernal?

—¿Acaso no pensáis volver al sur, mi señora? —me interesé.

Aun haciéndome ver lo impertinente de mi pregunta, contestó:

—Aún me queda mucha tarea por aquí. Vos os encargareis de llevarlo. —Alzó una mano enguantada que me obligó a detenerme cuando ya me disponía a marchar—. Haced cuanto esté en vuestra mano para estar allí antes de la festividad de San Cuthberto, ¿me habéis oído?

Hice una reverencia a modo de respuesta. Maniatamos a Haki, lo encaramamos a un jamelgo y emprendimos el camino de vuelta a Ceaster, donde llegamos ya entrada la noche. Atrás dejamos los cadáveres de los hombres del norte, carroña para los cuervos; nuestros muertos, cinco en total, venían con nosotros. Recuperamos todos los caballos de nuestros adversarios y los cargamos con las armas, las cotas de malla, las ropas y los escudos que habían caído en nuestras manos. Tras el estandarte del caballo encabritado de lord Etelredo, el pendón de san Osvoldo y la extraña divisa de

Etelfleda, un ganso que llevaba una espada y una cruz en las patas, victoriosos regresábamos con el estandarte que le habíamos arrebatado a Haki. El ganso era el emblema de santa Werburga, una santa mujer que había obrado el milagro de espantar unos gansos que asolaban un maizal; no me entraba en la cabeza que podía haber de milagroso en algo que, con dar un par de voces, habría solucionado cualquier chaval de diez años, si hasta un perro al que le faltase una pata habría bastado para alejar los gansos del sembrado. Comentario que jamás me atrevería a hacer en presencia de Etelfleda, que tanta fe tenía en aquella santa que había espantado unos gansos.

La de Ceaster era una fortaleza del tiempo de los romanos, de modo que, en lugar de los muros de adobe y cañizo que defienden nuestros fortines sajones, de piedra eran sus murallas. Pasamos bajo el alto adarve que coronaba la puerta principal, enfilamos un pasadizo a la luz de unas antorchas y llegamos a la calle principal, que, recta como una flecha, discurría entre dos hileras de edificios de piedra. El estruendo de los cascos de los caballos retumbaba en las murallas; al poco, repicaron las campanas de la iglesia de San Pedro para celebrar el regreso de Etelfleda.

Antes de congregarse en la gran mansión que se alzaba allí donde confluían las calles de la fortaleza, la dama y la mayoría de los hombres que iban con ella fueron a la iglesia para dar gracias por la victoria. Mientras, Sihtric y yo nos encargamos de recluir a Haki en un angosto cobertizo de piedra donde, maniatado, pasaría la noche.

—Tengo oro —dijo en danés.

—Ahí tenéis: un montón de paja como lecho y orina en vez de cerveza —replicó Sihtric, antes de que cerrásemos la puerta, custodiada por dos hombres—. ¿Así que nos vamos a Gleawecestre? —me preguntó Sihtric, camino de la mansión.

—Eso dice ella.

—En tal caso, estaréis contento.

—¿Yo?

Una sonrisa cargada de intención se dibujó en aquella boca desdentada.

—La pelirroja de La gavilla de trigo.

—Una de tantas, Sihtric —repliqué, despreocupado—, una de tantas.

—Por no hablar de la joven que albergáis en la granja, cerca de Cirrenceastre —añadió.

—Es viuda —contesté, muy digno—; tengo entendido que, como cristianos, tenemos el deber de proteger a las viudas.

—Bonita forma de protegerla —dijo entre risotadas—. ¿Vais a casaros con ella?

—Por supuesto que no. Me casaré por interés.

—Deberíais estar casado —comentó—. ¿Qué edad tenéis?

—Veintiuno, creo.

—En ese caso, hace tiempo que deberíais estar casado. ¿Qué os parece Ælfwynn?

—¿Qué pinta ella en todo esto? —le pregunté.

—Es una preciosa potranca —dijo Sihtric—; me atrevería a decir que ya sabe lo que es galopar.

Empujó la pesada puerta y entramos en una estancia alumbrada por unos velones de sebo y una enorme fogata que crepitaba en un hogar de piedra sin desbatar que había agrietado el mosaico romano del suelo. No había bastantes mesas para acomodar a los hombres de la guarnición y a los que, con Etelfleda, habían ido al norte; algunos tenían que comer en cuclillas; con todo, me habían reservado un sitio en la mesa que, en lo alto de un estrado y sentada entre dos curas, presidía Etelfleda; uno de ellos desgranó una interminable oración en latín antes de que pudiéramos hincar el diente.

Etelfleda era una mujer que me tenía atemorizado. Aunque muchos aseguraban que, de joven, había sido preciosa, era una mujer de gesto adusto. En aquel año de 911 debía de tener cuarenta años, o más; entre sus cabellos, rubios antaño, ya asomaban algunos mechones de color gris pálido. De ojos muy azules, su forma de mirar era capaz de desarmar al más valiente: una mirada fría y reflexiva, como si estuviera leyéndote el pensamiento y dándote a entender que no le interesaba nada. No era yo el único que le tenía miedo a Etelfleda. Su propia hija, Ælfwynn, procuraba evitar a su madre. Me caía bien aquella muchacha, alegre y traviesa como ella sola. Un poco más joven que yo, juntos habíamos pasado casi toda nuestra niñez, y no pocos eran los que pensaban que estábamos hechos el uno para el otro. Nunca supe si Etelfleda veía, o no, con buenos ojos semejante apaño. Me daba la impresión de que no le caía bien, algo que, por lo visto, le pasaba a la mayor parte de la gente; sin embargo, si por algo la adoraban en Mercia, era por su frialdad. Su marido, Etelredo, señor de Mercia, regía los destinos de aquellas tierras, pero a quien de verdad querían sus gentes era a aquella mujer con la que tan malquistado estaba.

—Gleawecestre —me dijo en aquel momento.

—Tal y como dijisteis, señora.

—Llevaréis todo el botín, todo. Procuraos unas carretas. Los prisioneros, también.

—Sí, mi señora —casi todos los prisioneros eran niños que habíamos encontrado en las propiedades de Haki durante los primeros días de nuestra incursión. Acabarían vendidos como esclavos.

—Habréis de estar allí antes de la festividad de San Cuthberto —insistió—. ¿Entendido?

—Antes de la festividad de San Cuthberto —contesté, cohibido.

En silencio, me dirigió una de aquellas largas miradas. Con gesto no menos adusto, los curas que estaban a su lado también me miraron.

—Y llevaréis a Haki con vos —añadió.

—Haki, claro —repuse.

—Y lo colgaréis delante de la mansión de mi marido.

—Que sea una muerte lenta —dijo uno de los curas. Hay dos formas de colgar a un hombre: de forma rápida, o haciendo que su agonía se prolongue.

—Como digáis, padre —contesté.

—Antes de eso, que todo el pueblo lo vea —me ordenó Etelfleda.

—Así se hará, mi señora —dije, con un asomo de duda.

—¿Qué pasa? —preguntó, al observar mis titubeos.

—Esas gentes querrán saber por qué habéis decidido quedaros aquí, señora.

Al oírme, dio un respingo; el cura que estaba sentado al otro lado frunció el ceño.

—No creo que sea asunto suyo... —comenzó a decir.

Etelfleda alzó una mano; el cura calló la boca.

—Muchos hombres del norte dejan atrás Irlanda —dijo eligiendo con cuidado las palabras—, y buscan dónde asentarse en nuestro país. Hay que detenerlos.

—La derrota de Haki les habrá metido el miedo en el cuerpo —apunté, cauteloso. Pasó por alto la torpeza de mi cumplido.

—Ceaster los disuade de seguir el curso del río —dijo—, pero nada los detiene a la hora de embocar el río Mærse. Levantaré un fortín en sus orillas.

—Buena idea, señora —repuse, lo que me valió una mirada tan fulminante que me sonrojé.

Me despachó con un gesto, y volví a hundir la nariz en el estofado de cordero. De reojo, la observaba y, al ver aquella mandíbula angulosa y la mueca de amargura que se dibujaba en sus labios, me pregunté cómo, por todos los santos, mi padre podía haberla encontrado atractiva y por qué los hombres la veneraban. Al día siguiente, ya no tendría que soportarla.



—Los hombres la siguen —me dijo Sihtric—, porque no faltan quienes, como vuestro padre, piensan que es la única que siempre está dispuesta a pelear.

Nos dirigíamos al sur por un camino que había llegado a conocer casi como la palma de la mano durante los últimos años. La senda discurría entre los límites de Mercia y Gales, una frontera donde, de continuo, se producían escaramuzas entre los reinos galeses y los pobladores de Mercia. Que los galeses eran enemigos nuestros, de eso no cabía duda; con todo, los motivos de tanta animosidad eran confusos cuando menos, porque también eran cristianos y, sin su ayuda, por ejemplo, nunca habríamos ganado la batalla de Teotanheale. A veces, y como entonces ocurriera, luchaban en nombre de Cristo, pero en no menos ocasiones se dedicaban al pillaje, llevándose ganado y esclavos a sus valles rodeados de montañas. Prueba de sus frecuentes incursiones, los fortines que veíamos a lo largo del camino, ciudadelas fortificadas donde, caso de verse atacados, los lugareños acudían en busca de refugio, y cuyas guarniciones podían efectuar salidas para repeler al enemigo.

Aparte de Godric, mi mozo, conmigo venían treinta y seis hombres. Cuatro, delante, escrutando las lindes del camino por miedo de que nos tendieran una

emboscada; los demás custodiábamos a Haki y las dos carretas donde llevábamos el botín. Más dieciocho niños, cuyo destino final no habría de ser otro que los mercados de esclavos, aunque Etelfleda me había insistido en que antes los vieran las gentes de Gleawecestre.

—Pretende montar un espectáculo —me dijo Sihtric.

—¡Y tanto que sí! —convino el padre Fraomar—. Que el pueblo de Gleawecestre vea que derrotamos a los enemigos de Cristo. —Era uno de los insulsos curas de Etelfleda, un hombre joven todavía, vehemente y exaltado. Me señaló la carreta que, cargada de pertrechos guerreros y armas, rodaba delante de nosotros—. Todo eso lo venderemos, y el dinero que saquemos servirá para levantar el nuevo fortín. ¡Alabado sea Dios!

—Alabado sea —repose, con la cabeza gacha.

Dinero; hasta donde yo sabía, algo de lo que Etelfleda no andaba muy sobrada. Si se proponía levantar un nuevo fortín a orillas del río Mærse, falta le haría, y nunca había suficiente. A manos de su marido iban a parar las rentas de los aparceros, los impuestos de los comerciantes y los derechos de paso por sus dominios, pero lord Etelredo no podía ni verla. Poco importaba el cariño que por ella sintieran las gentes de Mercia; en manos de su marido estaba la plata, y los hombres no parecían dispuestos a granjearse su enemistad. Incluso enfermo y postrado como estaba en Gleawecestre, los hombres le juraban fidelidad. Aun a riesgo de caer en desgracia, sólo los más ricos y osados se atrevían a proporcionar hombres y dinero a Etelfleda.

Pero Etelredo estaba a las puertas de la muerte. En la batalla de Teotanheale, una lanza le había acertado de lleno en la nuca, traspasándole el yelmo y abriéndole la cabeza. Nadie se imaginaba que fuera a salir con vida, pero lo hizo, aunque había rumores de que era como si estuviese muerto: que desvariaba como un lunático, que babeaba y estaba afectado de temblores; que, a veces, le daba por aullar como un lobo malherido. Toda Mercia esperaba su muerte, y toda Mercia se preguntaba qué pasaría después. Algo de lo que no se hablaba, no de puertas afuera, aunque, en privado, casi no se hablaba de otra cosa.

Para mi sorpresa, fue el padre Fraomar quien, la primera noche, sacó el asunto a colación. Carretas y prisioneros nos obligaban a avanzar despacio; habíamos hecho un alto en un caserío en los alrededores de Westune, una comarca que, al amparo de la fortaleza de Ceaster, acababa de ser repoblada. Un tuerto, natural de Mercia, su mujer, sus cuatro hijos y seis esclavos se ocupaban de la que, en su día, fuera la hacienda de un danés. Una recia empalizada de troncos de roble rodeaba la propiedad: la casa, una choza de adobe, madera y paja, y cuatro tablones mal puestos, el mísero establo, donde recogían el ganado.

—Los galeses no andan lejos —adujo a modo de explicación para tan espléndida empalizada.

—Seis esclavos no son suficientes para defender esta propiedad —comenté.

—Los vecinos nos echan una mano —repuso con aspereza.

—¿Os ayudaron a levantar la empalizada?

—Así es.

Atamos a Haki por los tobillos, nos cercioramos de que las cuerdas con que lo habíamos sujetado estaban en condiciones y lo amarramos a un arado abandonado junto a un muladar. Al cuidado de dos hombres, apretujamos a los dieciocho niños en la casa; los demás nos los arreglamos como buenamente pudimos en un patio moteado de cagajones. Encendimos una fogata. Mientras Gerbrucht comía a dos carrillos tratando de llenar aquella barriga suya que era como un tonel, Redbad, otro frisio, tocaba el caramillo. Sus notas diáfanas impregnaban el aire de melancolía. Las chispas se perdían en lo alto. Hacía poco que había llovido, pero las nubes se iban despejando y dejaban ver las estrellas. Pendiente de si no acabarían por provocar un incendio, observaba las chispas que caían en la techumbre de la cabaña, pero el musgo que la recubría estaba muy húmedo y las chispas se apagaban nada más caer.

—Nunnaminster —dijo de improviso el padre Fraomar.

—¿Nunnaminster? —pregunté, desconcertado.

El cura también había estado contemplando aquellas chispas que, tras perder su fulgor, se extinguían en la techumbre.

—El convento de Wintanceaster donde falleció la dama Ælswith —me aclaró; yo seguía sin entender nada.

—¿Os referís a la esposa del rey Alfredo?

—Que Dios se apiade de su alma —contestó, al tiempo que se santiguaba—. Fue ella quien, tras morir el rey, levantó el convento.

—¿Y? —insistí, perplejo.

—A su muerte, parte del convento se quemó —explicó—. Un incendio provocado por unas chispas que habían caído en la techumbre de cañizo.

—Ésa está demasiado húmeda —dije, señalando la cabaña.

—Claro, claro. —El cura seguía mirando las chispas que no dejaban de caer en la techumbre—. Hay quienes aseguran que el incendio no fue sino la forma de resarcirse que encontró el maligno —dijo al cabo, santiguándose de nuevo—, que tan piadosa era el alma de la dama Ælswith que lo había burlado.

—A mi padre siempre le oí decir que era una zorra vengativa —apunté.

El padre Fraomar frunció el ceño; luego, suavizó el gesto, y compuso una sonrisa que más parecía una mueca.

—Que Dios se apiade de su alma. No era una mujer fácil, no, según tengo entendido.

—¿Sabéis de alguna que lo sea? —se interesó Sihtric.

—No le hará ninguna gracia a la dama Etelfleda —dijo Fraomar, con voz queda.

Reflexioné un momento, porque la conversación se adentraba en terreno peligroso.

—¿Qué no le hará ninguna gracia? —me atreví a preguntar.

—Ingresar en un convento.

—¿Y eso es lo que pasará?

—¿Qué, si no? —apuntó Fraomar, con la mirada perdida—. Su marido se muere, ella se queda viuda, una viuda con hacienda y poder. Los hombres no querrán que se case de nuevo. Su marido podría llegar a ser alguien muy poderoso. Además... —Y calló la boca.

—¿Además, qué? —preguntó Sihtric en voz baja.

—Lord Etelredo, que Dios guarde, ha hecho testamento.

—¿Y en ese testamento dispone que su esposa ingrese en un convento? —pregunté, sopesando las palabras.

—¿Qué otra salida le queda? —se preguntó Fraomar—. Es la costumbre.

—No me la imagino de monja —comenté.

—Es una mujer piadosa. Una buena mujer —aseguró Fraomar muy convencido, antes de caer en la cuenta de que era adúltera—. Claro que no es perfecta —continuó—; quien más quien menos, todos hemos tropezado alguna vez. Todos somos pecadores.

—¿Y su hija? —me interesé—. ¿Qué será de Ælfwynn?

—Esa chiquilla alocada... —dijo Fraomar, sin pestañear.

—Pero si alguien se casa con ella... —comencé a decir sin que me dejase acabar.

—¡Es mujer! ¡No está capacitada para heredar el poder que ostenta su padre! —dijo el padre Fraomar, muerto de risa sólo de pensarlo—. No; lo mejor sería que encontrase un marido en el extranjero. ¡Casarla lejos de aquí! ¿Un terrateniente franco, quizá? O eso, o acabará en un convento como su madre.

La conversación tomaba una deriva inquietante porque nadie sabía a ciencia cierta qué iba a pasar tras la muerte de Etelredo, algo que más pronto que tarde sucedería. En Mercia no había rey, pero, como señor de aquel territorio, Etelredo gozaba casi de las mismas prerrogativas. Nada le habría gustado tanto como ser rey, pero, a la hora de defender las fronteras de su territorio, estaba en manos de los sajones del oeste, que no querían ni oír hablar de un rey en Mercia o que, mejor dicho y llegado el caso, preferían que lo fuera su propio rey. Aunque Mercia y Wessex eran aliados, no eran tan estrechos los lazos que unían a ambos pueblos. Orgullosas de su pasado, las gentes de Mercia se sentían sometidas, y si Eduardo de Wessex se proclamaba rey podrían producirse disturbios. Nadie sabía, pues, qué iba a suceder, igual que nadie tenía muy claro a quién apoyar. ¿A quién prestar juramento de fidelidad, a Wessex o a uno de los ricoshombres de Mercia?

—Es una pena que lord Etelredo no tenga un heredero —dijo el padre Fraomar.

—Un heredero legítimo, querréis decir. —Para mi sorpresa, el cura se echó a reír.

—En efecto, un heredero legítimo —convino, antes de santiguarse—. Pero el Señor proveerá —añadió con unción.

Al día siguiente, unos espesos nubarrones llegados de las colinas de Gales oscurecieron el cielo. A media mañana comenzó a llover y ya no paró; lentamente, continuamos nuestro camino hacia el sur. Íbamos por calzadas romanas; al caer la

noche, hacíamos un alto en las ruinas de algún fortín de la misma época. No vimos a ningún galés merodeando por allí y, tras la batalla de Teotanheale, tampoco era de esperar que algunos daneses se aventuraran tan al sur para atacarnos.

La lluvia y los prisioneros nos obligaban a avanzar con lentitud; por fin avistamos Gleawecestre, capital de Mercia. Dos días faltaban para la festividad de San Cuthberto, si bien no entendí la razón de que Eteflada nos hubiera hecho tanto hincapié en aquella fecha hasta que entramos en la ciudad. El padre Fraomar se nos adelantó para anunciar nuestra llegada; las campanas de las iglesias de la ciudad repicaron para darnos la bienvenida; una pequeña multitud se agolpaba a los pies del arco de la puerta. Di orden de desplegar nuestros estandartes: el mío, con la cabeza de lobo, el de san Osvoldo, el caballo encabritado de Etefredo y el ganso de Eteflada. Arrastrándolo por el suelo mojado, Godric, mi mozo, cargaba con el de Haki. Flanqueados por mis hombres a caballo, una carreta con parte del botín abría nuestro pequeño cortejo; detrás, los niños que habíamos hecho prisioneros; más atrás, Haki, atado con una cuerda a la cola del caballo de Godric. La otra carreta cerraba la comitiva. Una bagatela. Desde la batalla de Teotanheale, aparte de prisioneros, caballos capturados y una docena de estandartes enemigos, hasta allí habíamos llevado más de veinte carretas cargadas de botín. Con todo, nuestro pequeño cortejo fue recibido con regocijo por los pobladores de Gleawecestre que, entusiasmados, no dejaron de festejarnos desde la puerta norte de la ciudad hasta la entrada del palacio de Etefredo. Un par de curas tuvieron la ocurrencia de arrojar excrementos de caballo a Haki; el gentío no tardó en seguirles la corriente, en tanto que unos pequeños correteaban a su lado mofándose de él.

A la puerta de la mansión de Etefredo nos esperaba Eardwulf, comandante en jefe de su guardia personal y hermano de Eadith, la mujer con quien lord Etefredo compartía lecho. Un hombre listo, apuesto, ambicioso y capaz, por lo visto. Al mando de las tropas que Etefredo enviara contra los galeses, había causado numerosas bajas y, al decir de los hombres, en Teotanheale había peleado con bravura.

—El poder le viene de lo que su hermana tiene entre los muslos —me había advertido mi padre—; no por eso lo menospreciéis. Es peligroso.

El temible Eardwulf, con una cota de malla resplandeciente de tan bruñida y una capa de color azul oscuro con ribetes de piel de nutria. Descubierta, de cabellos negros, lisos y brillantes, recogidos atrás con una cinta de color marrón. Su espada, de hoja pesada, reposaba en una vaina de piel con trenzados de oro. A su lado, un par de curas y seis de sus hombres, ataviados con la divisa del caballo encabritado de Etefredo. Al vernos, esbozó una sonrisa. Cuando, con parsimonia, se acercó a saludarnos, observé cómo volvía los ojos hacia el estandarte de Eteflada.

—¿Día de mercado, lord Uhtred? —me preguntó.

—Esclavos, pertrechos guerreros, espadas, lanzas, hachas... —repuse—, ¿veis algo que os apetezca?

—¿Y ése? —señaló a Haki con el pulgar.

Me volví en la silla de montar.

—Haki, un caudillo del norte que pensaba hacerse rico a costa de Mercia.

—¿También está en venta?

—Tengo que colgarlo —dije—, lentamente. Es deseo de mi señora que lo colguemos aquí mismo.

—¿Vuestra señora?

—Y también la vuestra —repuse, a sabiendas de que se enojaría—, la dama Etelfleda.

Si se había molestado, no lo manifestó, sino que sonrió de nuevo.

—Por lo que veo, no ha perdido el tiempo —dejó caer—. ¿Piensa acercarse por aquí?

Negué con la cabeza.

—Tiene cosas que hacer en el norte.

—Me había hecho a la idea de que, dentro de un par de días, la tendríamos por aquí, para el Witan —comentó, con sarcasmo.

—¿Witan? —me interesé.

—Nada que ver con vos —contestó, desabrido—. No estáis invitado.

De modo que el Witan se reuniría el día de la festividad de San Cuthberto; tal era, sin duda, la razón por la que Etelfleda tanto nos había insistido en que llegásemos antes de que los ricoshombres de Mercia celebrasen aquel consejo. Era su forma de recordarles que estaba plantando cara a sus enemigos.

Eardwulf se acercó a Haki, lo miró de arriba abajo, se volvió y me dijo:

—Observo que enarboláis el estandarte de lord Etelredo.

—Como es natural —dije.

—¿Lo llevabais también durante la escaramuza en que capturasteis a ese sujeto? —preguntó al tiempo que señalaba a Haki.

—Siempre que mi señora pelea en nombre de Mercia —repuse—, ondea el estandarte de su marido.

—De modo que prisioneros y botín son propiedad de lord Etelredo —comentó.

—Tengo orden de venderlos —dije.

—¿Ah, sí? —riéndose—. Nuevas órdenes, entonces. Todo esto pertenece a lord Etelredo, así que tendréis que entregármelo a mí. —Desafiante, me miró a los ojos, como si buscara retarme a que le llevara la contraria. No debí de poner cara de muy buenos amigos, porque sus hombres medio adelantaron las lanzas.

A todo correr, el padre Fraomar, que acababa de llegar, se acercó a mi caballo.

—Nada de peleas —me susurró.

—A lord Uhtred jamás se le pasaría por la cabeza la idea de blandir la espada contra los hombres de la guardia personal de lord Etelredo —dijo Eardwulf, haciendo un gesto a los suyos—. Llevaos todo eso dentro —ordenó, mientras, con la mano, señalaba carretas, botín, Haki y esclavos—, y dadle las gracias a la dama Etelfleda —me miró de nuevo— por su pequeña aportación al tesoro de su marido.

Observé cómo sus hombres se llevaban botín y esclavos. Cuando hubieron acabado, Eardwulf esbozó una sonrisa; se volvió y, con gesto burlón, me preguntó:

—En cuanto a la dama Etelfleda, ¿de verdad no tiene intención de asistir a la reunión del consejo?

—¿Está invitada? —pregunté.

—Por supuesto que no: es mujer. A lo mejor tenía curiosidad por saber de las decisiones que se adopten en el Witan.

Trataba de sonsacarme si Etelfleda tenía pensado ir a Gleawecestre. Por un momento, pensé en decirle que no tenía ni idea de cuáles eran sus planes, pero opté por decirle la verdad.

—No estará aquí —dije—, porque tiene cosas que hacer. Piensa levantar un fortín a orillas del Mærese.

—¡Vaya, un fortín a orillas del Mærese! —repitió, y se echó a reír. Las puertas se cerraron a sus espaldas.

—Menudo cabrón —dije.

—Está en todo su derecho —arguyó el padre Fraomar—. Lord Etelredo es el marido de la dama Etelfleda, así que todo lo suyo también a él pertenece.

—Etelredo es un mamón insaciable —dije, sin quitar los ojos de aquellas puertas cerradas.

—Es el señor de Mercia —dijo, incómodo, el padre Fraomar. Estaba de parte de Etelfleda, pero se daba cuenta de que, en cuanto falleciera su marido, perdería todo su poder y capacidad de influencia.

—Sea como sea ese cabrón —apuntó Sihtric—, está claro que no nos va a invitar a cerveza.

—Cerveza, qué buena idea —rezongué.

—¿La pelirroja de La gavilla de trigo, entonces? —Sihtric dejó caer la pregunta con una sonrisa maliciosa—. A no ser que pretendáis que os ilustren más acerca de cómo llevar una granja.

Le respondí con una sonrisa no menos aviesa. Con la excusa de que no me vendría mal aprender a llevar una hacienda, mi padre me había regalado un caserío al norte de Cirrenceastre.

—Un hombre tiene que estar tan al tanto de cosechas, pastos y ganado como su intendente —me había dicho mi padre, refunfuñando—; de lo contrario, el cabrón os sacará hasta los ojos.

Al comprobar los días que había pasado sin moverme de la hacienda, mi padre se mostró complacido, si bien he de confesar que, si poco fue lo que aprendí en cuanto a cosechas, pastos y ganado, mucho avance, sin embargo, en lo tocante a la joven viuda que alojé en la mansión.

—Va por La gavilla de trigo —dije, espoleando a Fogoso calle abajo. Tiempo tendría al día siguiente de ir a ver a mi viuda, pensé.

A la entrada de la taberna, un enorme tablón tallado en forma de gavilla de trigo;

tras pasar por debajo, me adentré en un patio anegado por la lluvia. Dejé el caballo en manos de un mozo. Sabía que el padre Fraomar estaba en lo cierto. Lord Etelredo tenía todo el derecho de quedarse con todo lo de su mujer, porque no había nada que a ella le perteneciera que no fuera también suyo. Con todo, el gesto de Eardwulf no había dejado de llamarme la atención. Sin llegar a las manos, Etelredo y Eteflada llevaban años enfrentados entre sí. Él ostentaba el poder constituido en Mercia; ella contaba con el aprecio de sus habitantes. Nada tan fácil para Etelredo como ordenar que detuviesen a su esposa y encerrarla, pero su hermano era el rey de Wessex y, si Mercia había salido adelante, siempre había sido gracias a los sajones del oeste, que acudían en su ayuda cuando sus enemigos se les echaban encima. De modo que, aunque no podían ni verse, marido y esposa se toleraban y actuaban como si no estuvieran reñidos, de ahí que Eteflada pusiera tanto empeño en llevar siempre el estandarte de su marido.

Dándole vueltas a la idea de cómo vengarme de Eardwulf, pensando en cómo le rajaría la barriga, le cortaría la cabeza o escucharía sus súplicas cuando sintiera la punta de *Pico-de-cuervo* en la garganta, me agaché a la puerta de la taberna. «Maldito cabrón», iba pensando, «creído, atildado, engreído hijo de perra».

—¡Cagarruta! —escuché una voz áspera que me llegó de algún sitio junto al hogar de la taberna—. ¿Qué apestoso demonio os ha traído hasta aquí para amargarme el día? —Sin acabar de creérmelo, me lo quedé mirando. Porque, sin quitarme los ojos de encima, allí estaba la última persona que hubiera esperado encontrarme en Gleawecestre, plaza fuerte de Etelredo—. ¿Qué hay, cagarruta? —me preguntó—. ¿Qué se os ha perdido aquí?

Mi padre.

PRIMERA PARTE

El señor se apaga

Capítulo I

Mi hijo parecía cansado y enojado. Empapado, cubierto de barro, unos pelos tan revueltos como un almiar húmedo después de un buen revolcón, un tajo en una de las botas. Una mancha negra en el cuero donde la hoja le había rasgado la pantorrilla, pero no cojeaba, así que no tenía por qué preocuparme, de no ser por aquella cara de bobo que puso al verme, como si estuviera ido.

—No os quedéis ahí mirándome como un pasmarote —le dije—; tened a bien invitarme a cerveza. Decidle a la muchacha que del barril negro. Un placer veros por aquí, Sihtric.

—Lo mismo digo, mi señor —repuso Sihtric.

—¡Padre! —exclamó mi hijo, boquiabierto todavía.

—¿Quién pensabais que era? —me preguntó—. ¿El espíritu santo? —Les hice sitio en el banco—. Sentaos a mi lado —le dije a Sihtric—, y contadme qué novedades hay. Cambiad ya esa cara —espeté a Uhtred—, y que una de las chicas traiga cerveza. ¡Del barril negro!

—¿Por qué del barril negro, mi señor? —se interesó Sihtric mientras se sentaba.

—Porque la hacen con nuestra cebada —le expliqué—; sólo para los de confianza. —Me recosté contra la pared. Que me inclinase hacia adelante o me sentase erguido, lo mismo daba: hasta respirar era un suplicio. Me dolía todo y, sólo de milagro, seguía con vida. Cnut el Espadón y su espada *Duende-de-hielo* casi habían acabado conmigo, y no me consolaba en demasía que *Hálito-de-serpiente* le hubiera rebanado el pescuezo en el preciso instante en que su hoja me había astillado una costilla y perforado el pulmón. «Por Cristo bendito —me había dicho Finan—, si hasta la hierba resbalaba de tanta sangre como había. Parecía la matanza del cerdo en las fiestas de Samhain».

Si el terreno estaba resbaladizo era por la sangre de Cnut, pero Cnut estaba muerto, y su ejército, desbaratado. Habíamos expulsado a los daneses de casi todo el norte de Mercia, y los sajones dieron gracias a su dios crucificado por haber salido con bien de aquélla. Seguro que, de paso, algunos también solicitaron verse libres de mí, pero sobreviví. Ellos eran cristianos, que no yo, aunque no faltasen habladorías en cuanto a si había sido un cura cristiano quien me había salvado la vida. En carreta, Eteflada me había llevado a su casa de Cirrenceastre, donde un cura con fama de curandero y componedor de huesos se ocupó de mí. Eteflada me contó que me había introducido un junco entre las costillas y que una pestilente bocanada de aire salió por aquel agujero. «Un hedor nauseabundo, como el de un pozo negro», me dijo. «Es el maligno que abandona su cuerpo», le había dicho el cura, o eso me contó ella, y taponó la herida con excremento de vaca. La bosta formó una costra, y el cura le dijo que eso impediría que el diablo volviera a apoderarse de mí. ¿Si pasó de verdad? No

lo sé. Lo único que sé es que el dolor se prolongó durante semanas, semanas en las que creí estar a las puertas de la muerte hasta que, de repente y no sin esfuerzo, a comienzos del año siguiente, pude ponerme en pie de nuevo. Al cabo de dos meses, montaba a caballo y andaba cosa de una milla, empero, no recupere mi vigor de antaño, que hasta *Hálito-de-serpiente* se me antojaba pesada. Atroz a ratos, a ratos soportable, el dolor no desaparecía nunca en tanto que, día tras día, la herida no dejaba de destilar un pus hediondo y pestilente. A lo peor, el brujo cristiano había taponado la herida antes de que el diablo abandonase mi cuerpo por completo; a veces, me preguntaba si no lo habría hecho a propósito, porque, si no todos, la mayoría de los cristianos abomina de mí. Sonríen y recitan salmos y predicán que su fe es amor, pero dadles a entender que otro es vuestro dios, que sólo recibiréis mortificantes salivazos. De forma que casi siempre me sentía viejo, agotado y acabado; había días en que ni siquiera estaba seguro de si merecía la pena vivir así.

—¿Cómo habéis venido hasta aquí, mi señor? —se interesó Sihtric.

—A caballo, claro está. ¿Cómo, si no?

Algo que no era del todo cierto. Cirrenceastre no quedaba lejos de Gleawecestre, y había hecho parte del viaje a caballo; pero, poco antes de llegar a la ciudad, me subí a una carreta y me tumbé en un lecho de paja. Lo que me costó subirme a aquella carreta, sólo Dios lo sabe. De aquella guisa entramos en la ciudad y, cuando Eardwulf se acercó a verme, empecé a gemir fingiendo que estaba demasiado ido como para darme cuenta de quién era. A caballo, aquel cabrón de pelo tirante inspeccionó la carreta, soltando una retahíla de melosas zalemas. «Qué pena veros en tales condiciones, lord Uhtred», había dicho cuando, en realidad, lo que quería decir era que se alegraba de verme en un estado tan lamentable, por no decir moribundo. «¡Sois un ejemplo para todos!», había dicho, muy despacio y en voz alta, como si fuera tonto. Proferí un quejido y no dijo nada. «No esperábamos veros por aquí — continuó—, pero aquí estáis». El muy cabrón.

La festividad de San Cuthberto era la fecha elegida para la reunión del Witan. En los llamamientos, estampados con el sello del caballo de Etelredo, se solicitaba la presencia en Gleawecestre de los hombres más influyentes de Mercia, ricos hombres y obispos, abades y terratenientes. En todos se indicaba que el señor de Mercia reclamaba su presencia para «oír su consejo»; pero, en un momento como aquél, cuando arreciaban las habladurías en cuanto a que el señor de Mercia no era sino un lisiado que babeaba y se meaba por la pata abajo, lo más probable era que el Witan se hubiera convocado para dar el visto bueno a cualquier fechoría urdida por Eardwulf. Ni se me había pasado por la cabeza que fuera a ser uno de los convocados cuando, para mi sorpresa, un mensajero me entregó un pergamino con el gran sello de Etelredo. ¿Por qué se requería mi presencia en tal ocasión? Era el principal adalid de su esposa y, pese a todo, se rogaba mi asistencia. Ninguno de los grandes señores que apoyaban a Etelfleda había recibido la invitación, en tanto que yo sí estaba entre los convocados. ¿Por qué?

—Quiere acabar con vos, mi señor —había apuntado Finan.

—Si ya estoy medio muerto. ¿A cuento de qué tantas molestias?

—Quiere que estéis presente —continuó Finan, con parsimonia—, porque pretenden enfangar a Etelfleda y, con vos delante, nadie podrá decir que no hubo alguien que no hablase en su favor.

Algo que no acababa de convencerme del todo, pero no se me ocurría otro motivo.

—Quién sabe.

—Igual que están al tanto de que no estáis curado, y que no estáis en condiciones de trastocar sus planes.

—Quién sabe —repetí.

Que el Witan se había convocado para tomar una decisión sobre el futuro de Mercia era algo que todo el mundo tenía claro, igual que todos daban por sentado que Etelredo haría cuanto estuviese en su mano para asegurarse de que la malquerida de su mujer no pintara nada en ese futuro. Así las cosas, ¿por qué invitarme? De sobra sabían que defendería su causa, igual que sabían del estado de postración en que, malherido, me encontraba. ¿Se reclamaba mi presencia para dar a entender que todos los asistentes habían expuesto su parecer? No me lo acababa de creer, pero si, fiándolo todo a mi debilidad, pretendían que mi opinión no fuera tenida en cuenta, prefería darles alas y que siguieran pensando lo mismo: de ahí el cuidado que había puesto en que Eardwulf me viera postrado. Mejor que ese hijo de perra pensase que estaba en las últimas.

Y casi lo estaba. Pero seguía vivo.

Mi hijo volvió con la cerveza, arrastró un taburete y se sentó a mi lado. Se veía que estaba preocupado por mí; pasé por alto sus preguntas y le planteé la que a mí me interesaba. Me habló de la refriega con Haki, y se lamentó de que Eardwulf se hubiera quedado con esclavos y botín.

—¿Cómo iba a negarme? —se preguntaba.

—No erais quién para hacerlo —le dije; al verlo tan desconcertado, añadí—: De sobra sabía Etelfleda lo que iba a pasar. ¿Para qué, si no, os habría enviado a Gleawecestre?

—¡Necesita el dinero!

—Más necesita del apoyo de Mercia —repuse, pero seguía igual de desconcertado—. Enviándoos aquí —continué—, quiere dar a entender que ella sigue en la lucha. Si de verdad tanto necesitara el dinero, habría enviado los esclavos a Lundene.

—¿De modo que piensa que unos pocos esclavos y un par de carretas cargadas de herrumbrosos pertrechos de guerra pueden ser de algún peso en el Witan?

—¿Habéis visto en Ceaster a alguno de los hombres de Etelfleda?

—No, claro que no.

—¿Cuál es el primer deber de un caudillo?

Se quedó pensativo durante unos instantes.

—¿Defender su territorio?

—¿Y si eso es lo que anda buscando Mercia? —dejé caer.

—¿Alguien con ganas de pelear, queréis decir? —desgranó las palabras, lentamente.

—Alguien con ganas de luchar, que sepa mandar y que los aliente a hacerlo.

—¿Vos? —me preguntó.

A punto estuve de sacudirle un mamporro por ser tan necio, pero ya no era un niño.

—No, yo no —gruñí.

Mi hijo frunció el ceño y sopesó el asunto. Sabía cuál era la respuesta que yo quería oír, pero era demasiado testarudo como para dar su brazo a torcer.

—¿Eardwulf? —apuntó. No dije nada, y volvió a pensarlo mejor—. Se las ha visto con los galeses —añadió—, y los hombres dicen que lo hace bien.

—Se ha enfrentado a unos desarrapados ladrones de ganado —repliqué con desdén—, nada más. ¿Cuándo fue la última vez que un ejército galés invadió Mercia? Además, Eardwulf no pertenece a la nobleza.

—Si no es quien para ponerse al frente de los destinos de Mercia —comentó mi hijo, muy despacio—, ¿quién lo hará?

—De sobra sabéis quién puede hacerlo —le dije, y al ver que se negaba a pronunciar su nombre, añadí—: Etefleda.

—Etefleda —repitió, meneando la cabeza.

De sobra sabía yo que estaba harto de ella, hasta es probable que le tuviera miedo, del mismo modo que sabía que ella lo despreciaba tanto como a su propia hija, que, según ella y en ese sentido, había salido a su padre: abominaba de las personas frívolas y despreocupadas tanto como tenía en gran estima las almas adustas que se tomaban la vida como una carga ineludible. Si a mí me toleraba, quizá fuera porque sabía que, en el campo de batalla, era tan serio e implacable como cualquiera de sus insulsos curas.

—¿Por qué no Etefleda? —le pregunté.

—Porque es mujer —contestó.

—¿Y?

—¡Pues que es mujer!

—¡Eso ya lo sé! Le he visto las tetas.

—El Witan jamás elegirá a una mujer para que los gobierne —dijo, muy convencido.

—En eso tiene razón —intervino Sihtric.

—¿A quién, si no, van a elegir? —pregunté.

—¿A su hermano, quizá? —apuntó mi hijo, y quizá no le faltara razón.

Eduardo, rey de Wessex, aspiraba al trono de Mercia, pero no por la fuerza: quería que lo invitasen a hacerlo. ¿Acaso sería ése el acuerdo que saliese del Witan?

No veía otra razón para haber convocado a la nobleza y a los prelados. Más me cuadraba que, antes de que se produjese el fallecimiento de Etelredo, consideraban llegado el momento de elegir un sucesor para, así, evitar las disputas, cuando no guerra abierta, que a veces se producen cuando fallece un mandatario, y estaba seguro de que Etelredo quería darse el gustazo de saber que su esposa no sería la heredera de su poder. Antes que eso, estaría dispuesto a que unos perros rabiosos le mordisqueasen las pelotas. Pero ¿quién sería el heredero? Eardwulf, no. De eso estaba seguro. Era un hombre capaz, valiente y no tenía un pelo de tonto, pero el Witan trataría de que fuese alguien de buena cuna y, si bien Eardwulf no era de extracción humilde, no era un ricohombre. Ni siquiera entre todos los de Mercia había uno tan sólo que sobresaliese por encima del resto, a excepción quizá de Æthelfrith, en cuyas manos estaba la mayor parte del territorio al norte de Lundene. Æthelfrith era el más rico de todos los nobles de Mercia; ajeno a las rencillas entre banderías que se ventilaban en Gleawecestre, había establecido alianzas con los sajones del oeste y, hasta donde yo sabía, ni siquiera se había molestado en asistir al Witan. Y probablemente poco importaba la decisión que de allí saliese porque, al final, los sajones del oeste decidirían quién o qué eran lo mejor para Mercia.

O eso pensaba yo.

Aunque debería haberlo pensado mejor.



Y comenzó el Witan, en efecto, como no podía ser de otra manera: con una tediosa ceremonia religiosa en la iglesia de San Osvaldo, en el recinto de una abadía que había levantado Etelredo. Aparentando estar mucho peor de lo que en realidad estaba, me había presentado con unas muletas que ninguna falta me hacían. Aunque hubo de costarle lo suyo esbozar una reverencia con aquella barriga de cerda preñada que tenía, relamido y servil, el abad Ricseg me dio la bienvenida.

—Qué pena veros así de postrado, lord Uhtred —dijo, dándome a entender que, de no ser por aquella barriga, estaría dando saltos de contento—. Que Dios os bendiga —añadió, trazando la señal de la cruz con una mano gordezuela mientras, para sus adentros, imploraba a su dios que enviase un rayo que me fulminase allí mismo. Le agradecí el cumplido con la misma falsedad con que me había impartido la bendición y, entre Finan y Osferth, tomé asiento en un banco de piedra en la parte de atrás de la iglesia y me recosté contra la pared. Contoneándose, Ricseg fue saludando al resto, mientras oía el estruendo de las armas que arrojaban al suelo antes de entrar en la iglesia. A Sihtric y a mi hijo les había dejado dicho que no se movieran de allí no fuera a ser que *Hálito-de-serpiente* acabase en manos de algún hijo de

perra. Recliné la cabeza contra la pared, y traté de hacerme una idea de cuánto valdrían los candelabros de plata que había a ambos lados del altar. Enormes, tan pesados como hachas de guerra y cubiertos de mocos de cera de abeja perfumada, la luz que desprendían sus doce velas arrancaba destellos en los relicarios de plata y en las bandejas de oro que se amontonaban en el altar.

La iglesia de los cristianos es un negocio muy bien pensado. En cuanto un señor se hace rico, construye una iglesia o un convento. Antes incluso de ocuparse del estado de las murallas o de agrandar el foso de Ceaster, Etelfleda se había empeñado en levantar una iglesia. Le dije que no tirase el dinero, que lo único que sacaría en limpio iba a ser un sitio más para el engorde de hombres como Ricseg, pero ella hizo oídos sordos. Por centenares se cuentan los hombres y mujeres que viven a costa de iglesias, abadías y conventos levantados por señores; aparte de comer, beber y musitar una plegaria de vez en cuando, la mayoría no hacen nada mejor. Los monjes trabajan, faltaría más: aran los campos, arrancan las malas hierbas, cortan la leña, acarrean agua y copian manuscritos, en tanto que sus superiores llevan una vida de nobles. Desde luego, no está mal pensado: que otros sean quienes paguen por nuestros excesos. Rezongué.

—Pronto acabará la ceremonia —dijo Finan en voz baja, por ver de tranquilizarme, pensando que el gruñido era una forma de dar a entender que me dolía algo.

—¿Queréis que os traiga un poco de hidromiel, mi señor? —me preguntó Osferth, preocupado. Era el único hijo bastardo del rey Alfredo, y la mejor persona que haya pisado la faz de la tierra. Muchas veces me he preguntado qué tal habría sido Osferth como rey si, en vez de parirle una asustada criada que se había levantado las faldas para recibir la regia verga, hubiera sido hijo legítimo. Sensato, inteligente y recto, habría sido un gran rey, pero, como bastardo que era, estaba marcado para siempre. Su padre había intentado que fuera cura, pero el hijo había seguido el camino de las armas, y yo tenía la suerte de contar con él entre los míos.

Cerré los ojos. Los monjes cantaban, en tanto que uno de los hechiceros mecía un cuenco de metal sujeto al extremo de una cadena y dispersaba humo por la iglesia. Estornudé, y sentí un pinchazo de dolor; de repente, se produjo un revuelo a la entrada; pensé que era Etelredo, que acababa de llegar, abrí un ojo y comprobé que era el obispo Wulfheard, al que seguía una bandada de curas solícitos.

—Si algo traman —dije—, ese mamón hijo de perra estará en el ajo.

—No tan alto, mi señor —me reconvino Osferth.

—¿Mamón? —se extrañó Finan.

—Bueno, eso dicen en La gavilla de trigo —asentí.

—¡No, no! —intervino Osferth, consternado—. No es posible. ¡Está casado!

Me eché a reír, y cerré los ojos de nuevo.

—No deberíais decir esas cosas —le advertí.

—¿Por qué no, mi señor? ¡Es un rumor infame! El obispo está casado.

—No deberíais seguir por ahí —insistí—. Cuanto más me río, más me duele.

Wulfheard era obispo de Hereford, pero casi siempre estaba en Gleawecestre, donde Etelredo guardaba sus inagotables arcones. Wulfheard me aborrecía y, con tal de verme lejos de Mercia, había prendido fuego a mi hacienda de Fagranforda. No era uno de esos curas gordos; fino como la hoja de una espada, y de rostro adusto, nada más verme se contrajo en una sonrisa de circunstancias.

—¡Lord Uhtred! —me saludó efusivo.

—Wulfheard —contesté, con desgana.

—Encantado de veros en una iglesia —dijo.

—Pero no con eso encima —dijo uno de los curas que iban con él, al tiempo que escupía al suelo; abrí los ojos y me di cuenta de que señalaba el martillo que llevaba al cuello. El símbolo de Thor.

—Andaos con ojo, cura —le advertí, aunque me encontraba demasiado flojo como para hacerle pagar su insolencia.

—Padre Penda —dijo Wulfheard—, recemos para que Dios ilumine a lord Uhtred y deje de lado esas baratijas paganas. Dios escucha nuestras oraciones —añadió, mirándome.

—¿Ah, sí?

—Mucho he pedido por vuestra recuperación —mintió.

—Igual que yo —repuse, tocando el martillo de Thor.

Wulfheard esbozó una sonrisa indefinida y se alejó. Como patitos presurosos, los curas fueron tras él, todos menos el joven padre Penda, que, con cara de pocos amigos, se quedó a un paso de nosotros.

—Mancilláis la iglesia de Dios —dijo, en voz alta.

—Marchaos, padre —dijo Finan.

—¡Abominación! —dijo el cura, casi a voces, mientras señalaba el martillo. Los hombres se volvieron para ver qué pasaba—. ¡Abominación a los ojos de Dios! —continuó Penda, al tiempo que se inclinaba para arrancarme el martillo. Lo atrapé por la sotana negra que llevaba y lo atraje hacia mí; como consecuencia del esfuerzo, sentí un pinchazo en el lado izquierdo. Con aquella sotana húmeda que olía a mierda tan cerca de la cara, la tosca tela ocultó el terrible gesto de dolor que me arrancó la herida del costado. Hasta dejé escapar un grito entrecortado en el momento en que Finan se las componía para apartar al cura de mi lado—. ¡Abominación! —seguía gritando Penda, al verse obligado a retroceder. A medio levantar, Osferth ya se disponía a echar una mano a Finan; le tiré de la manga y se lo impedí. Penda trató de abalanzarse de nuevo sobre mí, pero dos de los curas con los que iba lo atraparon por los hombros y se lo llevaron.

—Será necio —dijo Osferth, irritado—, pero tiene razón. No deberíais llevar el martillo en una iglesia, mi señor.

Apreté la espalda contra la pared, y traté de respirar pausadamente. El dolor me venía en forma de oleadas, agudos latigazos que no dejaban de reconcomerme por

dentro. ¿Dejaría de dolerme alguna vez? Estaba harto; quizás el dolor me impedía ver las cosas con claridad.

Estaba pensando que Etelredo, señor de Mercia, se apagaba. Hasta ahí, todo estaba claro. Increíble que hubiera durado tanto, pero, a mi entender, no menos claro estaba que el Witan se había convocado para tomar una decisión acerca de lo que fuera a pasar tras su fallecimiento, y acababa de enterarme que el *ealdorman* Etelhelmo, el suegro del rey Eduardo, estaba en Gleawecestre. No estaba en la iglesia o, al menos, yo no lo vi, cosa harto difícil, porque era un hombretón alto, divertido y dicharachero. Aunque no me fiaba ni un pelo de él, me caía bien Etelhelmo. Y pensaba asistir al Witan. ¿Que cómo lo sabía? Porque el padre Penda, el cura que había escupido al suelo, era de mi cuerda y, cuando lo atraje contra mí, me había susurrado al oído: «Ha venido Etelhelmo. Llegó esta mañana». Había empezado a musitarme algo más cuando lo arrancaron de mi lado.

Escuchaba los cánticos de los monjes y el bisbiseo de los curas que se agolpaban en derredor del altar mientras la luz de las velas perfumadas arrancaba destellos de un enorme crucifijo de oro. El altar estaba hueco; en su base resplandecía un ataúd de plata maciza con unos cristales incrustados. Sólo el ataúd debía de haber costado tanto como la iglesia; si alguien se inclinaba y miraba a través de aquellos pequeños cristales, vería un esqueleto que yacía en un soberbio lecho de seda azul. En fechas señaladas, abrían el ataúd y sacaban el esqueleto; había oído de milagros que se habían obrado en personas que pagaban por tocar aquellos huesos amarillentos: diviesos que sanaban como por arte de magia, verrugas que desaparecían, lisiados que echaban a andar, y todo porque creían que aquéllos eran los huesos de san Osvaldo cuando, en realidad, deberían tenerlos por auténticos milagros, porque aquellos huesos los había encontrado yo. Casi seguro que eran los de algún monje desconocido, aunque, hasta donde yo sabía, bien podían ser los de un porquero; cuando se lo comenté al padre Cuthberto, sólo me dijo que más de un porquero había llegado a ser santo. No hay quien pueda con estos cristianos.

Aparte de treinta o cuarenta curas, debía de haber unos ciento veinte hombres en la iglesia, todos de pie, bajo las altas vigas que surcaban unos gorriones. Por lo visto, aquella ceremonia religiosa era para que el dios crucificado bendijese las deliberaciones del Witan, así que nadie se sorprendió cuando el obispo Wulfheard pronunció un vibrante sermón sobre la conveniencia de tener en cuenta el consejo de los hombres sensatos, virtuosos y de edad avanzada, así como el de nuestros gobernantes. «Honremos como conviene a nuestros mayores —nos exhortó—, ¡palabra de Dios!». Y quizá no le faltase razón, pero en boca de Wulfheard aquellas palabras venían a decir que nadie había sido convocado para manifestar su opinión, sino para acatar la decisión que ya hubieran acordado el obispo, Etelredo y, tal y como acababa de enterarme, Etelhelmo de Wessex.

Etelhelmo era el hombre más rico de Wessex después del rey, su yerno. Dueño de vastas extensiones de terreno, sus guerreros suponían casi un tercio de los efectivos

del ejército de los sajones del oeste. Consejero áulico de Eduardo, su inesperada presencia en Gleawecestre daba a entender que Eduardo de Wessex ya había tomado una decisión en cuanto a Mercia. Debía de haber enviado a Etelhelmo para anunciarla, pero tanto Eduardo como Etelhelmo sabían que las gentes de Mercia eran orgullosas y puntillosas. Mercia no aceptaría por las buenas a Eduardo como rey, así que tendría que ofrecerles algo a cambio, pero ¿de qué se trataba? Por supuesto que, tras el fallecimiento de Etelredo, Eduardo podía proclamarse rey, pero eso provocaría malestar, por no hablar de oposición frontal. Eduardo, y de eso estaba seguro, quería que Mercia se lo pidiese y, para eso, estaba allí Etelhelmo, el afable, generoso y cordial Etelhelmo. Me caía bien Etelhelmo, pero su presencia en Gleawecestre me llevaba a sospechar que había gato encerrado.

Me las arreglé para echar una cabezada durante casi todo el sermón del obispo; cuando, por fin, el coro tuvo a bien dar por concluido un interminable salmo, Osferth y Finan me ayudaron a salir de la iglesia, en tanto que mi hijo me devolvía mi espada, *Hálito-de-serpiente*, y las muletas. Simulando estar peor de lo que estaba, me apoyé con fuerza en los hombros de Finan y arrastró los pies al andar. Puro cuento, aunque no del todo. Estaba harto de dolores, harto del pus hediondo que destilaba la herida. Algunos de los asistentes se detuvieron para decirme lo mucho que sentían verme en ese estado; algunos me lo decían de corazón, pero la mayoría se congratulaban al comprobar que estaba tan disminuido. Antes de haber resultado herido, aquellos mismos hombres me temían; en aquel momento, se atrevían a desairarme sin miedo.

De poco hubo de valerme la primicia del padre Pendas, porque vi a Etelhelmo en la gran sala; me imaginé que, con tal de hacerme ver qué bien se ganaba el oro que recibía, el joven cura había querido adelantarme cualquier información, por nimia que fuera. El *ealdorman* de Wessex estaba rodeado por hombres de más baja condición que entendían que él era quien ostentaba el poder regio en aquella estancia porque hablaba en nombre de Eduardo de Wessex y, de no ser por el ejército de los sajones del oeste, Mercia ni existiría siquiera. Preguntándome qué pintaba allí, me dediqué a observarlo. Era un hombretón de cara ancha, pelo ralo, sonrisa pronta y ojos vivarachos, que se mostró sorprendido al verme. Se quitó de encima a los hombres con los que hablaba y, a toda prisa, se llegó a mi lado:

—Mi buen lord Uhtred —dijo.

—Lord Etelhelmo —repuse, con voz grave y ronca.

—Mi buen lord Uhtred —repitió, tomándome una mano entre las suyas—. ¡No puedo deciros lo feliz que me hace veros! Decidme qué puedo hacer por vos. —Me apretó la mano—. ¡Decidme! —me apremiaba.

—Podrías dejarme morir en paz —repliqué.

—Os quedan muchos años por delante —dijo—; no así a mi querida esposa.

Aquello sí que era nuevo para mí. Sabía que Etelhelmo estaba casado con una mujer pálida y delgada que le había aportado la mitad de Defnascir como dote, y que, de algún modo, se las había apañado para parir una serie de criaturas gordezuelas y

sanas. Lo increíble era que hubiese durado tanto.

—Lo siento —dije, en un susurro.

—Se encuentra mal, la pobre. Cada vez está más acabada; no le queda mucho — no me pareció muy afectado; supuse que su casamiento con aquella mujer fantasmagórica habría sido sólo de conveniencia, por las tierras—. Me casaré de nuevo, ¡y confío en que asistáis a la boda!

—Si sigo con vida —repuse.

—¡Seguro que sí! ¡Rezaré por vos!

No estaría mal que lo hiciera también por Etelredo. El señor de Mercia no había asistido a la ceremonia religiosa, pero, en el estrado que se alzaba en el extremo oeste de la gran sala, desmadejado, con la mirada perdida, envuelto en una ostentosa capa de piel de castor, nos esperaba sentado en su trono. Aunque llevaba un gorro de lana que se los ocultaba casi por completo, seguramente para disimular la herida, blancos se le habían puesto aquellos cabellos que antes fueran pelirrojos. No le tenía ningún aprecio, pero, en aquel momento, me dio pena. Pareció darse cuenta de cómo lo observaba, porque se irguió, alzó la cabeza y dirigió la mirada a los últimos bancos, donde yo estaba sentado. Se quedó mirándome un momento; luego, reclinó la cabeza contra el alto respaldo del sillón y, con la boca entreabierta, así se quedó.

El obispo Wulfheard subió al estrado. Me temí que fuera a encasquetarnos otro sermón, pero se limitó a golpear los listones de madera con la base del báculo que portaba y, cuando logró que el silencio se impusiera en la estancia, se limitó a impartir una breve bendición. Me fijé en que Etelhelmo ocupaba un discreto lugar, a uno de los lados de la asamblea, en tanto que Eardwulf permanecía de pie, apoyado en la pared de enfrente; entre los dos, sentados en incómodos bancos, los ricos hombres de Mercia. Desplegada a lo largo de los muros, la guardia personal de Etelredo, los únicos que podían llevar armas en la sala. Mi hijo entró sin hacer ruido y se agachó a mi lado.

—Las espadas están a buen recaudo —musitó.

—¿Está Sihtric al cuidado?

—Así es.

El obispo Wulfheard hablaba con voz tan queda que tuve que inclinarme hacia delante para oír lo que decía, una postura que me resultaba molesta, pero que, por fuerza, había de soportar si quería enterarme de algo. Según el obispo, lord Etelredo no ocultaba sus complacencias al comprobar que el reino de Mercia era ahora más seguro y vasto que durante los últimos años. «Hemos ampliado nuestro territorio por la fuerza de nuestras espadas —decía Wulfheard—, y, con la ayuda de Dios, hemos expulsado a los paganos de las tierras que nuestros antepasados labraron. ¡Demos gracias a Dios!».

—Amén —respondió lord Etelhelmo, en voz alta.

—Tales bendiciones son fruto —continuó Wulfheard— de la victoria que, el año pasado, y con la ayuda de los sajones del oeste, sus leales aliados, alcanzara nuestro

señor Etelredo. —Al tiempo que Wulfheard señalaba a Etelhelmo, en la sala retumbó un sonoro y clamoroso pataleo de todos los presentes. «Será cabrón», pensé. Etelredo había resultado herido por la espalda, y la contienda la habían ganado los míos, no los suyos.

El obispo aguardó a que se restableciera el silencio.

—Hemos ampliado nuestros dominios —añadió—, buenas tierras, y lord Etelredo tiene a bien conceder esas tierras a quienes pelearon a su lado el año pasado. — Señaló entonces una mesa que se veía a un lado de la sala, donde había dos curas sentados tras un montón de documentos. Un soborno en toda regla: aquellas tierras irían a parar a manos de quienesquiera que apoyasen lo que Etelredo fuera a proponer.

—Nada para mí —rezongué.

—Lo justo donde caeros muerto, mi señor —dijo Finan, entre dientes.

—Con todo —el obispo había comenzado a hablar un poco más alto, lo que me llevó a recostarme de nuevo contra el muro—, hay ciudades de nuestro antiguo reino que siguen en manos de los paganos. Su presencia sigue mancillando nuestro país y, si queremos que nuestros hijos hereden los campos que araron nuestros antepasados, tendremos que partimos el espinazo y expulsarlos, ¡como Josué expulsó a los pecadores de Jericó! —calló la boca un momento, esperando quizás un pataleo de aprobación, pero la sala permaneció muda. Estaba diciendo que había que volver a luchar, más de lo mismo, pero el obispo Wulfheard no era quién para arengar a otros a emprender la espantosa carnicería de plantar cara a un muro de escudos de vociferantes daneses de pura cepa.

—No estaremos solos —continuó el obispo—. Lord Etelhelmo se ha dignado venir de Wessex para garantizarnos y prometernos... ¡que podemos contar con sus tropas!

Esta afirmación arrancó aplausos. Otros serían, pues, quienes iban a luchar, por lo visto; los hombres volvieron a patalear cuando Etelhelmo subió los escalones de madera y se llegó al estrado. Aquel hombre de buena estatura y que sabía mandar sonrió a la concurrencia. Una cadena de oro resplandecía sobre la cota de malla que recubría su pecho.

—No soy quién para dirigirme a tan noble asamblea —reconoció con humildad, mientras su voz sonora llegaba a todos los rincones de la sala—, aunque confío en que lord Etelredo tendrá a bien darme su permiso. —Se volvió, y Etelredo asintió con la cabeza—. Igual que pide por la derrota de los paganos —dijo Etelhelmo—, mi rey siempre tiene presente en sus oraciones al reino de Mercia. Da gracias a Dios por la victoria que obtuvisteis el año pasado, pero no olvidemos, mis nobles señores, ¡que fue lord Uhtred quien estuvo al frente de aquella contienda! ¡Él fue quien hizo caer a los paganos en la trampa y los puso a merced de nuestras espadas!

Menuda sorpresa. Ninguno de los hombres que había en aquella sala ignoraba que yo estaba enfrentado con Etelredo y, sin embargo, ¿accedía a que se me elogiase en

público y en su propia casa? Todo el mundo se volvió a mirarme, uno o dos empezaron a patear y, pronto, toda la sala fue un estruendo. Hasta Etelredo se las arregló para dar un par de golpes en el brazo de su sillón. Etelhelmo parecía exultante, mientras yo no dejaba de preguntarme qué culebra se ocultaba bajo tan inesperado halago.

—Mi rey tiene a bien —esperó Etelhelmo a que remitiera el alboroto— disponer de una nutrida guarnición en Lundene, un ejército en condiciones de plantar cara a los daneses que tanto abundan al este de nuestras tierras.

Sus palabras fueron acogidas en silencio; a nadie se le escapaba que, si bien en manos de los sajones del oeste desde hacía unos cuantos años, Lundene, la ciudad más importante de Britania, era parte de Mercia. Aunque de manera poco clara, lo que Etelhelmo venía a decirles era que la ciudad pasaba a ser, formalmente, parte de Wessex, y así lo entendieron los presentes. Es posible que no les hiciera mucha gracia la idea, pero si tal era el precio que habían de pagar por la ayuda de los sajones del oeste contra los daneses, daban la deuda por saldada y, en consecuencia, les parecía aceptable.

—Mantendremos ese poderoso ejército en el este —añadió Etelhelmo—, un ejército con una única misión: que Anglia Oriental vuelva a manos sajonas. Tarea vuestra, mis nobles señores, es mantener en pie un ejército aquí, en el oeste, hasta que, juntos, ¡expulsemos a los paganos de nuestro territorio! —calló un momento, miró a la sala, y repitió—: ¡Juntos!

No dijo nada más. Un abrupto final. Dedicó una sonrisa al obispo, dirigió otra a los hombres que, en silencio, permanecían en los bancos que había a sus pies, y bajó del estrado. «¡Juntos!», había dicho, lo que seguramente significaba un matrimonio forzoso entre Wessex y Mercia. A punto estaban, pensé, de soltar la culebra.

El obispo Wulfheard, que se había sentado para escuchar a Etelhelmo, se puso en pie de nuevo.

—Es necesario, pues, mis nobles señores —dijo—, que mantengamos en pie un ejército en Mercia hasta expulsar del norte de nuestras tierras al último pagano y que el reino de Cristo llegue a todos los rincones de nuestro antiguo territorio. —Alguno de los presentes empezó a decir algo, aunque no alcancé a oír sus palabras; el obispo lo interrumpió—: Las tierras que vais a recibir serán el pago por los guerreros que necesitamos —zanjó con aspereza; sus palabras bastaron para acallar cualquier otra protesta. La queja, sin duda, tenía que ver con el coste que supone el mantenimiento continuado de un ejército. Aparte de caballos, armas, pertrechos guerreros, escudos y entrenamiento, un ejército requiere víveres, dinero y trabajo, y el Witan se oía nuevas exacciones, pero el obispo parecía dar a entender que las tierras arrebatadas a los daneses darían para el mantenimiento de esa tropa. Y así podría ser, pensé, y no me pareció mala idea. Habíamos derrotado a los daneses, los habíamos expulsado de las grandes llanuras del norte de Mercia: que siguieran produciendo tenía todo el sentido del mundo. Ni más ni menos era lo que hacía Etelfleda en los alrededores de

Ceaster, sólo que sin el apoyo del dinero o los hombres de su marido.

—Pero un ejército necesita de alguien que se ponga al frente —dijo el obispo.

Ya la culebra sacaba su lengua sibilante.

Silencio en la sala.

—Muchas vueltas le hemos dado a este asunto, ¡y más hemos rezado! —continuó el obispo con unción—. Hemos pedido ayuda al Todopoderoso, y él, en su omnisciencia, nos ha dejado entrever una respuesta.

Con sus ojos pequeños y relucientes, la culebra ya asomaba la cabeza.

—Por docenas pueden contarse los hombres que, en esta sala, podrían ponerse al frente de un ejército contra los paganos, pero la elección de cualquiera de vosotros suscitaría los celos de los demás. ¡Si lord Uhtred se encontrase en condiciones, no tendríamos ninguna duda! —«Cabrón mentiroso», pensé para mis adentros—. Todos rezamos por que lord Uhtred se recupere —añadió el obispo—, pero, hasta que ese día llegue, necesitamos a un hombre de capacidad probada, de carácter intrépido y de buena reputación.

Eardwulf. Los ojos de todos se clavaron en él, y percibí un amago de rebeldía entre los ricoshombres. Eardwulf no era de su clase. Tan sólo un advenedizo que, gracias a su hermana, Eadith, quien compartía lecho con Etelredo, había llegado a estar al frente de su guardia personal. Hasta me había esperado que asistiera al Witan con la excusa de estar pendiente de él, pero quizás ella, u otros por ella, habían tenido el buen juicio de que no se dejase ver por allí.

Ese momento eligió el obispo para desvelar la sorpresa que se había reservado y, enseñando sus largos colmillos curvos, la serpiente abrió la boca.

—Lord Etelredo ha dispuesto —dijo— que su querida hija contraiga matrimonio con Eardwulf.

Revuelo en la sala, algún comentario y silencio de nuevo. Pude verla cara que, más de extrañeza que de desaprobación, pusieron los hombres. Gracias a aquel casamiento con Ælfwynn, Eardwulf quedaría emparentado con la familia de Etelredo. Quizá no fuera de buena cuna, pero nadie podía negar que su esposa, nieta del rey Alfredo y sobrina del rey Eduardo, no fuera de sangre real. Los bien dispuestos muslos de su hermana le habían puesto al frente de la guardia personal de Etelredo; se trataba, por tanto, de que Ælfwynn se abriese de piernas para enaltecerlo más. Bien jugado, pensé. Algunos, pocos, empezaron a hablar, apenas un murmullo en la gran sala, y entonces se produjo otra sorpresa. El propio Etelredo se dignó a tomar la palabra.

—He dispuesto —dijo Etelredo, antes de tomarse un respiro; su voz era un susurro, y los presentes se hacían gestos de silencio para oír lo que iba a decir—, he dispuesto —dijo de nuevo, de forma entrecortada y comiéndose las palabras— que mi hija Ælfwynn contraiga matrimonio con lord Eardwulf.

«¿Lord?», pensé para mí. ¿Lord Eardwulf? Sin salir de mi asombro, me quedé mirando a Etelredo. ¿Qué sacaba Wessex a cambio de aquel matrimonio? Quizá,

pensé, fuera algo tan sencillo como que ninguno de los ricoshombres de Mercia se casaría con Ælfwynn, ni heredaría, por tanto, el poder de Etelredo, lo que despejaba el camino al trono por parte de Eduardo, ¿pero quién contendría las aspiraciones de Eardwulf? Con gestos de aprobación, Etelhelmo sonreía; luego, abrió los brazos, cruzó la sala y se fundió en un abrazo con Eardwulf. Un gesto más que claro. El rey Eduardo de Wessex estaba conforme con que su sobrina contrajese matrimonio con Eardwulf. Pero ¿por qué?

A toda prisa, el padre Penda abandonó la reunión, camino de la puerta. Al pasar, me echó una mirada; a la espera de otra invectiva por parte del joven cura, Osferth se puso tenso, pero Penda siguió adelante.

—Id tras el cura —le dije a mi hijo.

—¿Cómo decís, padre?

—Ha salido a mear. Así que, a mear con él. ¡Vamos!

—No tengo ganas de...

—¡Que vayáis a mear con él!

Y allá que se fue Uhtred, mientras yo observaba cómo Etelhelmo acompañaba a Eardwulf al estrado. El más joven de los dos era un hombre apuesto, seguro de sí mismo y fuerte. Se arrodilló a los pies de Etelredo, que le alargó una mano. Eardwulf la besó, y Etelredo dijo algo, aunque tan bajo que ninguno de los presentes llegó a oírlo. El obispo Wulfheard se inclinó y pegó la oreja; se volvió a continuación y, mirando a la sala, dijo:

—Nuestro respetado lord Etelredo —anunció— tiene a bien que la boda de su hija se celebre el día de San Etelbaldo.

Algunos de los curas allí presentes comenzaron a patalear; la sala los remedó.

—¿Cuándo cae San Etelbaldo? —le pregunté a Osferth.

—Hay dos Etelbaldos —repuso el muy pedante—; ya deberíais saberlo, mi señor, porque los dos eran de cerca de Bebbanburg.

—¿Cuándo? —rezongué.

—El más próximo, dentro de tres días, mi señor. El mes pasado celebramos la festividad del obispo Etelbaldo.

¿Tres días? Demasiado pronto como para que Etelfleda pudiera intervenir. Su hija Ælfwynn estaría casada con uno de sus mayores adversarios antes incluso de que la noticia llegase a sus oídos. Un adversario que permanecía de rodillas ante Etelredo mientras el Witan coreaba su nombre. Los mismos que, tan sólo un poco antes y por no ser de buena cuna, lo miraban por encima del hombro; se habían dado cuenta de qué lado soplaba el viento: porque estaba claro que soplaba, y con fuerza, del sur, de Wessex. Eardwulf era cuando menos natural de Mercia, ahorrándoles así la indignidad de que un sajón del oeste marchase al frente de sus tropas.

Mi hijo volvió a la iglesia, se inclinó y me susurró algo al oído.

Y, por fin, entendí la razón de que Etelhelmo aprobase aquel matrimonio y de que lo hubieran invitado a asistir al Witan.

Debería haberme dado cuenta o, al menos, habérmelo imaginado. El Witan se había convocado no sólo para decidir cuál habría de ser el futuro de Mercia, sino que estaba en juego el destino de reyes.

Le dije a Uhtred lo que tenía que hacer, y me puse en pie. Lo hice lentamente y con esfuerzo, poniendo cara de dolor.

—¡Mis nobles señores! —grité, lo que me provocó un dolor espantoso—. ¡Mis nobles señores! —grité de nuevo; el dolor me desgarraba por dentro.

Se volvieron todos y se quedaron mirándome. Todos los presentes sabían lo que vendría a continuación; incluso Etelhelmo y el obispo se temían que algo así pudiera pasar. De ahí sus halagos, con la esperanza de que mantuviera la boca cerrada. Al ver que me disponía a rebatirlos, cayeron en la cuenta de que habían metido la pata. Me disponía a defender que algo tendría que decir Etelfleda en cuanto al destino de su hija. Me disponía a plantar cara a Etelredo y a Etelhelmo, y en silencio, ambos aguardaban. Ninguno de los dos me quitaba el ojo de encima. El obispo se quedó boquiabierto.

Para tranquilidad suya, no dije nada.

Me fui al suelo.



Se armó un revuelo. Gemía y estaba temblando. Los hombres se apresuraron a llegarse a mi lado, mientras Finan les pedía a gritos que no me atosigasen, al tiempo que llamaba a voces a mi hijo, pidiéndole que volviera a mi lado, pero Uhtred se había ido a cumplir el encargo que le había encomendado. El padre Penda se abrió paso entre la multitud y, al verme tendido en el suelo, proclamó que ése era el castigo que Dios me tenía reservado; hasta el obispo Wulfheard lo miró ceñudo.

—¡Callad la boca!

—Justo castigo para un pagano —dijo el padre Penda, exagerando para hacerme ver que se merecía el oro que le daba.

—¿Mi señor? ¡Mi señor! —decía Finan, frotándome la mano derecha.

—Una espada —dije, desfallecido, antes de repetir en voz alta—: ¡Una espada!

—Nada de espadas en la sala —dijo Eardwulf, con voz desabrida.

Finan y cuatro hombres más me llevaron fuera y me tendieron en la hierba. Caía una lluvia fina cuando, por fin, Sihtric apareció con *Hálito-de-serpiente* y me obligó a empuñarla con la mano derecha.

—¡Paganos! —siseó el padre Penda.

—¿Sigue con vida? —se interesó el obispo, inclinándose para verme más de cerca.

—No por mucho tiempo —contestó Finan.

—Llevadlo bajo cubierto —dijo el obispo.

—A casa —musité—, llevadme a casa. ¡Finan, llevadme a casa!

—Como gustéis, mi señor —dijo Finan.

Como toro que dispersa a unas ovejas, Etelhelmo se abrió paso entre la gente.

—¡Lord Uhtred! —exclamó, arrodillándose a mi lado—. ¿Qué os ha pasado?

Osferth se santiguó.

—No puede oíros, mi señor.

—Claro que sí —dije—. Llevadme a casa.

—¿A casa? —me preguntó Etelhelmo. Parecía intranquilo.

—A casa, a las colinas —dije—. Quiero morir en las colinas.

—Hay un convento aquí al lado. —Etelhelmo me sostenía la mano derecha y la apretaba para que no soltase a *Hálito-de-serpiente*—. Allí podrán atenderos, lord Uhtred.

—A las colinas —dije, con voz débil—, llevadme a las colinas.

—Necedades de pagano —dijo el padre Penda, desdeñoso.

—Si lord Uhtred quiere que lo lleven a las colinas —dijo Etelhelmo, sin dudarlo—, ¡allí lo llevarán!

Sin dejar de mirarme, los hombres cuchicheaban entre ellos. Mi muerte privaba a Etelfleda de su mejor adalid y, como no podía ser de otra manera, todos se preguntaban qué pasaría con sus tierras y las mías cuando Eardwulf se convirtiese en señor de Mercia. Llovía con más fuerza y gemí de nuevo. No todo era artificio.

—Señor obispo, mirad de no quedaros frío —dijo el padre Penda.

—Aún tenemos mucho de que hablar —dijo Wulfheard, incorporándose—. Tenednos al corriente —le dijo a Finan.

—Castigo de Dios —seguía insistiendo Penda, mientras se alejaba.

—¡Lo es! —dijo Wulfheard, apesadumbrado—. Ojalá sirva de lección a todos los paganos —impartió una bendición y, tras los pasos de Penda, volvió a la sala.

—¿Nos tendréis al tanto de lo que pase? —le preguntó Etelhelmo a Finan.

—Por supuesto, mi señor. Pedid por él.

—De todo corazón.

Esperé a que todos los asistentes al Witan se hubiesen resguardado de la lluvia, alcé los ojos y le dije a Finan:

—Uhtred va a traer una carreta —le dije—. Acomodadme en ella. Luego, todos partiremos hacia el este. ¡Sihtric!

—¿Mi señor?

—Reunid a los nuestros. Daos una vuelta por las tabernas. Que estén listos para partir. ¡Deprisa!

—¿Mi señor? —me preguntó Finan, sorprendido al ver la energía de que daba muestra.

—Me estoy muriendo —le aclaré, al tiempo que le guiñaba un ojo.

—¿De verdad?

—Confío en que no sea así, pero que todo el mundo se entere.

Tardó lo suyo, pero, por fin, apareció mi hijo con una carreta tirada por dos caballos; me levantaron del suelo y me colocaron en un lecho de paja húmeda. Había acudido a Gleawecestre con casi todos mis hombres que, a caballo, iban delante, detrás y a ambos lados de la carreta mientras recorríamos las calles de la ciudad. Al pasar, las gentes se descubrían. Sin saber cómo, la noticia de que mi muerte era inminente se había extendido por toda la ciudad y, al vernos pasar, las gentes salían de los comercios y de sus casas. Los curas se santiguaban al paso de la carreta.

Tenía miedo de llegar demasiado tarde. Cuando mi hijo había salido con Penda a echar una meada junto al muro de la iglesia, el cura le había puesto al corriente: Etelhelmo había enviado tropas a Cirrenceastre.

Debería habérmelo imaginado.

Por eso me habían convocado al Witan; no porque Etelredo y Etelhelmo quisiesen hacer ver a los hombres de Mercia que alguien se había puesto de parte de Etelfleda, sino para mantenerme alejado de Cirrenceastre o, más bien, para mantener alejados a mis hombres de la ciudad, porque allí había algo que Etelhelmo quería por encima de todo.

Etelstano.

Tan sólo un chaval; diez años tendría por entonces, si no recuerdo mal; su madre había sido una preciosa muchacha de Cent que había muerto al dar a luz. Pero su padre seguía vivo, vivo y coleando, y su padre, Eduardo, no era otro que el hijo del rey Alfredo y rey de Wessex a la sazón. Con el tiempo, Eduardo se había casado con la hija de Etelhelmo, con quien había tenido otro hijo, razón suficiente para que Etelstano fuera considerado como un estorbo. ¿Era él el primogénito? O, como gustaba de recalcar Etelhelmo, ¿sólo un bastardo? De ser así, carecería de cualquier derecho, pero nunca habían cesado las habladurías en cuanto a si Eduardo había contraído matrimonio con aquella muchacha de Cent. Yo sabía que el rumor era cierto: el padre Cuthberto los había casado. Las gentes de Wessex daban en decir que Etelstano era bastardo, pero a Etelhelmo le aterraban aquellos rumores que parecían no tener fin. Temía que, a la hora de aspirar al trono de Wessex, Etelstano se erigiese en adversario de su nieto, y no se le había ocurrido nada mejor que tomar cartas en el asunto. Según Penda, había enviado una veintena o más de hombres a Cirrenceastre, a casa de Etelfleda, donde residía Etelstano, protegido en mi ausencia tan sólo por seis guerreros. ¿Se atrevería Etelhelmo a acabar con él? No pondría la mano en el fuego por él, pero seguro que no tendría reparo alguno en secuestrarlo y llevarlo lejos con tal de que dejase de representar una amenaza para sus ambiciones. Y si Penda estaba en lo cierto, los hombres que había enviado para hacerse con Etelstano nos llevaban un día de ventaja. Sin embargo, al oírme decir que tenía pensado ir a Cirrenceastre, o quizás a Fagranforda, a Etelhelmo le había entrado miedo, lo que me daba a entender que sus hombres aún podían seguir por aquellos parajes; de ahí

aquella necesidad de musitar que quería morir en las colinas. El día que me llegue mi hora, espero que me encuentre en el lecho cálido de una moza, no en lo alto de una colina de Mercia azotada por la lluvia.

No me atrevía a ir más deprisa. Desde lo alto de las murallas de Gleawecestre, la gente no nos perdía de vista, así que nos desplazábamos con una lentitud desesperante, como si mis hombres quisiesen evitar a toda costa el menor traqueteo de una carreta que transportaba un moribundo. Tuvimos que guardar las apariencias hasta que llegamos a los hayedos de la empinada ladera que llevaba a lo alto de las colinas donde las ovejas triscaban en verano; nos adentramos, por fin, entre los árboles y, a salvo ya de miradas indiscretas, salté de la carreta a lomos de mi caballo. Dejé a Godric Grindanson, el mozo de mi hijo, al cuidado de la carreta, y los demás picamos espuelas.

—¡Osferth! —grité.

—¿Mi señor?

—No os detengáis en Cirrenceastre —le dije—. Seguid adelante con dos de los vuestros y cercioraos de que el padre Cuthberto no corre ningún peligro. Sacad a ese cabrón de ciego de la cama, y traed a los dos a Cirrenceastre.

—¿A quiénes? ¿Que los saque de la cama? —En ocasiones, Osferth era un poco lerdo.

—¿De dónde, si no? —le pregunté, y Finan se echó a reír.

El padre Cuthberto era mi capellán. No quería curas a mi lado, pero el rey Eduardo me lo había impuesto y, la verdad, Cuthberto me caía bien. Cnut le había sacado los ojos. Todo el mundo me decía que era un buen cura, es decir, que hacía su trabajo como es debido. «¿Qué trabajo?», le había preguntado a Osferth en cierta ocasión, a lo que me respondió que visitaba a los enfermos, no descuidaba sus plegarias y predicaba, pero siempre que iba a verlo a su casita, pegada a la iglesia de Fagranforda, tenía que esperar a que se vistiera. Al cabo, aparecía sonriente, con los pelos revueltos y sofocado, seguido al poco por Mehrasa, la esclava de piel oscura con la que se había casado. Toda una belleza.

Cuthberto corría peligro. No estaba seguro de que Etelhelmo estuviese al tanto de que él fuera el cura que, en su día, casara a Eduardo con su amor de Cent. De saberlo, no le quedaba otra que silenciarlo, aunque también era posible que Eduardo nunca le hubiera revelado la identidad del cura. Eduardo quería a su hijo, y también estaba encariñado con Cuthberto, pero ¿hasta dónde llegaba aquel afecto? Eduardo no era un rey débil, pero sí indolente, encantado de dejar los asuntos del reino en manos de Etelhelmo y de un puñado de curas diligentes; en realidad, ellos eran quienes, con justicia y mano firme, se encargaban del gobierno de Wessex. Así, Eduardo disponía de tiempo libre para ir de caza, o de putas.

Y mientras el rey cazaba ciervos, jabalíes o mujeres, Etelhelmo se hacía con el poder. Y lo ejercía con mesura. En Wessex se impartía justicia, los fortines estaban en condiciones, la milicia comarcal, el *fyrð*, se ejercitaba en el uso de las armas, y los

daneses, por fin, se habían dado cuenta de que invadir Wessex era sinónimo de derrota; el propio Etelhelmo era un hombre bastante honrado, sólo que había visto la posibilidad de convertirse en el abuelo de un rey y, ya puestos, de un gran rey. Aconsejaría a su nieto tal y como hacía con Eduardo, y no me cabía duda de que la ambición de Etelhelmo no desmerecía del sueño que, en su día, Alfredo persiguiera: el sueño de unir a todos los sajones, de unir los cuatro reinos en uno solo. Un magnífico sueño, sin duda, pero Etelhelmo quería asegurarse de que fuera alguien de su familia quien lo hiciera realidad.

Y yo iba a frustrar sus planes.

Si podía.

Al menos, lo intentaría, porque sabía que Etelstano era hijo legítimo. Era el heredero, el *ætheling*, el primogénito del rey y, además, porque tenía cariño al muchacho. Si, para acabar con él, nada detendría a Etelhelmo, nada me impediría a mí hacer lo que fuera por protegerlo.

No tuvimos que ir mucho más allá. En cuanto llegamos a lo alto de las colinas, vimos la mancha del humo que salía de los hogares de Cirrenceastre. Íbamos al galope, y me dolían las costillas. De Etelfleda eran las tierras, buenas tierras, que se veían a ambos lados de la calzada romana. Al cuidado de hombres y perros, los primeros corderos ya estaban en los campos. Su padre le había dejado aquellas tierras, pero su hermano podía arrebatárselas, y la inesperada presencia de Etelhelmo en Gleawecestre daba a entender que Eduardo se había puesto de parte de Etelredo, o bien que Etelhelmo estaba tomando decisiones que marcarían el destino de Mercia.

—¿Qué hará con el chico? —me preguntó Finan; por lo visto, iba pensando lo mismo que yo—. ¿Le rebanará el pescuezo?

—No. Sabe del cariño que Eduardo tiene a los gemelos. —Etelstano tenía una hermana gemela, Eadgyth.

—Recluiré a Etelstano en un monasterio —apuntó mi hijo—, y la pequeña Eadgyth acabará en un convento.

—Lo más probable.

—En algún sitio lejos de aquí —continuó mi hijo—, a las órdenes de un cabrón de abad que le propine una buena tunda día sí, día no.

—Intentarán que se meta a cura —dijo Finan.

—O albergan la esperanza de que caiga enfermo y la palme —dije, estremecido de dolor, cuando mi caballo tropezó con una losa levantada. Calzadas en mal estado. Decadencia por doquier.

—No deberíais montar a caballo, padre —me reconvino mi hijo.

—Tengo dolores de continuo —contesté—; si me dejase llevar, no haría nada.

El viaje fue espantoso; cuando llegamos a la puerta oeste de Cirrenceastre estaba casi aullando de dolor. Traté de disimularlo. A veces me pregunto si los muertos pueden vernos a nosotros, los vivos. ¿Se acomodarán en el gran salón del Valhalla y se fijarán en qué hacemos los que dejaron atrás? Podía imaginarme a Cnut allí

sentado, pensando en que no tardaría en reunirme con él y en que, juntos, alzaríamos un cuerno rebosante de cerveza. En el Valhalla no hay dolor ni tristeza, nada de lágrimas ni de juramentos quebrantados. Podía ver cómo Cnut me sonreía de forma burlona, no porque disfrutase viendo lo mal que lo estaba pasando, sino porque los dos nos habíamos entendido bien en esta vida. «Venid conmigo —me decía—, ¡venid conmigo y vivid!». Era tentador.

—¡Padre! —oí que decía mi hijo, preocupado.

Parpadeé y, al instante, se disiparon las sombras que me habían nublado la vista; habíamos llegado a la puerta, y, con gesto ceñudo, me observaba uno de los centinelas de la ciudad.

—¿Mi señor? —dijo el hombre.

—¿Decíais algo?

—Hay hombres del rey en casa de mi señora —dijo.

—¡Hombres del rey! —exclamé, y el hombre se me quedó mirando. Me volví a Osferth—. ¡No os detengáis! ¡Id en busca de Cuthberto! —El camino a Fagranforda discurría por mitad de la ciudad—. ¿Hombres del rey? —le pregunté al guardia de nuevo.

—Hombres del rey Eduardo, mi señor.

—¿Siguen aquí?

—Así es, hasta donde yo sé, mi señor.

Espoleé mi montura. Etelfleda residía en la mansión que, en su día, ocupara el jefe militar de la plaza, o eso pensaba yo de aquel espléndido edificio situado en un esquinazo del antiguo castro romano. Salvo la cara norte, que se confundía con las defensas de la ciudad, nada quedaba de las antiguas murallas; con todo, era una casa fácil de defender. Construida alrededor de un amplio patio, sus muros exteriores, del color de la miel y carentes de ventanas, eran de piedra. En la fachada sur, unas columnas realzaban la entrada, si bien, en el lienzo norte de la muralla, Etelfleda había habilitado un nuevo acceso que iba a dar al patio de cuadras. Envié a Sihtric con seis de los nuestros a vigilar aquella entrada norte, en tanto que yo, al frente de otros treinta hombres, me dirigí a la plazuela que se abría delante de la entrada sur, invadida en aquel momento por una multitud de curiosos que no dejaban de preguntarse cuáles eran los motivos de que el rey Eduardo de Wessex hubiera enviado hombres armados a Cirrenceastre. Al oír el estruendo de los cascos de nuestras caballerías en la calle que quedaba a sus espaldas, la multitud nos abrió paso; cuando llegamos a la plazuela, reparé en los dos soldados que, lanza en mano, custodiaban la puerta. Uno estaba sentado en una arqueta de piedra que albergaba un pequeño peral. Al vernos, se puso en pie y se hizo con el escudo, en tanto que el otro golpeaba la puerta cerrada con la base de la lanza. Ambos llevaban cotas de malla, yelmos y escudos redondos recién pintados con el dragón de Wessex. En la puerta, un pequeño postigo; me fijé en que alguien lo abría y nos observaba. Al lado derecho de la plazuela, junto a la alta iglesia de madera que había levantado Etelfleda, dos

muchachos guardaban unos caballos.

—Contad los caballos —le dije a mi hijo.

—Veintitrés —contestó casi de inmediato.

Ya sabíamos cuántos eran.

—No creo que se atrevan a plantarnos cara —dije.

Se oyó un grito que venía del interior de la mansión.

Un grito capaz de taladrar los oídos, tan fuerte como el chirrido de una buena lanza al llevarse por delante los tablones de sauce de un escudo.

—¡Santo Dios! —dijo Finan.

Y el grito cesó.

Capítulo II

Se abrió la puerta de la mansión de Etelfleda.

Y apareció Brice.

Conocía a Brice. No demasiado, pero, al cabo de tantos años de lucha por ver de expulsar a los daneses hacia el norte, claro que habíamos coincidido en alguna ocasión. Nos habíamos visto en campamentos, incluso cruzado unas palabras antes de entrar en combate; un veterano curtido en muchas batallas, no menos veces baqueteado en un muro de escudos, eso sí, siempre bajo el estandarte del ciervo rampante del *ealdorman* Etelhelmo. Ducho en el manejo de las armas, fuerte como un toro, pero corto de entendederas, de ahí que nunca lo hubieran puesto al frente de una de las grandes compañías de su señor. Menos aquel día en que, por lo visto, lo habían dejado al mando de la tropa que habían enviado para atrapar a Etelstano. A grandes zancadas, aquel hombre de armas, revestido de todo su esplendor guerrero, se llegó hasta nosotros; tantas veces lo había visto de aquella guisa que, la verdad sea dicha, no me impresionó.

Excelente cota de malla, muy tupida, de factura franca probablemente, aunque rasgada en media docena de sitios donde, por encima del mortecino brillo del metal, relucían unos brazaletes recientes. Botas altas de cuero oscuro, y un bien ceñido tahalí con no menos de una docena de losanges por encima de la cota de malla. Una espada larga y pesada reposaba en una vaina de cuero rojo con tiras de plata entrecruzadas. Una cadena de plata al cuello. A la altura de la garganta, un precioso pasador cuajado de granates afianzaba la capa de color rojo oscuro con que se cubría los anchos hombros. No llevaba yelmo. Unos cabellos pelirrojos, demasiado largos para el gusto de los sajones, remataban aquel rostro ahíto de tantos enemigos como había contemplado. Se había hecho una marca en forma de cruz en la mejilla derecha, y se había restregado los cortes con hollín y cenizas, de forma que aquella oscura marca lo identificase como guerrero cristiano. Un hombre despiadado, pero ¿podía ser acaso de otra manera? Había pasado por muros de escudos, visto cómo los daneses se le venían encima, y había salido con vida. Atrás había dejado la juventud: la barba gris, unas profundas arrugas surcaban su tez curtida.

—Lord Uhtred —me saludó. No advertí respeto alguno en sus palabras, sino un tono de fastidio, como si mi presencia no fuera sino una carga más, y me imagino que lo era.

—Brice —contesté, sin moverme de la silla.

—Órdenes del rey —dijo.

—¿Ahora estáis al servicio de rey Eduardo? —me sorprendí—. ¿Qué ha pasado? ¿Tan pronto se hartó lord Etelhelmo de vuestra hedionda presencia?

Pasó por alto el insulto.

—Me ha enviado en busca del joven bastardo —dijo.

Alcé los ojos a la torre de madera que coronaba la iglesia de Etelfleda, donde colgaba una campana por la que había pagado un pesado cofre repleto de plata. Qué orgullosa estaba con aquella campana que, salida de manos de artesanos frisios, había traído del otro lado de mar. En el labio, llevaba una inscripción: «Etelfleda, por la gracia de Dios y con la ayuda de santa Werburga, mandó hacer esta campana». Por la misma gracia de Dios, al primer tañido, la campana se había resquebrajado. Cuánto pude reírme aquel día; desde entonces no había vuelto a tañer para que la gente acudiese a la iglesia, sino para hendir el cielo con su toque desabrido.

—¿Me habéis oído? —me preguntó Brice.

Tardé un poco en apartar los ojos de la campana resquebrajada; luego, me quedé mirando a Brice de pies a cabeza.

—¿Algo de un bastardo? —le pregunté, al cabo de un rato.

—De sobra sabéis a quién me refiero —dijo.

—Debería comprar otra campana para la dama Etelfleda —le comenté a Finan.

—Estaría encantada —contestó.

—A lo mejor consigo que alguien escriba «regalo de Thor».

—Eso no le hará ninguna gracia.

—¡Lord Uhtred! —interrumpió Brice aquel disparate.

—¿Seguís aquí? —le pregunté, poniendo cara de sorpresa.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está quién?

—El bastardo Etelstano —dijo.

Negué con la cabeza.

—No sé de ningún bastardo que se llame Etelstano. No sé si vos... —mirando a Finan.

—Nunca he oído hablar de él, mi señor.

—El joven Etelstano —dijo Brice, haciendo esfuerzos por contenerse—. El hijo del rey Eduardo.

—¿No anda por casa? —con cara de sorpresa, de nuevo—. Debería de estar; de no ser así, estará en la escuela.

—No está aquí —dijo Brice, con aspereza—, y nos hemos pasado por la escuela. Así que dad con él.

Aspiré profundamente, y eché el pie a tierra. Hube de esforzarme para disimular el dolor que sentía, incluso me apoyé un momento en el caballo hasta que remitió el pinchazo del costado. Llegué incluso a preguntarme si podría caminar sin ayuda, pero, al final, me las arreglé para bajar de la silla.

—Me ha sonado como una orden —le dije, al tiempo que, lentamente, daba unos pasos hacia donde él estaba.

—Del rey —dijo.

—¿El rey de Wessex? —le pregunté—. Da la casualidad de que estamos en

Mercia.

—El rey desea que su hijo vuelva a Wessex —repuso Brice, tajante.

—Sois un buen guerrero —le dije—, y estaría encantado de teneros a mi lado en un muro de escudos, pero no me fiaría de vos ni a la hora de vaciar mi orinal. No sé si daríais la talla. Por eso no estáis al frente de la guardia personal de Etelhelmo. Así que no me vengáis con ésas: no estáis al servicio del rey porque al rey jamás se le habría pasado por la cabeza la idea de enviaros. ¿Quién os ha enviado, pues? ¿Lord Etelhelmo?

Lo había irritado, pero se las arregló para tragarse la rabia que sentía.

—El rey —dijo pausadamente— quiere a su hijo de vuelta, y vos, lord Uhtred, iréis en busca del muchacho y me lo traeréis aquí.

—Puede que os suene raro —repuse—, pero no estoy aquí para recibir órdenes de vos.

—Claro que sí; vais a ver. —Debió de pensar que, a fuerza de agresividad, sería capaz de ocultar su nerviosismo, pero me di cuenta de que no sabía qué hacer. Tenía órdenes de encontrar a Etelstano, el muchacho había desaparecido y mis hombres superaban en número a los suyos, pero Brice no tenía la sensatez de dar por concluida la misión que le habían encomendado, sino que decidió encararla como afrontaba cualquier dificultad que le saliese al paso: de forma brutal y directa. Se volvió hacia la casa, y gritó—: ¡Traedla!

Abrieron la puerta de la mansión y un hombre sacó a Stiorra a la luz del sol. Un murmullo recorrió la multitud: con la túnica desgarrada y tratando de cubrirse los pechos con aquellos harapos, mi hija traía la cara manchada de sangre. Finan se inclinó en la silla de montar, adelantó una mano y me sujetó por el brazo, un gesto innecesario. Estaba furioso, sí, pero no era un necio. Me encontraba demasiado flojo para vérmelas con Brice; por otra parte, aun rabioso como estaba, mantenía la cabeza fría. Saldría con bien de aquel lance, pero no gracias al uso de la fuerza. Tiempo habría. Entretanto, Brice estaba convencido de que no me quedaba otra que obedecer sus órdenes.

—Traedme al muchacho —dijo, con un gruñido—, y soltaré a vuestra hija.

—¿Y si no lo hago?

—Vos sabréis —encogiéndose de hombros.

Me volví e hice una seña a mi hijo.

—Venid un momento. —Aguardé mientras Uhtred echaba el pie a tierra y se llegaba a mi lado—. ¿Dónde anda? —le pregunté en voz baja. Si alguien sabía dónde había podido esconderse Etelstano, ése era mi hijo.

Se quedó mirando a Brice; luego, le volvió la espalda.

—Suele pasarse por la herrería.

—¿Por la herrería?

—La herrería de Godwulf. A ver a sus amigos —hablaba en voz muy queda para que Brice no pudiera oír lo que me decía—. El hijo y la hija de Godwulf. En realidad,

es a ella a quien va a ver.

—¡Si sólo tiene diez años!

—Nueve, según mis cálculos. La chica, doce.

—Así que le gustan mayores —comenté—. Id a ver si dais con ese potrillo, y traedlo aquí. Tomáoslo con tranquilidad. No os deis mucha prisa.

Asintió y se fue, abriéndose paso entre la multitud mohína.

—¿Adónde va? —preguntó Brice.

—A buscar al muchacho, claro está —dije.

Estaba receloso, pero no era lo bastante listo para ver más allá del paso que se disponía a dar; aun así, debió de parecerle bien la idea.

—Decidles a vuestros hombres que se vayan —exigió.

—¿Que se vayan? —fingiéndolo ser tan necio como él.

—¡Que se vayan! —rezongó—. Los quiero fuera de mi vista. ¡Ya!

Pensó que así se vería libre de la amenaza cuando, en realidad, me estaba pidiendo lo que yo quería oír.

—Llevad a los hombres al otro lado de la muralla —le dije a Finan en voz baja—; a una seña mía, volved a la ciudad por la techumbre del establo.

—¿Qué le estáis diciendo? —quiso saber Brice.

—Que esperen en la taberna de Barley —le dije—; buena cerveza, mucho mejor que ese brebaje rancio que sirven en El ánsar enfangado —hice un gesto a Finan, que se llevó a mis hombres por una de las estrechas callejuelas que salían de la plazuela de la iglesia, y los perdimos de vista. Esperé hasta que dejó de oírse el martilleo de los cascos; luego, con parsimonia, me acerqué a mi hija.

—¿Cómo os llamáis? —le pregunté al hombre que la sujetaba.

—Hrothard —contestó.

—¡Silencio! —le increpó Brice.

—Si le ponéis una mano encima, Hrothard —le advertí—, me encargaré de que muráis lentamente.

Un par de zancadas rápidas, y Brice se plantó a mi lado.

—Hrothard hará lo que yo le diga —me espetó, y olí su appestoso aliento, igual que él debió de oler el nauseabundo pus que destilaba mi herida.

—Así que le diréis que la suelte cuando os traiga a Etelstano —le dije—, ¿estamos?

No parecía muy convencido, pero asintió; era demasiado lerdo para darse cuenta de que le estaba tendiendo una trampa. Ojalá los dioses tuvieran siempre a bien enviarme enemigos tan lerdos como él.

—¿Sabéis dónde anda el chico? —me preguntó.

—Eso pensamos —repuse—; además, si el rey quiere a su hijo de vuelta, ¿quién soy yo para torcer su voluntad?

Rumió mi pregunta durante unos instantes, y debió de pensar que me había plegado a todas sus demandas.

—Fue el rey quien encargó a lord Etelhelmo que diese con el muchacho —dijo, tratando de que la verdad hiciese buenas sus mentiras.

—Deberías habérmelo dicho desde el principio —repuse—, porque Etelhelmo siempre me ha caído bien. —Brice esbozó una sonrisa al oír aquellas palabras—. No así los hombres que abofetean a mi hija —añadí.

—Fue un descuido, mi señor —dijo de forma atropellada—. Quien lo hizo tendrá su castigo.

—Bien —dije—; sólo nos queda esperar. —Y eso fue lo que hicimos mientras los hombres que habían ido con Finan echaban el pie a tierra y trepaban a las murallas de la ciudad por unos escalones ocultos que había más allá de la iglesia y de donde Brice pudiera verlos. Si bien derribada en su mayor parte, aún quedaba en pie un esquinazo de los muros de la antigua fortaleza, de forma que sus murallas eran las fachadas norte y oeste de la mansión de Etelfleda. Las dependencias de los criados y los establos ocupaban la cara norte; con el paso del tiempo, los techos se habían venido abajo, y los habían sustituido por una techumbre de vigas de madera y cañizo. Bastaba con abrir una brecha en la techumbre y romper los cañizos para que un hombre pudiera llegar a las cuadras. En aquel momento, observaba a Finan y a sus hombres en lo alto de uno de los muros, igual que podría haberlos visto Brice si se hubiera dado la vuelta, pero hice lo que pude por entretenerlo preguntándole detalles de Teotanheale y escuchando lo que había hecho en aquella batalla. Dándole a entender que me había dejado impresionado, le animé a que me contase más cosas, mientras los hombres de Finan alcanzaban la techumbre. En actitud indolente, recostado contra la muralla exterior, sólo uno permanecía de pie.

—¿Qué hay de la hermana gemela del muchacho? —le pregunté.

—El rey quiere que nos la llevemos también —dijo.

—¿Dónde está?

—En la mansión, con las chicas de la cocina.

—Más os vale que esté bien y nadie la haya tocado —le advertí.

—Lo está —contestó Brice.

—Espero que sepáis disculparme —le dije—, pero la herida me está matando. Tengo que sentarme. —Me apartaba de su lado.

—Os tengo en mis oraciones —reconoció, aunque le costó lo suyo decirlo.

—Si los dioses lo tienen a bien —contesté, mientras volvía junto a mi caballo, en manos de Edric, mi nuevo mozo, un chaval de ocho o nueve años. Haciendo de tripas corazón, me encaramé en la silla. Brice echó a andar hacia la puerta de la mansión, y se dispuso a esperar al lado de Stiorra.

Mi hija me estaba mirando. Aunque siempre he querido a mis hijos, reconozco que he sido un mal padre. De pequeños, me hastiaban y, a medida que se fueron haciendo mayores, siempre estaba guerreando lejos de casa. Eduqué a mi hijo para ser un guerrero, y estaba orgulloso de él; con Stiorra, en cambio, estaba hecho un lío. Era la más pequeña; tanto se parecía a su difunta madre que me costaba mirarla: alta,

esbelta y de cara alargada como ella, los mismos cabellos negros, los mismos ojos oscuros, el mismo gesto serio que irradiaba belleza con tan sólo esbozar una sonrisa. No la conocía mucho porque, mientras ella crecía, yo andaba guerreando, así que la dejé en manos de Etelfleda. Muchos de aquellos años los pasó con las monjas de Cracgelad, que la instruyeron en la religión y en tareas propias de las mujeres. Era una muchacha dulce, con un temperamento de acero bajo aquella capa almibarada, y cariñosa también, aunque nunca supe a ciencia cierta lo que pensaba. Sabía que estaba en edad de contraer matrimonio, pero no había dado con alguien que fuese digno de ella; tampoco ella había dicho nunca que quisiera casarse. Nunca fue muy habladora; la verdad; callada y reservada, todo se lo guardaba para sí.

Allí estaba, con el labio inferior partido, hinchado y ensangrentado. Alguien tenía que haberle propinado un buen bofetón para hacerle algo así; descubriría al culpable y daría buena cuenta de él. Stiorra era mi hija, y nadie le iba a poner la mano encima sin mi permiso; además, ya era lo bastante mayor como para no pegarle. De pequeños, hay que azotar a los niños para que aprendan a obedecer, pero sólo hasta que se hacen mayores. Aunque, al igual que tantos otros, jamás había levantado la mano a Gisela ni a ninguna de mis amantes, de sobra sé que hay maridos que zurran a sus mujeres. Empero, son muchos los hombres que, por más que las leyes lo consientan y la Iglesia les dé alas para hacerlo, no pegan a sus mujeres: en poco se tiene el hombre que golpea a alguien más débil que él. Etelredo había pegado a Etelfleda, pero él era un pusilánime, y ya se sabe que los pusilánimes maltratan a las mujeres para dejar claro quién es el más fuerte.

Perdido en esos vericuetos andaba, sin dejar de mirar a mi hija, tan erguida y callada, cuando una racha de aire trajo unas gotas de lluvia. Sorprendido, porque había hecho bueno durante casi todo el día, alcé la vista al cielo, pero todo se quedó en un chubasco tan fugaz como pasajero.

—Mi señor —gritó Brice, en tono áspero. Se estaba poniendo nervioso, pero antes de que pudiera dar rienda suelta a sus temores, apareció mi hijo con Etelstano—. Traedlo aquí —apremió a Uhtred.

—Traedlo aquí —le ordené, y mi hijo se llegó con Etelstano al pie de mi estribo. Sonreí a aquel muchacho al que quería tanto como a un hijo. Un buen chico, travieso como todos los de su edad, pero listo y fuerte. Se había iniciado en el manejo de las armas y aprendido a empuñar la espada y los rudimentos del escudo; había ensanchado con el ejercicio. Cabellos oscuros, cara delgada y unos ojos verdes que imaginé que habría heredado de su madre; con el tiempo, pensé, sería un hombre apuesto.

—Os entregaré al muchacho —le dije a Brice—, en cuanto me devolváis a mi hija.

Se quedó pensativo. Qué hombre tan lerdo: gachas de cebada en lugar de sesos, pensé. Buen guerrero, sí, pero a los hombres como Brice hay que atarlos corto, como a los perros. Supuse que Etelhelmo lo había enviado a Cirrenceastre porque,

tratándose de Brice, cumpliría sus órdenes pasara lo que pasara; como el perro que va en pos de un jabalí, no se detendría ante nada; pero cuando el jabalí le hunde los colmillos en la panza y le desgarran las tripas, el perro tiene que darse cuenta de que le ha llegado su hora. A pesar del esfuerzo que le suponía, Brice siguió rumiando el asunto hasta que, por fin, creyó haberse dado cuenta de la celada que escondía mi oferta.

—Realizaremos el intercambio al otro lado de las murallas de la ciudad —dejó caer.

—¿Fuera de la ciudad? —insistí, fingiendo no haberle entendido bien.

—No pensaréis que voy a ser tan necio, mi señor —apuntó.

—Nunca pensaría semejante cosa de vos —dije, en tono afable.

—Vuestros hombres no se moverán de la ciudad —estipuló—; vos llevaréis al muchacho al otro lado de las murallas. —Fruñí el ceño como si estuviera meditando su oferta, algo que, tratándose de Brice, cobraba todo su sentido. Imaginándose que mis hombres podían tenderle una emboscada en las callejas estrechas de Cirrenceastre y tratando de echar por tierra cualquier posibilidad de que algo así ocurriera, no se le había ocurrido nada mejor que realizar el intercambio a campo abierto, al otro lado de las murallas de la ciudad—. ¿De acuerdo? —insistió.

Eché una mirada al hombre que se reclinaba contra la muralla y, muy despacio, alcé una mano. La dejé en alto un instante, y la bajé de golpe. El hombre desapareció y, como era de esperar, Brice interpretó el gesto como una señal de asentimiento por mi parte.

—Se hará como decís —contesté—, pero quiero que me deis vuestra palabra de honor.

—¿Palabra de honor, mi señor?

—De que el hombre que sacudió a mi hija será castigado.

—Ya os la di, ¿no es así?

Espoleé mi montura y me acerqué un poco. Los cascos resonaron con fuerza sobre el pavimento romano.

—Quiero que me entreguéis al hombre que lo hizo —le dije.

—Será castigado —insistió Brice, sin dar su brazo a torcer.

En ese momento, comenzaron a oírse gritos y el inconfundible estruendo de un entrecuchar de espadas, y supe que Finan y los suyos estaban en el interior de la mansión. Ni siquiera se habían molestado en despejar la techumbre y echar abajo las vigas que la sostenían: se limitaron a saltar al techo, que cedió al instante. El primero en hacerlo fue Gerbruht, un frisio que comía como si no hubiera un mañana y pesaba tanto como un caballo; los hombres de Finan sólo habían tenido que colarse por el boquete que había abierto. Sin apartar los ojos de Brice, no hice caso del tumulto.

—Vais a entregarme al hombre que lo hizo —dije, y bien podía haberme ahorrado el esfuerzo porque, en ese momento, Brice oyó el jaleo y se dio cuenta de que se la había jugado. Ya estaba dispuesto a espolear mi caballo contra él para derribarlo,

cuando desenvainó la espada y se vino a por mí.

—¡Cabrón! —gritó. Era rápido. Ningún guerrero lento vive para contarlo, pero era increíblemente rápido para ser tan grandullón. Blandiendo la espada contra la cara de mi caballo, recorrió los pocos pasos que nos separaban; sujeté las riendas y sentí un dolor tan insoportable en las costillas inferiores que casi perdí el sentido; y me di cuenta de que no tenía nada que hacer, que era demasiado rápido, que me descabalaría de la silla y me arrojaría al suelo y que, o bien acababa conmigo o, si le quedaba una pizca de sensatez, dispondría de otro rehén.

Pero si él era rápido, mi hijo también lo era, y como una centella.

La espada de Brice nunca llegó a descargar contra mí ni contra mi caballo. No me di mucha cuenta de lo que pasó; más tarde, me enteré de que Uhtred había echado mano de su machete, *Attor*; y lo había lanzado. Que la espada corta se le trabó entre las piernas y que trastabilló. Incluso oí el estruendo que hizo al caer, pero bastante tenía con recuperar el resuello. Brice volvió a ponerse en pie al instante; para entonces, Uhtred empuñaba su espada larga, su inseparable *Pico-de-cuervo* y, de un empujón, había quitado de en medio a Etelstano, alejándolo de la pelea.

—Vamos, cagarruta —desafió a Brice. La multitud, tan callada hasta entonces, estalló en un clamor.

—¡Cabrón! —dijo Brice. De un puntapié, se deshizo de *Attor* y fue a por mi hijo. No hay que olvidar que Brice era un consumado guerrero con la espada, un hombre que se había pasado la vida entre hojas de acero, un hombre que se había hecho rico gracias a su destreza en la batalla. No sabía lo que era el miedo, y menos frente a Uhtred, mi hijo, un hombre joven de aspecto afable y siempre risueño, con cara de no haber roto un plato en su vida. Brice echó sus cuentas: un par de mandobles o tres, y acabaría con él. La primera embestida fue un tajo a degüello que, como quien rasga un costal de anguilas con un cuchillo, bien pudo haberle abierto la barriga a mi hijo.

Uhtred dio un salto atrás y se echó a reír. Muerto de risa, bajó la espada; Brice se tragó el anzuelo y embistió de nuevo tratando de ensartarlo y, cuando mi hijo alzó la hoja para detenerlo, desvió el envite y, pasando por detrás de *Pico-de-cuervo*, retrasó la espada y trató de rebanarle el pescuezo. Todo sucedió de forma tan rápida y precisa que Uhtred tuvo el tiempo justo de echarse hacia atrás y apartarse; por un dedo evitó el filo de la hoja de Brice, que perdió el equilibrio un instante, momento que aprovechó mi hijo para embestir de nuevo y amenazarlo con la punta de *Pico-de-cuervo*.

—Sois muy lento —le echó en cara, mientras el sajón del oeste se tambaleaba.

—Cabrón —musitó Brice. Como si no supiera otro insulto. Recuperó el equilibrio, se quedó mirando a Uhtred y, al reparar en la sonrisa insolente que iluminaba aquel rostro aniñado, se enfureció de nuevo—. Cabrón —gritó, y arremetió contra él embistiendo de nuevo; Uhtred se limitó a desviar la hoja, en tanto que Brice, echando mano de su inaudita rapidez y sin dejar de blandir la espada, iniciaba un despiadado ataque contra la cabeza de mi hijo, pero se encontró con *Pico-de-cuervo*,

y oí el áspero entrechocar de ambas hojas.

Las dos resonaron al unísono. No como un toque de campana, aunque el sonido de dos hojas que se entrecruzan no es muy diferente, sólo que la última embestida de Brice había concluido con un chasquido, un ruido muy similar al que hiciera la campana de Etelfleda. La hoja no había llegado a partirse, pero aquel chasquido bastó para ponerlo en guardia, temiéndose lo peor. Dio un paso atrás.

Unos cuantos hombres abandonaban la mansión. Eran hombres de Brice; detrás venían los míos; ninguno movió un dedo cuando mi hijo atacó por primera vez. Hasta ese instante y sin dejar de provocar a Brice, se había limitado a defenderse, pero entonces arremetió con una estocada con la que no pretendía ensartarlo, sino obligarlo a ponerse a la defensiva; luego, le apuntó a la cintura, y Brice lo detuvo de nuevo; tampoco aquel tajo parecía tan rápido o letal, pero cuando Brice cruzó su espada con *Pico-de-cuervo*, la hoja se partió. Se partió en dos, mientras Uhtred giraba la muñeca y dirigía la punta de su espada contra la garganta de Brice.

—¿Qué queréis que haga con él, padre?

—Arrojad al suelo lo que os queda de vuestra espada —le ordené a Brice. Al ver que parecía dudar, me hice con *Aguijón-de-avispa*, mi machete y, por la empuñadura, se lo tendí a Etelstano, que permanecía acurrucado junto a mi caballo—. Si no suelta la espada, muchacho —le dije—, servíos de esto y hundídselo en la nuca. Ya es hora de que aprendáis cómo se acaba con un hombre. —No muy convencido de que hablara en serio, Etelstano dudó, así que le arrojé el machete—. ¡Ahí va! —le dije; el chico lo atrapó al vuelo, y se me quedó mirando—. Sois hijo de rey, y algún día podríais llegar a serlo vos mismo —le espeté—. La vida y la muerte estarán en vuestras manos, así que hora es de que aprendáis a usar de ellas.

Se acercó a Brice, que se volvió a medias, antes de quedarse sin palabras al notar cómo la punta de *Pico-de-cuervo* se le clavaba en la garganta, hasta que, por fin, recuperó una pizca de sensatez y arrojó al suelo lo que quedaba de su espada.

—Que siga con vida —le dije a Etelstano, quien respiró aliviado al oír mis palabras.

Dieciséis de los hombres de Brice habían huido de la mansión. Se habían rendido, y los hombres de Finan se hacían con sus armas. Al ver que estaba libre, Stiorra echó a correr a mi lado. La recibí con una sonrisa y le tomé de la mano.

—¿Quién os abofeteó? —le pregunté.

—El cura —contestó.

—¿El cura? —le insistí, sorprendido, antes de verlo entre los prisioneros sajones. Un hombre adusto, una sotana negra y una cruz de plata maciza al cuello que, ceñudo, nos miraba. Un hombre ya mayor, unos cuarenta, de espesas cejas grises y labios finos.

—¿Fue ése quien os hizo gritar?

—Oí los cascos —me dijo—, y confié en que fuerais vos. Así que grité.

—¿Fue entonces cuando os pegó?

—No; eso fue antes —repuso, compungida—, y me hizo esto —enseñándome el desgarrón de su túnica de lino a la altura del pecho.

Finan se llegó a la plazuela.

—Estos cabrones se dan por vencidos —parecía decepcionado.

—Vigilados por los míos, Brice y los hombres que aún seguían con él estaban de pie junto a la puerta de la entrada.

—Llevadlos al interior de la mansión —ordené, antes de tomarme un hondo y doloroso respiro—. ¡Se acabó! —grité a la multitud—. ¡Aquí ya no hay nada más que ver! ¡Volved al trabajo!

El padre Creoda, el cura que atendía la iglesia de Etelfleda y daba clase en la pequeña escuela de ciudad, se llegó a toda prisa junto a Etelstano. Tomó el rostro del muchacho entre sus manos, cerró los ojos y, en silencio, pareció musitar una plegaria dando gracias al comprobar que estaba a salvo.

—¡Padre Creoda! —lo llamé a voces—. ¿De modo que ese pequeño truhán no estaba en la escuela?

—No estaba, no, mi señor.

—¿Donde entiendo que tendría que haber estado?

—Sí, mi señor.

—Dadle una buena tunda —le recomendé.

—No sirve de nada, mi señor —contestó el cura, descorazonado. El padre Creoda era un buen hombre, recto y honrado. De Wessex se había trasladado a Mercia; al igual que el rey Alfredo, soñaba con una nación educada, devota y diligente, y no me cabía la menor duda de que Etelstano, listo como el hambre, hacía mucho tiempo que se había dado cuenta de lo poco que le costaba burlar la autoridad del padre Creoda.

—Ya lo sé —convine con él—, pero quizás os sentiríais mejor. —Me incliné para quitarle el machete de las manos al chico—. Si no lo hacéis vos, lo haré yo. Ya os quitaré yo esa estúpida sonrisa de vuestra fea cara —añadí, mirando al muchacho.

Lo cierto es que yo también sonreía, al tiempo que me preguntaba cuántos nuevos enemigos acababa de crearme.

Y no menos convencido de que a punto estaba de granjearme muchos más.



La mansión de Etelfleda se alzaba alrededor de un patio. Mucho más espaciosa, pero no muy diferente de aquella donde había vivido con Gisela en Lundene. En el centro del patio, un estanque cuadrado donde, entre espesas nubes de freza, desovaban las ranas. Más de una vez he tratado de imaginar la vida que llevaban los romanos en aquellas mansiones. Aunque las manchas de humedad habían

desconchado las pinturas y estaban rotas muchas de las teselas del piso, pintadas en el yeso de las paredes o dibujadas en el suelo con pequeñas teselas, nos habían legado estampas de su época, en las que aún podían verse cómo los romanos vestían una especie de sábana 'blanca en la que se envolvían, o bien una coraza que, por debajo de la cintura, completaban con un faldón recubierto de placas metálicas. En muchas ocasiones, iban desnudos, sobre todo las mujeres. Una escena donde se veía a unas mujeres desnudas corriendo entre árboles frondosos a las que perseguía un hombre con aspecto de macho cabrío, con cuernos y patas peludas, cubría el suelo de la estancia más espaciosa de la mansión de Etelfleda. Desde la primera vez que pisó Cirrenceastre, el padre Creoda se empeñó en que había que destruir aquel dibujo que, según él, representaba a un dios pagano, pero Etelfleda se había negado en redondo.

—Nunca le quitaba el ojo de encima —me contaba entre risas—, así que le dije que era una advertencia sobre los peligros del paganismo.

En aquel momento, el padre Creoda estaba contemplando la escena o, más bien, no apartaba los ojos de una chica ágil que, con la cabeza vuelta, no perdía de vista al dios con aspecto de macho cabrío que las perseguía.

—Qué hermosura, ¿verdad, padre? —comenté; al instante, apartó la mirada, carraspeó y no supo qué decir. No le había pedido que nos acompañara al interior de la mansión, pero allí estaba, de pie y sin apartarse de Etelstano, como si quisiera protegerlo—. De modo que no estabais en la escuela —le dije al muchacho.

—Se me pasó, mi señor.

—Pero sí en la herrería —insistí, sin hacer caso de aquella sonrisa traviesa.

—Por allí andaba, mi señor.

—¿Con vuestra moza?

—¿Moza, decís, mi señor? —se sorprendió, candoroso, antes de negar con la cabeza—. No, mi señor. Estaba allí porque Godwulf me está haciendo una espada y, de paso, me enseña cómo se trabaja el metal.

Tomé las manos del muchacho entre las mías, le miré las muñecas y reparé en las pequeñas quemaduras que le habían dejado las chispas.

—¿Acaso no sabe Godwulf que teníais que estar en la escuela? —le pregunté.

El muchacho esbozó una sonrisa maliciosa.

—Por supuesto, mi señor, pero también es de la idea de que no me vendría mal aprender algo útil.

—Útil —rezongué, tratando de mostrarme severo; debió de darse cuenta de cuánto me satisfizo oír semejante respuesta, porque sonrió abiertamente. Me volví al padre Creoda—. ¿En qué lo estáis instruyendo, padre?

—Aprende latín, mi señor, las vidas de los padres de la Iglesia y, como es natural, a leer y escribir.

—¿De qué vale saber latín? —¿Cómo no ha de valer, mi señor! Es el idioma de nuestras sagradas escrituras.

Refunfuñé. Estaba sentado, lo que era un alivio. Finan se había llevado a todos los

prisioneros a un cuarto al otro lado del patio, de modo que, en la estancia donde unas jóvenes desnudas correteaban por el suelo, sólo estábamos mis hijos y yo, el padre Creoda y Etelstano. Aquella espaciosa sala era la preferida de Etelfleda.

—¿Así que oísteis la llegada de hombres armados en la ciudad? —le pregunté al muchacho.

—Así es, mi señor.

—¿Y tuvisteis el buen criterio de quedaros en la herrería?

—Fue Godwulf quien me dijo que no me moviera de allí, mi señor.

Bien por el herrero, pensé; luego, me quedé mirando a Stiorra.

—¿Y vos?

—¿Yo, padre?

—¿Qué hicisteis cuando llegaron los hombres de Brice?

—Salí a recibirlos, padre —dijo en voz baja—; me imaginé que venían de parte del rey Eduardo.

—¿Por qué os pegó el cura?

—Quería saber dónde andaba Etelstano, y yo no tenía intención de decírselo.

—¿Lo sabíais?

Miró a Etelstano y sonrió.

—Pues claro.

—Pero le dijisteis que no lo sabíais. ¿Por qué?

—Porque no me gustaban esos hombres.

—¿Y no os creyeron?

Asintió.

—Y el padre Aldwyn se puso furioso —añadió.

—Fueron a buscarlo a la escuela y a la iglesia —intervino el padre Creoda.

—Al ver que no daban con él —añadió mi hija—, el padre Aldwyn me llamó puta mentirosa y dijo que me arrancaría la verdad.

—¿Putas mentirosa? —me sorprendí. La muchacha asintió. Sirviéndose de uno de los broches de Etelfleda, una criada le había adecentado la túnica y le había limpiado la sangre que llevaba en la cara, pero seguía teniendo el labio hinchado y afeado por una costra.

—¿Os saltó algún diente?

—No, padre.

Finan entró en la estancia, y allí se quedó, de pie, indolente, sin inmutarse.

—Vos instruisteis a mi hijo en el uso de la espada —le dije.

—Así es, mi señor.

—Es más rápido que vos —comenté.

Finan sonrió.

—Ya veis: cuanto más viejo, más lento, mi señor.

—Pues lo hicisteis bien —añadí—; bailaba alrededor de Brice como un halcón en pos de una grulla. ¿Cuántos muertos?

—Dos —contestó—, y cuatro hombres heridos. Los demás están a buen recaudo. Volví la vista hacia el padre Creoda.

—Llevaos a Etelstano a otra estancia y metedle a mamporros un poco de latín en la cabeza. Finan, traedme al cura.

No tenía mucho sentido interrogar a Brice. Era el perro guardián de Etelhelmo. Me maliciaba que el cura era el hombre que, de verdad, estaba al frente de aquella tropa. Etelhelmo confiaba en que, aun por la fuerza, Brice sería capaz de superar cualquier obstáculo, pero nunca le habría confiado nada que requiriese sutileza o lucidez; para eso estaba allí el padre Aldwyn, para aconsejar y hacerse cargo de Etelstano. Quería saber qué destino le tenían reservado al muchacho.

De resultas del tremendo empujón que le diera Finan, que venía tras él, el cura traspasó el umbral y entró dando tumbos. Finan cerró la puerta.

—Se resiste —comentó Finan, divertido.

—Soy el capellán de lord Etelhelmo —aseguró el padre Aldwyn—, su confesor y su director espiritual.

—Sois mi prisionero —le advertí—, y vais a decirme qué órdenes traíais del *ealdorman* Etelhelmo.

—¡No os diré nada! —contestó, altanero.

—Arreadle un sopapo —le dije a mi hijo, pero Uhtred se quedó parado. Los hechiceros cristianos tienen poder, y mi hijo tenía miedo de las consecuencias que aquello pudiera acarrearle.

—¿Os dais cuenta? —se mofó el padre Aldwyn—. Mi dios me protege —sonrió mientras señalaba a mi hijo con el dedo—: Ponedme la mano encima, joven, y estaréis condenado para siempre.

—¿Por qué hemos de dar por bueno que sois cura? —le pregunté.

—¡Soy el capellán de lord Etelhelmo!

Fruncí el ceño.

—¿Aldwyn, decís? ¿Así os llamáis? En cierta ocasión, creo recordar, coincidí con el padre Aldwyn. Un anciano de largos cabellos blancos al que le temblaba una mano. Perlesía, creo. ¿Me equivoco, Finan?

—El mismo; tal y como decís, seguro. —Finan cazó al vuelo mi mentira y la adornó un poco—: Un hombre menudo, con una pierna lisiada. Cojeaba un poco.

—¿Así que éste no es el padre Aldwyn?

—No puede ser; si ni cojea siquiera...

—De modo que sois un farsante —le dije al cura.

—No soy... —comenzó a decir, pero no le dejé acabar.

—Quitadle la sotana —le dije a Finan—. Éste tiene tanto de cura como yo.

—No os atreveréis... —gritó el padre Aldwyn, antes de quedarse callado de repente cuando Finan le propinó un puñetazo en la barriga. El irlandés arrinconó a Aldwyn contra la pared y sacó un cuchillo.

—¿Os dais cuenta? —le dije a mi hijo—. Es un farsante. Sólo trata de hacernos

creer que es cura, como aquel gordo que se pasó por Cirrenceastre el invierno pasado. —El hombre se dedicaba a mendigar unas monedas para, según él, dar de comer a los pobres y a los hambrientos, pero lo único que hacía era llenarse la barriga gracias a ellas, hasta que se nos ocurrió decirle al padre Creoda que lo pusiera a prueba. Aquel gordinflón no sabía ni recitar el credo, así que lo dejamos en camisa y lo azotamos fuera de la ciudad.

Aldwyn emitió un grito ahogado cuando Finan le cortó la sotana con el cuchillo. Luego, el irlandés devolvió el cuchillo a la funda, y le rasgó la sotana hasta la cintura dejándole los hombros al descubierto. Y así se quedó, cubierto con una inmunda camisa que le caía hasta las rodillas.

—¿Lo veis? —insistí un vez más—. No es cura.

—¡Os las veréis con Dios! —me susurró Aldwyn—. ¡Con Dios y todos sus santos!

—Vuestro dios me importa tanto como una cagarruta de rata —repuse—; además, no sois cura. Sois un farsante.

—Yo... —pero no llegó a decir más porque Finan acababa de propinarle otro puñetazo en la barriga.

—Decidme, farsante —continué—, ¿qué pensaba hacer lord Etelhelmo con el príncipe Etelstano?

—No es príncipe —dijo Aldwyn, jadeando.

—Uhtred —me quedé mirando a mi hijo—, sacudidle. —Mi hijo se lo pensó dos veces; luego, atravesó la estancia y abofeteó con fuerza al cura—. Bien hecho —dije.

—Ese muchacho es bastardo —dijo Aldwyn.

—Otra vez —le dije a mi hijo, que le propinó otro bofetón con la mano vuelta.

—El rey Eduardo y la madre de Etelstano se casaron en una iglesia —dije—, y el cura que ofició la ceremonia aún sigue con vida —confiaba en que el padre Cuthberto aún estuviera vivo y, a juzgar por la cara de sorpresa que puso Aldwyn, lo estaba. El cura no me quitaba los ojos de encima, y me dio por pensar que, si alguien le hubiera hablado del padre Cuthberto, no me miraría de aquella manera—. Está vivo —continué— y prestará juramento de que fue él quien casó a Eduardo con la dama Ecgwynn. Lo que significa que Etelstano es el primogénito del rey, el *ætheling*, el heredero, el primero en la línea de sucesión al trono.

—Mentís —dijo Aldwyn, no muy convencido.

—Responded a mi pregunta —dije, armándome de paciencia—. ¿Qué pensabais hacer con el *ætheling*?

Nos costó tiempo y amenazas pero, al final, confesó. Pensaban enviar a Etelstano al otro lado del mar, a Neustria, una colosal franja de tierra rocosa en la provincia más occidental del reino de Frankia.

—A un monasterio —dijo Aldwyn—; los monjes se harían cargo de la educación del muchacho.

—De su encarcelamiento, querréis decir.

—De su educación —insistió Aldwyn.

—¿En un lugar arrasado por la guerra? —pregunté. La provincia de Neustria había sido invadida por hordas de hombres del norte, que habían pensado que les salía más a cuenta saquear Frankia que Britania. Cualquiera monasterio que se alzase en aquellas tierras inhóspitas que miraban al océano era una presa codiciada para aquellos hombres sedientos de sangre, que no dudarían en pasar a cuchillo a todos sus moradores—. Queréis al *ætheling* muerto sin tener que mancharos las manos —le acusé.

—En Neustria, hay hombres santos —dijo con desmayo.

—Santos carceleros —repuse—. ¿Está el rey Eduardo al tanto de tales planes?

—El rey desea que la Iglesia se haga cargo de la educación de su hijo bastardo —dijo Aldwyn.

—Y supone que así será, pero en un monasterio sajón del oeste —dejé caer—, no en una cloaca de Neustria al albur de que a unos hombres del norte les dé por rajarles la barriga.

—O venderlo como esclavo —apuntó Finan, en voz baja.

Y aquello me cuadró. ¿Etelstano y su hermana? ¿Dos chicos de pocos años? Podrían alcanzar un alto precio en los mercados de esclavos de Frankia.

—Seréis cabrón —le dije a Aldwyn—, ¿y qué pensabais hacer con su hermana gemela? ¿Confiabais en venderla como esclava también? —No contestó; tan sólo alzó la cabeza y me lanzó una mirada desafiante—. ¿Habéis estado alguna vez en Neustria? —le pregunté de improviso.

Aldwyn dudó un instante; luego, negó con la cabeza.

—No, ¿acaso se me ha perdido algo por allí?

Aun retorciéndome de dolor, me puse en pie. Me hice con *Aguijón-de-avispa* y me acerqué al cura lo bastante para oler su apestoso aliento.

—Voy a daros otra oportunidad —le dije—. ¿Habéis estado alguna vez en Neustria?

Vaciló de nuevo, pero temblando de miedo al ver la hoja corta del machete.

—Sí —admitió.

—¿A quién fuisteis a ver? —le pregunté.

Compungido, hizo muecas mientras yo lo apremiaba con *Aguijón-de-avispa*.

—Al abad de San Esteban, en Cadum —confesó, aterrorizado.

—Cabrón mentiroso —gruñí. Si sólo hubiera pretendido que hicieran un hueco al chico en la escuela del monasterio, le habría bastado con enviar una carta. Alcé la hoja y le levanté el bajo arrugado de la camisa—. ¿A quién fuisteis a ver?

Al sentir la punta de la hoja en la entrepierna, se estremeció.

—A Hrolf —dijo en un susurro.

—¡Más alto!

—¡A Hrolf!

Hrolf era un hombre del norte, un caudillo que había llevado sus huestes a

Frankia, donde había esquilado vastos territorios. Hasta en Britania se había corrido la voz de que se había apoderado de gran parte de Neustria con la intención de quedarse allí.

—¿Pensabais venderle a los gemelos? —le pregunté.

—Hrolf es cristiano. Los educará como es debido.

—Sí, tan cristiano como yo —bramé—. Dice que lo es porque los francos se lo exigieron a cambio de establecerse en sus tierras. Si hubieran dejado un reino en mis manos, también yo habría dicho eso. Pensabais vender a Etelstano y a Eadgyth a ese cabrón. ¿Qué habría hecho con ellos? ¿Matarlos?

—No —musitó el cura, no muy convencido.

—Y así, el nieto de lord Etelhelmo habría pasado a ser el único heredero del reino de Wessex. —Alcé *Aguijón-de-avispa* hasta que la punta le rozó la barriga—. Sois un traidor, Aldwyn. Pensabais asesinar al primogénito del rey.

—No —musitó de nuevo.

—En ese caso, dadme una razón por la que no haya de mataros.

—Porque soy cura —gimoteó.

—No vais vestido como tal —dije—, y abofeteasteis a mi hija. Los curas no hacen eso, ¿verdad que no?

No supo qué decir. Tenía fama de asesino de curas. Ante la amenaza de que el dios crucificado los condenase al tormento eterno, la mayoría de los hombres no se atrevían a matar a un cura o a un monje; a mí, las represalias del dios cristiano me traían sin cuidado.

—Sois un traidor, Alwyn —repetí—, ¿por qué no habría de mataros? Os lo merecéis.

—Dejádmelo a mí —dijo mi hija; sorprendido, me volví. Stiorra había dado dos pasos adelante y, con cara inexpresiva, no dejaba de mirarme. Alargó la mano derecha para que le entregara el machete—. Dejádmelo a mí —repitió.

—Matar no es cosa de mujeres —le dije, negando con la cabeza.

—¿Por qué no? —me preguntó—. Si capaces somos de dar la vida, ¿por qué no de arrebatársela también?

—¡No, no! —gritó Aldwyn.

Hice como que no le oía.

—Matar a un hombre es más difícil de lo que os imagináis —le dije—, y por más que este cabrón merezca morir, debería ser de forma rápida.

—¿Por qué? —me preguntó—. Pensaba holgar conmigo, padre. ¿Tanta prisa se habría dado? ¿Eso creéis?

—Pensad en vuestra alma —intervino mi hijo.

—¿Mi alma? —se revolvió.

—Dios sabrá lo que hacéis —le dije—, y matar a un cura es un pecado para el que no hay perdón.

—No para mis dioses —contestó; casi sin poder dar crédito a mis oídos, la miré

boquiabierto. Traté de decir algo, pero no se me ocurrió nada; seguí mirándola, en tanto que ella, con una sonrisa, me respondió—: Mi madre era pagana —dijo—, al igual que vos. ¿Por qué no habría de serlo yo?

Mi hijo estaba horrorizado. Finan reía para sus adentros.

—¿Veneráis a los mismos dioses que yo? —le pregunté.

—Así es, padre.

—¡Pero fuisteis educada como cristiana! —dijo su hermano.

—Igual que nuestro padre —dijo, sin quitarme los ojos de encima—, igual que vos, hermano, porque no me negaréis que también vos os encomendáis a nuestros dioses. Sé que lo hacéis —dirigió la vista a Aldwyn y se le endureció el gesto. En ese momento, me recordó tanto a su madre que tuve que hacer un esfuerzo para no dejar de mirarla—. Dejádmelo a mí, padre —pidió de nuevo, alargando la mano.

Y en su mano deposité a *Aguijón-de-avispa*.

—¡No! —aulló Aldwyn.

Con la mano izquierda, Stiorra se rasgó la túnica de lino a la altura del broche, dejándose un pecho al descubierto.

—Era esto lo que queríais ver, ¿no es así, cura? —se interesó—. Pues ¡miradlo!

—¡No! —gimoteaba Aldwyn, medio engurruñado, sin atreverse a alzar los ojos.

—¡Stiorra! —acertó a decir mi hijo.

Pero mi hija no tuvo compasión. Reparé en el gesto duro, despiadado y decidido que se dibujaba en su cara mientras acababa con el cura. Le pasó la hoja corta a lo largo de la frente y del pescuezo hasta que le hizo sangre; luego, al ver que el cura trataba de defenderse, le propinó unos cuantos cortes en los antebrazos y, con la sangre de aquel hombre salpicándole la túnica y el pecho, le asestó otros dos tajos en la cabeza; asió, a continuación, la empuñadura de *Aguijón-de-avispa* con las dos manos y le rajó el cuello. La hoja se le quedó trabada, pero, con esfuerzo, la retiró y le rebanó el pescuezo. Se lo quedó mirando mientras caía al suelo pesadamente y su sangre formaba un charco que se extendía sobre una de las muchachas desnudas que huían de aquel dios semejante a un macho cabrío. Mientras observaba cómo se retorció Aldwyn, la observé. Nunca fue fácil saber lo que bullía en su cabeza, pero no me había parecido observar en ella nada que tuviera que ver con una sensación de asco, sino más bien de curiosidad ante tamaña carnicería. Incluso esbozó una sonrisa, mientras el cura se retorció, tratando de respirar. Al poco, clavó los dedos en las telas, un tremendo espasmo lo sacudió y se quedó tieso.

Stiorra me devolvió el machete por la empuñadura.

—Gracias, padre —dijo, con toda tranquilidad—. Voy a decentarme. —Se cubrió su desnudez con aquella túnica desgarrada y empapada en sangre y abandonó la estancia.

—¡Por Cristo bendito! —murmuró mi hijo, en voz baja.

—Hija vuestra es, de eso no hay duda —apuntó Finan. Se acercó al cadáver del cura y le propinó una patada—. Y la viva imagen de su madre.

—Necesitamos seis carretas —dije—, seis, al menos. —Finan y mi hijo no apartaban los ojos del cura muerto que, de repente, soltó un pedo—. Seis carretas —repetí—, tiradas por caballos, no por bueyes; y mejor cargadas de heno o de paja. Algo pesado, en definitiva. Unos leños, quizá.

—¿Seis carretas? —se extrañó Finan.

—Por lo menos —dije—, y para mañana.

—¿Por qué, mi señor? —volvió a la carga.

—Porque nos vamos de boda, claro —contesté.

Y eso fue lo que hicimos.

Capítulo III

Bajo el piso de la iglesia del padre Creoda había una especie de gruta tan enorme que, más allá de los muros del templo, rebasaba incluso los colosales pilares y arcos de piedra que la mantenían en pie. De piedra eran también los enormes bloques que, dispuestos de cualquier modo, hacían las veces de muros de contención de aquel sótano; el suelo era de tierra compactada. Aparte de unos cuantos huesos venerables que se apilaban en una repisa, también de piedra, en el muro que miraba al este, sólo era un sótano desierto, oscuro y hediondo. Del tiempo de los romanos quizá, aunque me extrañaba que, en su día, no hubieran hecho nada para evitar que, por las piedras, se filtraran las aguas sucias de una cloaca cercana.

—A menos que sople viento del este, huele así en toda la iglesia —se lamentaba el padre Creoda.

—¿Acaso se filtra la porquería por las piedras? —le pregunté. No tenía la menor intención de descolgarme por la descomunal trampilla que llevaba a aquel sitio tan lóbrego para averiguarlo.

—Todo el día —aseguró el cura—; con el tiempo, el mortero ha desaparecido.

—Sellad los muros con pez —le aconsejé—, como si fueran las cuadernas de un barco. Rellenad los huecos con crin de caballo y embadurnadlos con pez.

—¿Con pez?

—Seguro que os la venden en Gleawecestre —escudriñé la oscuridad y le pregunté—: ¿De dónde han salido esos huesos?

—No lo sabemos. Antes de que la dama Etelfleda levantase la iglesia ya estaban aquí. No quisimos perturbar su descanso —se santiguó—. Fantasmas, mi señor —me aclaró.

—Vendedlos como reliquias —le dije— y, con el dinero que saquéis, compráis una campana nueva.

—¡A lo peor eran paganos! —contestó, escandalizado.

—¿Y? —le pregunté, antes de ponerme tenso, estremecido por aquel dolor que parecía que no iba a desaparecer nunca. De momento, pensaba encerrar a Brice y a los suyos en aquel sótano hediondo. Aunque, bien pensado, se merecían algo peor. Habían saqueado la mansión de Etelfleda, y habían apilado sus objetos más preciados, como ropas, tapices, joyas, utensilios de cocina y candeleros.

—Todo eso es propiedad de su marido —me había dicho Brice en tono desabrido—; poco echará en falta tales aderezos en un convento.

De modo que, en el pacto que Etelhelmo había concluido con Etelredo, se incluía también que el poderoso sajón del oeste se encargaría de recluir a Etelfleda en un convento. ¿Contaría con el beneplácito de su hermano?, me pregunté. No tardé en caer en la cuenta de que lo más probable era que Eduardo tuviese envidia del

prestigio de su hermana. Siempre comparándolo con su padre y echándole en cara sus carencias; por si eso fuera poco, eran muchos los que pensaban que, como guerrero, no estaba a la altura de ella. Todo el mundo sabe que los reyes, incluso los más honrados, y Eduardo lo era, también tienen su orgullo. Podía admitir que nunca llegaría a emular a su padre, pero escuchar las alabanzas que dedicaban a su hermana debía de suponerle un martirio, de modo que no vería con malos ojos que acabase recluida en un convento.

Depositaron los restos del padre Aldwyn en la iglesia. A pesar de que Finan había adecentado el cadáver con aquella sotana negra hecha trizas, no había manera de ocultar su violento final.

—¿Qué pasó? —acertó a susurrar el padre Creoda, espantado.

—Tanto le remordía la conciencia que se quitó la vida —le dije.

—Que se...

—Que se quitó la vida —bramé.

—Sí, mi señor.

—Como suicida —añadí—, no puede ser enterrado en sagrado ¡Ni siquiera sé por qué Finan lo ha traído a la iglesia!

—No se me ocurrió nada mejor —contestó, con una sonrisa aviesa.

—Lo mejor será que enterréis a ese cabrón en una fosa profunda a las afueras de la ciudad —le aconsejé al cura.

—En una encrucijada de caminos, a ser posible —añadió Finan.

—¿En una encrucijada? —se sorprendió el padre Creoda.

—Para confundir su espíritu —le aclaró Finan—. Así, no sabrá qué camino seguir. No querréis que su espíritu ande rondando por aquí, ¿verdad? Dios no lo quiera. Nada como enterrarlo en una encrucijada para confundirlo.

—Confundirlo —repitió el padre Creoda, sin dejar de contemplar, horrorizado, la mueca que se dibujaba en la cara ensangrentada del cura muerto.

Tras despojarlos de cotas de malla, botas, aderezos de valor y tahalíes, arrojamos a Brice y a los suyos a las tinieblas de aquel sótano maloliente.

—Soltadlos dentro de un par de días —le dejé dicho al bailío de la ciudad—. Dadles un poco de pan y unos cuantos barreños de agua, pero que no salgan de ahí antes de que hayan pasado dos días. Intentarán convencerlos de que los dejéis salir antes, incluso tratarán de comprarlos, pero no los soltéis.

—No saldrán de ahí, mi señor.

—Si eso pasara —añadí—, habréis de véroselas conmigo y con la dama Etelfleda. —Otrora, pensé, esa amenaza habría surtido algún efecto.

—Y conmigo —apuntó Finan.

El bailío se estremeció al oír aquellas palabras que Finan dijera en voz baja.

—No se moverán de ahí durante dos días, mi señor, lo prometo. Lo juro por el cuerpo de Nuestro Señor. —Se volvió y se inclinó ante el altar donde, guardadas en una urna de plata, se conservaban unas cuantas plumas de los gansos que santa

Werburga espantara en aquel maizal.

—Si los soltáis antes —añadió Finan—, los espíritus que habitaron esos huesos vendrán a buscaros.

—¡Lo juro, mi señor! —aseguró el bailío, tirándose de los pelos.

—Me imagino que acabaré enterrado en cualquier encrucijada —le comenté a Finan cuando, andando, regresábamos a la mansión de Etelfleda.

Esbozó una sonrisa.

—Os prepararemos unas exequias dignas de vos. Encenderemos una hoguera tan esplendorosa que, a su lado, hasta el sol palidecerá. Hacedme caso: vuestros dioses sabrán que estáis a punto de arribar.

Sonreí, pero pensaba en las encrucijadas, en todas las calzadas que, a lo largo y a lo ancho de Britania, habían trazado los romanos y que estaban en trance de desaparecer. Si barridas por las inundaciones en algunos sitios, en otros robaban las losas, porque aquellas enormes piedras desbastadas venían muy bien para delimitar lindes de terrenos o para asentar los terrenos donde se pensaba construir. Cuando, a caballo o a pie, nos dirigíamos a cualquier sitio, siempre lo hacíamos por las veredas que bordeaban las calzadas que, echadas a perder y llenas de baches como estaban, resultaban poco practicables, de modo que los caminos que seguíamos eran poco más que unas cuantas piedras miliare rodeadas de malas hierbas. Las mismas piedras miliare que llevaban a cualquier parte de Britania y que estaban desapareciendo, y me preguntaba qué pasaría cuando eso ocurriera.

—¿Pensáis que, cuando nos muramos, seguiremos al tanto de todo lo que pase por aquí? —le pregunté a Finan.

—Eso dicen los curas —contestó, mirándome con cara de sorpresa.

—¿Ah, sí? —me extrañé.

—Sí, según ellos, podréis ver lo que pasa en el infierno. —Tras un breve silencio, me preguntó, frunciendo el ceño—: ¿Qué os impediría ver también lo que ocurre en este mundo?

—Me gustaría saber qué pasa —dije. Me imaginé que las calzadas acabarían por desaparecer, que miríadas de avellanos enanos invadirían los campos que se extendían a ambos lados y que, tras ellos, matas de espino engullirían las calzadas. ¿De verdad sería eso lo que vería desde el Valhalla? ¿Habría algún romano que, en aquel preciso instante, se dedicase a contemplar cómo estaba Cirrenceastre y se preguntase qué habría pasado para que aquellas piedras del color de la miel y el mármol blanco se hubiesen tornado en húmedas techumbres de paja y carcomidas vigas de madera? Me di cuenta de que Finan se estaba poniendo de mal humor, pero también de que las Nornas, esas viejas adustas que deciden el discurrir nuestras vidas, sostenían mi hebra entre sus dedos sin dejar de preguntarse en qué momento deberían segarla con sus afiladas tijeras. Cuántas veces, a lo largo de los años, no habría temido aquel tijeretazo que por entonces, sin embargo, casi deseaba. Deseaba poner fin al dolor, a los problemas, pero también deseaba saber cómo acabaría todo aquello.

¿Acaso habría un final? Habíamos obligado a retroceder a los daneses y ya amenazaba una nueva contienda, una contienda por Mercia.

—Ahí está el padre Cuthberto —exclamó Finan; sorprendido, aparté tales ideas de mi mente y reparé en que Osferth había traído sano y salvo al cura de Fagranforda. Me sentí aliviado. Mehrasa, la mujer de Cuthberto, venía con ellos.

—Disponéos a partir hacia el norte —le dije a Osferth.

—¡Mi señor! —gritó Cuthberto al oír mi voz. Cnut lo había dejado ciego, y volvía la cara de un lado a otro, tratando de saber dónde andaba.

—¿Al norte? —se extrañó Osferth.

—Nos vamos todos —le dije—. Las familias de los nuestros también. A Ceaster.

—¡Mi señor! —volvió a gritar Cuthberto.

—Estáis a salvo —le dije—. Tanto Mehrasa como vos, los dos estáis a salvo.

—¿De qué, mi señor?

—Sois el único testigo que queda del primer matrimonio de Eduardo —le dije—; algunos hombres de Wessex tratan de demostrar que dicho matrimonio no se celebró.

—¡Y tanto que sí! —dijo apesadumbrado.

—Así que los dos iréis a Ceaster —añadí, antes de volverme hacia Osferth—: Llevaos a las familias de los nuestros al norte. Mañana mismo os pondréis en marcha. Cargad con víveres y pertenencias dos de las carretas de Fagranforda, y dirigíos a Alencestre. —Dos eran las mejores rutas para ir a Ceaster. Una, la que discurría pegada a la frontera con Gales, que era la que siempre encomendaba a mis hombres para hacer ver a los galeses que no les teníamos miedo; la otra, mucho más alejada de aquellas tierras fronterizas y, por ende, mucho más segura, era la que pasaba por Alencestre—. Llevaos a diez de los hombres como escolta —le dije—, y esperadnos en Alencestre. No os dejéis nada de valor, dinero, metal, ropas, arreos; arramblad con todo.

—¿Nos vamos, pues, de Fagranforda? —se interesó Osferth.

Dudé un momento. La respuesta, como es natural, no podía ser otra que sí, que así era, pero no estaba muy seguro de cómo reaccionaría mi gente cuando se lo dijese. Allí habían levantado sus casas, estaban Criando a sus hijos y, de la noche a la mañana, les pedía que lo dejaran todo y se vinieran conmigo a la frontera más al norte de Mercia. Podría haberles dicho que teníamos que defender Ceaster frente a los hombres del norte y los daneses, y así era, pero no era menos cierto que, caso de tener que vérmelas con un Eardwulf despechado y un Etelhelmo cegado por la ambición, preferiría hacerlo al resguardo de las murallas de Ceaster.

—Nos quedaremos en el norte una temporada —dije para salir del paso—; si dentro de dos días no estamos en Alencestre, no nos esperéis. Si así fuera, llevaos a Etelstano y a su hermana a Ceaster.

Osferth frunció el ceño.

—¿Qué podría impedirlo?

—El destino —contesté, tratando de no darle mayor importancia.

A Osferth se le endureció el gesto.

—Os disponéis a iniciar una guerra —me echó en cara.

—Desde luego que no.

—Etelhelmo quiere al muchacho —le explicó Finan—, y no cejará hasta hacerse con él.

—Lo que significa que será él quien inicie esta guerra —apunté—, no yo.

Los ojos serios de Osferth iban y venían de Finan a mí hasta que, por fin y clavado a su padre, el rey Alfredo, nos dirigió a ambos una mirada de desaprobación.

—Pero la estáis provocando —dijo, malhumorado.

—¿Preferiríais ver a Etelstano muerto?

—Pues claro que no.

—¿Y qué queréis que haga? —le pregunté.

No supo qué decir. En vez de eso, se limitó a esbozar una mueca.

—Será una guerra de sajón contra sajón —añadió desconsolado—, de cristiano contra cristiano.

—En efecto —repliqué con aspereza.

—Pero...

—Más vale cerciorarse de que la ganen aquellos cristianos que lo merezcan —dije—. Disponedlo todo para partir.

—¿Para Ceaster? —preguntó Finan.

—Osferth irá a Alencestre —dije—; vos y yo iremos a Gleawecestre. Tenemos que impedir una boda.

Y desencadenar una guerra.



Mi hija se negó en redondo a ir con Osferth y las familias de mis hombres.

—Pienso ir a Gleawecestre —insistió.

—Os iréis con Osferth —le ordené.

Rebuscando entre las prendas de Etelfleda, aquéllas que Brice y sus hombres habían amontonado de cualquier manera en el patio, había encontrado un bonito vestido de seda cruda de color blanco mate, bordado con unas tiras de hojas de roble.

—Precioso —dijo, sin hacerme caso.

—Y de Etelfleda —le dije.

Se lo puso a la altura de los hombros y echó un vistazo para comprobar si le llegaba hasta los pies.

—¿Os gusta? —me preguntó.

—Probablemente cueste más que un barco —dejé caer—. La seda era una de esas

telas preciosas que se podían encontrar en Lundene; la vendían mercaderes que aseguraban que procedía de algún país remoto allá por el este donde, al parecer, la tejían personajes de lo más pintoresco, ya que y según los casos, podían tener tres piernas, o cabeza de perro, incluso algunos había que carecían de cabeza. Que en esto diferían las versiones, aunque todos juraban y perjuraban que eran ciertas.

—Precioso —repitió Stiorra, pensativa.

—Y que Osferth se encargará de llevar al norte, igual que a vos.

Dobló el vestido y se lo echó al brazo, al tiempo que sacaba una capa blanca de lino del montón.

—Ésta quedará bien con el vestido —comentó.

—Va a llevarse a todas las familias al norte —le expliqué—. Y también dos carretas; vos podéis ir en una de ellas.

—Padre —dijo, armándose de paciencia—, sé montar a caballo. También tensar un arco. Ésta quedará mejor —sacando otra capa blanca—; además, lleva capucha. ¡Ah, y un broche de plata! ¿Qué os parece?

—¿Me estáis escuchando? —rezongué.

—Claro que sí, padre. Y unas flores silvestres, si lo tenéis a bien.

—¿Flores silvestres? —le pregunté.

—Para ponérmelas en el pelo.

—¿Os habéis vuelto loca? —le dije—. Os iréis al norte con Osferth. ¿Para qué necesitáis llevar flores en el pelo?

—Porque aún es pronto para que haya manzanos en flor. —Se dio la vuelta, clavó sus ojos en mí y, en aquel momento, se me pareció tanto a su madre que se me cortó la respiración—. Padre —dijo, armándose de paciencia—, ¿cómo pensáis llegar hasta Ælfwynn?

—¿Llegar a ella?

—Estará alojada en el palacio de lord Etelredo. Sólo tendrá que salir del palacio y llegarse a la puerta más cercana de la iglesia de San Osvaldo para casarse, y me imagino la de guardias que habrá tanto a lo largo del recorrido como en el interior de la iglesia. No podéis llegar a caballo sin más y haceros con ella. Así que, ¿cómo vais a llegar hasta ella?

Me la quedé mirando. La verdad es que no tenía ni la menor idea de cómo dar con Ælfwynn. A veces resulta imposible hacer planes: basta con llegar al campo de batalla y cazar al vuelo las posibilidades que el lugar nos ofrece. El mismo error que había cometido Brice, pensé cabizbajo, el mismo que me disponía a cometer yo.

—¡Es amiga mía! —dijo Stiorra, al ver que no tenía respuesta para su pregunta.

—Os he visto con ella —convine, a regañadientes.

—Me cae bien. No todo el mundo piensa como yo, claro, pero es costumbre que las amigas acompañen a la novia hasta el altar.

—¿Ah, sí?

—Si me cedéis a un par de vuestros jóvenes guerreros, nos presentamos en el

palacio de lord Etelredo diciendo que somos portadores de un regalo para la novia.

—Y os apresan —dejé caer.

—Si se dan cuenta de quién soy, no os diría que no, pero sólo he pasado unos días, pocos, en Gleawecestre. Además, no tengo intención de que me dejen llegar a la gran sala; sólo hasta el patio exterior, el mismo al que dan los aposentos que ocupa Ælfwynn.

—Imaginaos que llegáis al patio. ¿Qué pasará entonces?

—Les diré que traigo un regalo de parte de lord Æthelfrith.

No era mala idea. Æthelfrith era aquel ricohombre de Mercia cuyas tierras estaban a un paso de Lundene. Etelredo le disgustaba y se negaba a ir a Gleawecestre. Habría sido un buen aliado de Etelfleda, pero siempre se había mantenido fiel a los sajones del oeste.

—¿Qué clase de regalo? —pregunté.

—Una caballería —contestó—, una yegua joven. La acicalamos y le trenzamos las crines con unas cintas. Estoy convencida de que consentirán en que Ælfwynn vea el regalo.

—¿Quiénes han de consentirlo?

—La tendrán bajo custodia —dijo Stiorra, con toda paciencia.

—¿Y creéis que no se le ocurrirá nada mejor que montar la yegua y escapar con vos?

—Pues sí.

—¿Y que los guardias de la puerta no os detendrán?

—De eso se encargarán vuestros hombres —dijo.

—¿Y si no quiere escapar?

—Claro que sí —dijo Stiorra, muy convencida—. ¡No quiere casarse con Eardwulf! ¡Es un cerdo!

—¿Un cerdo?

—No hay moza en Gleawecestre que pueda verse a salvo de él —continuó Stiorra—. La dama Etelfleda siempre dice que, aunque algunos sean más de fiar que otros, nunca hay que fiarse de los hombres. Pero ¿de Eardwulf? —se estremeció—. Es de los que gustan de pegar a las mujeres.

—¿Cómo sabéis eso?

—¡Padre! —esbozando una sonrisa lastimera—. ¿Lo veis? Tengo que ir con vos a Gleawecestre.

Y así fue, porque no se me ocurrió nada mejor. En mi simpleza, sólo había atisbado la posibilidad de salirle al paso a Ælfwynn, camino de la iglesia, pero Stiorra tenía razón: en un recorrido tan corto, los hombres de Etelredo la vigilarían muy de cerca. En último extremo, podría haberme presentado en la iglesia, pero los partidarios de Etelredo abarrotarían el enorme recinto. No me gustaba la idea de poner a mi hija en peligro, pero no se me ocurría nada mejor... Quizá cuando no me viese en Gleawecestre.

Había pensado llegar aquel mismo día, pero, entre lo que tardamos en encontrar las carretas y en dar las instrucciones precisas a los hombres, nos retrasamos hasta poco después de despuntar el alba del día de San Etelbaldo. Había confiado en disponer de seis carretas, pero no tuve otra que conformarme con las tres que pudimos encontrar en Cirrenceastre. Aquella misma noche se pusieron en camino hacia el oeste. Los hombres que las llevaban tendrían que pasar la noche al raso hasta que abrieran las puertas de la ciudad, pero, para cuando saliéramos de Cirrenceastre, dos de las tres carretas al menos deberían haber pasado al otro lado de las murallas de Gleawecestre. Las cargamos con heno y, siguiendo mis órdenes, los que las portaran tenían que decirles a los guardias de la puerta que era forraje para las cuadras de lord Etelredo.

Era un día de tantos como suele traer marzo: un cielo gris como el acero y un viento frío que nos llegaba de las colinas que se alzaban a nuestras espaldas. Con diez de los nuestros, Osferth había vuelto a Fagranforda, donde, con el padre Cuthberto y las familias de los míos, en un par de carretas, cargaría todos los enseres y se dirigiría hacia el norte. Etelstano iría con ellos. Al paso cachazudo de las carretas, lento por fuerza habría de resultarles el viaje, demasiado quizá; diez hombres no eran suficientes para protegerlos caso de que se vieran en dificultades, pero, si todo salía bien, confiaba en sumarme a ellos antes de que cayera la noche.

Si, en las próximas horas, todo salía como esperábamos.

Embozada en una enorme capa de color marrón, Stiorra cabalgaba a mi lado. Debajo llevaba el vestido de seda mate y la capa blanca, cadenas de plata y broches de ámbar. Habíamos elegido una yegua joven: la cepillamos, la acicalamos, le pulimos los cascos con cera y le trenzamos las crines con unas cintas azules; pero, por el camino, los cascos acabaron hechos un asco y unos desagradables aguaceros echaron a perder las cintas que, con tanto primor, habíamos trenzado.

—¿De verdad sois pagana? —le pregunté cuando descendíamos de las colinas.

—Sí, padre.

—¿Por qué?

Esbozó una sonrisa bajo la vasta capucha de la capa con que se protegía la diadema de flores silvestres que adornaba sus negros cabellos.

—¿Por qué no habría de serlo?

—Porque os educaron como cristiana.

—A lo mejor ésa es la razón —refunfuñé al oír aquella respuesta, y ella se echó a reír—. No os hacéis ni idea de lo crueles que son las monjas. Me pegaban, incluso me hacían quemaduras por ser hija vuestra.

—¿Que os quemaban?

—Con espetones que acababan de retirar del fuego —me dijo, al tiempo que se arremangaba la manga izquierda y me enseñaba las cicatrices.

—¿Por qué no me avisasteis? —le pregunté.

—Se lo comenté a la dama Etelfleda —continuó tranquilamente, sin hacer caso de

cómo despotricaba yo—, y, como era de esperar, nunca más me volvió a pasar. Luego, tuvisteis a bien enviarme a Hella.

—¿A Hella?

—Mi doncella.

—¿Decís que yo os la envié?

—Sí, padre, después de Beamfleot.

—¿De verdad? —habíamos hecho tantos cautivos en Beamfleot que me había olvidado de casi todos—. ¿Quién es Hella?

—Detrás de vos, padre —dijo Stiorra, volviéndose en la silla y señalando a su doncella, que, montada en un tranquilo caballo castrado, nos seguía. Retorciéndome de dolor, me volví y contemplé a una muchacha chata y de cara redonda que, inquieta, se revolvió en la silla en cuanto reparó en que la miraba—. Es danesa —continuó Stiorra—, algo más joven que yo y pagana. Ella fue quien me habló de las andanzas de Freya e Idunn, de Nanna e Hyrokin. A veces nos quedábamos noches enteras despiertas, hablando sin parar.

—Bien por Hella —dije, y seguimos adelante en silencio. No conocía a mi propia hija. La quería, pero no la conocía; iba al frente de treinta y tres hombres, treinta y tres hombres dispuestos a impedir un casamiento y salir por piernas de una ciudad repleta de guerreros sedientos de venganza, ¿y pensaba enviarla a aquel avispero? ¿Y si le hacían prisionera?—. Los cristianos son poco amigos de los paganos y, si los hombres de Etelredo os atrapan, os hostigarán, os perseguirán, os acosarán. Por eso fuisteis educada como cristiana, para sortear tales peligros.

—Puedo venerar a los mismos dioses que vos —repuso—, pero no voy proclamándolo a los cuatro vientos. —Se descubrió la capa y me enseñó una cruz de plata que llevaba por encima del precioso vestido de seda—. ¿Lo veis? No me molesta y basta para cerrarles la boca.

—¿Lo sabe Etelfleda?

Negó con la cabeza.

—Como acabo de deciros, padre, no soy una bocazas.

—¿O sea que yo sí?

—Y tanto —zanjó cortante.

Una hora más tarde, estábamos a las puertas de Gleawecestre, adornadas con frondosas ramas para la ocasión. Ocho hombres custodiaban la puerta este, donde se apiñaba una multitud que, tratando de entrar en la ciudad, aguardaba a que los guardias inspeccionasen una hilera de carretas. Vi una de mis carretas allí, pero los hombres que iban al cuidado no iban con el grupo que trataba de entrar. Con su carga de heno, habían apartado la enorme carreta a un lado de la calzada. Mientras nos abríamos paso entre la multitud que se apartaba al ver que íbamos armados y a caballo, hicieron como que no nos conocían.

—¿Qué andáis buscando? —le pregunté a quien estaba al frente de la tropa, un grandullón de cara estragada y barba negra.

—Derechos de paso, mi señor —contestó. Muchas veces, con tal de escamotear los aranceles, los comerciantes ocultaban cosas de valor bajo montones de telas burdas o de pieles sin curtir—. Por si fuera poco, la ciudad está a rebosar —rezongó.

—¿Por los esponsales?

—Y porque ha venido el rey.

—¡El rey!

—El rey Eduardo —me dijo, como si debiera de estar al tanto—. Y un millar de personas con él.

—¿Cuándo llegó?

—Ayer, mi señor. ¡Abrid paso a lord Uhtred! —Eché mano de su larga lanza para apartar al gentío—. Me alegra ver que seguís con vida, mi señor —añadió cuando el arco de la puerta quedó despejado.

—También yo —le aseguré.

—Peleé a vuestro lado en Teotanheale —me comentó—, y antes de eso —continuó, al tiempo que se llevaba la mano a la cicatriz que tenía en la mejilla izquierda—, de cuando la batalla de Anglia Oriental.

Saqué una moneda del zurrón y se la tendí.

—¿A qué hora es la boda?

—Nada me han dicho, mi señor. Supongo que cuando al rey le dé por levantar su regio culo de la cama. —Besó el chelín que le había dado—. ¡Pobre muchacha! —añadió en voz baja.

—¿Pobre, decís?

Se encogió de hombros como si no hiciera falta explicación a semejante comentario.

—¡Que Dios os bendiga, mi señor! —llevándose la mano al borde del yelmo.

—No me habéis visto por aquí —le dije, al tiempo que sacaba un segundo chelín.

—Que no... —empezó a decir, antes de fijarse en los hombres armados que venían conmigo—. Claro que no, mi señor, no andáis por aquí. Ni os he visto. Que Dios os bendiga, mi señor.

Seguí adelante, agachándome para sortear un enorme pellejo que colgaba en lo alto de una curtiduría. ¿Qué pintaba Eduardo allí?, me preguntaba encolerizado. Eduardo siempre se había mostrado afectuoso con Etelstano y su hermana. Los había puesto en manos de Etelfleda, igual que al padre Cuthberto en las mías, y siempre pensé que, si así lo había decidido, era para protegerlos de aquellos hombres de Wessex que lamentaban que siguieran con vida. Pero si Eduardo pensaba asistir a la boda, quería decir que había cedido a todas las pretensiones de Etelhelmo.

—Os ha reconocido —dijo Finan, señalando al guardia de la puerta—. ¿Y si se va de la lengua?

Negué con la cabeza.

—No lo hará —dije, confiando en estar en lo cierto—. No es de Eardwulf.

—Pero ¿y si Eardwulf se entera de que estáis aquí? —insistió Finan, preocupado.

—Reforzará la guardia —aventuré, al tiempo que me calaba más la capucha para que no se me viera la cara. Había empezado a llover sin parar; despojada de casi todas las losas del antiguo pavimento, la inmunda calzada se llenaba de charcos. La puerta del palacio justo en frente, casi a un paso de donde estábamos; unos guardias con lanzas se guarecían bajo el arco. A la izquierda, tras las techumbres de casas y comercios, la iglesia. Chapoteando, dejamos atrás una calle que cruzaba, donde llegué a ver una de mis grandes carretas que bloqueaba casi por completo el camino que salía a la derecha. La tercera debería de estar esperándonos en las inmediaciones del palacio.

Nada me sorprendió que la ciudad estuviera atestada. Allí seguían todos los que habían asistido al Witan y, con ellos, sus hombres de armas, sus esposas y sus criados, eso sin contar las gentes de una docena de pueblos de los alrededores de Gleawecestre, que se habían llegado a la ciudad con la esperanza de asistir al convite que ofrecía el padre de la novia. Había malabaristas y magos, saltimbanquis y juglares, hasta un hombre que llevaba un colosal oso marrón atado con una cadena. Tras retirar los puestos de la plaza del mercado, un montón de leña indicaba el lugar donde se disponían a asar un buey. Un cura de pelo grasiento exhortaba a los que pasaban, gritándoles que se arrepintieran de sus pecados antes de que Cristo volviera en toda su majestad, pero, quitando un perro sarnoso que ladraba cada vez que el cura hacía una pausa para recuperar el resuello, nadie parecía hacerle mucho caso.

—Qué poco me gusta la idea —rezongué.

—¿Qué es lo que no os gusta? —me preguntó Stiorra.

—Que vayáis al palacio. Demasiado arriesgado.

Me dirigió una mirada cargada de paciencia por debajo de la capucha.

—¿Preferiríais hacerlo solo, padre? ¿Entrar a caballo sin más e iniciar una pelea?

—Me parece estar oyendo a vuestra madre —repuse, y no como un cumplido. Pero tenía razón, como siempre ella había tenido. No podía entrar sin que me dieran el alto y me reconocieran. ¿Y después qué? ¿Acaso pensaba abrirme paso por el palacio de Etelredo hasta dar con su hija? No sólo me encontraría con sus guerreros, sino también con los de Etelhelmo, por no hablar de los hombres del rey Eduardo, que no otra que la presencia del rey de los sajones del oeste era la razón del celo que mostraban los guardias de la puerta. Al percatarse de que nos acercábamos, dos de los hombres adelantaron sus recias lanzas para cerrarnos el paso; cuando nos desviamos por la calle que discurría a los pies de los muros del palacio, a un paso de donde estaba la tercera de mis carretas, dieron un paso atrás.

—¿Qué tenéis pensado? —le pregunté a Stiorra.

—Dar con Ælfwynn, decirle que la invitamos a venirse con nosotros y, si le parece bien, os la traeré —dijo, como si fuera la cosa más sencilla del mundo.

—¿Y si dice que no?

—No lo hará. No puede ni ver a Eardwulf.

—Adelante, pues —le dije. Hella, la doncella, iría con ella: no estaba bien visto

que una mujer de buena cuna fuese a caballo sin una doncella de compañía. Eadric y Cenwulf, dos de los guerreros que más tiempo llevaban conmigo, las escoltarían. Aunque remota, siempre cabía la posibilidad de que alguien los reconociera como de los míos, pero preferí dejarlas en manos de dos hombres curtidos antes que enviar con ellas a un par de jovenzuelos que se amedrentasen a la primera ocasión. Claro que bien podría haber dicho que la yegua era un regalo de mi parte, pero tanta generosidad no dejaría de llamar la atención, así que me pareció mejor decir que era un regalo que Æthelfrith enviaba del lejano Lundene. Me imaginé que los guardias de la puerta podrían caer en la cuenta de que no había habido tiempo de que la noticia del casamiento hubiese llegado a oídos del ricohombre. Pero muertos de frío como estaban, calados hasta los huesos y en un estado tan lamentable, poco habría de importarles que la yegua fuese un regalo de Æthelfrith o del espíritu santo—. Adelante —les dije a los cuatro—. A qué esperáis.

Bajé del caballo; fue tan fuerte el dolor que sentí que tuve que recostarme un momento contra la silla de montar. Cuando abrí los ojos, reparé en que Stiorra se había despojado de la capa parda, y allí estaba, con su vestido de seda y su capa blanca, plata al cuello y flores en los cabellos. Extendió la capa sobre los cuartos traseros de la yegua que montaba y, erguida y altiva en la silla, se puso en marcha. Por la brida, Hella sujetaba la yegua que llevaban como regalo; a caballo, Cenwulf y Eadric se colocaron a ambos lados de mi hija.

—Parece una reina —dijo Finan, en voz baja.

—Una reina calada —comenté. Llovía con ganas.

Los guardias les cerraron el paso, pero el aspecto de Stiorra bastó para que retirasen las lanzas. Dispensándole el tratamiento reservado a las damas de buena cuna, inclinaron la cabeza. No llegué a oír lo que les decía, pero vi cómo hablaba con ellos, hasta que, de repente, las cinco caballerías y los cuatro jinetes desaparecieron al otro lado de la alta puerta de piedra.

Andando, retrocedí por la calle hasta llegar a un sitio desde donde pudiera ver los patios del palacio. Al otro lado del arco de la entrada, una amplia explanada cubierta de hierba. Unos mozos llevaban de un lado a otro unos pocos caballos ensillados; no menos de una docena de guardias vigilaban los edificios más alejados. Me pareció un número excesivo, pero, aparte de eso, no parecían demasiado afanados, tan poco que, en realidad, llegué a preguntarme si la boda no se habría celebrado ya.

—¿Para cuándo la boda? —le pregunté a uno de los guardias de la puerta.

—Cuando lord Etelredo lo tenga a bien —fue la desabrida respuesta que obtuve. Oculto como estaba bajo la capucha calada, el hombre no llegó a verme la cara.

—A lo mejor cuando deje de llover —repuso más solícito un guardia más joven.

—No va a parar en todo el día —remachó el más viejo—. Seguirá jarreando hasta que se haga de noche.

—En ese caso, a lord Eardwulf no le va a quedar otra que aguantarse —apuntó el más joven, con picardía.

—¿A qué? Siempre consigue lo que quiere. A esa pobre no le será fácil dar un paso hoy por la mañana.

Una preocupación añadida. ¿Habría reclamado Eardwulf a la novia antes de la boda? Si Ælfwynn aún seguía en sus aposentos, Stiorra no podría llegar hasta ella. Chapoteé un rato por los charcos. Gotas de agua me caían de la capucha. Para disimular la cota de malla y a *Hálito-de-serpiente*, que llevaba al costado, no me había soltado los pasadores de la capa. Stiorra y Hella echaron pie a tierra y entraron en el palacio, no camino de la gran sala y sus muros de piedra del tiempo de los romanos, sino por una pequeña puerta por la que se accedía a un largo y achaparrado edificio de madera. Los guardias les hicieron unas cuantas preguntas y las dejaron pasar. A un paso de la puerta y provistos de sus espadas, Cenwulf y Eadric las esperaban. No se permitía llevar armas en las dependencias palaciegas, pero, a no ser que intentasen cruzar una de las puertas, nadie les diría nada. Le pedí a Sihtric que fuera a echar un vistazo a la iglesia.

—Comprobad si todo está preparado para la boda —le dije.

Llovía a cantaros en aquel momento; el agua corría por el albañal que había en el centro de la calzada; las techumbres chorreaban.

—Con esta lluvia, la joven no asomaría la cabeza ni por ver un unicornio —rezongó Finan—; como para salir a ver un caballo, vamos.

—El padre Pyrlig asegura que vio un unicornio —dije.

—¿De veras?

—Allá en las montañas. Decía que era blanco y corría como una liebre.

—A lo que se ve el padre Pyrlig no le hace ascos a la cerveza.

—En Gales se ven cosas muy raras —continué—, como serpientes de dos cabezas. Según él, el cuerno del unicornio era de color rojo.

—¿Rojo, decís?

—Como la sangre. —Seguía sin perder de vista aquella puerta alejada donde se guarecían los guardias—. Si Stiorra le dice que estamos aquí, seguro que Ælfwynn se avendrá a venir con nosotros —dije, con la esperanza de estar en lo cierto.

—Siempre y cuando no la tengan recluida.

No debería haber permitido que Stiorra entrase en el palacio. Aquella mañana pasada por agua era una locura. Entrar a ciegas en una ciudad sin tener una idea clara de cómo conseguir lo que iba buscando me llevó a la conclusión de que no era mucho mejor que Brice. Había consentido que Stiorra me pusiera de su lado en aquella locura porque ella, al menos, parecía haberlo pensado, pero, en aquel momento, mientras observaba a los guardias que estaban al otro lado del patio, lamentaba haber accedido con tanta facilidad.

—A lo mejor tenemos que ir a sacarla de ahí —dije.

—¿Y enfrentarnos a todos esos guerreros?

—No serán más de veinte —estimé, contando a los dos hombres de la puerta y a los que estaban en el patio.

—Veinte que veamos. La mayoría de esos cabrones estarán a cubierto de la lluvia. ¿Estáis hablando en serio?

Negué con la cabeza. No se trataba sólo de los hombres de Etelredo, sino de todos los guerreros sajones del oeste que andaban por allí. De haber estado en condiciones, de haber sido capaz de empuñar a *Hálito-de-serpiente* sin que me traspasara aquel dolor espantoso y repentino, habría entrado en el palacio de Etelredo. ¡Palacio! Unas cuantas casas de malolientes vigas de madera que rodeaban lo poco que quedaba en pie de una mansión romana. Me imaginé lo dichoso que se sentiría Etelredo si Stiorra cayera en sus manos. Era primo mío y, desde pequeños, no podíamos ni vernos. No me habría quedado otra que negociar su puesta en libertad, y me habría sacado la hijuela.

—Soy un necio —musité.

—No os lo discutiré —dijo Finan—, pero vuestra hija es tan despierta como su madre.

Un trueno retumbó a lo lejos. Miré a lo alto y sólo vi oscuros nubarrones, pero supe que Thor había enviado un águila de tormenta, quizás al mismísimo Raesvelg, ese gigante con forma de águila que con el batir de sus alas hace que sople el viento y, tal y como me esperaba, amainó la lluvia que hasta entonces había caído a cántaros y una ráfaga de viento estremeció las calles de Gleawecestre. Finan se santiguó. Balanceándose, crujían las enseñas de los comercios. Los hombres que guardaban la puerta del palacio se habían resguardado bajo el arco; los guardias del patio permanecían acurrucados bajo la techumbre del pórtico que daba a la gran sala. Pacientes, Cenwulf y Eadric esperaban a lomos de sus monturas.

Sihtric volvió chapoteando por los charcos.

—En la iglesia están encendiendo velas, mi señor —me dijo casi a voces para que lo oyera por encima del aguacero—. La techumbre cruje.

—O sea, que aún no se ha celebrado la boda.

—¿Celebrado? Si están pensando incluso en dejarlo para mañana.

—Esperarán a que afloje esta ventolera antes de casar a la pobre chica —dijo Finan.

Se oyó un trueno tan fuerte que bien pareció que el cielo fuera a resquebrajarse; al instante, un rayo hendió las nubes. Eché mano a aquella parte de la capa bajo la que escondía el martillo que llevaba al cuello y me encomendé a Thor, encareciéndole que mantuviera a mi hija a salvo. Inmisericorde y torrencial, la lluvia se ensañaba con mi capucha.

Y apareció Stiorra.

Salió a la explanada, alzó la cabeza y contempló las nubes como deleitándose con aquella lluvia que seguía cayendo a cántaros. Abrió los brazos y llegué a ver cómo se echaba a reír, mientras media docena de muchachas seguían sus pasos. Todas riendo y chillando a pesar de la lluvia, chapoteando por los charcos y dando saltos de contento, bajo la atenta mirada de dos guardias que las habían seguido hasta la puerta.

Stiorra echó a correr hacia los caballos. Sin dejar de preguntarme cómo Ælfwynn, tan frívola y alocada, podía ser amiga de Stiorra, mi hija, tan seria y recatada, tan contenida y reflexiva, me fijé en que Ælfwynn iba tras ella. De blanco también, como mi hija, con el vestido empapado y pegado a su grácil cuerpo. Los guardias no la perdían de vista mientras acariciaba el hocico de aquella yegua gris. Apiñadas, las otras jóvenes iban tras ella. Con sus hermosos cabellos rubios, lacios bajo la lluvia, se volvió a mi hija y comenzó a dar saltitos de alegría, sin dejar de chillar mientras chapoteaba con los pies descalzos. Entonces, y de forma inesperada, las tres, Stiorra, Hella y Ælfwynn montaron a lomos de las caballerías. Los guardias no parecieron sorprenderse. Al fin y al cabo, era una muchacha que se iba a casar y, si la joven estaba lo bastante loca como para salir bajo aquel aguacero, poco debió de extrañarles que quisiese montar la yegua y dar una vuelta por el patio.

Se dirigieron hacia la gran sala. Cenwulf y Eadric las seguían. Mis hombres ya montaban; hice una seña al mozo; el chico me acercó mi corcel. A sabiendas de la punzada de dolor que iba a sentir cuando me subiera a la silla, respiré hondo. Aun así, retorciéndome, me las compuse para sofocar un gemido, introduje el pie en el estribo y me incliné hacia adelante tratando de atisbar algo por el arco de la puerta, pero otro latigazo de dolor me obligó a erguirme de nuevo. Finan, que seguía sin montar, estaba al tanto de todo lo que pasaba en la explanada del palacio.

—¿Listos? —dijo una voz a los hombres que llevaban la carreta de heno—. Están a punto de salir —me dijo, al tiempo que montaba.

Stiorra había llevado a Ælfwynn hasta la gran sala; una vez allí, se desviaron hacia la puerta. Aun antes de verlas, pude oír cómo llegaban; oía el martilleo acompasado de los cascos contra el pavimento de piedra que había al otro lado del arco cuando, de repente, las tres muchachas y mis dos hombres salieron por la puerta.

—¡Ahora! —gritó Finan; los hombres pusieron en marcha la carreta para cegar la entrada al palacio. Sirviéndose de un hacha, uno de ellos astilló una rueda; tras inutilizar el vehículo, nos seguirían a lomos de los enormes caballos de tiro. Llevábamos corceles para ellos, al igual que para los hombres que conducían la carreta con la que se disponían a cegar la calle que había que cruzar para llegar a la puerta de la ciudad.

La lluvia había dejado desiertas las calles. Cuando, ya al trote, dejábamos atrás el cruce, a voces ordené a los hombres que cerraran la calle. Si querían alcanzarnos, los hombres de Etelredo tendrían que salir de la ciudad por alguna de las otras dos puertas. Para eso habíamos llevado las carretas, para impedir la persecución que tendría lugar a continuación. Incluso unos pocos minutos nos supondrían una ventaja decisiva.

Al trote pasamos bajo la puerta de la ciudad. Me detuve junto al hombre de barba negra que había peleado en Teotanheale.

—Confío en que tengáis a bien disculpar lo que está a punto de pasar —le dije.

—¿Cómo decís, mi señor? —me contestó, sorprendido.

—Vamos a atorar la puerta —le dije—. Fiaos de mí: sé lo que me hago.

—Como siempre, mi señor —repuso, con una sonrisa franca.

Volcamos la tercera de las carretas en la puerta y desparramamos el heno bajo el arco. Nuestros perseguidores siempre podrían salir por las otras dos puertas, pero habría de pasar un rato hasta que averiguasen que la salida más directa estaba cegada. La lluvia y el tiempo que tardarán en ensillar los caballos los retrasarían también; según mis cuentas, dispondríamos de no menos de una hora antes de que vinieran a por nosotros. Los hombres que habían llevado las carretas a la ciudad se fueron hacia el norte por el camino que discurría a un paso de la frontera con Gales. Llevaban, además, el encargo de contarle a Etelfleda lo que acabábamos de hacer y que llegaríamos a Ceaster en un par de días o tres.

—¡Tío! —gritó Ælfwynn, llegándose a mi lado. Siempre me había llamado así.

—¿No tenéis frío?

—¡Estoy helada! —dijo con una sonrisa maliciosa. Le encantaban las diabluras, y aquella había sido sonada—. ¿Dónde vamos?

—¡Con vuestra madre!

Se le borró la sonrisa de la cara. Etelfleda nunca había visto con buenos ojos el comportamiento de su hija, a quien tenía por frívola e irresponsable. «Cabeza de chorlito», solía decir de ella.

—¿Con mi madre? —me preguntó, intranquila.

—Si lo preferís, puedo llevaros de vuelta a Gleawecestre —dije.

—¡No, no! —Otra vez la misma sonrisa—. Cuando estáis con ella, siempre se vuelve más amable.

—Me tendréis de vuestra parte —repuse.

—¡Decían que os estabais muriendo!

—Y así es.

—Confío en que no.

Finan se acercó a ella y le tendió una capa, algo que no debió de hacer mucha gracia a mis hombres, porque no llevaba más que aquel vestido blanco de hilo que, empapado, se le pegaba al cuerpo.

—¡Montáis bien! —le dije.

—¡Stiorra también!

Obligué a mi caballo a ir más despacio, y me coloqué a la altura de mi hija.

—Me teníais preocupado —le dije.

—Ni siquiera estaba levantada de la cama cuando llegué. Tuve que esperar —me comentó, esbozando una sonrisa fugaz.

—¿No tuvisteis ninguna dificultad?

Negó con la cabeza.

—Los guardias no sospecharon nada. Les dije que le traía un caballo como regalo, y la dejaron salir a verlo. Cuando les dijo que iba a salir con aquella lluvia, pensaron que estaba loca, pero ya están acostumbrados a sus caprichos.

Me volví en la silla y, al instante, lo lamenté; nada indicaba que nos persiguieran. Atrás quedaba la ciudad, gris bajo su propia humareda y aquella lluvia que traía y llevaba el viento.

—Vendrán a por nosotros —dije, ceñudo.

Ælfwynn se había retrasado para unirse a nosotros.

—¿Y madre? ¿En Cirrenceastre? —se interesó.

—Está en Ceaster.

—¿Y no se va por allí? —insistió, señalando al norte.

—Quiero que vuestro padre piense que nos dirigimos a Cirrenceastre —dije.

—No os preocupéis, no tendrá que volver a hacerlo —repuso, encantada.

—¡Se pondrá furioso! —le advertí.

—No, claro que no.

—Enviaré hombres para darnos caza —le dije—; os obligará a volver.

—A lo mejor, Eardwulf —dijo—; quién sabe si el tío Eduardo. Mi padre seguro que no.

—¿Por qué no? —le pregunté.

—Porque murió ayer —dijo. Stiorra y yo nos quedamos mirándola.

—Que falleció... —empecé a decir.

—Se creen que nadie lo sabe —continuó, alegremente—. Es un secreto. Lo malo es que, en un palacio, no hay secretos. Las criadas me lo contaron. ¡Ésas sí que están al tanto de todo lo que pasa!

—¿Habladurías de criadas? —comenté—. ¿Y si no estuvieran en lo cierto?

—¡El palacio está infestado de curas! —dijo Ælfwynn—. Y hubo mucho ajeteo toda la noche, portazos, plegarias en voz baja. Creo que están en lo cierto. —No parecía afectada.

—Lo siento —dije.

—¿Qué?

—Que vuestro padre haya muerto —contesté, con poco tacto.

—Me imagino que tendría que sentirlo —dijo—, pero ni él me caía bien a mí ni tampoco yo a él. —Se quedó mirando a Stiorra y esbozó una sonrisa traviesa, mientras yo me preguntaba si no sería eso lo que las dos muchachas tenían en común: malos padres—. Además, tenía un carácter endemoniado —continuó Ælfwynn—, ¡peor que mi madre! Sé que debería estar triste, pero yo no quería casarme con Eardwulf, así que no lo estoy.

—Por eso mantienen su muerte en secreto quieren que estéis casada con Eardwulf antes de anunciarla.

—Ahora ya no me obligarán a casarme, ¿verdad, tío? —comentó, encantada.

Claro que podrían y, por todos los medios, lo intentarían, porque sin ella Eardwulf no era nada; casado con ella, sin embargo, heredaría el poder de su suegro y sería el brazo ejecutor de Etelhelmo en Mercia.

Así que tendría que dar con su prometida. Eché la vista atrás; sólo atisbé un

camino desierto, pero eso no quería decir nada.
Nos perseguirían, sin duda.

SEGUNDA PARTE

La Dama de Mercia

Capítulo IV

El aguacero dejó paso a una lluvia incesante. La tormenta había pasado y, con ella, los vientos racheados, pero seguía lloviendo. Parecía imposible que el cielo pudiera albergar tanta agua. Era como si, implacables, los insondables océanos de los dioses se derramasen sobre nuestras cabezas: un chaparrón torrencial que nos calaba hasta los huesos mientras ascendíamos por las empinadas laderas de las colinas y, tras haberlas coronado, continuara con nosotros hacia el norte, mientras seguíamos adelante por los senderos de ovejas que surcaban aquellas suaves colinas redondeadas. Los hombres apostados en las murallas de Gleawecestre habrían visto que nos dirigíamos al este, a Cirrenceastre, y confiaba en que Eardwulf diese por buenolque no otro era nuestro destino, sobre todo cuando, al abandonar la calzada romana y las colinas, emprendimos la senda que llevaba a Alencestre.

Si bien poco enfangados, los caminos estaban resbaladizos hasta que llegamos al anchuroso valle de Eveshonne, donde se convirtieron en hondas veredas intransitables. En cierta ocasión, había prestado atención a lo que decía un cura cristiano que andaba por aquellos parajes: aseguraba que Adán y Eva habían vivido en aquel valle anchuroso y feraz; que, por aquel Edén, había entrado el pecado en el mundo. Por lo que decía, a ratos me había dado la impresión de que aquel hombre estuviera demente: arrebatado, sin apartar los ojos de la iglesia, agitaba los brazos y escupía tales palabras. «¡La mujer! —bramaba—. ¡Por la mujer entró el pecado en el mundo! ¡La mujer nos privó del paraíso de Dios! ¡La mujer trajo el mal!». Yo era muy joven por aquellos años, demasiado para darme cuenta de los disparates que salían por su boca. Además, el padre Beocca me había contado que el verdadero paraíso estaba mucho más allá de donde nace el sol, un paraje que, envuelto en brumas doradas, los ángeles custodiaban, en tanto que Eveshonne, según él, debía su nombre a una porquera que había conversado con la Virgen María mientras los cerdos hozaban por los hayedos.

—¿Y de qué hablaron? —se me había ocurrido preguntarle.

—De la gracia de Dios, ¡estoy convencido!

—Apasionante.

—Lo es, Uhtred, ¡vaya si lo es! —me había insistido—. Los hombres y las mujeres se acercan hasta Eveshonne con la esperanza de ver a nuestra Señora.

—¿Y llegan a verla?

—Rezo para que eso ocurra —me había dicho; no me había parecido muy convencido.

—¿Y vos, os habéis pasado por allí? —le había preguntado; si bien de mala gana, asintió con la cabeza—. ¿Llegasteis a verla?

—No, por desgracia.

—Si hubierais llevado unos cuantos cerdos, a lo mejor habríais tenido más suerte.

—¿Cerdos? —se me había quedado mirando, sorprendido.

—A lo mejor le gusta el tocino.

—Eso no tiene ninguna gracia —me había dicho. El difunto y buen padre Beocca.

Nada indicaba que nos vinieran pisando los talones, pero sabía que, más tarde o más temprano, aparecerían. Eardwulf necesitaba dar con Ælfwynn cuanto antes; incluso a rastras, necesitaba llevarla al altar y casarse con ella. Sólo entonces tendría legitimidad para postularse como heredero del poder que ostentaba el padre de su mujer. En mi opinión, los terratenientes de Mercia pensaban que era un advenedizo y no veían con buenos ojos que acumulara tanto poder. Sólo si compartía el lecho con la hija de Etelredo y contaba con el respaldo del poder de Wessex, sólo entonces, aun a regañadientes, reconocerían su autoridad. Caso de no ser sí, sin Ælfwynn, no sería sino un usurpador. Era su virginidad, si la muchacha aún la conservaba, la que lo elevaría a la posición que ocupaba la familia de Etelredo. En medio de aquel valle zarandeado por la lluvia, pensé en dar con algún cura y obligarle a casar a Ælfwynn con mi hijo, esperar después a que Uhtred se la llevara a una choza cualquiera y cumpliera su cometido. La verdad es que di muchas vueltas al asunto, pero, al ver que nadie venía a por nosotros, me convencí a mí mismo de que lo mejor era que siguiéramos adelante.

Con la lluvia, los arroyos que cruzábamos bajaban cargados: el agua rebasaba las riberas y se arremolinaba en los vados. Era una tierra fértil y rica; caseríos por doquier. Las aldeas eran prósperas e iban a más. La derrota que habíamos infligido a los daneses en Teotanheale había bastado para que la gente se sintiese más segura; ya no tenían que levantar empalizadas en torno a los nuevos edificios que construían. Los nuevos graneros eran grandes como iglesias, iglesias coronadas por relucientes techumbres de cañizo. Huertas feraces, pastos exuberantes, espléndida tierra aunque tan llana que las crecidas que traía aquella lluvia porfiada anegaban los pastizales. Estábamos helados, cansados y calados hasta los huesos. Me asaltó la tentación de detenerme en cualquiera de aquellos enormes caseríos por los que pasamos, secarnos y entrar en calor al fuego del hogar, pero no me atreví a hacer un alto hasta que llegáramos a Alencestre.

Llegamos al anochecer, no mucho después de que Osferth y su caterva de familias hubiesen arribado al pueblo, término demasiado ampuloso para un lugar como Alencestre, un villorrio que se alzaba allí donde dos ríos y dos calzadas se unían y donde los romanos habían levantado dos fortalezas. La más antigua, de murallas de adobe, para entonces cubiertas de zarzas, se asentaba en la colina que quedaba al sur de ambos ríos; la más reciente se alzaba en la confluencia de los dos ríos. Allí nos esperaba Osferth. Pegados a los decrepitos muros de la fortaleza, unos cuantos chamizos y un caserío, con su granero y un establo donde guardaban una docena de vacas. El caserío había sido propiedad de un danés que había muerto en Teotanheale; Etelredo lo había donado a la iglesia.

—El obispo Wulfheard no deja de rezar para que aquí se alce un monasterio —me dijo el intendente.

—¿Otro monasterio? ¿No hay ya demasiados?

Alencestre debía de haber sido una plaza importante en tiempos de los romanos, porque, si bien cubiertos de hiedra y matas de ortigas por entonces, alrededor de la fortaleza aún quedaban restos de sus mansiones; el intendente había desbrozado una casa que carecía de techo.

—El obispo dejó dicho que deberíamos reformarla como iglesia —me explicó.

—Más cuenta os tendría recomponer las murallas de la fortaleza —comenté.

—¿Teméis acaso que los daneses vuelvan, mi señor? —me preguntó, nervioso.

—Los daneses siempre acaban por volver —bramé a modo de respuesta, en parte porque estaba de mal talante, y también porque aquel llorica, con la excusa del obispo Wulfheard, nos había puesto toda clase de trabas para acceder a las provisiones de víveres y cerveza que guardaban. Había llegado preparado para pagar con plata todo lo que nos lleváramos, pero, al ver su actitud, decidí arramblar con todo lo necesario; por mí, el obispo podía decir misa.

Dispuse centinelas en lo poco que quedaba en pie de la muralla de la fortaleza. Anochece y ya las tinieblas acechaban aquel paraje anegado cuando, por fin, pareció que la lluvia aflojaba. En la casa ardía una buena hoguera; prendimos otra en el granero. A la luz que declinaba, me quedé en las murallas, contemplando el resultado de aquella inundación. Allí donde el agua batía con fuerza y se encrespaba tratando de saltar por encima de la calzada de piedra, desechos sin cuento se apilaban contra los pilares del puente romano. Pensando que, si Eardwulf nos seguía, por fuerza habría de cruzar el puente; con cabrios del establo, levantamos una tosca empalizada donde aposté a seis de los míos. Seis hombres bastarían; no creía que nuestros perseguidores nos alcanzasen aquella noche. Estarían tan cansados, helados y calados como nosotros, y la noche se presentaba tan negra como boca de lobo, demasiado oscura para avanzar sin peligro.

—Así que Eitelredo ha muerto —me comentó Osferth, que se había llegado a mi lado en lo alto de la muralla.

—Eso dice Ælfwynn.

—No será la primera vez que circulan tales habladurías.

—Creo que esta vez va en serio —dije—. Pero lo mantendrán en secreto tanto tiempo como puedan.

—¿Hasta que Eardwulf se case con Ælfwynn?

Asentí. Ingulfrid, la mujer de Osferth, había ido con él; le hice una seña para que se acercase. Lo que es la vida, pensé. Ingulfrid estaba casada con un primo mío, otro Uhtred, que era hijo de aquel tío que me había arrebatado Bebbanburg. Cuando fracasé en mi intento de tomar la fortaleza, había decidido unirse a nosotros. Su hijo se había venido con ella, pero Osferth había tomado la decisión de que el chico volviera con su padre. Con gusto le habría rebanado el pescuezo al pequeño bastardo,

pero había dejado su vida en manos de Osferth, y éste había dado una prueba más de su generosidad.

—Eardwulf no tardará en dar con nosotros —dijo Osferth—. No pueden esconder el cadáver de Etelredo mucho tiempo. Sólo hasta que empiece a heder.

—Como mucho, una semana —aventuré.

Osferth volvió la vista al sur. Ya casi no había luz; la colina del otro lado del río era poco más que un negro contorno en la oscuridad.

—¿Cuántos hombres traerán?

—Todos los que tengan.

—¿De cuántos estamos hablando? —se interesó Ingulfrid.

—¿Doscientos? ¿Trescientos?

—¿De cuántos disponemos nosotros?

—Cuarenta y tres —dije, desviando la mirada.

—No los suficientes para defender esta fortaleza —apuntó Osferth.

—Siempre podemos cortarles el paso en el puente —comenté—, pero, tan pronto como baje el nivel del río, lo vadearán más arriba.

—O sea que, como estaba previsto, mañana nos ponemos en camino.

No dije nada porque, en ese momento, me acababa de dar cuenta de la necedad que había cometido. Yo que había pensado que, como adversario, Brice era un hombre de escasas luces, acababa de incorporarme al pelotón de los torpes; en bandeja, le había prestado a Eardwulf la ventaja que iba buscando. Pero ni él ni Etelhelmo eran necios; a esas alturas ya sabrían a dónde me dirigía. Por más que quisiera hacerles creer que iba camino de Cirrenceastre, ya se habrían dado cuenta de que tenía pensado unirme a Etelfleda, así que ni falta que les hacía seguirme hasta Alencestre; lo único que necesitaban era emprender el camino más rápido hasta Ceaster, aquél que discurría a un paso de la frontera con Gales, y adelantarme con sus tropas, en tanto que yo, por fuerza, habría de tomar el camino más largo y más lento, el que discurría por el corazón de Mercia. De nada, pues, servían los seis centinelas que había apostado en el puente, porque, en lugar de perseguirnos, Eardwulf se dirigía a toda prisa hacia el norte por el camino que quedaba al oeste de donde nos encontrábamos. Sus ojeadores andarían buscándonos y, sin duda, acabarían por dar con nosotros; ése sería el momento elegido por Eardwulf para llevar sus tropas hacia el este y cortarnos el paso.

—¿Mi señor? —me preguntó Osferth, intranquilo.

—No vendrán por el sur —dije—, sino de allí —señalando con el dedo.

—¿Por el oeste? —inquirió, sin ocultar su sorpresa.

Opté por no dar cuentas de mi estupidez. Podía achacarlo a aquel dolor lacerante, pero no tenía excusa. Había decidido que Osferth, las familias de los míos, Etelstano y su hermana emprendieran aquel camino para, así, mantenerlos alejados de todo galés que anduviese al acecho, pero lo único que había conseguido era conducirlos a una trampa.

—A menos que las inundaciones se lo impidan, vendrán por el oeste —insistí, irritado.

—También serán un inconveniente para nosotros —dijo Osferth, no muy convencido, mientras aguzaba la vista entre la húmeda oscuridad.

—Deberíais ponerlos a cubierto, mi señor —me dijo Ingulfrid—, estáis helado y calado hasta los huesos.

Y lo más seguro que derrotado, pensé. Claro que Eardwulf no me seguía, ¡ni falta que le hacía! Iba por delante, y no tardaría en cortarme el paso y contraer matrimonio con Ælfwynn. Con todo, no dejaba de preguntarme si estaba en lo cierto a la hora de considerar el asunto, porque, aun casado con Ælfwynn, Eardwulf nunca sería designado como señor de Mercia. Sin duda, Eduardo ocuparía el trono; Eardwulf no sería sino su brazo ejecutor, su bailío, y quién sabe si Etelfleda no vería con buenos ojos aquella maniobra para hacerse con la corona de Mercia que, al fin y al cabo, supondría un paso más para hacer realidad el sueño de su padre.

Alfredo siempre había soñado con unir a los sajones. Antes, había que expulsar a los daneses del norte de Mercia, de Anglia Oriental y hasta de Northumbria, a ser posible. Sólo entonces los cuatro reinos se unirían en uno solo: la tierra de los ingleses. Si durante años Mercia se había apoyado en Wessex para seguir adelante, ¿por qué el rey de Wessex no habría de ceñirse su corona? Tres reinos eran mejor que cuatro a la hora de unirlos en uno solo. ¿Me estaba empecinando o sólo era un necio? Etelfleda bien podía recelar de Eardwulf; al fin y al cabo, siempre había sido enemigo suyo, pero ¿y si su ennoblecimiento fuera el precio que había que pagar con tal de dar un paso para alcanzar el sueño de una tierra de los ingleses?

Rechacé de plano semejante idea. En mi opinión, no era eso lo que quería Eduardo. Claro que aspiraba a ocupar el trono de Mercia, pero ¿a costa de su primogénito? ¿De verdad quería Eduardo acabar con Etelstano? No me casaba. Aquello respondía a una maniobra del lord Etelhelmo: pretendía eliminar a Etelstano para asegurarse de que su nieto sería el rey de Wessex y de Mercia y, si los dioses de la guerra lo tenían a bien, el rey de todos los ingleses también. Quería a Etelstano tanto como a mis propios hijos; sin embargo, era yo quien lo había arrastrado a aquella fortaleza enfangada del centro de Mercia, en tanto que sus enemigos ya avanzaban hacia el norte para impedir que se uniera a los hombres de Etelfleda, su única esperanza de salir con vida.

—¿Mi señor? —dijo Osferth.

—A cubierto —contesté—, y rezad.

Porque había obrado como un necio.



Tronó toda la noche. A eso de la medianoche, la lluvia, que parecía haber aflojado al anochecer, volvió a caer de forma torrencial y así continuó durante el resto de la noche. A cántaros, jarreaba con fuerza inundándolo todo.

—Vamos a tener que construir un arca, mi señor —me dijo el padre Cuthberto al filo del amanecer. Yo estaba de pie a la puerta del caserío, escuchando la lluvia que aporreaba la techumbre.

—¿Cómo supisteis que era yo? —le pregunté.

—Cada persona tiene su propio olor —me dijo. Avanzó a tientas hasta tocar con las manos la jamba de la puerta—. Además —continuó, al tiempo que se apoyaba contra una columna—, estabais murmurando.

—¿De verdad?

—Algo acerca de que erais un maldito necio —me comentó divertido—, lo mismo que soléis decir de mí.

—Lo sois —dije.

Volvió aquel rostro privado de ojos hacia mí.

—¿Se puede saber qué he hecho ahora?

—Casar a Eduardo con la muchacha de Cent —le dije—; ésa sí que fue una mala idea.

—Que lo apartó del pecado, mi señor.

—¡Pecado! ¿Consideráis que es pecado dar un revolcón a una muchacha?

—Nadie ha dicho que la vida sea justa.

—Vuestro dios impone extraños preceptos.

Volvió el rostro hacia la lluvia. Tras la desalentadora línea gris que asomaba por el este, apenas llegaba a verse un atisbo de luz.

—Lluvia —dijo, como si no me hubiera dado cuenta.

—Inundaciones —rezongué.

—¿Lo veis? Nos hace falta un arca. Hurones.

—¿Hurones, decís?

—Lo de las ovejas lo entiendo —dijo—. A Noé, no debió de costarle mucho dar con un par de ovejas o de vacas. Pero ¿cómo diantres se las arreglaría para convencer a dos hurones de que entrasen en el arca?

No pude por menos que sonreír.

—¿De verdad creéis que esa historia vuestra del diluvio ocurrió en realidad? —le pregunté.

—Claro que sí, mi señor. Fue el castigo que Dios envió sobre un mundo inicuo.

Me quedé mirando la lluvia que seguía cayendo a cántaros.

—En tal caso, muy inicuo ha de ser quien haya atraído esta lluvia —dejé caer.

—No fuisteis vos, mi señor —dijo, de corazón.

—Para variar —repuse, sin dejar de sonreír. No le faltaba razón al padre Cuthberto. Nos hacía falta un arca. Tendría que haberle dicho a Osferth que se llevara a las familias de los míos y sus enseres hacia el Temes; que, una vez allí, buscasen un

barco, y que nosotros iríamos a su encuentro. El viaje hasta Ceaster habría sido largo, demasiado sin duda, pero una vez en el mar, estaríamos a salvo de nuestros perseguidores. Mejor incluso nos habría venido disponer de un barco en el río Sæfern, al sur de Gleawecestre, pero, desde aquella pelea con Cnut, me había encontrado tan disminuido que apenas si era capaz de pensar en nada.

—¿Así que nos disponemos a seguir adelante, mi señor? —me preguntó Cuthberto, con una voz que daba a entender que lo último que deseaba era otro accidentado día de viaje bajo aquel aguacero.

—No creo que estemos en condiciones —dije para, al cabo de un momento, chapotear por la hierba anegada y trepar a la parte baja de la muralla, donde comprobé que la fortaleza era poco menos que una isla. A la media luz de aquel amanecer gris, agua fue lo único que llegué a ver. Los ríos se habían desbordado y seguía lloviendo. Me quedé observando la lejanía mientras, poco a poco, la luz iba a más, cuando de repente oí algo que me pareció un gemido lastimero; me volví y me di cuenta de que el padre Cuthberto había seguido mis pasos; de pie y con el agua por los tobillos, tanteaba el terreno con el largo bastón que llevaba para guiar sus pasos. Se había perdido.

—¿Qué hacéis? —le pregunté—. Estáis ciego; ¿cómo se os ocurre venir hasta aquí?

—No lo sé —repuso, con voz lastimera.

Lo guié hasta lo alto de la muralla deteriorada por el tiempo.

—No hay nada que ver —le dije—. Sólo agua.

Se apoyó en el bastón, y volvió las cuencas vacías de sus ojos al norte.

—¿Habéis oído hablar de san Longinos? —me preguntó.

—No —contesté.

—A veces, también se le suele llamar Longino —añadió, como si aquello pudiera refrescarme la memoria.

—¿Qué hizo? ¿Se dedicó a predicar a los hurones?

—No hasta donde yo sé, mi señor, aunque quizá lo hiciera. Era un soldado ciego; fue el hombre que, con su lanza, traspasó el costado de Nuestro Señor cuando estaba en la cruz.

Me quedé mirando a Cuthberto.

—¿A quién se le ocurre dejar una lanza en manos de un soldado ciego?

—No lo sé. Pero eso fue lo que pasó.

—Continuad —le dije. Estaba harto de aquellas historias de santos, de si colgaban la capa en rayos de sol, resucitaban a los muertos o convertían la tiza en queso. Si tan sólo una vez hubiera visto uno de aquellos milagros, me habría creído semejantes patrañas, pero, por el afecto que le tenía, permití que el padre Cuthberto continuase.

—No era cristiano —añadió el cura—, pero resulta que, tras clavarle la lanza, le cayó en la cara un poco de la sangre de Nuestro Señor, ¡y volvió a ver! ¡Estaba curado! Y se hizo cristiano. —Sonreí, y no dije nada. Llovía a cántaros; ni un soplo

de viento—. Longinos recuperó la vista —continuó el padre Cuthberto—, pero sobre él cayó también una maldición. Había herido a nuestro salvador, ¡y su maldición fue que nunca moriría!

—Una maldición en toda regla —dije, conmovido.

—El caso es que aún sigue con vida, mi señor, y que todos los días sufre una herida mortal. ¡Quién sabe si no os las habréis visto con él! A lo mejor le habéis asestado una de esas heridas mortales, pero todas las noches se recuesta para morir junto a la lanza que utilizó contra Nuestro Señor y se cura de nuevo.

Me di cuenta de que, si me contaba aquella historia, era porque quería echarme una mano. Guardé silencio y contemplé los pequeños montículos de tierra que emergían en medio de tanta agua. Uno de aquellos altozanos estaba atestado de ganado. Un cordero ahogado se había atorado a los pies de las murallas, y ya los primeros cuervos le estaban arrancando las vedijas. Vuelta hacia mí, observé la cara estragada del padre Cuthberto. De sobra entendía lo que me estaba diciendo, pero, de todos modos, le pregunté:

—¿Qué estáis insinuando?

—Que el arma que causó la herida también puede curar, mi señor —dijo.

—Pero no fue la lanza de Longinos la que lo hirió —apunté.

—Longinos se hirió a sí mismo cuando su lanza traspasó el costado de Cristo, mi señor. Nos hirió a todos nosotros. Hirió a la humanidad entera.

—Una historia un tanto embarullada —dije—. ¿Se hace cristiano y carga con una maldición? ¿La de morir y volver a la vida todos los días? Aunque no lo hiriera, ¿su lanza puede sanarlo?

—Mi señor —me suplicaba el padre Cuthberto—, dad con la espada que os hirió. Puede curaros.

—*Duende-de-hielo* —dije.

—¡Tiene que estar en alguna parte!

—Y tanto que sí —le dije. Daba por sentado que alguno de los hombres de Cnut se habría llevado la espada del lugar de la refriega—. Pero ¿cómo puedo dar con ella?

—No lo sé —dijo Cuthberto—, sólo sé que debéis encontrarla —exclamó con unción, y sabía que lo decía de corazón. No era la primera persona que me decía que la hoja que me había herido también podía curarme, y yo así lo creía, pero ¿cómo dar con una espada en toda Britania? Tenía para mí que la espada de Cnut había ido a parar a manos de alguno de mis enemigos, que se servía de ella para hacerme sufrir. Había hechizos y conjuros para hacerlo realidad. Era una magia antigua, anterior a la brujería cristiana de Cuthberto, una magia que se remontaba a los orígenes de los tiempos.

—La buscaré, amigo mío —le dije—. Ahora, venid conmigo, no os quedéis bajo la lluvia.

Me lo llevé de vuelta al caserío.

La lluvia no cejaba.

El enemigo, tampoco.



Estábamos atrapados en aquella avenida. Las carretas que Osferth había traído de Fagranforda no podían seguir adelante, no al menos mientras las aguas no bajasen, y tampoco estaba dispuesto a abandonarlas a su suerte. Todo lo que teníamos de valor iba en aquellos carromatos. Por otra parte, si nos decidíamos a plantar cara a la inundación para llegar a tierras más altas, una vez en campo abierto, nos arriesgábamos a caer en manos de los jinetes que, sin duda, nos andaban buscando. Lo mejor era quedarnos en la fortaleza romana, donde, de momento, estábamos a salvo. Gracias a la inundación sólo podrían atacarnos por el lado norte. Nadie nos hostigaría por los flancos.

Con todo, quedarnos allí era como enviar una invitación a nuestros enemigos para que diesen con nosotros; una vez que las aguas se retiraran, podrían atacarnos por el este, el oeste y el norte, de modo que envié a tres de los más jóvenes de entre los míos hacia el este, con instrucciones de cabalgar hacia el norte, en primer lugar, siguiendo la calzada romana que discurría por un pequeño terraplén; aun así, hasta que no alcanzasen las bajas colinas y pudieran dirigirse hacia el este, el agua les llegaría por encima de los estribos. Los envié en busca de tropas que estuviesen de parte de Etelfleda.

—Contadles que Etelredo ha muerto —les dije—, y que Eardwulf trata de erigirse señor de Mercia. Decidles que necesitamos refuerzos.

—Os disponéis a iniciar una rebelión —me imprecó Osferth.

—¿Contra quién? —repliqué, desafiante.

Dudó un momento.

—¿Contra Etelredo? —dejó caer, por fin.

—Está muerto.

—No lo sabemos.

—¿Y qué queréis que haga? —le pregunté, poniéndole en la misma tesitura en la que lo había dejado sin palabras en Cirrenceastre, y, una vez más, no obtuve respuesta. No estaba en contra de lo que yo decía, sino que, al igual que su padre, Osferth era un hombre que respetaba las leyes. En su opinión, Dios estaba del lado de la justicia, en tanto que él, Osferth, se debatía en su interior tratando de descubrir de qué lado estaba la razón, y, según él, la razón estaba normalmente del lado de cualquier causa que la Iglesia defendiera—. Supongamos que Etelredo aún vive —le apremié—; ¿creéis que eso le da derecho a ponerse de parte de Etelhelmo para acabar con Etelstano?

—No —admitió.

—¿O para casar a Ælfwynn con Eardwulf?

—Es su hija. Puede disponer de ella a su antojo.

—¿Y su madre? ¿Acaso no tiene nada que decir?

—Etelredo es el señor de Mercia —dijo—, y aunque no lo fuera, el marido es el cabeza de familia.

—En ese caso, ¿cómo es que retozáis con la mujer de otro hombre? —le pregunté. Pobre hombre, se le veía tan hundido, tan desdichado, que me pregunté cómo sería la lucha que había de librar en su interior entre su amor por Ingulfrid y la reprobación del dios crucificado—. Y si Etelredo ha muerto —volví a la carga para que dejara sin respuesta la pregunta que le había planteado—, ¿en qué posición queda Etelfleda?

No se le borró el gesto de amargura. Etelfleda era hermanastra suya, y le tenía cariño, pero no podía desprenderse de los ridículos preceptos de su dios.

—La costumbre establece —dijo en voz baja— que la viuda del señor ingrese en un convento.

—¿Es eso lo que queréis para ella? —le pregunté, irritado.

Vaciló al oír mi pregunta.

—¿Qué otra salida le queda? —me preguntó.

—Ocupar el puesto de su marido —dije.

Se me quedó mirando.

—¿Señora de Mercia?

—¿Se os ocurre alguien mejor que ella?

—¡Las mujeres no están para mandar!

—Etelfreda sabe hacerlo —dije.

—Pero... —comenzó a decir, y se quedó callado.

—¿Quién mejor que ella? —le pregunté.

—¿Su hermano?

—¡Eduardo! ¿Y si los pobladores de Mercia no quieren estar a las órdenes de Wessex?

—Ya lo están —contestó, y no le faltaba razón, aunque todo el mundo fingiese que las cosas no eran así.

—¿Y quién lo haría mejor? —insistí—. ¿Vuestro hermanastro o vuestra hermanastra?

Guardó silencio un momento, pero Osferth era de los que siempre dicen la verdad.

—Etelfreda —convino, al fin.

—Debería de estar al frente de Mercia —dije muy convencido, aunque eso sólo pasaría si yo era capaz de mantener a su hija lejos del lecho nupcial de Eardwulf, evitando así que Wessex se anexionase Mercia.

Algo que no parecía probable porque, a mitad de la mañana, cuando, por fin, dio

la impresión de que la lluvia remitía, unos jinetes aparecieron por el oeste. Primero fue un solo hombre a lomos de un pequeño caballo que, desde lo alto de una colina, escrutaba el valle inundado. Se nos quedó mirando, azuzó su montura y lo perdimos de vista; al cabo de un momento, la silueta de seis jinetes se recortaba en el horizonte. Y llegaron más hombres, diez u once quizá, que no era fácil contarlos porque no tardaron en dispersarse por el altozano y explorar el valle por el que discurría el río en busca de un lugar por donde cruzarlo.

—¿Qué va a pasar ahora? —me preguntó mi hija.

—Mientras el agua siga como está, no podrán venir a por nosotros —contesté. Tras la avenida tan sólo había quedado expedito el angosto camino que llevaba a la fortaleza, y disponía de hombres más que suficientes para defenderlo.

—¿Y cuando baje la inundación?

Hice una mueca.

—Las cosas se pondrán difíciles.

Stiorra llevaba un zurrón de piel de cordero que me tendió. Lo miré, pero no alargué la mano para hacerme con él.

—¿De dónde lo habéis sacado? —le pregunté.

—De Fagranforda.

—Pensaba que se había quemado con todo lo demás. —Tantas eran las cosas que había perdido cuando los cristianos incendiaron mi hacienda.

—Lo encontré hace años —me dijo—, antes de que Wulfheard quemara el caserío. Me gustaría aprender a usarlas.

—No sé cómo se hace —le dije. Tomé el morral y desaté el cordel que lo cerraba. En su interior, dos docenas de finas y pulidas varas de aliso, ninguna más larga que el antebrazo de un hombre. Runas; en su día, habían sido de la madre de Stiorra. Las runas sirven para adivinar el futuro, y Gisela sabía cómo interpretarlas, pero yo nunca había aprendido el secreto—. ¿Sabe hacerlo Hella?

—Nunca lo aprendió —dijo Stiorra.

Recordando cómo lo hacía Gisela, las dejé caer al suelo.

—Sigunn te enseñará —le dije; Sigunn era mi mujer y, como la doncella de Stiorra, era otra de las cautivas de Beamfleot. Se encontraba entre las mujeres y los niños que hasta allí había llevado Osferth.

—¿Sigunn sabe cómo interpretar las runas? —me preguntó Stiorra, no muy convencida.

—Más o menos. Dice que es cuestión de práctica. De práctica y de sueños. —Introduje las runas en el morral y esboqué una sonrisa triste—. En cierta ocasión, las runas dijeron que seríais madre de reyes.

—¿Se trata de una profecía de mi madre?

—Sí.

—¿Y las runas nunca mienten?

—Nunca a vuestra madre.

—Entonces, esa gente no nos hará nada —dijo Stiorra, volviendo la cabeza hacia los jinetes que estaban al otro lado del valle.

Pero estaban en condiciones de hacérselo, y de eso se encargarían en cuanto las aguas bajasen. Poco podía hacer yo para detenerlos. Había enviado a algunos hombres al pueblo inundado en busca de cerveza; otros habían echado abajo otro cercado para disponer de leña, pero tenía el presentimiento de que el enemigo nos estaba rodeando. Por la tarde, en alas de un viento frío del este, nos llegó una lluvia ligera; sin moverme de las murallas, atisé jinetes a ambos lados. Cuando, con el declinar del día, las aguas se tornaron más oscuras, reparé en una hilera de caballos y jinetes en las tierras más altas del norte. Uno portaba un estandarte tan mojado que, lacio, colgaba del asta, sin que hubiera posibilidad de saber a quién pertenecía.

Aquella noche, el resplandor de los fuegos de campamento iluminaba el cielo nocturno por el lado norte; a ratos, dejaba de llover y, a ratos, en mitad de la oscuridad, nos sorprendía un artero chubasco. Había dispuesto centinelas para vigilar la solitaria senda que llevaba al norte; nadie trató de acercarse a donde estábamos. Sabiendo que las aguas acabarían por bajar y que eso nos haría vulnerables, se limitaban a esperar. La gente que estaba junto a la hoguera que habíamos encendido en el caserío me miraba. Esperaban que se produjera un milagro.

Aunque la sabía no muy versada en tales menesteres, Sigunn, mi mujer, enseñaba a Stiorra a interpretar las runas. Había dejado caer las varas, y Stiorra y ella contemplaban la disposición que habían adoptado, pero ninguna de las dos sabía cómo interpretarlas. Nada bueno, me temía, aunque tampoco necesitaba de las runas para adivinar el futuro. A la mañana siguiente, dos serían las exigencias que nos plantearían nuestros enemigos: Etelstano y Ælfwynn. Si se los entregáramos, nos dejarían en paz, pero ¿y si me negaba?

Finan era de mi misma opinión. Se acomodó a mi lado.

—¿Qué vamos a hacer?

—Ojalá lo supiese.

—No querrán enfrentarse con nosotros.

—Pues tendrán que hacerlo, si no queda otra.

Asintió.

—Vendrán a montones.

—Voy a casar a Uhtred con Ælfwynn —dije—. Ahí está el padre Cuthberto.

—Claro que podéis hacerlo —convino Finan—, sólo que será como invitar a Eardwulf a que acabe con él y deje viuda a Ælfwynn. Si con eso consigue Mercia, no le hará ascos a desposarse con una viuda.

Tenía razón.

—Elegid a seis hombres —le dije—, y llevaos a Etelstano.

—Nos tienen rodeados —comentó.

—Mañana por la noche —le insinué—, en plena oscuridad.

Asintió de nuevo, pero sabía tan bien como yo que era como tratar de plantar cara

a un vendaval. Lo había intentado y había fracasado. Había llevado a mis hombres, a sus mujeres y sus familias, todas nuestras pertenencias, hasta aquella fortaleza deteriorada por el tiempo en pleno corazón de Mercia, y mis enemigos nos tenían rodeados. Si hubiera estado en condiciones, si hubiera sido el mismo Uhtred que se había puesto al frente en la batalla que libramos contra Cnut, nuestros enemigos estarían más que preocupados, pero de sobra sabían que no estaba en condiciones. Hubo un tiempo en que los hombres me temían. En aquel momento, era yo quien estaba amedrentado.

—Si salimos de ésta con vida —le dije a Finan—, me gustaría dar con *Duende-de-hielo*.

—¿Porque os sanará?

—Sí.

—Y así será —dijo Finan.

—Pero ¿cómo voy a dar con ella? —pregunté, cabizbajo—. Estará en manos de alguno de esos cabrones daneses, quién sabe dónde.

Se me quedó mirando, y negó con la cabeza.

—¿De un danés, decís?

—¿De quién, si no?

—No en las de un danés, desde luego —dijo después de pensarlo un rato—. Bajasteis de la colina para enfrentaros con Cnut en tanto que él subía por el repecho del río.

—Eso lo recuerdo bien.

—Los dos peleasteis a campo abierto. No había ningún danés cerca de vos. Una vez que acabasteis con él, los daneses huyeron del lugar. Yo fui el primero en llegarme a vuestro lado. —Eso no lo recordaba; lo cierto es que, aparte de la inesperada sorpresa que me llevé al sentir la hoja de Cnut en mi costado y el grito que proferí cuando le rebané el pescuezo, poco recordaba de aquella lucha—. Los daneses no pueden haberse llevado la espada —dijo Finan—, porque nunca llegaron a acercarse al cadáver.

—¿Quién se quedó con ella entonces?

—Nosotros —continuó Finan, frunciendo el ceño—. Cnut estaba tendido en el suelo, con la espada clavada; vos estabais encima de él. Os aparté y, de un tirón, conseguí sacarla, pero no me la quedé. Más me preocupabais vos en aquel momento. Más tarde fui a buscarla, pero había desaparecido. Desde entonces, no había vuelto a pensar en ella.

—O sea que está aquí —dije en voz baja, queriendo decir que la espada estaba en alguna parte de la Britania sajona—. ¿Quién más estaba con vos?

—¡Por Cristo! Todos bajaron de la colina: los nuestros, los galeses, el padre Pyrlig, el padre... —calló la boca bruscamente.

—El padre Judas —concluí la frase por él.

—¡Sí, claro, él también! —dijo Finan, con aplomo—. Estaba preocupado por vos.

—El padre Judas, el hombre que en tiempos había sido mi hijo, el mismo que, por entonces, utilizaba otro nombre—. Él jamás os haría daño, mi señor —añadió Finan, convencido.

—Ya me lo ha hecho —dije con rabia.

—No es él —me aseguró Finan.

Quienquiera que fuese, se había salido con la suya, pues allí seguía atrapado cuando, al amanecer, reparamos en que la inundación empezaba a bajar. El agua seguía bramando bajo los arcos del puente romano, donde se apilaban ramas y árboles arrastrados por la corriente, en tanto que los senderos que discurrían junto a las orillas seguían inundados. El agua mantenía alejados de la fortaleza a los hombres que, por el sur y por el oeste, ocupaban las colinas; con todo, las tropas más numerosas se concentraban al norte. Guerreros a los que les bastaba con seguir la calzada romana para iniciar el ataque; no menos de ciento cincuenta ocupaban la parte baja de la franja de terreno que emergía de entre los prados inundados. Algunos se habían atrevido a espolear sus monturas y adentrarse en el agua, pero, al ver que les subía por encima de los estribos, cejaron en el intento. Recortados contra el horizonte, se limitaban, pues, a esperar, caminando de un lado a otro, o sentados en la ladera más cercana, sin perdernos de vista. Reparé en las sotanas negras de los curas, pero, aquel día nublado, la mayoría eran guerreros con cotas de malla y yelmos no menos grises.

A media tarde, el agua ya se había retirado casi por completo de la calzada, que discurría unos palmos por encima de los campos que la rodeaban. Una docena de jinetes bajó de la colina: dos curas y dos portaestandartes; los demás eran guerreros. El caballo blanco de Etdredo ondeaba en el mayor de los estandartes; en el otro, un santo con una cruz.

—Mercia y la iglesia —comentó Finan.

—No veo sajones del oeste —apunté.

—¿Habrán enviado a Eardwulf para que haga el trabajo sucio?

—Es quien más tiene que ganar, y que perder —solté. Tomé aliento y, apretando los brazos contra el cuerpo por culpa del dolor, me encaramé a la silla. Osferth, Finan y mi hijo ya estaban montados. Los cuatro con atuendo guerrero, aunque sin escudos, como los hombres que llegaban del norte.

—¿Queréis que llevemos un estandarte? —me preguntó mi hijo.

—No les vamos a dar coba —rezongué, espoleando mi caballo.

La entrada de la fortaleza quedaba por encima del agua, pero, al cabo de unas cuantas yardas, los cascos de los caballos se hundían hasta las cernejas. Cabalgué unos ochenta o noventa pasos, me detuve y esperé.

Eardwulf abría la comitiva de Mercia. Su tez oscura y ceñuda destacaba bajo un yelmo con serpientes de plata en relieve que se retorcían en el casco de metal. Sobre la cota de malla reluciente, una capa blanca con ribetes de armiño y una vaina de cuero blanqueado con tiras de plata incrustadas. Al cuello, una cadena de oro macizo

de la que colgaba una cruz también de oro, tachonada de amatistas. Llegó flanqueado por dos curas, a lomos de caballos más pequeños. Tras haber surcado la inundación, empapadas, las sotanas negras les goteaban a la altura de los estribos. Eran los gemelos Ceolnoth y Ceolberht que, treinta años atrás, al igual que yo, habían caído en manos de los daneses, algo que yo había considerado una suerte y que, en su caso, había bastado para que los dos se volvieran enemigos encarnizados de los paganos. Y como no podía ser de otra manera, también me odiaban, sobre todo Ceolberht, a quien le había saltado los dientes años atrás; al menos, eso me ayudaría a la hora de distinguirlos. A unos cincuenta pasos, los jinetes se detuvieron, pero Eardwulf y los dos curas siguieron adelante hasta situarse delante de nuestras monturas en mitad de la calzada inundada.

—Soy portador de un mensaje del rey Eduardo —dijo Ceolnoth sin dirigirme un saludo siquiera—. El rey dice que...

—¿Habéis traído vuestros cachorros para que ladren por vos? —le pregunté a Eardwulf.

—El rey dice que regreséis a Gleawecestre —alzó la voz Ceolnoth—, con el joven Etelstano y con su sobrina, Ælfwynn.

Me los quedé mirando a los tres durante unos segundos. Una racha de viento nos trajo unas fugaces gotas de lluvia que cayeron con fuerza, pero la lluvia cesó casi nada más empezar. Miré a lo alto con la esperanza de que lloviera de nuevo, porque, cuanto más durara la inundación, de más tiempo dispondría, pero las nubes ya se alejaban. A la espera de cuál fuera mi respuesta, Finan, Osferth y mi hijo no me quitaban el ojo de encima; tan sólo di media vuelta a lomos de mi montura.

—Nos vamos —dije.

—¡Lord Uhtred! —gritó Eardwulf.

Piqué espuelas. De no haberme dolido tanto, me habría reído con ganas. Eardwulf gritó de nuevo, pero, a medio galope y entrando ya en la fortaleza, no llegamos a oír lo que dijo.

—Ya tienen para rumiar un rato —comenté. Se habría quedado estupefacto. Habría confiado en que eso le daría la medida de hasta dónde estaba dispuesto a llegar, incluso quizás habría pensado que acataría sin rechistar una orden del rey de los sajones del oeste, pero mi rotunda negativa a hablar con él le habría dado a entender que tendría que pelear, y sabía que se mostraría reacio a atacar. Los suyos bien podían superarnos en número, al menos en una proporción de uno a tres, pero sufriría cuantiosas bajas en caso de enfrentamiento y, durante la refriega, nadie querría tener que vérselas con guerreros como Finan. Eardwulf tampoco podía estar seguro de que todos sus hombres fueran a participar en la contienda: muchos de ellos habían servido a mis órdenes durante años y, sólo de mala gana, cargarían contra los míos. Me acordaba del hombre de barba negra que vigilaba la puerta de Gleawecestre: un natural de Mercia, que había prestado juramento de fidelidad a Etelredo y a Eardwulf, pero que, encantado de verme, me había recibido con una

sonrisa; no sería fácil convencer a hombres como él para que luchasen contra mí. Por otra parte, aunque Eardwulf era un guerrero, y de renombre, no inspiraba confianza a sus hombres. Nadie hablaba de las hazanas de Eardwulf ni de los hombres con los que había acabado tras un combate cara a cara. Tenía buen olfato para dirigir a los hombres, pero prefería que fueran otros quienes se encargaran del trabajo sucio que entraña cualquier carnicería, Por eso no inspiraba confianza. Etelfleda sí lo hacía y, si no sonase a atrevimiento por mi parte, diría que yo también.

Cuando eché el pie a tierra, Eardwulf seguía mirándonos fijamente. Así se quedó durante un buen rato; luego, obligó a su caballo a dar media vuelta y se dirigió hacia terreno seco. Unas extensiones de terreno que iban a más a medida que bajaban las aguas; al caer la tarde, más malas noticias: más hombres se sumaron a las tropas de Eardwulf. Llegaban desde el norte, de modo que supuse que eran las patrullas que habían enviado en nuestra busca; el caso es que, al caer la noche, había más de doscientos hombres en aquella colina achaparrada, y que las aguas ya casi se habían retirado por completo.

—Vendrán al amanecer —apuntó Finan.

—Probablemente —convine. Algunos de los hombres de Eardwulf podrían mostrarse reacios, pero, cuantos más guerreros reuniese, más probable era que se decidiese a atacarnos. Con la esperanza de que fueran otros quienes llevaran el peso del combate, colocaría en la segunda hilera a los más reticentes. Mientras los curas los enardecían con piadosos llamamientos, Eardwulf les halagaría las orejas con la promesa de un buen botín. A Eardwulf no le quedaba otra que atacar. Estaba claro, al menos para mí, que ni Eduardo ni Etelhelmo querían intervenir en la refriega. Ambos podían apoderarse de Mercia cuando quisieran, en tanto que Eardwulf se arriesgaba a perder la herencia que le había dejado Etelredo. Si las cosas venían mal dadas, los sajones del oeste lo abandonarían a su suerte, de modo que tenía que ganar. Sin duda, vendría al amanecer.

—¿Y si le da por atacar esta noche? —dejó caer mi hijo.

—No lo hará —repuse—. Se avecina una noche tan oscura como boca de lobo; tendrían que vérselas con el agua y hasta podrían perderse. Es posible que envíe a unos cuantos hombres para hostigarnos, pero apostaremos centinelas en la calzada.

Echando abajo los dos últimos cercados para guardar el ganado y, así, disponer de leña, también nosotros encendimos hogueras en las murallas. A la luz de las fogatas, Eardwulf vería cómo iban y venían mis centinelas; intranquilo, me temía que se hubiese dado cuenta de que había apostado hombres más cerca de su posición, pero nadie los molestó. No tenía razones para iniciar un ataque plagado de riesgos en mitad de la noche, menos aún cuando disponía de tropas suficientes como para aplastarnos al amanecer.

Y al amanecer, precisamente, una estrella se dejó ver en el firmamento. Arrastradas por un frío viento del este, las nubes por fin se alejaban. Fijándome en que había menos tropas enemigas en la orilla sur del río, había pensado enviar a

Osferth y a cuarenta de los míos al otro lado del puente. A toda prisa y camino de Lundene, Etelstano, su hermana y Ælfwynn podrían escapar con ellos mientras yo me quedaba donde estaba y plantaba cara a Eardwulf, pero el de Mercia se me adelantó y, en cuanto las primeras luces asomaron por el horizonte, reparé en que había cuarenta jinetes esperando en aquel lugar. Apenas si quedaban trazas de la tormenta. El sol salió y dejó ver un mundo empapado. Los campos eran mitad verdes, mitad estanques poco profundos. Del mar lejano habían acudido gaviotas, que se congregaban por aquellas tierras ahítas de agua.

—Una pena —dijo Finan, al tiempo que señalaba a los jinetes que impedían el paso por el puente. A caballo, los dos estábamos a la entrada de la antigua fortaleza.

—Una pena, en efecto —convine.

Cosas del destino, pensé. Ni más ni menos. Creemos que somos dueños de nuestras vidas, pero, igual que niños que trastean con muñecas de paja, así los dioses juegan con nosotros. Pensé en la de veces que había conducido a mis enemigos hasta una trampa, en la satisfacción que experimentaba al imponer mi voluntad. El adversario cree que tiene posibilidades hasta que, de repente, cae en la cuenta de que no tiene ninguna; en aquel momento, era yo quien estaba hundido en la miseria. Eardwulf me tenía rodeado, disponía de tropas muy superiores en número a las mías y se me había adelantado en aquella jugada a la desesperada que era huir por el puente.

—Todavía hay tiempo de casar a Ælfwynn con vuestro hijo —dijo Finan.

—Y de invitar a Eardwulf a que acabe con él, como dijisteis —repuse—, para que contraiga matrimonio con una viuda.

El sol proyectaba sombras alargadas sobre los campos húmedos. Pude ver cómo los hombres de Eardwulf se hacían con sus monturas en lo alto de la colina norte. Cargaban con escudos, escudos y armas.

—Etelstano es quien me preocupa —dije mientras me volvía para mirar al muchacho, que me devolvió la mirada con gallardía. Estaba perdido, pensé. Etelhelmo le rebanaría el pescuezo en un abrir y cerrar de ojos. Le hice una seña para que se acercase.

—¿Mi señor? —dijo, mirando hacia arriba.

—Os he fallado —dije.

—No, mi señor, eso nunca.

—Cerrad la boca, muchacho —le dije—, y escuchad lo que voy a deciros. Sois hijo de rey. El primogénito. Nuestras leyes no estipulan que el primogénito haya de ser el rey que venga después, pero nadie tan legitimado como el *ætheling* para reclamar el trono. Vos deberías ser el rey de Wessex cuando falte vuestro padre, pero Etelhelmo quiere que sea vuestro hermanastro quien ocupe el trono. ¿Veis por dónde voy?

—Por supuesto, mi señor.

—Presté juramento de que os protegería —continué—, y os he fallado. Por eso,

mi príncipe, os pido perdón. —Parpadeó cuando oyó que me dirigía a él como «príncipe». Nunca lo había tratado como a un miembro de la familia real. Abrió la boca como si fuera a decir algo, pero se quedó sin palabras—. Me encuentro en una disyuntiva —añadí—. Puedo plantarles cara, pero nos sobrepasan en número, así que será una batalla perdida. A media mañana, habrá cien hombres muertos por aquí, y os habrán hecho prisionero. Tienen pensado enviaros a un monasterio del otro lado del mar; dentro de dos o tres años, cuando en Wessex se hayan olvidado de vos, os quitarán de en medio.

—Entiendo, mi señor —dijo con un hilo de voz.

—La otra alternativa pasa por rendirme —dije, y me dio rabia utilizar esa palabra—. Si lo hago —continué—, seguiré con vida para luchar más adelante. Viviré y encontraré un barco para ir a Neustria. Daré con vos y os sacaré de allí. —Tales palabras, pensé, tenían tanto valor como una vaharada en una mañana de invierno. Pero ¿qué otra cosa podía decir? La verdad, hube de reconocer apesadumbrado para mis adentros, era que Eardwulf le rebanaría el pescuezo en cuanto pudiera y diría que había sido yo. Ése sería el regalo que tenía pensado hacerle a Etelhelmo.

Etelstano dirigió la mirada más allá de donde yo estaba y observó los jinetes que se movían por aquella colina a lo lejos.

—¿Saldréis de aquí con vida, mi señor? —me preguntó.

—Si fuerais Eardwulf —le devolví la pregunta—, ¿qué haríais?

Negó con la cabeza.

—No —dijo, muy serio.

—Seréis un buen rey —le dije—. Intentarán matarme, pero sin tener que vérselas conmigo. Eardwulf no está dispuesto a perder a la mitad de sus hombres, así que es probable que me dejen salir con vida. Me humillarán, pero saldré con vida.

No pensaba rendirme tan fácilmente, sin embargo. Al menos trataría de convencerlo de que un enfrentamiento conmigo le supondría la pérdida de unos cuantos hombres; quizás eso bastase para rebajar las condiciones que pensara imponernos a la hora de capitular. Fuera de la fortaleza, hacia el sur, el río describía un recodo; envié a las mujeres y a los niños que venían con nosotros a un prado anegado que se alzaba allí. Los guerreros formaron un muro de escudos delante de ellos, un muro de escudos que iba de una orilla a otra del río. Algo ayudaría a equilibrar nuestras fuerzas; sin embargo, tan superiores en número eran nuestros adversarios que no me cabía en la cabeza la posibilidad de que pudiéramos salir con bien. Sólo tenía que demorar un poco el desenlace. Había enviado a tres de los míos en busca de refuerzos y quién sabe si no estarían en camino. A lo mejor, hasta Thor bajaba del Asgard y lanzaba su martillo contra mis enemigos.

A lomos de nuestras monturas, Finan y yo esperábamos delante del muro de escudos. A nuestras espaldas y con el agua por los tobillos, los hombres y sus familias. Habíamos dejado caballos y enseres en la fortaleza. Lo único que me llevé hasta allí fueron mis caudales, unos costales de cuero cargados de plata y oro. En

aquella lazada del río estaba casi todo lo que tenía, casi todas las personas a las que quería.

Las Nornas, esas tres brujas que, al pie del árbol, tejen los hilos de nuestras vidas, se lo estaban pasando en grande a mi costa. Acaricié el martillo que llevaba al cuello. A medida que el sol se alzaba, una ligera bruma se elevaba de los campos anegados. En alguna parte, lejos del río, baló un cordero.

Con sus tropas, Eardwulf bajó de la colina.

Capítulo V

Con armas y pertrechos llegó Eardwulf, revestido de todo su esplendor guerrero: resplandeciente el yelmo con sus serpientes retorcidas, revestido su caballo de una gualdrapa de color grana rematada con borlas de oro al ras del agua que todo lo cubría, el caballo encabritado de Etelredo pintado en el escudo. Me pregunté cuánto duraría la divisa que lucían aquellos tabloncillos de sauce. Una vez casado con Ælfwynn y asentado como heredero de las posesiones y riquezas de Etelredo, a no dudarlo elegiría su propia divisa. ¿Cuál sería? Si yo estuviera en su pellejo, me apoderaría de mi estandarte de la cabeza del lobo, lo embadurnaría de sangre y pondría encima una cruz que, a las claras, proclamase que me había derrotado. Sería Eardwulf el Conquistador, y tuve una visión fulgurante de su ascenso, no sólo como señor de Mercia, sino quizá de toda Britania. ¿Acaso Eduardo y Etelhelmo estaban al tanto de la víbora que habían amamantado?

Wyrð bið ful ãræd. El destino es inexorable. Ostentamos el poder y lo perdemos. Malherido, envejecido, sin apenas arrestos, contemplaba a aquel hombre joven, el nuevo señor de aspecto formidable, mientras sus hombres, espantando las gaviotas a su paso, avanzaban por campos aún medio inundados. Sus guerreros, más de doscientos jinetes a lomos de gigantescos corceles, formaban un frente que se extendía a lo ancho de prados anegados. Todos con atuendo guerrero, yelmos y escudos; enhiestas y relucientes, las puntas de sus lanzas sobresalían entre la ligera bruma que se dispersaba a medida que el sol se alzaba en el cielo. Detrás de Eardwulf, los curas, apiñados en torno a los dos portaestandartes: uno, con la divisa del caballo encabritado de Etelredo; el otro, con la bandera de san Osvaldo, un esqueleto humano manco que empuñaba una esplendorosa cruz de color rojo.

—Hay una mujer entre ellos —dijo Finan.

—Será su hermana —contesté.

Eadith había sido la amante de Etelredo. Hasta donde yo sabía, tan ambiciosa y astuta como su hermano; sin duda, había acudido para disfrutar de aquella victoria, tanto más dulce por cuanto que era a costa mía. Me odiaban, y yo lo sabía. Culpa mía, en parte, por presuntuoso. Tanto como Eardwulf saboreaba de antemano las mieles del triunfo, me había jactado yo de todas mis victorias a lo largo de mi vida. Vivimos en un mundo donde los más fuertes siempre llevan las de ganar; lo más lógico es que la gente no nos pueda ni ver. Por eso si fuera poco, soy pagano y, aunque los cristianos se desgañiten diciendo que tenemos que amar a nuestros enemigos, contados son quienes lo llevan a la práctica.

—Si pudierais volver a vivir la vida de nuevo —le pregunté a Finan—, ¿habría algo que haríais de forma diferente?

Me lanzó una mirada inquisitiva.

—Menuda pregunta.

—¿Qué haríais?

—Matar a mi hermano pequeño —rezongó, encogiéndose de hombros.

—¿Allá en Irlanda?

—¿Dónde si no?

Nunca hablaba de por qué se había ido de Irlanda, pero, en su voz, se notaba un deje de amargura.

—¿Por qué? —insistí, pero no dijo nada—. A lo mejor deberíais volver —concluí.

Me dedicó un fugaz amago de sonrisa.

—Tenéis ganas de enfrentaros con la muerte, ¿no es así? —me preguntó, antes de volver la vista y fijarse en los jinetes que se acercaban—. Me parece que estáis a punto de conseguirlo. ¿Pensáis enfrentaros con ellos?

—Es la única amenaza que pende sobre mí.

—Ya, pero ¿vais a hacerlo?

—Como bien sabéis —repliqué—, toda amenaza implica un riesgo.

—Cierto —admitió. Observó a los hombres de Eardwulf mientras, con la mano derecha, acariciaba la empuñadura de la espada—. ¿Y vos? ¿Haríais vos algo de forma diferente? —me preguntó al cabo de un rato.

—Ocuparme más de mis hijos.

Esbozó una sonrisa al oírlo.

—Tenéis unos buenos hijos. Más os vale seguir con vida para cuidar de ellos a partir de hoy, lo que significa que no vais a pelear en primera línea.

—Que no... —empecé a decir.

—¡No estáis en condiciones! —zanjó—. Os quedaréis detrás; ya me encargaré yo de acabar con ese cabrón hijo de puta antes de que me quiten de en medio.

—A menos que lo haga yo primero —apuntó mi hijo. No me había dado cuenta de que se había unido a nosotros y, pensando en lo que acababa de decir, me sentí azorado—. Al menos, algo sé sobre Eardwulf —dijo Uhtred—: que nunca pelea en cabeza. —Sacó a *Pico-de-cuervo* de la vaina y se llevó la cruz del cuello a los labios—. Tendremos que abrirnos paso a mandobles hasta él.

—Vos y yo —dijo Finan.

—Si no queda otra... —replicó Uhtred, al quite. Se le veía feliz. Sabía que nos sobrepasaban en número, que nos exponíamos a perder la vida o a caer en desgracia, pero se le veía feliz.

Vimos cómo Eardwulf, su hermana y los curas abandonaban la calzada y, por los campos anegados, se dirigían hacia el recodo del río donde los esperábamos. A unos cien pasos de distancia, Eardwulf alzó una mano y sus hombres se detuvieron, en tanto que él y sus acompañantes guiaban sus monturas por aquel estanque poco profundo hasta detenerse a diez pasos de nosotros.

—Lord Uhtred —dijo Eardwulf, a modo de saludo. Como las anchas carrilleras

de su yelmo de plata casi le tapaban la boca, su voz me llegaba amortiguada. No contesté.

—Nos entregaréis... —comenzó a decir el padre Ceolnoth.

—¡Silencio! —bramó Eardwulf, con inusitada autoridad. Extrañado, el cura se lo quedó mirando, pero cerró la boca.

Eardwulf se retiró las carrilleras de la cara.

—Estamos aquí para llevarnos de vuelta a Gleawecestre al joven Etelstano y a la dama Ælfwynn —dijo, en tono calmado y mesurado.

—El príncipe Etelstano —repuse— fue puesto al cuidado de la dama Etelfleda, al igual que su hija; pienso llevar a los dos con ella.

—El esposo de la dama Etelfleda ha decidido otra cosa —dijo Eardwulf.

—La dama a la que os referís no tiene marido.

Se quedó sorprendido al oír mis palabras, pero recuperó la compostura con rapidez.

—No hay que hacer caso de los rumores, lord Uhtred.

—Lord Etelredo ha muerto —dije.

—Sigue con vida —replicó Eardwulf con aspereza, mientras yo miraba a su hermana; el rostro de aquella mujer me decía que estaba en lo cierto.

Era preciosa. Había ido dispuesto a odiarla, ¿pero quién podía odiar a una mujer tan hermosa? No era de extrañar que hubiese alcanzado posición y poder. Sabía que era hija de un *thegn* del sur de Mercia, un terrateniente no demasiado rico y de poca monta, pero también que, tras convertirse en amante de Etelredo, su hermano y ella habían salido ganando en condición y autoridad. De haber hecho caso a los rumores acerca de su taimada ambición, me habría esperado a alguien más desabrido, pero, pálida como estaba, con aquellos ojos verdes y relucientes donde afloraban las lágrimas y aquellos cabellos tan rojos medio ocultos bajo un tocado de armiño a tono con la capa blanca que llevaba por encima de una túnica de color verde pálido, el rostro de Eadith daba a entender que era una persona inteligente.

—¿No deberíais ir de luto, señora? —le pregunté.

No me respondió; tan sólo apartó los ojos de mí y desvió la mirada al este, donde los rayos del sol arrancaban destellos en las zonas aún inundadas. La luz del sol proyectaba ondas en su rostro.

—La salud de lord Etelredo no es asunto vuestro —terció Eardwulf—. Es su deseo que su hija y el muchacho vuelvan a Gleawecestre.

—Y mi deseo es llevarlos con la dama Etelfleda.

Eardwulf esbozó una sonrisa. Apuesto gañán, muy seguro de sí mismo. Dirigió la vista más allá de donde yo estaba y se quedó mirando a los hombres que, de pie y a mis espaldas, formaban el muro de escudos.

—En este momento, lord Uhtred —dijo—, creo que mis deseos llevan las de ganar.

Estaba en lo cierto, claro.

—¿Queréis probarlo? —le pregunté.

—No —dijo, y su sinceridad me desarmó—. No quiero perder veinte o treinta hombres y cargar con otros tantos heridos. Tampoco pretendo que muera ninguno de los vuestros. Sólo quiero al joven, a su hermana y a la dama Ælfwynn.

—¿Qué suerte les espera si van con vos? —le pregunté.

—Estarán a salvo —mintió.

—¿Y os iréis de aquí?

—No he terminado —con una sonrisa de nuevo. Los gemelos Ceolnoth y Ceolberht no me quitaban los ojos de encima. Observé que ardían en deseos de meter baza, supongo que para amenazarme. Sin inmutarse, Eardwulf los mantenía a raya. Su hermana continuaba mirando al este; de repente, se volvió y se me quedó mirando, y reparé en la tristeza que se reflejaba en su rostro. ¿De verdad había querido a mi primo, o sólo lamentaba la pérdida del poder que ostentaba? El favor de Etelredo la había hecho rica y la había encumbrado, pero ¿qué sería de ella a partir de entonces? Las ambiciones de su hermano eran su única garantía de futuro.

—No he terminado —insistió Eardwulf, obligándome a volverla vista hacia él.

—¿Ah, no? —me interesé.

El caballo de Eardwulf sacudió la cabeza; le pasó una mano enguantada por el recio pescuezo y lo tranquilizó.

—Nadie os hace de menos, lord Uhtred —dijo—. Sois el guerrero más importante de nuestro tiempo. Os felicito —hizo un alto, como si esperase alguna reacción por mi parte, pero yo sólo le aguante la mirada—. Si os dejara partir sin más —continuó—, supongo que trataríais de recuperar al joven Etelstano. Y por qué no, también a la dama Ælfwynn. —Lo dejó caer como si me lo preguntara, pero, de nuevo, no dije nada—. Me entregaréis, pues, vuestras armas y vuestros caballos, y me llevaré a vuestros hijos como prenda de que os comportaréis como es menester.

—¡Y también seréis desterrado! —exclamó el padre Ceolnoth sin poder contenerse—. ¡Demasiado tiempo lleváis mancillando tierras cristianas!

Eardwulf alzó la mano para contener las imprecaciones del cura.

—Como bien dice el padre Ceolnoth —continuó en el mismo tono mesurado—, habréis de abandonar Wessex y Mercia.

El corazón se me encogió.

—¿Algo más? —mascullé.

—Eso es todo, mi señor —dijo Eardwulf.

—¿Os imagináis que voy a entregaros mi espada? —pregunté, irritado.

—A su debido tiempo —contestó—, os será devuelta.

—¿Así que queréis que os entregue al príncipe Etelstano, a la princesa Eadgyth, a la dama Ælfwynn y a mis hijos?

—Y juro por la cruz que, si no volvéis poner el pie en Mercia ni Wessex, ni vuestro hijo ni vuestra hija han de sufrir daño alguno.

—Y además nuestras armas y nuestros caballos —añadí.

—Que también os serán devueltos —dijo Eardwulf.

—A su debido tiempo —me revolví.

—¡Santo cielo! —dijo Finan.

—¿Y si no os doy lo que pedís? —pregunté.

—Vuestra vida habrá acabado aquí, lord Uhtred.

Simulé que consideraba los términos de su oferta, y pasó un buen rato. El padre Ceolnoth se impacientaba y, hasta en dos ocasiones, se arrancó a hablar, pero Eardwulf le tapó la boca. Convencido de cuál había de ser mi respuesta, y no menos seguro de cuánto me costaba admitirla, se limitó a esperar. Por fin, hice un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Está bien; tendréis lo que queréis —dije.

—Sabia decisión, lord Uhtred —contestó Eardwulf. Con cara de preocupación, como si acabara de hacer algo que jamás se habría esperado de mí, su hermana me miraba.

—Pero, para conseguirlo que queréis, habréis de haceros con ello —repliqué, y con estas palabras, di media vuelta a lomos de mi corcel y galopé hacia el muro de escudos. Eardwulf gritó algo mientras me iba, pero no llegué a oírlo. Los escudos se apartaron, y Finan, mi hijo y yo pasamos al otro lado. Cuando eché el pie a tierra, el dolor me estaba matando; notaba el pus que destilaba de aquella maldita herida. Me dolía tanto que, sin quitarme el yelmo, recliné la cabeza contra el caballo hasta que cesara aquel latigazo. Debieron de pensar que estaba rezando, y eso era lo que hacía. ¡Odín, Thor, ayudadnos! Incluso toqué la cruz de plata que adornaba el pomo de *Hálito-de-serpiente*, recuerdo de una antigua amante, y me encomendé al dios de los cristianos. Todos los dioses tienen poder, y estaba necesitado de su ayuda. Me enderecé y observé que Finan y mi hijo se habían colocado en el centro de la primera fila. Si eran capaces de acabar con Eardwulf, quizás aún pudiéramos cantar victoria en medio de aquel desastre.

Eardwulf siguió observándonos en silencio; susurró algo a su hermana, y se volvió con los suyos. Reparé en cómo echaban el pie a tierra y empuñaban los escudos. Me fijé en los mozos que se hacían cargo de los caballos, y vi cómo, juntándolos y traslapándolos, bajándolos casi a ras del suelo, sus guerreros formaban un prieto muro de escudos.

De pie en la segunda hilera, sabía que tendría que rendirme. Íbamos a perder de todos modos, ¿para qué más viudas y huérfanos? Supongo que había pensado que Eardwulf se inclinaría por evitar el enfrentamiento, o que sus hombres se mostrarían reacios a luchar contra mí, pero estaba equivocado, y lo que es peor, Eardwulf tenía muy claro lo que se disponía a hacer. No dirigiría su muro de escudos contra el mío, sino que se tomó su tiempo para modificar la formación y adoptar la táctica de la piara hasta convertir el muro en una cuña que apuntaba a mi flanco derecho. Cargaría contra nosotros, pero dirigiendo todas sus fuerzas contra uno de los extremos de nuestro muro; una vez roto, rodearía a los supervivientes y aquel recodo del río sería

testigo de una matanza.

—Los rodearemos en cuanto avancen —dijo Finan, dando por sentado que estaba al frente de mis hombres—. En cuanto los tengamos cerca, cargaremos contra el flanco de la cuña.

—Y a por Eardwulf —añadió mi hijo. A caballo, Eardwulf se había quedado a la cola de la cuña, de modo que, si gracias un milagro, lográbamos desbaratarla, pudiera huir sin peligro.

—He desbaratado pjaras como ésta —gruñó Finan, tratando de inspirar confianza a los míos—. ¡Basta con atacar por el flanco y se vendrá abajo!

—No —dije en voz baja.

—¿Mi señor? —se volvió Finan.

—No permitiré que muera ninguno de los míos —le dije—. Tanto si me enfrento con él como si no, se saldrá con la suya.

—¿Nos rendimos, pues?

—¿Qué podemos hacer, si no? —le pregunté, desolado. Por un momento, tuve la tentación de permitir que Finan variase la posición de nuestro muro de escudos y cargase contra el flanco derecho de la cuña de Eardwulf. Sería, desde luego, un combate singular, y habríamos acabado con un gran número de hombres de Mercia, pero la superioridad del adversario acabaría por imponerse. No tenía otra elección. Estaba hundido y avergonzado, pero, de no ser así, echaría a perder las vidas de los míos, de mis buenos y leales hombres.

—Creo que aún os queda una posibilidad —dijo Finan, y reparé en que, más allá de Eardwulf, no dejaba de mirar a la colina que quedaba al norte—. ¿Os dais cuenta? —me preguntó.

Había otros jinetes en aquella colina.



Se oyó el bramido de una trompa. Un toque melancólico que se fue apagando antes de que la trompa sonase de nuevo. A caballo todavía, Eardwulf se volvió.

Veinte jinetes habían aparecido en aquella colina a lo lejos. Uno de ellos era quien había tocado la trompa. Todos se agrupaban al pie de un estandarte, lacio por la falta de viento; seguí mirando, y aparecieron otros tres estandartes. Cuatro estandartes portados por cuatro jinetes en formación en lo alto de la colina. Con cada uno de los tres portaestandartes que acababan de llegar, un grupo de jinetes armados; si del otro lado de la colina venían más, no alcanzábamos a verlos. Lo único que podíamos ver eran las grises cotas de malla y los destellos que el sol arrancaba de sus yelmos y de las puntas de sus lanzas.

Eardwulf me miró, y volvió la vista hacia la colina. Sabía contar. Si bien no estaba escrito en ningún sitio, un estandarte equivalía a cien hombres y eran cuatro los que veía a sus espaldas. Los primeros jinetes que habían aparecido ya tornaban grupas por la lejana pendiente del otro lado, pero los estandartes no se movieron de donde estaban; bramó la trompa por tercera vez, y cuatro fueron los jinetes que ocuparon el centro de aquella cima; junto con uno de los portaestandartes, bajaron de la colina al galope dirigiéndose hacia donde estábamos.

—¿Quiénes son? —preguntó Finan.

—¡Quién sabe! —repuse. Eardwulf parecía no menos sorprendido que yo, porque se volvió de nuevo a mirarme, dio media vuelta y salió a todo galope hacia la calzada—. ¿Hombres de Etelhelmo? —dejé caer; si el ricohombre había enviado tropas, ¿cómo es que no se habían sumado a los hombres de Eardwulf? Me malicié que Etelhelmo y Eduardo habían tomado la decisión de que fuese Eardwulf quien solucionase el entuerto que yo había provocado. No querían ver a sajones del oeste enfrentándose con los hombres de Mercia. Mejor que se las arreglasen entre los de Mercia. Los jinetes que se acercaban eran, desde luego, hombres de Mercia. Mientras cabalgaban, la bandera que llevaba el portaestandarte ondeó al aire y, al ver que era el caballo encabritado de Etelredo, se me encogió el corazón—. ¡Una pena! —dije sin saber dónde mirar.

Finan se reía. Ceñudo, me lo quedé mirando cuando, al alzar la vista, reparé en que los cinco jinetes habían dejado atrás a Eardwulf. Al galope, los cascos de sus caballerías chapoteaban con fuerza lanzando unas salpicaduras tan blancas como la capa del jinete que iba al frente, y entonces entendí por qué reía Finan.

El jinete vestido de blanco era Etelfleda.

Había pasado por delante de Eardwulf sin detenerse siquiera. Sin yelmo, llevaba cota de malla, y ni siquiera dejó de galopar al acercarse a la retaguardia de los hombres de Eardwulf. Con las patas, la panza y el pecho cubiertos de barro, señal de lo que llevaban cabalgado durante los últimos dos o tres días, venía a lomos de Trasgo, su yegua de color gris. Una vez que dejó atrás el muro de escudos en forma de cuña, en medio de una cortina de salpicaduras, refrenó su montura. Su portaestandarte y los tres jinetes que la acompañaban también se detuvieron. Ni me miró, ni yo hice ademán de acercarme a ella.

—Volved por donde habéis venido —ordenó a los hombres de Eardwulf. Señaló al sur, más allá de la fortaleza cuyo puente guardaban sus compañeros de armas—; por ahí, de inmediato.

Ninguno se movió. Se quedaron mirándola a la espera de lo que contestara Eardwulf, que espoleó su caballo.

—Vuestro marido ha decidido... —comenzó a decir, con tono desabrido.

—¡Su marido ha muerto! —intervine, alzando la voz.

—Vuestro marido... —empezó a decir de nuevo.

—¡Que ha muerto! —grité aún más alto, retorciéndome de dolor al sentir la

punzada que me traspasaba las costillas inferiores.

Etelfleda se volvió y me miró. Por la cara que puso, deduje que no estaba al tanto del fallecimiento de Etelredo. Dando por bueno y fiándolo todo a lo que me había dicho Ælfwynn, yo tampoco estaba seguro del todo. A la espera de una seña, con gesto ceñudo, Etelfleda seguía mirándome; asentí con la cabeza.

—Ha muerto, señora —dije.

Etelfleda se santiguó y se volvió a los hombres de Mercia que formaban el muro de escudos.

—Vuestro señor ha muerto —les dijo—. Lord Etelredo ha fallecido. Encargaremos que digan misas en su memoria y que Dios tenga a bien acoger su alma. Vuestro deber es volver al sitio del que salisteis. ¡Así que adelante!

—Señora... —comenzó a decir Eardwulf de nuevo.

—¿Quién manda aquí? —se revolvió con brusquedad—. ¿Vos o yo?

Buena pregunta, para la que Eardwulf carecía de respuesta. Admitir que Etelfleda estaba al frente era reconocer su autoridad; decir que era él quien estaba al mando era tanto como dar a entender que había usurpado el señorío de Mercia. Su débil aspiración dependía de su matrimonio con Ælfwynn y del apoyo de los sajones del oeste, y ambas cosas se le estaban yendo de las manos. Por otra parte, Etelfleda era hermana del rey de Wessex, y atacarla o plantarle cara eran riesgos que podían volver en su contra el apoyo de Eduardo. Había perdido y lo sabía.

—Mi esposo tenía en alta estima vuestra obediencia —habló Etelfleda de nuevo, dirigiéndose al muro de escudos—, y estoy segura de que estaría complacido de vuestra fidelidad. Desempeñaré sus funciones hasta que el Witan tome una decisión sobre quién deba asumir tales responsabilidades. Hasta entonces, confío en vuestra obediencia y en vuestro apoyo. —Observe cómo algunos de los hombres no le quitaban el ojo de encima, en tanto que otros desviaban la mirada a otro lado; supuse que estos últimos eran los que habían jurado fidelidad a Eardwulf, que no a Etelredo. Incómodos, más o menos un tercio de ellos se revolvió; el resto, a mi parecer, se sentían tan aliviados como yo—. Vos —continuó Etelfleda, mirando a Eardwulf— seguiréis al mando de mi guardia personal y nos conduciréis de vuelta a Gleawecestre. Yo os seguiré. Y ahora, ¡en marcha!

Eardwulf no sabía qué hacer. Me hacía una idea de lo que estaba pensando en ese instante. Me atrevería a decir que no descartaba la posibilidad de desenvainar la espada y cargar contra Etelfleda. ¡La tenía tan cerca! Los hombres que venían con ella seguían en aquella colina en lontananza, demasiado alejados como para acudir en su ayuda; los suyos, en cambio, seguían plantando cara a los pocos que llevaba yo, y ella acababa de echar por tierra todas sus esperanzas. Hacía cábalas acerca del futuro. Caso de acabar con su hermana, ¿le bastaría con el apoyo de Etelhelmo para contener la ira de Eduardo? De repente, contrajo los labios y entrecerró los ojos. Se la quedó mirando mientras ella le sostenía la mirada, y vi cómo llevaba la mano derecha a la empuñadura de su espada. Pendiente, Ceolnoth dio un salto y sujetó a Eardwulf por el

antebrazo.

—¡No, mi señor! —oí que le decía—. ¡No!

—Me reuniré con vos en Gleawecestre —dijo Etefleda, con voz firme.

Eardwulf dio media vuelta. Todo su futuro había estado en juego en unos segundos y había perdido. Al frente de sus hombres, inició la retirada. Sin acabar de creérmelo, recuerdo lo aliviado que me sentí al ver que los guerreros de Eardwulf recuperaban sus monturas y, sin decir palabra, cruzaban el puente y emprendían el camino hacia el sur.

—¡Gracias a Dios! —respiró Finan.

—Ayudadme a montar —le pedí a mi hijo, que me alzó en la silla; contuve la respiración hasta que pasó el dolor.

Etefleda hizo una seña a los míos para que abriesen paso y se llegó a nuestro lado.

—¿Es cierto? —me preguntó. Ni siquiera un saludo, tan sólo aquella pregunta concisa.

—Creo que sí —contesté.

—¿Cómo que creéis?

—Aunque Eardwulf lo niegue —le dije—, vuestra hija se enteró de lo que había pasado.

—No diría lo mismo de su hermana —apostilló Finan—, que estaba llorando. Muy triste.

—Falleció la víspera de la festividad de San Etebaldo —añadí—, la noche antes de la boda.

—Es cierto, madre —repuso Ælfwynn, que, hecha un manojo de nervios, se había unido a nosotros.

Etefleda se quedó mirando a su hija, luego a Finan y, por fin, a mí, que asentí con la cabeza.

—Ha muerto. Quieren mantenerlo en secreto, pero ha fallecido.

—Que Dios le conceda el descanso eterno y tenga a bien perdonarme —dijo Etefleda, santiguándose y con lágrimas en los ojos. No sabría decir, ni tampoco se me habría ocurrido preguntarlo, si lloraba por Etefredo o por sus propios pecados. Sacudió la cabeza con energía, y me miró con un rostro tan severo como compungido, así que no pude por menos que sorprenderme cuando, a continuación, dijo—: ¿Cómo estáis? —me preguntó en voz baja.

—Con dolores. Y muy contento de que hayáis venido. Gracias.

—¿Cómo no iba a hacerlo? —replicó molesta—. ¡Casar a Ælfwynn con Eardwulf! ¡A su propia hija! —Por eso había cabalgado hacia el sur. Al igual que yo, disponía de sus propios soplonos en la corte de Etefredo; en cuanto se anunció la boda, uno de ellos no dudó en enviar un mensaje a Ceaster—. Aun sabiendo que no llegaría a tiempo, tenía que intentarlo. Luego, nos topamos con la gente que habíais enviado al norte. —Los hombres que habían guiado las carretas con las que atoramos

las calles de Gleawecestre, carretas que, quizá, ni siquiera hubieran hecho falta para retrasar la salida de los hombres de Eardwulf; aquellos hombres eran los mismos que habían puesto al corriente a Etelfleda de que nos habíamos llevado a su hija del palacio de Etelredo y que nos disponíamos a ir hacia el norte por la ruta que pasaba por Alencestre—. Después —concluyó—, sólo teníamos que dar con vosotros.

—¿Cuántos hombres vienen con vos?

—Treinta y dos. Ordené a los demás que se quedaran para defender Ceaster.

—¿Treinta y dos? —pregunté sorprendido. Miré al norte y reparé en los jinetes que bajaban de aquella colina. Me había esperado centenares, pero sólo eran unos pocos—. ¿Y los cuatro estandartes?

—Tres sólo eran unas capas que colgamos de unas ramas de fresno —dijo.

Si no me hubiera dolido tanto, casi me hubiera echado a reír. En vez de eso, me limité a preguntar:

—¿Y ahora qué? ¿Regresamos a Ceaster?

—¡Ceaster! —se revolvió—. No se puede gobernar Mercia desde Ceaster. Vamos a Gleawecestre.

—Y Eardwulf —repliqué—nos lleva la delantera.

—¿Y qué?

—¿De verdad pensáis mantenerlo al frente de vuestra guardia personal?

—Pues claro que no.

Volví la vista al sur, hacia el lugar por donde Eardwulf se había ido.

—¿Y no habría sido mejor que le hubiésemos apresado?

—¿Por qué motivo? Hasta donde yo sabía, él era quien estaba al frente de las tropas de mi marido y quién sabe si no nos habríamos tenido que enfrentar con sus hombres.

—Es posible —repuse—. Pero aún le queda una posibilidad. Sabe que si se casa con Ælfwynn y acaba con vos, todavía puede convertirse en señor de Mercia. Y dentro de una hora también sabrá que disponemos de menos de la mitad de los hombres con los que él cuenta.

—¿Creéis que nos está vigilando?

—Claro que sí —repuse. Por fuerza, Eardwulf tenía que haber dispuesto ojeadores que siguieran nuestros pasos.

Como si tratase de distinguir a los hombres de Eardwulf, Etelfleda volvió la vista al sur.

—En tal caso, ¿por qué no acabó conmigo en ese momento? —preguntó.

—Porque no estaba seguro de que todos sus hombres fueran a acatar sus órdenes, y porque creía que contabais con doscientos o trescientos hombres en la colina. Si hubierais aparecido con doscientos hombres, se habría dado cuenta de que su suerte estaba echada. Pero ¿ahora? Ahora sabe que no tiene nada que perder.

Se quedó mirándome muy seria.

—¿De verdad pensáis que intentará atacarnos?

—No le queda otra —dije—. Dispone de un día, mejor dicho, de un día y una noche, para alcanzar sus sueños.

—En ese caso, tendréis que detenerlo —dijo, sencillamente.

Y echamos a cabalgar hacia el sur.



No todos nos dirigimos al sur. Con Osferth al frente una vez más, veinticinco de los míos se quedaron en la fortaleza para escoltar a familias y enseres.

—Cuando los caminos vuelvan a estar en condiciones —le dije—, os dirigiréis a Ceaster.

—¿A Ceaster? —me preguntó, sorprendido.

—¿Adónde, si no?

—¿No sería mejor volver a Fagranforda?

Negué con la cabeza.

—Iremos al norte.

Renunciaba al sur. Mi terruño está en Northumbria, una región situada al norte, donde los arpistas han de tocar con brío si pretenden que, por encima del feroz viento que sopla de un mar frío, en los caseríos se escuchen sus canciones; una tierra de largas noches invernales, de colinas agrestes y altivos riscos, de recias gentes y suelos yermos. Camino del sur, los daneses habían invadido Britania, expulsando a los sajones que regían los destinos de Northumbria, Mercia y Anglia Oriental; en aquel momento, sin embargo, los estábamos obligando a retroceder. Mercia ya estaba liberada casi por completo y, si para entonces aún vivía, sin duda vería cómo nuestros ejércitos sajones continuaban avanzando hacia el norte, siempre más al norte, hasta que todos los hombres, mujeres y niños de lengua sajona quedasen bajo las órdenes de uno de su propio pueblo. Tal era el sueño de Alfredo, un sueño que, a pesar del cariño que tenía a los daneses, de venerar sus dioses y de hablar su lengua, había hecho mío. ¿Por qué me enfrentaba con ellos, pues? Por los juramentos que había prestado a Eteflada.

Nos va la vida en ellos; por eso, aquella tarde, mientras cabalgábamos hacia el sur, no dejaba de hacerme preguntas sobre los hombres que seguían a Eardwulf. ¿Cuántos le habrían prestado juramento de fidelidad? ¿Cuántos se lo habrían prestado a Eteflada, que no a él? ¿Cuántos alzarían una espada contra Eteflada? ¿Se atrevería Eardwulf a acabar con ella? Era un hombre que había llegado alto, pero cuyo ascenso estaba en peligro. Siempre había dependido del favor de Eteflada; empero, en aquel momento, todo dependía de que llegase a casarse con su hija. Si lo conseguía y heredaba las posesiones de Eteflada, sólo en ese caso y contando con el respaldo de

los sajones del oeste, podría convertirse en el ricohombre por excelencia de Mercia, en el señor de aquellas tierras; sin Ælfwynn, en cambio, no era nada, y cuando un hombre se ve en la tesitura de elegir entre el todo y la nada, no dispone de muchas alternativas.

—A lo mejor no piensa acabar con vos —le comenté a Etelfleda, camino del sur.

—¿Por qué no?

—Por el cariño que os tienen las gentes de Mercia. Perdería apoyos.

Esbozó una sonrisa desmayada.

—¿Qué va a hacer, pues? ¿Casarse conmigo en vez de desposarse con mi hija?

—Todo es posible —repuse; no había tenido en cuenta esa posibilidad—. Creo, más bien, que os recluiría en un convento. Eduardo y Etelhelmo no lo verían con malos ojos.

Callada, siguió cabalgando un rato.

—A lo mejor, no van desencaminados —dijo, con la mirada perdida—. A lo mejor, debería retirarme a un convento.

—¿Por qué?

—Por pecadora.

—¿Acaso no lo son vuestros enemigos? —rezongué.

No dijo nada. Seguimos adelante por unos hayedos. Íbamos por un terreno elevado, donde la inundación no había llegado. Había enviado ojeadores por delante; aunque sabía que Eardwulf habría dispuesto hombres que siguieran nuestros pasos, los míos serían mejores, de eso no me cabía duda. Llevábamos tanto tiempo peleando contra los daneses que éramos los mejores en esas tareas. A los míos les había dicho que dejasen que los ojeadores de Eardwulf diesen con nosotros, pero de tal modo que no se dieran cuenta de que también nosotros los vigilábamos, porque estaba maquinando la forma de tenderle una celada. Hasta entonces siempre había ido por delante de mí; esa noche caería en mis manos. Aun retorciéndome de dolor, me volví en la silla.

—¡Muchacho! —le di una voz a Etelstano—. ¡Venid aquí!

Me había propuesto que Etelstano no se separase de nosotros. Ælfwynn y mi hija se acercaron también. Había pensado que se fueran con Osferth, pero no quería perderlas de vista. Además, con guerreros como Finan, nada podía pasarles; y, lo más importante: necesitaba a Ælfwynn como cebo. Con todo, era una temeridad haber llevado a Etelstano con nosotros: era más probable que nos atacaran a nosotros que a los hombres de Osferth, pero aquella pelea tenía, y mucho, que ver con él; tenía que catarla, verla, olerla y salir con bien. Estaba educando al muchacho no para hacer de él un guerrero, sino un rey.

—Aquí estoy, mi señor —me dijo, refrenando su caballo y poniéndolo al paso con los nuestros.

—Ya os huelo, ya; no hace falta que me lo digáis.

—Está bien, mi señor —al tiempo que se colocaba al otro lado de la yegua de

Etelfleda.

—¿Cómo se llama esta región, muchacho? —le pregunté.

Pensando que había gato encerrado, dudó un momento.

—Mercia, mi señor.

—¿Y dónde está Mercia?

—En Britania, mi señor.

—Habládme, pues, de Britania —le dije.

Se quedó mirando a su tía, pero Etelfleda no acudió en su ayuda.

—Britania, mi señor, es un país en el que conviven cuatro pueblos —dijo.

—¿Nada más? —le pregunté, al cabo de un momento—. ¿Eso es todo lo que sabéis? ¿Que es un país en el que conviven cuatro pueblos? —dije, imitando con sorna el tono de su voz—. Vamos a intentarlo de nuevo, cagarruta reseca.

—Al norte, los escoceses —se arrancó de forma atropellada—, que no pueden ni vernos. Al oeste, los galeses, que tampoco. El resto nos lo dividimos entre nosotros y los daneses, que también nos odian.

—¿Y qué hay de nosotros? ¿Odiamos a los galeses, a los escoceses y a los daneses?

—Todos son enemigos nuestros, mi señor, pero la Iglesia nos enseña que debemos amarlos.

Etelfleda se echó a reír. Yo torcí el gesto.

—¿Y vos? ¿Acaso los amáis vos? —le pregunté.

—No puedo ni verlos, mi señor.

—¿A todos sin excepción?

—Quizá no tanto a los galeses, mi señor, porque son cristianos y, con tal de que no vayan más allá de sus montañas, podemos ignorarlos. No sé nada de los escoceses, mi señor, pero los odio porque vos me habéis dicho que son unos ladrones desorejados y unos mentirosos, y doy por bueno todo lo que me decís. Y sí, mi señor: odio también a los daneses.

—¿Por qué?

—Porque podrían apoderarse de nuestro país.

—¿Acaso no fue lo que nosotros hicimos con los galeses?

—Sí, mi señor, pero no nos lo impidieron. Tendrían que haber rezado más y haber peleado con más coraje.

—De modo que si los daneses se apoderan de nuestra tierra, ¿será culpa nuestra?

—Así es, mi señor.

—¿Y cómo vamos a detenerlos? ¿Rezando?

—Rezando, mi señor, y enfrentándonos con ellos.

—¿Cómo les plantamos cara? —le pregunté. En ese instante, regresó uno de los ojeadores, que volvió grupas para cabalgar a mi lado—. Pensad la respuesta que vais a darme —le dije a Etelstano—, mientras yo hablo un momento con Beadwulf.

Beadwulf era un hombre menudo y enjuto, uno de mis mejores ojeadores. Era

sajón, pero, al estilo de los daneses, llevaba toda la cara pintarrajeada. Aunque pensaba que ninguna falta les hacía recurrir a tales triquiñuelas, con tal de meter miedo y de mostrar un aspecto más aterrador, muchos de mis hombres habían adoptado esa costumbre: se arañaban las mejillas y la frente con un peine de púas afiladas y rellenaban las mataduras con tinta de agalla de roble.

—¿Habéis encontrado un sitio en condiciones? —le pregunté.

—Hay un sitio que puede conveniros, mi señor —asintió.

—Continúa.

—Una hacienda. Un caserío pequeño y un granero enorme. Una docena de moradores, carente de empalizada.

—¿Alrededor del caserío?

—Pastos, mi señor, y algunas tierras de cultivo.

—¿Los hombres de Eardwulf siguen pendientes de nosotros?

Esbozó una sonrisa aviesa.

—Tres, mi señor; torpes a más no poder. Hasta mi chaval de cinco años lo haría mejor.

—¿A qué distancia del caserío hay terreno arbolado?

—¿A un buen tiro de arco? —dejó caer—. ¿A dos quizá?

Era un poco antes de lo que pensaba para hacer un alto, pero la descripción que me había dado Beadwulf era perfecta para llevar a cabo la idea que tenía en la cabeza.

—¿A cuánto está de aquí?

—A una hora, mi señor.

—Llevadnos hasta allí —le dije.

—Sin falta, mi señor. —Y espoleó su montura para ponerse al frente junto a Finan, que abría la comitiva.

—Entonces, muchacho, decidme —me volví a Etelstano—: ¿cómo les plantamos cara a los daneses?

—Levantando fortines, mi señor.

—Las ciudadelas sirven para proteger las tierras que están en las inmediaciones y a sus habitantes —le dije—, pero ¿cómo recuperamos las tierras?

—Con guerreros, mi señor.

—¿Y quién está al frente de los guerreros?

—Los señores —repuso sin dudar.

—Y decidme, muchacho, ¿qué señores se han puesto al frente de sus guerreros para plantar cara a los daneses?

—¿Mi padre, mi señor? —dejó caer a modo de pregunta; de sobra sabía que no era la respuesta correcta, aunque sí desde un punto de vista político.

—¿Dónde se las ha visto con ellos? —le pregunté.

—En Anglia Oriental, mi señor.

Y hasta cierto punto no le faltaba razón. Las tropas de los sajones del oeste estaban concentradas en Lundene, en la frontera con Anglia Oriental, un territorio en

manos de los daneses a la sazón, lo que daba lugar a constantes escaramuzas en las tierras que se extendían al norte y al este de la ciudad.

—Si vuestro padre lucha contra los daneses en el este —continuó—, ¿quién les planta cara en el norte?

—Vos, mi señor —repuso, sin dudarlo.

—Yo ya soy viejo y estoy lisiado, pedazo de minúsculo cerebro de mosca carroñera y maloliente. ¿Quién pelea contra los daneses en el norte de Mercia?

—La dama Etelfleda —contestó.

—¡Bien! Respuesta correcta. Imaginemos ahora —le dije— que una espantosa tragedia se abatiera sobre Mercia y Wessex, y os hicieran rey de esos territorios; que un chaval como vos, que aún se mea los calzones, ocupase el trono y se convirtiese en el rey Etelstano, con dos guerras que librar: una, contra Anglia Oriental; otra, en el norte de Mercia. Ni siquiera un rey puede estar en dos sitios a la vez. ¿De quién os fiaríais a la hora de luchar contra ellos en el norte?

—De la dama Etelfleda —dijo sin dudarlo.

—¡Muy bien! —dije—. Así que, como rey de Wessex y quién sabe si también de Mercia, ¿estaríais a favor de que la dama Etelfleda se recluyese en un convento por el mero hecho de ser viuda? —Torció el gesto al oír la pregunta que acababa de plantearle—. ¡Responded! —le apremié—. ¡Sois el rey! ¡Sólo a vos corresponde semejante decisión!

—No, mi señor.

—¿Por qué no?

—Porque pelea, mi señor. Vos y ella sois los únicos que plantáis cara a los daneses.

—Ya está bien de catecismo —le dije—. Ahora, ¡largo!

Le dediqué una sonrisa a Etelfleda.

—No acabaréis en un convento. Ya habéis oído al próximo rey de Wessex.

Se echó a reír.

—¡Si vive para verlo! —dijo.

—Si alguno de nosotros seguimos con vida.

El terreno ascendía con suavidad. Frondosos bosques, salpicados por algunas haciendas; a última hora de la tarde, llegamos al caserío y al granero que me había descrito Beadwulf. La hacienda estaba a unos cien pasos de la calzada romana, y era tal como me esperaba, mejor incluso de lo que me esperaba.

Un lugar perfecto para la celada que llevaba en la cabeza.



El anciano se llamaba Lidulf. Recalco lo de anciano porque, si bien seguramente más joven que yo, al cabo de toda una vida cavando zanjas, talando bosques, escardando maleza, arando campos, cortando leña y criando ganado, tenía el pelo blanco del todo. Encorvado y medio ciego, estaba también medio sordo.

—¿Qué decís que queréis, mi señor? —me preguntó a voz en grito.

—Vuestra hacienda —repuse en el mismo tono.

—Treinta años —replicó.

—¿Treinta años?

—¡Que llevo aquí treinta años, mi señor!

—¡Y otros tantos que os quedan por delante! —le dije, al tiempo que le enseñaba el oro—. Todo para vos.

Acabó por entender lo que quería. No estaba muy conforme, ni yo había creído que fuera a estarlo. Lo más probable era que, aparte de algún buen trato, perdiera su caserío y su granero. A cambio, le daría oro más que suficiente como para levantarlos de nuevo hasta dos veces. Lidulf, su esposa, una mujer bastante chillona, un hijo mayor con una pierna tullida y ocho esclavos se hacinaban en aquel caserío pequeño, donde también había lugar para tres vacas lecheras, dos cabras, cuatro cerdos y un perro escuálido que gruñía en cuanto uno de nosotros se acercaba al hogar. Con las vigas podridas y el techo combado por la hojarasca, el granero estaba medio derruido; allí guardaríamos los caballos; lo poco que quedaba en pie del pajar bastaría para hurtarlos a la vista de los ojeadores de Eardwulf: ver cómo cruzaban el enorme portón les daría pie a imaginar que los desensillaríamos. Nos dedicamos a ir de un edificio al otro. Les dije a los míos que dieran voces, que rieran a carcajadas, que se despojaran de las cotas de malla y de los yelmos. Entre gritos y alharacas, algunos de los más jóvenes se pusieron a pelear; quienes perdían iban a parar a la charca de los patos.

—¡Nos dan huevos! —gritó Lidulf.

—¿Huevos?

—¡Huevos de pato! —parecía tener en alta estima aquellos huevos—. Me gustan los huevos de pato. Ya no tengo dientes, ¿lo veis? No puedo comer carne, así que me alimento de huevos de pato y cuencos de potaje.

Me cercioré de que Stiorra, Ælfwynn y Etelstano se distrajesen un rato con las peleas. Beadwulf, que sabía cómo vagar por los bosques como un espectro, me contó que, entre los árboles, absortos, dos de los hombres de Eardwulf también las seguían.

—Podría haberles birlado las espadas de las vainas y no se habrían dado ni cuenta, mi señor. Otros tres de mis ojeadores me informaron de que el propio Eardwulf se encontraba a un par millas hacia el norte de donde estábamos. En cuanto le confirmaron que habíamos encontrado un sitio donde pasar la noche, decidió hacer un alto.

—Estabais en lo cierto, mi señor —me dijo Eadric, uno de mis daneses, un hombre tan hábil como Beadwulf a la hora de pasar desapercibido cuando, al caer la

noche, regresó al caserío—. Están divididos en dos grupos, uno grande y uno más pequeño.

—¿Cuántos en total?

—Treinta y cuatro van con Eardwulf, mi señor.

—¿Acaso los otros se muestran renuentes?

—Parecían cabizbajos.

—Treinta y cuatro son suficientes —comenté.

—¿Suficientes para qué? —se interesó mi hija.

Estábamos en el caserío. Los hombres que habían acabado en la charca de los patos habían puesto sus ropas a secar cerca del fuego al que habíamos echado leña fresca, de forma que lanzaba vivas llamaradas.

—Para quemar un caserío —contesté.

Habían pasado años desde la última vez que había visto un caserío en llamas, pero sabía que, si se hacía en condiciones, unos pocos hombres podían acabar con muchos, y estaba convencido de que eso era lo que tenía pensado Eardwulf. Aguardaría hasta bien entrada la noche y, en plena oscuridad, en una vasija de barro acercaría unos rescoldos. La mayoría de sus hombres esperarían a la puerta del caserío, en tanto que otros pocos se apostarían en el lado sur para avivar los rescoldos. A continuación, prenderían fuego a la techumbre. Si se dispone de bastante fuego, hasta el cañizo más húmedo puede llegar a arder; una vez prendido, las llamas se propagarían con rapidez, llenando el caserío de humo y asustando a sus moradores. La gente echa a correr hacia la puerta y acaban ensartados en las espadas y las lanzas que los esperan a la salida. Cuando el caserío se viene abajo y los cabrios se desploman, aquéllos que han decidido quedarse dentro acaban quemados vivos. Claro que siempre había el riesgo de que Ælfwynn muriese en el incendio, pero ya se habría imaginado que las jóvenes serían las primeras a las que pondríamos a salvo, de modo que fueran a parar a sus brazos. Era un riesgo que tenía que correr, porque aquella noche oscura era su última oportunidad. Como quien pierde a los dados, lo fiaría todo a una tirada.

—Rezad —le dije a Eteflada.

—Siempre lo hago —repuso de mal humor.

—Rezad porque la noche sea oscura —le insistí—, de una oscuridad impenetrable, de boca de lobo. Rezad para que las nubes oculten la luna.

Les pedí a los míos que cantasen, que diesen voces, que rieran a carcajadas. Menos los tres ojeadores que permanecían ocultos en el lindero del bosque, los demás, con cotas de malla, yelmos y escudos, seguían en el caserío. Las vivas llamas del hogar arrancaban destellos de las puntas metálicas de las lanzas, de los tachones de los escudos. Y cantaron hasta que cayó la noche, mientras el perro escuálido no dejaba de aullar al compás de los cánticos que berreaban, y las nubes por las que tanto había suspirado oscurecían la luna y la noche se volvía tan negra como las ambiciones de Eardwulf. Ordené a los hombres que salieran en grupos pequeños, se dirigieran al granero, se hicieran con un caballo, uno cualquiera, y se fueran hacia el

lado sur. Les pedí que guardaran silencio, pero me dio la impresión de que cada grupo armaba un ruido similar al de una panda de borrachos dando tumbos por la calle a medianoche, un escándalo que, por otra parte, tampoco tenía por qué alertar a los hombres de Eardwulf que, tal y como mis ojeadores me habían dicho, se agrupaban en los árboles de la cara norte. Protegidos por Finan y cuatro hombres, Etelfleda, las dos jóvenes y yo salimos del caserío y nos hicimos con unos caballos ensillados, que llevamos por la brida hasta que me pareció oportuno montar y dirigirnos al lado sur, buscando el negro refugio de unos hayedos. Sihtric y media docena de hombres se hicieron cargo de Lidulf, su mujer y el resto de los moradores del caserío y desaparecieron en la oscuridad. La anciana no dejaba de chillar, escándalo que amortiguaban los estridentes cánticos de los hombres que aún quedaban dentro.

Hasta que, por fin, y a las órdenes de mi hijo, sólo quedaron doce cantores, los últimos en salir. Cerraron el enorme portón del caserío; se fueron hasta el granero, y se hicieron con los caballos que quedaban. Siguieron cantando. Ya era plena noche cuando se apagaron los ecos de la última canción. Confiaba en que los hombres de Eardwulf que permanecían al acecho se llevasen la impresión de que había sido una noche de francachela, una noche de gritos y cantos, de cerveza y risotadas. Noche de carnicería.

Y esperamos entre los árboles.

Y seguimos esperando. Ululó una lechuza. En alguna parte, se oyó el gáñido de una zorra.

Y seguimos esperando.

Capítulo VI

De noche, el tiempo se nos antoja más largo. De niño, recuerdo cómo mi padre le preguntaba a nuestro capellán a qué se debía, y cómo, al domingo siguiente, el padre Beocca, el bueno del padre Beocca, dedicaba un sermón al asunto. Según él, el sol era la deslumbrante y fulgurante luz del dios de los cristianos, en tanto que la luna es la lámpara que vaga por las tinieblas del pecado. Como no vemos, decía, de noche todos echamos el pie con cuidado, de modo que la noche discurre más lentamente que el día, porque el sol se desplaza como el fulgor cristiano, en tanto que, a trompicones, la noche sortea como puede las tinieblas del maligno. No entendí nada de aquel sermón. Cuando le pedí al padre Beocca que me lo explicara, me pellizcó la oreja con la mano tullida y me dijo que procurase leer con atención cómo san Cuthberto había bautizado a una bandada de frailecillos. Por el motivo que sea, el caso es que el tiempo se nos hace más largo por la noche y que los frailecillos van al cielo, al menos aquéllos que tuvieron la dicha de haberse cruzado con san Cuthberto.

—¿Hay arenques en el cielo? —recuerdo que le pregunté al padre Beocca.

—No creo.

—Si no hay peces, ¿qué comen los frailecillos?

—En el cielo no se come. Se proclama la gloria de Dios.

—¡Así que nada de comida, sólo cánticos!

—Por siempre jamás, amén.

Me pareció aburrido entonces; todavía me lo parece, casi tanto como esperar en la oscuridad antes de iniciar un ataque como el que estaba a punto de producirse, pero que parecía que no había de comenzar nunca. De no ser por el susurro del viento en las copas de los árboles y el ruido que, al mear, hacían de vez en cuando algunos de los hombres o de los caballos, todo estaba en silencio. Una lechuza ululó; luego, silencio otra vez.

Y con el silencio, me asaltaron las dudas. ¿Y si Eardwulf se me había adelantado? ¿No estaría avanzando por aquellos oscuros bosques al frente de una tropa de jinetes buscando cómo sorprendernos entre los árboles? Tuve que reconocerme a mí mismo que era imposible. Las nubes se habían arremolinado y nadie sería capaz de cruzar aquellos bosques sin dar un tropiezo. Me convencí a mí mismo de que lo más seguro era que hubiera desistido de sus ambiciones, que hubiera aceptado la derrota, y que no había razón de que, temeroso, tuviera a mis hombres en vilo.

Estábamos estremecidos. No porque hiciera frío, sino porque la noche es el momento en que espectros y duendes, gnomos y enanos se pasean por el Midgard, nuestro mundo. En silencio, vagan por la oscuridad. Es muy posible que no los veamos y que jamás los oigamos, a menos que así lo quieran, pero ahí andan esas maléficas criaturas de la oscuridad. Temerosos de aquellas cosas que no alcanzamos a

ver, que no de Eardwulf o de sus guerreros, mis hombres guardaban silencio. Y con los temores, me asaltaron los recuerdos, el recuerdo de la muerte de Ragnar durante el espantoso incendio de aquel caserío. Por entonces, yo sólo era un niño que, al lado de Brida, temblaba de pies a cabeza en lo alto de una colina, mientras contemplaba las enormes llamaradas que salían del caserío hasta que todo se vino abajo, entre los gritos de hombres, mujeres y niños que perdían la vida. Kjartan y los suyos lo tenían rodeado y acababan con todos los que salían huyendo del fuego, todos menos las muchachas que pudieran caer en sus manos, que, violadas y mancilladas, correrían la misma suerte que Thyra, la preciosa hija de Ragnar. Sólo cuando contrajo matrimonio con Beocca encontró la felicidad; monja por entonces, todavía vivía, y nunca había hablado con ella de aquella noche incandescente en que su madre y su padre habían muerto. Había querido a Ragnar. En realidad, él había sido mi padre; el danés que me había educado para ser un hombre, el mismo que había muerto entre aquellas llamas; siempre confié en que hubiera tenido tiempo de hacerse con su espada antes de que acabasen con él, que estuviera en el Valhalla y que ocasión hubiera tenido de ver cómo, en su nombre, me había deshecho de Kjartan en la cima de una colina allá por el norte. Ealdwulf, de nombre tan parecido al de mi más reciente enemigo, también había muerto en aquel incendio. Ealdwulf había sido el herrero de Bebbanburg, la fortaleza que mi tío me había quitado de las manos y el lugar del que había huido para unirse a los míos; Ealdwulf había sido quien, en su inquebrantable yunque, había forjado la espada que llevaba ceñida, *Hálito-de-serpiente*.

Tantos muertos. Tantas vidas truncadas por el destino y, de nuevo, nos disponíamos a iniciar aquella danza macabra. La muerte de Etelredo había dado rienda suelta a la ambición. La codicia de Etelhelmo era una amenaza para la paz, o quizá sólo lo fuera mi testarudez, que intentaba echar por tierra las esperanzas de los sajones del oeste.

—¿En qué estáis pensando? —me preguntó Etelfleda, con voz apenas susurrante.

—En que tengo que encontrar al hombre que se hizo con *Duende-de-hielo* después de Teotanheale —repuse, en un tono parecido.

Suspiró, o quizá fuera sólo el viento entre las hojas.

—Deberíais aceptar la voluntad de Dios —dijo, al cabo.

Sonreí.

—No es eso lo que pensáis, pero os veis en la obligación de decirlo. Además, no se trata de magia pagana. El padre Cuthberto me dijo que tratara de dar con ella.

—A veces me pregunto si el padre Cuthberto es un buen cristiano —repuso.

—Es un buen hombre.

—Lo es, sin duda.

—¿Así que un buen hombre puede ser un mal cristiano?

—Me imagino que sí.

—En ese caso, ¿un hombre malo puede ser un buen cristiano? —No contestó—. Ahora me explico cómo son la mitad de los obispos —continuó—, Wulfheard entre

ellos.

—Un hombre muy valioso —dijo.

—Y codicioso también.

—Sí —admitió.

—Sediento de poder —continuó—, de dinero, de mujeres.

Calló la boca un momento.

—Vivimos en un mundo de tentaciones —dijo, al cabo—; son pocos los que no caen en las garras del diablo. El maligno se emplea a fondo con los hombres de Dios. Wulfheard es un pecador, pero ¿quién de nosotros no lo es? ¿Acaso pensáis que no sabe cuáles son sus debilidades? ¿Que no reza para obtener el perdón? Ha sido un buen servidor de Mercia. Ha impartido justicia, ha mantenido llenas las arcas y ha ofrecido prudentes consejos.

—También quemó mi hacienda —dije, sin ocultar mi rencor— y, por lo que sabemos, conspiró con Eardwulf para acabar con vos. —Hizo como que no había oído tan grave acusación.

—Hay muchos curas buenos —dijo—, hombres honrados que dan de comer a los hambrientos, velan por los enfermos y consuelan a los tristes. ¡Y monjas también! ¡Tantos y tan buenos!

—Lo sé —contesté, pensando en Beocca y en Pyrlig, en Willibald y en Cuthberto, en la abadesa Hild, hombres y mujeres que rara vez ostentaban el poder en la Iglesia. Sólo los taimados y ambiciosos, como Wulfheard, ascendían—. El obispo Wulfheard os quería muerta. Quiere que vuestro hermano sea rey de Mercia.

—¿Tan malo es eso? —me preguntó.

—Sí, si es a costa de reclusos en un convento. Se quedó pensativa un instante.

—Mercia ha estado treinta años sin rey —dijo—. Durante casi todo este tiempo y gracias a mi padre, Etelredo llevó las riendas. Ahora decís que ha muerto. Así que ¿quién le sucederá? No tiene hijo varón. ¿Quién mejor que mi hermano?

—Vos.

Se quedó callada durante un buen rato.

—¿De verdad os imagináis que haya un solo ricohombre que apoye el derecho de una mujer a ocupar su puesto? —me preguntó—. ¿Algún obispo? ¿Algún abad? En Wessex hay un rey, y Wessex ha hecho lo posible para que, treinta años después, Mercia aún se mantenga como tal, así que ¿por qué no unificar ambos territorios?

—Porque no es eso lo que quieren los hombres de Mercia.

—Algunos, no. La mayoría. Les gustaría que fuera uno de los suyos quien estuviera al frente, pero ¿aceptarán de buen grado a una mujer en el trono?

—Sí, si sois vos, por el afecto que os tienen.

—Algunos, sí; muchos, no. Aun así, todos verían como una anomalía que una mujer estuviese al frente de sus destinos.

—No sólo es anómalo —repuse—, ¡es ridículo! Lo normal es que os dedicarais a hilar y tener hijos, no a dirigir los asuntos del país. Pero sois la única posibilidad que

les queda.

—O mi hermano Eduardo.

—No da la talla como guerrero —repliqué.

—Pero es el rey —se limitó a decir.

—Así que, ¿le ofreceríais sin más el reino a Eduardo? Aquí tenéis, hermano, vuestra es Mercia.

—No —dijo en voz baja.

—¿Ah, no?

—¿Por qué pensáis que nos dirigimos a Gleawecestre? Porque tiene que haber una reunión del Witan, como tiene que ser, y que el consejo decida.

—¿Y creéis que vos seréis la elegida?

Calló un buen rato y, por fin, me di cuenta de que esbozaba una sonrisa.

—Sí —dijo, por fin.

Me eché a reír.

—¿Por qué? Acabáis de decir que ninguno apoyaría a una mujer al frente, ¿por qué habrían de elegirlos a vos?

—Porque podéis ser un viejo lisiado, cabezota y colérico —dijo—, pero todavía os tienen miedo, y vos los convenceréis.

—¿Yo?

—Sí —repuso—, vos.

Sonreí en medio de la oscuridad.

—En tal caso, más vale que nos cercioremos de salir con bien de la que nos espera esta noche —susurré, en el preciso instante en que escuché el inconfundible chasquido del casco de un caballo contra una piedra en el labrantío que quedaba al norte.

La espera había concluido.

Eardwulf actuaba con sigilo. La puerta del caserío daba al norte; la fachada sur no era sino una gran pared de madera, de modo que había llevado a los suyos a los campos del sur, donde no los pudiera ver ningún Centinela que estuviese apostado a la entrada. Escuchamos el chasquido de aquel casco, al que siguieron otros; luego, el apagado restallido de unas bridas, y contuvimos la respiración. No veíamos nada; sólo oíamos a los hombres y los caballos que estaban entre nosotros y el caserío cuando, de repente, hubo un resplandor.

Un resplandor luminoso, el inesperado resplandor de una llama mucho más cerca de lo que pensaba, y caí en la cuenta de que Eardwulf estaba encendiendo las teas lejos del caserío. Entre los árboles, sus hombres no andaban lejos de nosotros; aquel súbito resplandor me llevó a pensar que debían de estar viéndonos, pero ninguno de ellos volvió la vista a la maraña de sombras que entretejía el bosque. La primera tea ardió en condiciones; luego prendieron fuego a otras seis: cada haz de paja bastaba para prender el siguiente. Aguardaron a que las siete ardieran como es debido y, entonces, atándolas a largos mangos, las pusieron en manos de otros tantos jinetes.

—¡Adelante! —Pude escuchar con claridad la orden, y observé cómo, al galope, los siete portadores del fuego cruzaban los pastos, manteniendo las antorchas en alto, dejando un reguero de chispas a sus espaldas. Detrás, los hombres de Eardwulf.

Espoleé mi caballo hasta el lindero del bosque y me detuve. Junto a los míos, esperé a que lanzasen las teas al techo del caserío, mientras los hombres de Eardwulf echaban el pie a tierra y desenvainaban las espadas.

—Uno de mis antepasados cruzó el mar —dije—, y se apoderó del peñasco en el que se asienta Bebbanburg.

—¿Bebbanburg? —se extrañó Eteflada.

No dije nada. Observaba los siete fuegos; parecían a punto de extinguirse. Por un momento, todo apuntaba a que el techo del caserío no iba a arder hasta que, de repente, tras haber conseguido prender la paja seca que yacía bajo la húmeda cubierta de cañizo trenzado, las llamas se propagaron, y con inusitada rapidez, además. La mayoría de los hombres de Eardwulf habían formado una hilera alrededor de la puerta cerrada del caserío, lo que me dio a entender que no se habían percatado de nuestra presencia, y eso que unos cuantos seguían a caballo y una media docena permanecía apostada frente a la fachada sur del edificio por si alguien trataba de echar abajo la pared de madera y escapar.

—¿Qué tiene que ver Bebbanburg con esto de ahora? —me preguntó Eteflada.

—Que aquel antepasado mío era conocido como Ida, el Portador de la Llama —le contesté, sin perder de vista las llamaradas y respirando hondo—. ¡Ahora! —grité, empuñando *Hálito-de-serpiente*. Sentí un dolor agudo; aun así, grité de nuevo—: ¡Ahora!

Eadric había calculado bien. No habría más de treinta hombres con Eardwulf; los demás debían de haberse negado a tomar parte en el asesinato de Eteflada. Treinta hombres habrían bastado si hubiéramos estado en el interior del caserío. A la mañana siguiente, no quedarían sino rescoldos humeantes y una espesa humareda que dejarían a Eardwulf como heredero de Etefredo, quien, en aquel momento, sin embargo, estaba a mi merced; espoleé mi caballo mientras, dando gritos, los míos dejaban atrás los árboles y, al galope, se adentraban en aquella oscuridad iluminada por las llamas.

Y con ellos, se desvanecieron sus esperanzas. Fue una carnicería inesperada. Los hombres que confiaban en ver cómo, medio despiertos y presos del pánico, los moradores abandonaban el caserío, se vieron superados por jinetes que, lanza en ristre, emergían en mitad de la noche. Mis hombres atacaban por ambos flancos convergiendo hacia los hombres que aguardaban a la entrada, sin escapatoria posible. Los abatimos a mandobles o los ensartamos con las lanzas. A la luz de las llamas, vi cómo mi hijo descargaba *Pico-de-cuervo* y abría en dos un yelmo; vi cómo brotaba la sangre a la luz de las llamas; vi cómo Finan alanceaba a un hombre en la barriga y dejaba la lanza clavada en las tripas del moribundo antes de hacerse con la espada en busca de su siguiente víctima. Entretanto, sin dejar de gritar en frisio, Gerbruht se

servía de un hacha para partir en dos la cabeza de un hombre, con yelmo y todo.

Mientras, yo trataba de dar con Eardwulf. Al galope, Etelfleda iba delante de mí; le di una voz para que se apartase de la refriega. Todo yo era puro dolor. Desvié mi caballo para ir tras ella y sacarla de allí cuando vi a Eardwulf. A caballo. Había visto a Etelfleda y, seguido por un grupo de los suyos, también a caballo, picaba espuelas e iba a por ella. Me puse a su altura; Etelfleda desapareció a mi izquierda, Eardwulf estaba a mi derecha. Describí un amplio tajo con *Hálito-de-serpiente*; le acerté en las costillas, pero no llegué a rasgarle la cota de malla. Aparecieron más de los míos. Eardwulf se hizo con las riendas y picó espuelas.

—¡Tras él! —grité.

Un caos. Jinetes que rodaban por el suelo, hombres que no dejaban de dar gritos, algunos que trataban de rendirse, todo en medio de un remolino de chispas y de humo. Entre tantos jinetes y bajo aquella luz vacilante, no era fácil distinguir a nuestros enemigos. Vi entonces cómo Eardwulf y sus acompañantes abandonaban el lugar; sin pensarlo, piqué espuelas y fui tras él. Al resplandor de aquel fuego, lo bastante vivo como para alumbrar los pastos, las matas de hierba proyectaban unas sombras negras y alargadas. Dando gritos como si participaran en una cacería, algunos de los míos venían conmigo. Uno de los caballos de los que huían tropezó. Lo montaba un hombre de largos cabellos negros que le sobresalían por debajo del yelmo. Volvió la vista atrás y, al darse cuenta de que estaba a punto de atraparlo y de que me disponía a embestirlo con *Hálito-de-serpiente* apuntándole a la cintura, picó espuelas a la desesperada, el caballo hizo un inesperado quiebro y la espada se clavó en el alto pomo de la silla. El caballo tropezó de nuevo y el hombre se fue al suelo. Oí un grito. Mi caballo se apartó del corcel derribado, y a punto estuve de perder a *Hálito-de-serpiente*. Mis jinetes me dejaron atrás, los cascos de sus monturas levantaban tormos de tierra húmeda, pero Eardwulf y los que iban con él ya andaban muy lejos y se perdieron en los bosques que se extendían por el norte. Proferí una maldición y refrené mi montura.

—¡Dejadlo ya! ¡Alto! —Oí gritar a Etelfleda y volví grupas hacia el caserío en llamas. Había pensado que estaba en dificultades, cuando lo único que hacía era poner fin a la carnicería—. ¡No morirán más hombres de Mercia! —gritó—. ¡Deteneos! —Tras despojarlos de las armas, agrupaban a los enemigos que quedaban con vida.

Con aquel dolor que me traspasaba el pecho, bajé la espada y me quedé inmóvil a lomos de mi montura. El caserío ardía por los cuatro costados; el techo se vino abajo y la noche dejó paso a un rojo resplandor de humo y chispas. Finan se acercó a mi lado.

—¿Mi señor? —se interesó, preocupado.

—No es nada. Sólo la herida. —Llevé mi caballo hasta el lugar donde Etelfleda había reunido a los prisioneros—. Eardwulf ha huido —le dije.

—No tiene escapatoria —contestó—. Ahora es un proscrito.

Cayó una de las vigas del techo y se alzaron nuevas llamaradas que cubrieron el cielo de chispas relucientes. Etelfleda espoleó su caballo y se acercó a los prisioneros, catorce, que permanecían junto al granero. Entre el pajar y el caserío, seis cadáveres.

—Lleváoslos —ordenó Etelfleda— y dadles sepultura. —Miró a los catorce hombres—. ¿Cuántos de vosotros habíais jurado lealtad a Eardwulf?

Todos menos uno alzaron la mano.

—Acabad con ellos —rezongué.

Hizo como que no me oía.

—Vuestro señor es un proscrito —les dijo—. Si sale con vida de ésta, huirá a un país lejano, a tierras paganas. ¿Cuántos de vosotros deseáis ir con él?

Callados y atemorizados, ninguno levantó la mano. Con el pelo y los hombros ensangrentados, fruto de los tajos que les habían asestado los jinetes que, por sorpresa, habían caído sobre ellos, algunos estaban heridos.

—No podéis fiaros de ellos —le dije—; matadlos.

—¿Sois todos hombres de Mercia? —se interesó Etelfleda; todos, menos el hombre que no había prestado juramento a Eardwulf, asintieron. Los de Mercia se lo quedaron mirando; el otro dio un paso atrás—. ¿Quién sois? —le preguntó. El hombre dudó un instante—. ¡Hablad! —le exigió.

—Soy Grindwyn, mi señora. De Wintanceaster.

—¿Un sajón del oeste?

—Así es, mi señora.

Espoleé mi caballo y me llegué al lado de Grindwyn. Un hombre mayor, de unos treinta o cuarenta veranos, barba cuidadosamente recortada, espléndida cota de malla y una trabajada y preciosa cruz al cuello. La cota de malla y la cruz daban a entender que no se trataba de un buscavidas que, por necesidad, se hubiera puesto a las órdenes de Eardwulf, sino de un hombre que se había hecho rico a lo largo de los años.

—¿Al servicio de quién estáis? —le pregunté.

De nuevo, pareció dudar.

—¡Hablad! —gritó Etelfleda.

Siguió dudando. Me di cuenta de que trataba de buscar una salida, pero los de Mercia sabían la verdad, de modo que, si bien a regañadientes, respondió.

—De lord Etelhelmo, mi señora —dijo.

Reí de mala gana.

—¿Os envió para que os cerciorarais de que Eardwulf cumplía las órdenes que le había dado?

A modo de respuesta, asintió; hice una seña a Finan para que se lo llevara de allí.

—Mantenedlo vivo —le dije.

Etelfleda miró al resto de los prisioneros.

—Mi esposo recompensó a Eardwulf y le dispensó altos honores —dijo—, pero no el derecho a que le juraseis lealtad por encima de la suya. Era un servidor de mi marido, y a él le debía lealtad. Pero mi esposo ha muerto, que Dios se apiade de su

alma, de modo que os reclamo la lealtad que, en su día, deberíais haberle prestado a él. ¿Hay alguno entre vosotros que se niegue a prestarme el mismo juramento de lealtad?

Todos negaron con la cabeza.

—Claro que os prestarán juramento de lealtad —rezongué—; esos cabrones quieren seguir con vida. Acabad con ellos.

De nuevo no me hizo caso; volvió la vista a Sihtric que, de pie, permanecía junto al montón de armas que les habíamos arrebatado.

—Entregadles sus espadas —le ordenó.

Sihtric me echó una mirada; yo me limité a encogerme de hombros, de modo que obedeció. Les acercó una brazada de espadas y permitió que cada uno se hiciese con la suya. Sin saber qué hacer y preguntándose si nos disponíamos a abalanzarnos sobre ellos, se quedaron con las espadas en la mano. Eltelfeda echó el pie a tierra. Dejó las bridas de su caballo en manos de Sihtric y, andando, se acercó a ellos.

—¿Os ordenó Eardwulf que acabaseis conmigo? —les preguntó.

Dudaron un momento.

—Así es, mi señora —contestó el de más edad.

Ella se echó a reír.

—Pues ésta es vuestra oportunidad —extendiendo los brazos.

—Mi señora... —comencé a decir.

—¡Guardad silencio! —replicó, sin volver la cabeza siquiera. Se quedó mirando a los prisioneros—. O acabáis conmigo o, postrados de rodillas ante mí, me prestáis juramento de fidelidad.

—¡Mantedla a salvo! —le urgí a mi hijo.

—¡Atrás! —le ordenó a Uhtred, quien, tras haberse hecho con *Pico-de-cuervo*, se había colocado a su lado—. ¡Más atrás! Son hombres de Mercia, y no necesito a nadie que me defienda de ellos —añadió, dirigiendo una sonrisa a los cautivos—. ¿Quién de vosotros está al mando? —les preguntó; nadie contestó—. Está bien, ¿quién es el más preparado de entre vosotros? —Todos miraron al suelo hasta que, por fin, entre dos o tres, obligaron a dar un paso adelante al hombre de más edad, el mismo que nos había confirmado que las ambiciones de Eardwulf pasaban por acabar con ella. Era un hombre de cara estragada, barba corta y bizco. Había perdido media oreja durante la pelea y tenía el pelo y el cuello cubiertos de sangre reseca—. ¿Cómo os llamáis? —le preguntó.

—Hoggar, mi señora.

—Bien, de momento poneos al frente de estos hombres —le dijo, señalando a los prisioneros—, y enviádmelos de uno en uno para que pueda tomarles juramento.

De pie y sola, a la luz de las llamas, uno por uno, espada en mano, se acercaron, se fueron arrodillando ante ella y prestándole juramento de fidelidad. Podía ver sus rostros, cómo se los había ganado, cómo pronunciaban el juramento de corazón. Hoggar fue el último en hacerlo; los ojos se le llenaron de lágrimas al sentir aquellas

manos que apretaban las suyas alrededor de la empuñadura de la espada mientras él pronunciaba las palabras por las que su vida quedaba unida a la de aquella mujer. Etelfleda esbozó una sonrisa y le pasó la mano por los cabellos grises como si estuviera bendiciéndolo.

—Gracias —le dijo, antes de volverse a los míos—. ¡Estos guerreros no son prisioneros! Desde este momento son mis hombres y, como tales, vuestros compañeros; tanto en lo bueno como en lo malo, correréis su misma suerte.

—¡Pero no ése! —grité, señalando a Grindwyn, el hombre de Etelhelmo.

—No, ése no —convino Etelfleda, antes de tocarle la cabeza a Hoggar de nuevo—. Reponeos de esas heridas, Hoggar —le dijo con gentileza.

Trajeron al prisionero a la luz de las llamas, el decimoquinto, el jinete de largos cabellos negros cuyo caballo había tropezado delante de mí. Vestía larga cota de malla y un precioso yelmo labrado del que Eadric lo despojó.

Era Eadith, la hermana de Eardwulf.



Al amanecer, a caballo nos llegamos al campamento de Eardwulf. No estaba allí, por supuesto, no había confiado en dar con él. Sentados alrededor de las hogueras o ensillando los caballos, sí estaban, en cambio, el resto de los suyos, los hombres que no habían querido acompañarlo la noche anterior. Cuando nos vieron llegar, se asustaron; algunos trataron incluso de ir en busca de los caballos, pero, al frente de media docena de los míos, Finan ya se disponía a llevárselos; en cuanto vieron las espadas, aquéllos que trataban de huir volvieron junto a sus compañeros. Si pocos llevaban cota de malla, ninguno parecía estar en condiciones de plantarnos cara, en tanto que los nuestros, bien pertrechados, iban a caballo y armados. Reparé en cómo, temerosos de una escabechina, algunos de los hombres de Eardwulf se santiguaban.

—¡Hoggar! —gritó Etelfleda, con voz desabrida.

—¿Mi señora?

—Vos y vuestros hombres vendréis conmigo. El resto —se volvió y me miró—, os quedaréis aquí —sentenció, dando a entender que no hacía falta que nadie la protegiera de los hombres de Mercia porque, al igual que se había ganado a Hoggar y los suyos la noche anterior, ya se las compondría para encandilar al resto de las tropas de Eardwulf.

Aunque me había ordenado que me quedase atrás, me las compuse para cabalgar lo bastante cerca de ella como para oír lo que decía. Ceolberht y Ceolnoth, los curas y a la par gemelos, cabalgaban a su lado, inclinando la cabeza con respeto y contándole con pelos y señales lo que habían hecho durante la noche para impedir que el resto de

los hombres de Eardwulf participase en el ataque.

—Les dijimos, mi señora, que lo que iban a hacer era pecado y que Dios los castigaría —decía el padre Ceolnoth. Su desdentado gemelo asentía con toda su alma.

—¿Les dijisteis también que era pecado no advertirnos de lo que se nos venía encima? —pregunté en voz alta.

—Quisimos avisaros, mi señora —dijo el padre Ceolnoth—, pero ordenó a unos guardias que no nos perdiesen de vista.

Me eché a reír.

—¿Doscientos de vuestra parte frente a cuarenta que lo apoyaban?

Los dos curas pasaron por alto mi pregunta.

—Damos gracias a Dios de que sigáis con vida, mi señora —balbuceó Ceolberht.

—Igual que también habríais dado gracias a vuestro dios en caso de que Eardwulf hubiera conseguido acabar con la dama Etefleda —repliqué.

—¡Basta! —gruñó Etefleda, obligándome a guardar silencio, antes de volverse de nuevo a los dos curas—: Habladme de mi esposo —les ordenó.

Ambos intercambiaron una mirada y dudaron un momento; por fin, Ceolnoth se santiguó y dijo:

—Vuestro esposo ha fallecido, mi señora.

—Eso tengo entendido —dijo, aunque noté que se sentía aliviada al comprobar que se confirmaba lo que hasta entonces no había sido sino un rumor—. Rezaré por la salvación de su alma —concluyó.

—Al igual que todos —contestó Ceolberht.

—Una muerte tranquila —dijo el otro gemelo—; recibió los sacramentos con entereza y serenidad.

—De modo que a lord Etefredo le espera su recompensa en el cielo —comentó la dama, mientras yo sofocaba una risotada. Me dirigió una mirada cargada de severidad y, escoltada por los hombres que tan sólo unas horas antes habían tratado de acabar con ella, a caballo se paseó entre el resto de las tropas de Mercia. Considerados como los mejores de Mercia, todos habían formado parte de la guardia personal de su marido y, como tales, enemigos jurados suyos durante años; aunque no llegaba a oír lo que les decía, me fijé en cómo se arrodillaban ante ella. Finan se acercó a mí y se recostó en el pomo de la silla de montar.

—Pues sí que le tienen afecto.

—Y tanto.

—¿Qué hacemos ahora?

—Ponerla al frente de los destinos de Mercia —dije.

—¿Cómo?

—¡Menuda pregunta! Eliminando a todo hijo de puta que se cruce en su camino. Finan esbozó una sonrisa.

—¡Ah, bueno! —dijo—. ¡Si es con argumentos de peso...!

—Exacto —convine.

Pero antes teníamos que ir a Gleawecestre, y allá que nos fuimos más de trescientos hombres armados hasta los dientes, una cuadrilla de guerreros que, tan sólo unas horas antes, se habían enfrentado entre sí. Etelfleda ordenó que enarbolasen su estandarte junto al de su marido. Era su forma de dejar claro en todos los sitios por los que pasábamos que su familia seguía al frente de los destinos de Mercia, aunque todavía no sabíamos si los hombres que nos esperaban en Gleawecestre estarían de acuerdo con semejante pretensión. Yo no dejaba de preguntarme cómo se tomaría Eduardo de Wessex las aspiraciones de su hermana. De todos ellos, él era el único que podía truncarlas, y ella le obedecería porque era rey.

Las respuestas a tales preguntas por fuerza habrían de esperar, así que, mientras cabalgábamos, fui en busca de los curas gemelos, porque otras eran las preguntas que tenía en mente para ellos. Cuando piqué espuelas para colocarme entre sus dos caballos castrados, ambos azuzaron sus monturas; nervioso, Ceolberht, al que le había estragado la boca, trató de poner su jamelgo al trote; me incliné y me hice con las bridas.

—Vosotros dos estuvisteis en Teotanheale —comenté.

—Así es —me confirmó Ceolnoth, receloso.

—Una victoria sonada —añadió su hermano—, gracias a Dios.

—Que Nuestro Señor tuvo a bien conceder a lord Etelredo —concluyó Ceolnoth, tratando de encolerizarme.

—¿No al rey Eduardo? —dejé caer.

—A él también, claro está —se apresuró a decir Ceolnoth—. ¡Alabado sea Dios!

Guardada por dos de mis hombres, Eadith cabalgaba al lado de Ceolnoth. Todavía conservaba la cota de malla sobre la que colgaba una reluciente cruz de plata. Como habían sido tan leales partidarios de Etelredo, habría pensado que los dos curas serían sus mejores aliados en aquellas circunstancias. Torció el gesto y se me quedó mirando, preguntándose sin duda qué iba hacer con ella; en realidad, ni siquiera lo había pensado.

—¿Dónde pensáis que habrá ido vuestro hermano? —le pregunté.

—¿Cómo habría de saberlo, mi señor? —se interesó a su vez, con frialdad.

—¿Sabéis que ha sido declarado proscrito?

—Me lo imaginaba —dijo con indiferencia.

—¿Estáis dispuesta a correr su misma suerte? —le pregunté—. ¿Moriréis de asco en un perdido valle galés o de frío en una choza escocesa?

Torció el gesto, y no dijo nada.

—La dama Eadith —intervino el padre Ceolnoth— siempre puede recluirse en un convento de monjas.

Observé cómo se estremecía y sonreí.

—Y seguir los pasos de la dama Etelfleda, ¿no es así? —le pregunté al cura.

—Si tal es el deseo de su hermano —respondió sin dudarlo.

—Pero el caso es que la dama Eadith —insistí con expresión de sorna— no es

viuda. Es sólo adúltera, como la dama Etelfleda. —Sorprendido, Ceolnoth se quedó mirándome en silencio. Todo el mundo estaba al tanto de lo que acababa de decir, pero nunca se le habría pasado por la cabeza que me atreviera a decirlo en voz alta—. Como yo —concluí.

—Dios tiende la mano a los pecadores —dijo Ceolnoth, relamido.

—Sobre todo a los pecadores —remachó Ceolberht.

—Lo tendré en cuenta cuando haya dejado de pecar —repuse—. Por ahora, conformaos con decirme —continué, sin apartar los ojos de Ceolnoth— qué ocurrió al finalizar la batalla de Teotanheale.

Confuso por mi pregunta, trató de responderla lo mejor que pudo:

—Que las tropas del rey Eduardo se fueron en pos de los daneses —dijo—, pero a nosotros nos preocupaba más la herida de lord Etelredo. Ayudamos a sacarlo del campo de batalla y poco nos enteramos de lo que pasó a continuación.

—Antes de eso —insistí—, ¿fuisteis testigos de la pelea que mantuve con Cnut?

—Por supuesto —dijo.

—Por supuesto, mi señor —agregue, recordándole que había olvidado la fórmula de respeto.

Torció el gesto.

—Por supuesto, mi señor —dijo de mala gana.

—¿Me sacaron también del campo de batalla?

—En efecto, y damos gracias a Dios de que sigáis con vida.

Cabrón mentiroso.

—¿Y Cnut? ¿Qué fue del cadáver del danés?

—Lo despojaron de todo cuanto llevaba encima —dijo el padre Ceolberht, con voz sibilante por la falta de dientes—, y lo quemamos junto con los otros daneses —hizo una pausa y añadió—, mi señor.

—¿Y qué fue de su espada?

Hubo un momento de duda, tan breve que casi pasó inadvertido, aunque no a mis ojos, igual que tampoco se me pasó por alto que ninguno de los dos curas me mirasen a los ojos cuando Ceolnoth respondió:

—No vi su espada, mi señor.

—Cnut —repuse— era el más temible guerrero de Britania. Su espada había acabado con cientos de sajones. Era una espada muy conocida. ¿Quién se la llevó?

—¿Cómo habríamos de saberlo, mi señor? —insistió Ceolnoth.

—Estará en manos de algún sajón del oeste —dejó caer Ceolberht. Aquellos cabrones mentían y, como no fuera a porrazos, poco más podía hacer para sacarles la verdad. Pero, Etelfleda, que venía a no más de cien pasos de mí, no vería con buenos ojos que zurrase a los curas—. Si descubro que no es cierto lo que decís —les advertí—, os cortaré la lengua. A los dos.

—No lo sabemos —se reafirmó Ceolnoth.

—Habladme, pues, de lo que sabéis —dije.

—Ya os lo hemos dicho, mi señor, ¡nada!

—En cuanto a quién deba hacerse con las riendas de Mercia —concluí la pregunta—, ¿quién, en vuestra opinión?

—Vos, no, desde luego —me espetó Ceolberht.

—Escuchadme, melindrosa cagada de serpiente —repuse—, no quiero ponerme al frente de Mercia ni de Wessex, no quiero estar al frente de nada que no sea el lugar que me pertenece, Bebbanburg. Pero vosotros dos estabais de parte de su hermano. —Volví la cabeza hacia Eadith, que había seguido toda la conversación—. ¿Por qué?

Ceolnoth dudó un momento; luego, se encogió de hombros.

—Lord Etelredo no dejaba heredero varón —dijo—, y tampoco había ningún *ealdorman* que pudiera ser su sucesor natural. Le expusimos el asunto a lord Etelhelmo, quien nos hizo ver que Mercia necesitaba un hombre fuerte, capaz de defender las fronteras del norte, y Eardwulf es un buen guerrero.

—No me lo pareció tanto la pasada noche —dije.

Los dos gemelos hicieron como si no me hubieran oído.

—Y se acordó que fuera él quien se hiciera cargo del territorio, como bailío del rey Eduardo —dijo Ceolnoth.

—¿De modo que fuera Eduardo quien llevase las riendas de Mercia?

—¿Quién, si no, mi señor? —apuntó Ceolberht.

—Los señores de Mercia habrían conservado sus haciendas y privilegios —aclaró Ceolnoth—, en tanto que Eardwulf habría estado al mando de las tropas; dispondríamos así de un ejército para plantar cara a los daneses.

—¿Y ahora que Eardwulf ha desaparecido? —les pregunté.

Los gemelos reflexionaron un momento.

—El rey Eduardo se hará cargo del gobierno —dijo Ceolnoth—, y pondrá a alguien al frente de las tropas de Mercia.

—¿Por qué no a su hermana?

Ceolnoth soltó una carcajada destemplada.

—¡Una mujer! ¿Al frente de guerreros? ¡Qué ocurrencia tan absurda! El deber de una mujer es obedecer sin rechistar a su marido.

—¡Bien claro nos lo dejó dicho san Pablo! —remachó Ceolberht con energía—. En su carta a Timoteo dice que ninguna mujer puede tener autoridad sobre un hombre. Es fácil colegir lo que dice la Escritura.

—¿Acaso san Pablo tenía los ojos marrones? —le pregunté.

Ceolnoth frunció el ceño al escuchar mi pregunta.

—No lo sabemos, mi señor. ¿A cuento de qué esa pregunta?

—Porque está lleno de mierda —repuse, irreverente.

Eadith se echó a reír; sofocó su risotada casi de inmediato, en tanto que los dos gemelos se santiguaban.

—La dama Etefleda debe retirarse a un convento —dijo Ceolberht, furibundo—, y reflexionar sobre los pecados que ha cometido.

Miré a Eadith.

—¡Menudo futuro os espera!

Se estremeció de nuevo. Piqué espuelas y me alejé. Alguien, pensé, sabía dónde estaba *Duende-de-hielo*. Y yo pensaba dar con ella.



Llovía de nuevo cuando llegamos a Gleawecestre. El agua anegaba los campos, a raudales corría por las regueras atascadas de la calzada y ensombrecía la piedra de las murallas romanas. Con cotas de malla, yelmos, escudos en mano y lanzas en alto, nos dirigimos hacia la puerta que daba al este. Los guardias dieron un paso atrás para franquearnos la entrada; en silencio, se nos quedaron mirando mientras, inclinando las lanzas, pasábamos bajo el arco y enfilábamos la larga calle. La ciudad mostraba un aspecto hosco; quizá sólo fuera una ilusión causada por las oscuras nubes bajas y la lluvia que, chorreando por las techumbres de cañizo, arrastraba las inmundicias de la calle hacia el Sæfern. Custodiada por tres hombres que llevaban el escudo con el caballo encabritado de Etelredo, reclinamos lanzas y estandartes de nuevo al pasar bajo el arco de entrada al palacio. Refrené mi corcel y me dirigí al de más edad de los tres.

—¿Sigue el rey aquí?

Negó con la cabeza.

—No, mi señor. Se fue ayer —me di por enterado y piqué espuelas—. Pero la reina sí sigue aquí, mi señor —añadió. Me detuve y me volví en la silla.

—¿Reina?

El hombre parecía confuso.

—La reina Elfleda, mi señor.

—Los sajones del oeste no tienen reina —le dije. Eduardo era el rey, pero a su mujer, Elfleda, se le había denegado el título de reina. Siempre había sido así en Wessex—. ¿Os referís a la dama Elfleda?

—Sigue aquí, mi señor —señalando con la cabeza al edificio más imponente, una mansión romana.

Seguí adelante. De modo que la hija de Etelhelmo estaba allí, lo que me llevó a pensar que el propio Etelhelmo se habría quedado en Gleawecestre. No iba tan descaminado porque, al llegar al espacioso patio cubierto de hierba, vi unos hombres con la divisa del ciervo rampante en los escudos, igual que en otros vi el dragón de los sajones del oeste.

—Elfleda está aquí —le dije a Etelfleda— y, casi con toda seguridad, instalada en vuestros aposentos.

—Los aposentos de mi marido —me corrigió.

Observé a los guardias sajones del oeste que, en silencio, no nos perdían de vista.

—Nos están dando a entender que se han aposentado ahí —le advertí—, y que no piensan irse.

—¿Y Eduardo? ¿Se ha ido?

—Eso parece.

—No querrá verse mezclado en la disputa.

—Que hemos de ganar —repuse—, lo que significa que vais a instalaros en los aposentos reales.

—Sin vos —concluyó, con aspereza.

—¡Eso ya lo sé! Dormiré en una cuadra; no así vos, claro. —Me volví en la silla y llamé a Rædwald, un guerrero reservado que había estado al servicio de Etelfleda durante años. Un hombre cauteloso, pero también leal y de toda confianza—. La dama Etelfleda ocupará los aposentos de su marido —le dije—; que vuestros hombres estén pendientes.

—Así se hará, mi señor.

—Y si alguien trata de impedir que entre en esos aposentos, tenéis mi beneplácito para acabar con quienquiera que sea.

Rædwald se quedó cabizbajo, pero Etelfleda supo salir del paso.

—Compartiré esos aposentos con la dama Elfleda —zanjó—, ¡y ni hablar de carnicerías!

Me volví hacia la puerta y llamé al guardia que me había dicho que Eduardo se había ido.

—¿Ha vuelto Eardwulf por aquí? —le pregunté.

—Ayer por la mañana, mi señor —asintió.

—¿Qué hizo?

—Llegó a toda prisa, mi señor, y volvió a irse en menos de una hora.

—¿Llevaba hombres con él?

—Ocho o nueve, mi señor. También se fueron.

Lo despedí y me acerqué a Eadith.

—Vuestro hermano estuvo aquí ayer —le dije—; cosa de un momento y se marchó de nuevo.

—Ojalá salga con vida de ésta —dijo, al tiempo que se santiguaba.

No había habido tiempo de que en Gleawecestre se hubieran enterado de la fallida intentona de Eardwulf de acabar con Etelfleda antes de que éste volviese a la ciudad, de modo que, si bien todos andarían preguntándose el por qué de tanta premura, nadie se habría enterado de la traición en que había incurrido.

—¿Para qué volvió aquí? —le pregunté a Eadith.

—¿Para qué creéis vos?

—¿Dónde guardaba, pues, el dinero?

—Escondido en la capilla privada de lord Etelredo.

—Iréis allí —le dije—, y me pondréis al corriente de si ha desaparecido.

—¡Pues claro que habrá desaparecido!

—Lo sé, tan bien como vos —repliqué—; aun así, quiero estar seguro.

—¿Y después? —se interesó.

—¿Después?

—¿Qué va a ser de mí?

Me la quedé mirando, y me di cuenta de que envidiaba la suerte que había corrido Etelredo.

—No sois un enemigo —le dije—; si queréis ir con vuestro hermano, sois libre para hacerlo.

—¿A Gales?

—¿Acaso es allí donde se ha ido?

Se encogió de hombros.

—No sé dónde habrá ido, pero Gales es el territorio más cercano.

—Tan sólo confirmadme si se ha llevado el dinero —repuse—; luego, podréis iros.

Aunque no sabría decir si por las lágrimas o por la lluvia, el caso es que le brillaron los ojos. Doblándome por culpa del dolor en el costado, me bajé del caballo como pude. Tenía que averiguar quién mandaba en el palacio de Gleawecestre.



No tuve que dormir en una cuadra, sino que encontré unos aposentos en una de las mansiones romanas más pequeñas. Una mansión que se alzaba alrededor de un patio y disponía de una sola entrada; en lo alto, una cruz de madera clavada. Un intendente descompuesto me dijo que eran los aposentos de los capellanes de Etelredo.

—¿Cuántos capellanes tenía? —le pregunté.

—Cinco, mi señor.

—¿Sólo cinco curas en esta casa donde podrían dormir veinte?

—Y sus criados, mi señor.

—¿Dónde andan ahora?

—Velando el cadáver en la iglesia, mi señor. Mañana será el entierro de lord Etelredo.

—En tal caso, a lord Etelredo no le hacen falta capellanes —dije—. Que se busquen otro sitio donde dormir esos cabrones. En sus cuadras, por ejemplo.

—¿En las cuadras, mi señor? —me preguntó el intendente, desencajado.

—¿Acaso no fue ahí donde nació vuestro dios crucificado, en una cuadra? —le

dije; se quedó pasmado—. Si una cuadra le bastó a Jesús, que no a mí, ¿a qué más pueden aspirar esos condenados curas?

Sacamos las pertenencias de los clérigos al patio, y mis hombres ocuparon las estancias vacías. Stiorra, Ælfwynn y sus doncellas, en una; Etelstano pasaría la noche en otra, con Finan y media docena de los míos. Pedí al muchacho que viniera a verme a mi estancia, un aposento donde había una cama en la que me había tumbado porque el dolor de las costillas inferiores me estaba matando. Notaba el pus y la pestilencia que destilaba la herida.

—¿Mi señor? —dijo Etelstano, intranquilo.

—Lord Etelhelmo está aquí —le dije.

—Lo sé, mi señor.

—Decidme, pues, qué espera de vos.

—¿Mi muerte?

—Es probable —convine—, pero a vuestro padre no le haría ninguna gracia. ¿Qué más se os ocurre?

—Apartarme de vos, mi señor.

—¿Por qué?

—Para que su nieto pueda ser rey.

Asentí. Por supuesto que sabía todas las respuestas a mis preguntas, pero quería que se diera cuenta de que le iba la vida en ello.

—Así me gusta —le dije—. ¿Y qué tiene pensado hacer con vos?

—Enviarme a Neustria, mi señor.

—¿Y qué os pasará en Neustria?

—Que me matarán o me venderán como esclavo, mi señor.

Cerré los ojos. El dolor era insoportable. Lo que destilaba aquella herida hedía como un pozo negro.

—Entonces, ¿qué es lo que tenéis que hacer? —le pregunté, abriendo los ojos y mirándolo fijamente.

—Permanecer junto a Finan, mi señor.

—No os iréis de juerga por ahí —le dije, con rudeza—. Ni en busca de aventuras por la ciudad. ¡No os echaréis una amiguita! ¡Permaneceréis al lado de Finan! ¿Entendido?

—Perfectamente, mi señor.

—Podrías ser el próximo rey de Wessex —le dije—, pero nada seréis si estáis muerto o si acaban por encerraros en un maldito monasterio y vuestro culo sirve como forraje para una manada de monjes. ¡Así que no os mováis de aquí!

—Sí, mi señor.

—Y si lord Etelhelmo manda alguien a buscaros, no hagáis caso. Antes me lo diréis a mí. Ahora podéis iros.

Y cerré los ojos. Maldito dolor, maldito dolor, cien veces maldito. Tenía que dar con *Duende-de-hielo*.



Ella vino a mí cuando la noche ya había caído. Me había quedado dormido, y Finan, o mi criado, no sé, habían traído un alto velón de la iglesia a mi estancia que, en medio de una humareda, proyectaba una luz mortecina en el yeso resquebrajado y desconchado de las paredes y unas extrañas sombras danzantes en el techo.

Me desperté al oír voces fuera, una que suplicaba y otra que rezongaba de mal humor.

—Dejadla pasar —grité; se abrió la puerta, la llama del velón se agitó y las sombras brincaron al compás—. Cerrad la puerta —dije.

—Mi señor... —empezó a decir el hombre que estaba de guardia.

—Cerrad la puerta —repetí—. No va a matarme. —Aunque el dolor era tan intenso que, caso de haberlo hecho, hasta lo hubiera agradecido.

Eadith entró con paso vacilante. Se había cambiado: llevaba una larga túnica de lana de color verde oscuro, ceñida con un cordón dorado revestido de anchas cintas bordadas con flores amarillas y azules.

—¿No tendríais que estar de luto? —le pregunté, sin miramientos.

—Eso hago.

—¿Ah, sí?

—¿Imagináis que van a dispensarme un buen recibimiento en las exequias? —me preguntó, desazonada.

—¿Acaso pensáis que a mí sí? —le pregunté, antes de echarme a reír, cosa que deseé no haber hecho.

Nerviosa, ella se me quedó mirando.

—El dinero... —dijo entonces—, ha desaparecido.

—Era de esperar —me doblé de dolor—. ¿Cuánto había?

—No lo sé. Mucho.

—Mi primo era generoso —dije de malas pulgas.

—Lo era, mi señor.

—¿Adónde se habrá ido ese cabrón?

—Se hizo con un barco, mi señor.

Sorprendido, me quedé mirándola.

—¿Un barco? No cuenta con suficientes hombres para tripularlo.

Meneó la cabeza.

—O quizá no. Sella le dio pan y jamones para el viaje, y él le dijo que iba a ver si encontraba un bote de pesca.

—¿Quién es Sella?

—Una de las chicas de la cocina, mi señor.

—¿De buen ver?

—Bastante bonita —asintió.

—¿Y cómo es que no se la llevó con él?

—Le pidió que lo hiciera, mi señor, pero ella se negó.

De modo que Eardwulf se había ido, pero ¿a dónde? Contaba con un puñado de hombres y tenía un montón de dinero, así que encontraría refugio en alguna parte. Un bote de pesca tenía sentido. Los pocos que iban con él se pondrían a los remos y, a poco que el viento les echara una mano, lo conseguiría, pero ¿adónde se dirigía? ¿Le habría ofrecido Etelhelmo un sitio donde esconderse en Wessex? Me imaginaba que no. Eardwulf sólo le hubiera resultado útil para verse libre de Etelstano, pero, tras haber fracasado en el intento, no estaría en Wessex y, menos aún, en Mercia.

—¿Vuestro hermano es un hombre de mar? —le pregunté a Eadith.

—No, mi señor.

—¿Y los hombres que van con él? —Me imagino que tampoco, mi señor.

Sí, en un bote de pesca, no le sería fácil enfilar el Sæfern y poner rumbo a Neustria, tendría que recalar en Gales o en Irlanda. Con un poco de suerte, un barco danés o tripulado por hombres del norte lo avistaría, y ése sería el final de Eardwulf.

—Si no es un marino —dije— y si de verdad lo queréis, rezad para que tenga buen tiempo. —Me había expresado con aspereza y pensé que había metido la pata—. Gracias por ponerme al tanto.

—Gracias a vos por no matarme —repuso.

—¿Y qué tal por no enviaros con Sella a las cocinas?

—También por eso, mi señor —dijo, agachando la cabeza, al tiempo que arrugaba la nariz al oler la peste que inundaba la estancia—. ¿Vuestra herida? —me preguntó; asentí—. Así olía cuando murió mi padre —continuó, antes de callarse de nuevo; no dije nada—. ¿Cuándo os la curaron por última vez? —se interesó.

—Hará cosa de una semana, o más. No me acuerdo.

Sin pensárselo dos veces, dio media vuelta y abandonó la estancia. Cerré los ojos. ¿Por qué se habría ido el rey Eduardo? No había tenido en gran estima a Etelredo, pero era cuando menos sorprendente que hubiese abandonado Gleawecestre antes de las exequias. Ciertamente que, en su lugar, había dejado a Etelhelmo, su suegro, consejero áulico y auténtico depositario del poder en que se asentaba el trono de Wessex; aparte de que Eduardo no quisiera verse mezclado en el sucio trabajo que Etelhelmo tenía en mente, tarea que pasaba por garantizar que los ricoshombres de Mercia designasen a Eduardo al frente de los destinos de su territorio y animasen a Etelfleda a retirarse a un convento, no se me ocurría mejor explicación. Qué más me daba a mí. Aún no estaba muerto y, en tanto siguiese con vida, siempre estaría del lado de Etelfleda.

Pasó un rato que se me antojó muy largo en aquella noche de dolor cuando, de pronto, la puerta se abrió de nuevo. Eadith había vuelto. Traía un cuenco y unos paños.

—No quiero que me limpiéis la herida —rezongué.

—Lo hice cuando mi padre —respondió; se arrodilló junto a la cama y retiró las

pieles. Cuando el olor le dio de lleno, torció el gesto.

—¿Cuándo murió vuestro padre? —le pregunté.

—Tras la batalla de Fearnhamme, mi señor.

—¿Después?

—Resultó herido en el estómago, mi señor; sobrevivió cinco semanas.

—De eso hace casi veinte años.

—Yo sólo tenía siete años entonces, mi señor, pero no consentía que lo curase nadie que no fuera yo.

—¿Tampoco vuestra madre?

—Ya había fallecido, mi señor. —Noté cómo sus dedos me desabrochaban el tahalí. Lo hacía con delicadeza. Despegándolo del pus, me levantó el jubón.

—Tendrían que habéroslo limpiado todos los días, mi señor —dijo, con un mohín de reproche.

—Tenía cosas mejores que hacer —repuse, y tentado estuve de añadir: «con tal de truncar las ambiciones de vuestro condenado hermano». Sin embargo, tan sólo le pregunté—: ¿Cómo se llamaba vuestro padre?

—Godwin Godwinson, mi señor.

—Me acuerdo de él —le dije. Y tanto que sí: un hombre flaco, de largos bigotes.

—Siempre decía que erais el mejor guerrero de Britania, mi señor.

—Un comentario que, sin duda, habría hecho las delicias de lord Etelredo.

Aplicó un paño sobre la herida y, para mi sorpresa, el contacto con el agua caliente fue un gran alivio. Mantuvo el paño en la herida, ablandando la costra de inmundicia que se había formado.

—Lord Etelredo tenía celos de vos —dijo.

—Me odiaba.

—Eso también.

—¿Celos?

—Se daba cuenta de que erais un guerrero. Decía que erais un animal, como un perro que se abalanza contra un toro, que no teníais miedo de nada porque no teníais dos dedos de frente.

Sonreí al oír el comentario.

—A lo mejor estaba en lo cierto.

—No era un mal hombre.

—Yo que pensaba que sí.

—Porque erais el amante de su mujer. Siempre tomamos partido, mi señor; a veces la lealtad nos impide ver las cosas con claridad. —Dejó caer el paño al suelo, y me colocó otro en las costillas. El calor parecía mitigar el dolor.

—Lo queríais —dije.

—Él sí que me quería —repuso.

—Y encumbró a vuestro hermano.

Con gesto adusto, pero sin contraer los labios, asintió a la luz del velón.

—En efecto, encumbró a mi hermano —dijo—; Eardwulf es un guerrero que pelea con cabeza.

—¿Tan listo es?

—Sabe cuándo plantar cara y cuándo no hacerlo. Sabe engañar al enemigo.

—Pero nunca lucha en primera línea —comenté con desdén.

—No todo el mundo puede hacerlo, mi señor —replicó—. ¿Acaso calificaríais de cobardes a aquéllos de vuestros hombres que luchan en segunda fila?

Pasé por alto la pregunta.

—¿Habría acabado vuestro hermano conmigo y con la dama Etefleda?

—Sí, lo habría hecho.

Sonreí al ver la sinceridad con que se expresaba.

—¿Os dejó dinero lord Etefredo?

Se me quedó mirando y, por primera vez, apartó los ojos de la herida.

—Por lo que sé, el testamento dependía de que mi hermano se casara con la dama Ælfwynn.

—O sea que no os ha dejado nada.

—Aún conservo las joyas que me regaló.

—¿Y cuánto darán de sí?

—Un año, quizá dos —dijo con la mirada perdida.

—Pero no recibiréis nada de su herencia.

—A menos que la dama Etefleda tenga un gesto de generosidad.

—¿Por qué habría de tenerlo? —le pregunté—. ¿Por qué habría de darle dinero a la mujer que se acostaba con su marido?

—Ella no lo hará —replicó Eadith con calma—, pero vos sí.

—¿Yo?

—Sí, mi señor.

Me estremecí levemente cuando comenzó a limpiar la herida.

—¿Por qué habría de daros dinero? —le pregunté con aspereza—. ¿Acaso por ser puta?

—Eso dicen los hombres de mí.

—¿Lo sois?

—Pienso que no —repuso en el mismo tono—, pero sí creo que vos me lo daréis, mi señor, aunque por otra razón muy distinta.

—¿Qué razón tan poderosa es ésa?

—Porque sé dónde fue a parar la espada de Cnut, mi señor.

Podría haberle dado un beso y eso fue lo que hice, cuando acabó de limpiar la herida.

Capítulo VII

Me despertó el áspero tañido de la campana de una iglesia tocando a muerto. Abrí los ojos y, durante un instante, no supe ni dónde estaba. Hacía rato que el velón se había consumido; sólo acerté a ver la luz que entraba por una pequeña rendija en lo alto de la puerta. Era de día, o sea que había dormido más de la cuenta; de repente, noté el olor a hembra, volví la cara y me encontré con unos cabellos tan rojos como revueltos. Eadith dio un respingo y, en sueños, emitió una especie de gañido suave, al tiempo que me pasaba un brazo por el pecho. Se movió de nuevo, se despertó y reclinó la cabeza en mi hombro; al poco, comenzó a gimotear.

Dejé que llorase mientras contaba las veces que tañía la dichosa campana: veintidós.

—¿Remordimientos? —le pregunté al cabo.

Se tragó las lágrimas y negó con la cabeza.

—No —dijo—, no, no. Es esa campana.

—¿Las exequias? —le pregunté, y asintió—. Le queríais —dije, casi echándoselo en cara.

Tiempo tuvo de pensar la respuesta, porque no dijo nada hasta que la campana no hubo doblado otras dieciséis veces.

—Era cariñoso conmigo.

Se me hacía cuesta arriba imaginar a mi primo Etelredo en actitud cariñosa, pero me lo creí. Le di un beso en la frente y la estreché contra mí. Etelfleda, pensé, me mataría por eso, pero lo cierto es que no me preocupaba en demasía.

—Tenéis que asistir a las exequias —le dije.

—El obispo Wulfheard me lo prohibió.

—¿Por adúltera? —le pregunté, y asintió.

—De no ser por los adúlteros —le dije—, la iglesia estaría vacía. ¡Ni el propio Wulfheard podría asistir!

Se tragó las lágrimas de nuevo.

—Wulfheard no puede ni verme. —Me eché a reír; aún me dolía el costado, pero el dolor se había mitigado—. ¿Qué os parece tan divertido? —me preguntó.

—Que tampoco puede verme a mí.

—En cierta ocasión... —empezó a decir, pero calló la boca.

—¿Qué pasó?

—Podéis imaginaros.

—¿Lo intentó?

Asintió.

—Dijo que quería oírme en confesión, pero sólo si le enseñaba lo que hacía con Etelredo.

—¿Aceptasteis?

—Claro que no —repuso, ofendida.

—Os pido disculpas.

Levantó la cabeza y clavó su mirada en la mía. Aquellos ojos verdes. Se quedó mirándome durante un rato; luego, reclinó la cabeza de nuevo.

—Ælfwynn me aseguró que erais un buen hombre.

—¿Y qué le dijisteis?

—Que erais un animal.

Me eché a reír.

—¡Eso es porque no me conocíais!

—Lo mismo dijo ella.

—Pero vos estabais en lo cierto —repuse—; ella era la que andaba errada.

Rió con suavidad.

Mejor que verla llorar. Y nos quedamos tumbados oyendo el canto de los gallos.



La campana no dejó de tañer mientras me vestía. Bajo los cobertores de piel de la cama, Eadith me observaba. Me puse las mismas ropas húmedas, sucias y malolientes con las que había llegado el día anterior, me incliné para darle un beso y el dolor me traspasó; menos intenso, pero allí estaba.

—Levantaos y venid a desayunar algo —le dije, antes de salir al patio central. Una bruma meona llegaba del río mezclada con la llovizna que dejaban unas nubes bajas y grises.

Finan me esperaba en el patio; me recibió con una sonrisa cargada de intención.

—¿Habéis pasado una buena noche, mi señor? —me preguntó.

—¿Por qué no os vais a tomar viento, cabrón irlandés? ¿Dónde anda el chico?

—Despierto. Eadric está al tanto. —Miró al cielo y dijo—: Mal día para enterrar un alma.

—Magnífico, siempre y cuando sea la de Etelredo.

—Voy a dar otra vuelta por ahí —dijo, señalando al arco de la entrada—, sólo por ver qué pasa. Hace una hora todo estaba tranquilo.

Fui con él. Los patios del palacio parecían adormilados. Cerca de la gran sala, unos pocos guardias; unos gansos picoteaban en la hierba húmeda; un cura corría que se las pelaba hacia la capilla privada, a un paso de la puerta principal.

—¿Habéis echado un vistazo por la sala? —le pregunté.

—Todo en orden. La dama descansa en la estancia superior; tal que un par de bueyes, nuestros dos frisios cierran el paso a la escalera. No hay quien pueda

atravesar esa barrera. —Había dispuesto que Gerbruht y Folcbald se sumaran como refuerzo de los guerreros de la propia Etelfleda—. Ni nadie lo ha intentado, por otra parte.

—¿Y Etelhelmo?

—En la gran sala, con su hija y el obispo Wulfheard. Me pidió que os diera los buenos días —añadió Finan, con una sonrisa aviesa—. Nada de qué preocuparse, mi señor.

Debería haber pasado la noche en esa sala.

—Sin duda, nada tan a propósito. El amante de la dama Etelfleda dándole un revolcón en condiciones la víspera de las exequias de su marido... ¿En qué estaría yo pensando?

Le dediqué una sonrisa desmayada, y me fui a la cocina, donde mi hijo y mi hija estaban desayunando. Los dos me dirigieron una mirada cargada de reproches; sin duda algo habían oído sobre con quién había pasado la noche.

—Me alegra que estéis conmigo en uno de los mejores días de mi vida —les dije a modo de saludo.

—¿Uno de los mejores? —se extrañó mi hijo.

—Nos disponemos a enterrar a Etelredo —repuse, al tiempo que me sentaba, me hacía con un trozo de pan y cortaba una tajada de queso—. ¿Os acordáis del padre Penda? —le pregunté a mi hijo.

—Recuerdo que salí a mear con él.

—Cuando hayáis acabado de llenar la barriga, quiero que deis con él —le dije—. Lo más probable es que esté en la gran sala; así que id a buscarlo y decidle que quiero verlo. Procurad ser discreto. ¡Cercioraos de que el obispo no se entere!

—¿El padre Penda? —se interesó Stiorra.

—Uno de los curas del séquito del obispo Wulfheard —dije.

—¡Un cura! —como si no acabara de creérselo.

—Estoy pensando en hacerme cristiano —contesté; mi hijo se atragantó con la cerveza en el preciso instante en que Etelstano entraba en la estancia y me hacía una reverencia a modo de saludo.

—Vais a ir a las exequias —le dije al chico—, y fingiréis un gran pesar.

—Como digáis, mi señor.

—Y no os separaréis de Finan.

—Por supuesto que no, mi señor.

Me quedé apuntándolo con el cuchillo.

—¡Hablo en serio! Hay cabrones por ahí que desearían veros muerto —callé un momento, apuntando a la mesa con el cuchillo—. Pensándolo bien, mi vida sería mucho más tranquila.

—Tomad asiento —le dijo Stiorra al chico, que sonreía con malicia.

La campana seguía tocando a muerto; me imaginé que los tañidos no cesarían hasta que diesen comienzo las exequias, algo que sólo ocurriría cuando los

ricos hombres de Mercia se decidiesen a ir a la iglesia.

—En cuanto entierren a ese cabrón, celebrarán una reunión del Witan. Quizás hoy mismo o, a más tardar, mañana.

—¿Sin una convocatoria previa? —se extrañó mi hijo.

—Ni falta que les hace. Los más importantes ya están aquí.

—Menos el rey Eduardo.

—Él no forma parte del Witan de Mercia, majadero —repliqué—. Es un sajón del oeste.

—Desea que lo inviten —aseguró mi hija.

—¿Al Witan? —se sorprendió mi hijo.

—A ceñirse la corona —repuso Stiorra, armándose de paciencia—. Si anduviera por aquí, daría la sensación de que se había hecho con ella. Mejor que lo inviten a hacerlo.

—Y lo harán, sin duda —añadí—. Por eso están aquí el obispo Wulfheard y lord Etelhelmo, para cerciorarse de que así sea.

—¿Y Etelfleda? —se interesó Stiorra—. ¿Qué pasa si...? —calló de repente al ver que, hecha un manojo de nervios, Eadith se detenía a la puerta y entraba en la cocina. Aunque se había recogido los cabellos en alto con unos alfileres de marfil, algunos mechones rebeldes se le venían a la cara. Arrugado, llevaba el mismo vestido verde de la noche anterior.

—Hacedle sitio a la dama Eadith —le dije a Etelstano, que estaba sentado al lado de Stiorra—. Acomodaos al lado del príncipe Etelstano —le propuse a la recién llegada, antes de volverme al muchacho—: No os preocupéis; al final ha decidido no mataros.

—No tengo hambre, mi señor —dijo Eadith.

—Cómo que no. Tomad asiento. Stiorra os pondrá un poco de cerveza. ¿Me estabais preguntando —me dirigí a mi hija— qué iba a pasar con la dama Etelfleda? Pues que tratarán de recluirla en un convento.

—Cosa que vos os encargaréis de impedir —añadió mi hijo.

—No. Eso os lo dejo a vos y a la dama Eadith.

—¿A mí? —se sorprendió Uhtred.

—Siempre y cuando deis con ese cura. ¡Vamos! ¿A qué esperáis? ¡Traedlo aquí!

Y allá que se fue mi hijo. Cuando abrió la puerta, reparé en que llovía más fuerte.

—¿Y qué he de hacer yo, mi señor? —preguntó Eadith, en voz baja.

—Lo que yo os diga —repuse con aspereza—; por de pronto, iréis a las exequias con Stiorra. Aunque no con ese vestido, claro. Buscadle una capa negra —le dije a mi hija—, con capucha.

—¿Con capucha?

—Y bien grande —repuse—, que nadie pueda verle la cara y echarla de la iglesia. —Me volví en el momento en que Finan entraba por la puerta.

Soltó una maldición, se quitó una tela de arpillera que llevaba a modo de capa y

se apresuró a hacerse con un taburete.

—Como siga así, tendremos nuevas inundaciones —rezongó—. Qué forma de llover, es como si el diablo nos estuviese meando encima.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna. Esos cabrones siguen todos en la cama. El mejor sitio, sin duda.

La gran campana seguía tocando a muerto. La lluvia golpeaba la techumbre de cañizo y se colaba dentro formando un charco en las baldosas del suelo. Tiempo atrás, una cubierta de tejas resguardaba la mansión; en aquel momento, sin embargo, una deteriorada techumbre de cañizo se asentaba en las antiguas vigas; al menos, la fogata del hogar ardía con fuerza, y disponíamos de leña para dar y tomar.

Al cabo de una hora más o menos, llegó el padre Penda. Obligado a caminar bajo aquel aguacero y con la larga sotana negra hecha una sopa, llegó destemplado y furioso; aun así, muy circunspecto, me saludó:

—Mi señor —saludó, extrañado al ver tanta gente en la estancia, más si cabe cuando vio a Eadith. Se suponía que los lazos de lealtad que lo unían a mí debían de permanecer en secreto; no entendía por qué lo había reclamado habiendo tanta gente en derredor. Así que se lo expliqué.

—Padre —le dije, con todo respeto—, es mi deseo que me bauticéis.

Al igual que el resto, boquiabierto, se me quedó mirando. Mi hijo, que acababa de volver con el cura, abrió la boca como si fuera a decir algo; al ver que no tenía palabras, la cerró de nuevo.

—¿Que os bautice? —acertó a decir el padre Penda.

—Me he dado cuenta de todo el daño que he hecho —reconocí con humildad—, y deseo encauzar mi vida en la Iglesia de Dios.

El padre Penda sacudió la cabeza, no porque se negase, sino porque, calado como estaba, parecía no acabar de entender lo que le decía.

—¿Lo decís de corazón, mi señor? —me preguntó.

—Soy un pecador, padre, que busca el perdón.

—Si de verdad es así... —comenzó a decir.

—Lo es.

—Tendréis que confesar vuestros pecados.

—Sin falta.

—Y hacer un donativo a la Iglesia como prueba de vuestra sinceridad.

—Dadlo por hecho —repuse, con la misma humildad. Stiorra no podía creer lo que estaba viendo; no menos asombrados estaban los demás.

—¿De verdad es lo que queréis? —me preguntó el padre Penda. No las tenía todas consigo. Al fin y al cabo, era el pagano más ilustre de toda la Britania sajona, un hombre que jamás había ocultado su aversión a la Iglesia, un asesino de curas y un sacrílego notorio. Pero el cura no perdía las esperanzas. Mi conversión y el bautismo le procurarían fama.

—Es lo que deseo, de todo corazón —dije.

—¿Puedo preguntaros por qué?

—¿Cómo que por qué?

—Es algo tan inesperado, mi señor. ¿Acaso Dios os ha hablado? ¿Se os ha aparecido su bendito hijo?

—No, padre; en su lugar, me envió un ángel.

—¿Un ángel?

—Llegó en mitad de la noche —dije—; de cabellos del color de las llamas y ojos tan relucientes como esmeraldas, que puso fin a mi dolor y me colmó de placer.

Stiorra se atragantó. Penda la miró, aún más asombrado si cabe, y ella escondió la cabeza entre las manos.

—Lágrimas de felicidad —dijo, con voz entrecortada. Eadith se puso roja como la grana, pero el padre Penda no reparó en ella—. Alabado sea Dios —acertó a decir mi hija.

—Sea por siempre alabado —respondió el padre Penda, con un hilo de voz.

—Tengo entendido —dije— que bautizáis a los conversos en el río que hay a un paso de aquí.

Asintió.

—Pero con esta lluvia, mi señor... —empezó a decir.

—Es la lluvia que Dios envía para lavar mis culpas —repliqué.

—¡Aleluya! —exclamó. ¿Qué otra cosa podía decir?

Nos fuimos, pues, con Penda hasta el río, donde me zambulló. Era la tercera vez que me bautizaban. No recuerdo la primera, porque era demasiado pequeño; pero cuando, andando el tiempo, tras el fallecimiento de mi hermano mayor, mi padre me impuso el nombre de Uhtred, mi madrastra se empeñó en que me zambullesen de nuevo no fuera a ser que san Pedro no me reconociera a las puertas del cielo, y acabé sumergido en una cuba de agua del mar del Norte; aquél sería, pues, y en las aguas heladas del Sæfern, mi tercer bautismo, si bien, antes de iniciar el ritual, el padre Penda insistió en que, de rodillas, confesase todos mis pecados. Le pregunté si, de verdad, era eso lo que quería, y asintió de buena gana, así que me remonté a mi niñez, aunque el hecho de haber robado mantequilla recién batida no pareció que fuera aquello que esperaba escuchar.

—Lord Uhtred —dejó caer con tacto—, ¿no me habíais dicho que os habíais criado como cristiano? ¿Acaso no confesasteis vuestros pecados de niño?

—Lo hice, padre —repuse, con humildad.

—En ese caso, no es preciso que los oigamos de nuevo.

—Pero nunca confesé lo del agua bendita, padre —le dije, arrepentido.

—¿Agua bendita? ¿Qué pasó? ¿Acaso os la bebisteis?

—Me meé en ella, padre.

—Que vos... —Parecía no estar en condiciones de articular palabra.

—Mi hermano y yo nos retamos a ver cuál de los dos meaba más alto —empecé—. Seguro que, de chico, lo hicisteis alguna vez, padre.

—¡Pero nunca en agua bendita!

—Imploro vuestro perdón, padre.

—Qué espanto, ¡pero continuad!

Y empecé a hablarle de todas las mujeres con las que me había acostado, al menos de aquéllas con las que no había estado casado y, a pesar de la lluvia, el padre Penda me insistía en que lo contara todo con pelos y señales. Se le cayeron las lágrimas una o dos veces, sobre todo cuando le conté cómo me había tirado a una monja, aunque tuve el buen tino de no nombrar a Hild.

—¿Quién era? —me preguntó.

—Nunca supe su nombre, padre —mentí.

—Seguro que sí. Decídmelo.

—Yo sólo quería...

—¡De sobra sé el pecado que cometisteis! —dijo fuera de sí para, más calmado, añadir al cabo de un momento—: ¿Sigue con vida?

—No sabría decirlo, padre —repuse, con cara de no haber roto un plato. Lo cierto era que Hild seguía viva y gozaba de buena salud, dando de comer a los pobres, curando a los enfermos y vistiendo a los desnudos—. Creo que se llamaba Winfred —dije—; profería tales alaridos que no me resultaba fácil oír lo que decía.

Gimoteó otro poco; luego, se quedó sin habla cuando le hablé de los clérigos que había matado.

—Sé que hice mal, padre —dije—, y lo que es peor: disfrutaba matándolos.

—¡No!

—Cuando el hermano Jænberht murió —continué con humildad—, disfruté como no os podéis hacer idea. —Y así había sido, la verdad. Aquel cabrón había urdido un plan para venderme como esclavo, y matarlo fue un auténtico placer, lo mismo que hacer que el padre Ceolberht se tragase los dientes—. También se han llevado lo suyo otros curas, padre; Ceolberht, sin ir más lejos.

—Debéis pedirle perdón.

—Sin falta, padre. También he deseado acabar con otros curas, como el obispo Asser.

El padre Penda se quedó pensativo un momento.

—No os iba a resultar nada fácil.

Casi me eché a reír.

—Pero hay un pecado que pesa sobre mí como una losa, padre.

—¿Otra mujer? —me preguntó, interesado.

—No, padre. Es que fui yo quien dio con los huesos de san Osvaldo.

Frunció el ceño.

—¡Eso no es pecado!

Así que le conté lo que había hecho con los huesos para que pareciera un hallazgo: enterrarlos donde sabía que acabarían por encontrarlos.

—Era uno de tantos cadáveres en un cementerio, padre. Le arranqué un brazo

para que pareciera san Osvaldo.

Penda se quedó callado.

—La mujer del obispo —dijo, refiriéndose claro está a la horrible mujer de Wulfheard— tuvo una plaga de babosas en el huerto. Envió unos preciosos paños como ofrenda al santo, ¡y las babosas desaparecieron! ¡Fue un milagro!

—No pretenderéis que... —empecé a decir.

—Pensasteis que ibais a engañar a la Iglesia —dijo con aplomo—, ¡cuando lo cierto es que los milagros se suceden en torno a ese sepulcro! ¡Las babosas desaparecieron! ¡Creo que Dios os guió para que dierais con los auténticos huesos del santo!

—Pero si el santo sólo tenía un brazo, padre —me permití recordarle.

—¡Otro milagro! ¡Alabado sea Dios! ¡Fuisteis su instrumento, lord Uhtred! ¡Es una señal!

Me dio la absolución, no sin antes hacerme prometer otro donativo en oro, y me llevó hasta el río. El agua estaba fría; como una daga de hielo se me clavaba en la herida, pero aguanté las plegarias y alabé al dios crucificado una vez que el padre Penda me hubo sumergido la cabeza en las hierbas que se mecían en el agua. Y no una, sino tres veces: una en el nombre del padre, otra por el hijo, y una tercera en honor al espíritu santo.

Penda estaba encantado. Había convertido a alguien conocido y, por si fuera poco, contaba con mis padrinos, Finan y mi hijo, como testigos. Me hice con la enorme cruz de plata de Finan y me la colgué al cuello; a cambio, le hice entrega de mi martillo pagano; después, pasé un brazo por los hombros enjutos del padre Penda y, sin nada más encima que una camisola mojada como una sopa, me lo llevé a lo alto de la orilla del río donde, al abrigo de un sauce, mantuvimos una discusión en voz baja. Conversamos durante unos minutos. Al principio, no parecía muy dispuesto a decirme lo que quería saber, pero acabó por ceder ante mis argumentos.

—¿Queréis que os clave un cuchillo en las costillas, padre? —le pregunté.

—Pero mi señor... —empezó a decir, hasta que dejó de hablar.

—¿A quién tenéis más miedo —le pregunté—, a mí o al obispo Wulfheard? —No tenía respuesta para esa pregunta; tan sólo se me quedó mirando con cara de tonto. Estaba aterrado ante lo violento que pudiera llegar a ser yo, sin duda, pero no menos le aterraba la idea de que Wulfheard pudiera condenarlo de por vida a ser cura en una aldea perdida, donde no tendría ninguna posibilidad de ascender o de enriquecerse.

—¿Queréis ser obispo? —le pregunté.

—Sólo si Dios así lo quiere, mi señor —repuso el infeliz, dándome a entender que sacrificaría a su propia madre por una diócesis.

—Haré que así sea —le dije—, si me contáis lo que quiero saber.

Y me lo contó todo. Me vestí, me aseguré de que la cruz quedase oculta bajo mi capa y me dispuse a asistir a unas exequias.



Alguien se había tomado la molestia de ajustar la presencia de unas plañideras para que vociferasen y profirieran alaridos: armaban un escándalo tan estrepitoso como el entrechocar de espadas contra escudos en un campo de batalla. Situadas en los laterales de la iglesia, se golpeaban la cabeza con los puños en tanto que, a voz en cuello, daban rienda suelta a su fingido pesar; mientras, un coro de monjes intentaba hacerse oír por encima de aquella barahúnda; de tanto en tanto, y aunque nadie parecía hacerle caso, un cura daba una voz.

La iglesia estaba abarrotada: unos cuatrocientos hombres, además de unas pocas mujeres que, de pie, se apretujaban entre los altos pilares de madera. Sin hacer caso de plañideras, coro ni clérigos, los hombres hablaban entre sí y los cuchicheos no tocaron a su fin hasta que, de un salto, el obispo Wulfheard se subió al estrado de madera junto al altar mayor y, con el bastón del báculo, la emprendió a golpes con el facistol hasta que la parte superior del cayado, de plata, se desprendió del mango y, rebotando contra las losas del suelo, acabó debajo del ataúd de Etelredo que, a lomos de un par de caballetes, estaba envuelto en su estandarte del caballo encabritado. Algunas plañideras no cejaron en sus lamentaciones hasta que un par de curas se llegaron a los laterales del templo y les ordenaron poner fin a aquella maldita algarabía. Una de ellas empezó a boquear como si le faltase el aire; pensé que se había atragantado y que caería fulminada allí mismo, pero, tras ponerse de rodillas, vomitó. Un puñado de perros se precipitó a engullir tan inesperado festín.

—¡Estáis en la casa de Dios! —bramó el obispo Wulfheard.

Aunque a todos se nos antojaran como cuatro o cinco, el sermón que se nos vino encima a continuación debió de durar casi dos horas. Ensalzó el temple de Etelredo, su valor y su prudencia, incluso se las compuso para parecer sincero. «Hoy despedimos a un buen hombre camino de su eterno descanso», proclamó el obispo. Cuando pensaba que el sermón estaba a punto de concluir, ordenó que uno de los curas le acercase el libro de los evangelios; con el dedo, fue pasando las pesadas páginas hasta que dio con el pasaje que buscaba y, con voz intimidatoria, leyó: «¡El reino que se divide no ha de perdurar!» y, de golpe, cerró el pesado mamotreto. A lo que siguió una apenas indisimulada defensa de la unidad de las coronas de Mercia y de Wessex, pues que, según él, tal era la voluntad del dios crucificado.

Me perdí casi todo. Observaba a Stiorra, que permanecía de pie junto a Eadith. Me había fijado en cómo, con la cabeza gacha, con una mano se sujetaba la capucha que le cubría la cabeza; me imaginé que estaba llorando. En la parte de atrás de la iglesia y rodeado por varios de los míos, Etelstano estaba a un paso de mí. Si bien nadie podía llevar espadas en la iglesia, estaba convencido de que Etelhelmo disponía de hombres que intentarían apoderarse del chico, tan seguro como de que aquellos de

los míos que velaban por Etelstano llevaban machetes escondidos bajo las capas. Asintiendo sin pudor a la prédica de Wulfheard, Etelhelmo estaba en la primera bancada de la iglesia. A su lado, su hija Elfleda, la esposa del rey Eduardo. Menuda y de cabellos rubios trenzados alrededor de la cabeza, se cubría con un pequeño tocado negro del que caía un puñado de largas cintas negras que le llegaban hasta su redondo trasero. De boquita pequeña y mohína, el hartazgo hacía mella en su rostro, cosa que no me extrañó tras haber tenido que soportar durante dos horas las sandeces de Wulfheard. Su padre le pasaba una mano por el hombro. Tanto él como yo éramos más altos que la mayoría de los que allí estaban, de forma que, durante uno de los pasajes más inflamados del obispo, se dio cuenta de cómo lo miraba, y los dos intercambiamos una sonrisa de circunstancias. De sobra sabía que se avecinaba pelea, pero confiaba en salir airoso. Su hija no tardaría en ser proclamada como la reina Elfleda de Mercia, lo que obligaría a los de Wessex a tratarla como tal; no me cabía la menor duda de que eso era lo que pretendía Etelhelmo. Nunca había entendido por qué en Wessex no se aplicaba ese tratamiento de cortesía a la esposa del rey, algo a lo que ya no podrían negarse desde el momento en que Elfleda fuera proclamada reina de Mercia. Por otra parte, si conseguía quitarse de encima el estorbo de Etelstano, Etelhelmo sería padre de reina y abuelo de reyes. Desgañitándose, Wulfheard seguía adelante con su sermón sobre el reino dividido, cuando Etelhelmo me sorprendió mirándolo de nuevo; con un gesto casi imperceptible señaló con la cabeza al obispo y, como si ya no pudiera aguantarlo más, puso los ojos en blanco. Tuve que echarme a reír.

Etelhelmo siempre me había caído bien; hasta entonces, siempre habíamos estado del mismo lado: tenía puestos toda su ambición y su empeño en las mismas causas por las que peleaba yo. En aquel momento, sin embargo, estábamos en bandos opuestos; lo sabía, y utilizaría su posición y su dinero para acabar conmigo. Yo me serviría de la astucia, confiando en que Sihtric hubiera culminado con éxito la tarea que le había encomendado.

Por fin, el obispo enmudeció. El coro comenzó a cantar de nuevo, y seis de los hombres de la guardia personal de Etelredo cargaron con el ataúd y lo llevaron hasta la tumba que habían excavado junto al altar. Les costó lo suyo, probablemente porque había un ataúd de plomo en el interior de la caja de madera primorosamente tallada con figuras de santos y de guerreros. Se disponían a enterrar a mi primo lo más cerca posible de los huesos de san Osvaldo, o de quienquiera que fuese aquella osamenta que reposaba en el relicario de plata. Tal y como nos acababa de decir el obispo, el día del juicio, por la gracia de Dios, san Osvaldo abandonaría su prisión plateada y, directamente, subiría al cielo; tan cerca como estaba del santo, Etelredo quedaría atrapado en la estela que dejase el santo. Nadie ponía en duda que aquellos huesos fueran auténticos. Curas y monjes aseguraban que, en aquella iglesia, se producían milagros, cojos que volvían a andar, ciegos que recuperaban la visión, y todo por obra de aquellos huesos.

El obispo observó cómo bajaban el ataúd al fondo de la tumba. Etelhelmo y su hija no se movían de su lado; de pie, en el extremo más alejado del hoyo y ataviada con un vestido de seda negra que hacía aguas cada vez que se movía, Etelfleda. Junto a ella, su hija Ælfwynn, que se las había compuesto para aparentar desconsuelo. Cuando, por fin, el pesado ataúd tocó el fondo de la cripta, reparé en cómo Etelhelmo miraba a Etelfleda y en cómo los dos cerraban los ojos al mismo tiempo. Permanecieron de pie un buen rato, hasta que Etelhelmo dio media vuelta y se dispuso a acompañar a su hija a la salida de la iglesia. Una doncella le tendió una pesada capa a Etelfleda, quien, tras echársela por encima de los hombros, echó a andar hacia la lluvia.

Así fue cómo mi primo Etelredo desapareció de mi vida.



Al día siguiente se reunió el Witan. La sesión comenzó temprano, casi nada más amanecer, de modo que pensé que Etelhelmo quería dar por concluido el asunto cuanto antes y volver a casa. O quizá, y eso me pareció lo más probable, tener tiempo de invitar a Eduardo, dondequiera que estuviese esperando, a hacer su entrada formal en la ciudad principal de su nuevo reino. Y todo habría de quedar despachado con prontitud, o eso pensaban ellos. Como era de esperar, allí estaban los hombres que habían asistido a las exequias de Etelredo, los nobles que siempre lo habían apoyado; pocos eran los partidarios de Etelfleda que se encontraban en Gleawecestre. El Witan escucharía las peticiones que Etelhelmo tuviera a bien formular, todos las aprobarían por aclamación, y Wulfheard y Etelhelmo se ganarían el reconocimiento del nuevo rey de Mercia.

O eso creían ellos.

Como no podía ser de otra manera, el Witan comenzó con una plegaria del obispo Wulfheard. Me imaginaba que, tras el interminable sermón del día anterior, breve habría de ser la plegaria, pero me equivocaba: se había propuesto arengar a su dios de forma no menos interminable. Imploró al dios crucificado que tuviera a bien iluminar al Witan, lo que, bien pensado, no era una mala idea; a continuación, dejó claro a su dios que el consejo debería dar su visto bueno a todo lo que el obispo se disponía a proponer. La plegaria se alargó tanto que los ricoshombres, los terratenientes y los altos dignatarios eclesiásticos, inquietos, comenzaron a mover los pies y a arrastrar los bancos por el suelo de mosaico hasta que, de forma más que audible, Etelhelmo se aclaró la garganta y el obispo se apresuró a dar por concluida la plegaria.

Cubierto con un paño negro sobre el que reposaba un yelmo historiado, el trono de Etelredo seguía en el estrado de madera. Tiempo atrás, no se coronaba a los reyes,

sino que se les entregaba un regio yelmo en vez de la corona, y ni por un momento dudé que todos los que estaban en la sala sabían lo que significaba aquel yelmo. Desde donde estábamos, al lado izquierdo del trono, se alzaba un facistol que, seguramente, habían sacado de la iglesia; a la derecha, una sencilla mesa de pino, y dos sillas. Sentados, pluma en mano, los dos curas gemelos, Ceolberht y Ceolnoth. Ellos darían cuenta de cómo discurría la reunión del Witan, que comenzó con una declaración del obispo.

Mercia, dijo, ha estado sin rey durante una generación. Pero era voluntad de Dios, aseguró, que todo reino tuviera un rey, afirmación que arrancó un murmullo de aprobación por parte de los nobles señores allí reunidos.

—Un reino sin rey —en su opinión— era como una diócesis sin obispo, un barco sin timonel. Y ninguno de los aquí presentes —me miró cuando lo dijo— negará que Mercia es uno de los antiguos reinos de Britania. —Otro murmullo de asentimiento, más fuerte esta vez, recorrió la sala, y el obispo, animado por el eco que encontraban sus palabras, continuó—: Nuestro señor Etelredo —alzó la voz, ¡era demasiado humilde para reclamar tal dignidad para sí! —A punto estuve de soltar una carcajada. Etelredo habría dado con gusto un ojo, un brazo, las pelotas incluso, con tal de haberse ceñido la corona de Mercia, pero de sobra sabía que los sajones del oeste, sus fiadores, le habrían hecho pagarlo caro, porque Wessex no quería otro rey en Mercia que no fuese uno de los suyos—. De forma que aun sin cargar con esa dignidad, ¡se comportó siempre como un rey! —continuó Wulfheard, casi a voces, seguramente porque se daba cuenta de la fragilidad de su argumentación—. En su lecho de muerte, nuestro señor de Mercia, nuestro difunto y añorado lord Etelredo, dejó dicho que era su deseo que su cuñado, el rey Eduardo de Wessex, ¡fuera invitado a ceñirse la antigua corona de nuestro bienamado país! —El obispo guardó silencio un momento, seguramente a la espera de un bramido de aclamaciones, pero, aparte de Etelhelmo y los suyos, que pateaban el suelo para hacer patente su asentimiento, la sala permaneció en silencio.

Un silencio que, en mi opinión, lo decía todo. La gran mayoría de los ricos hombres presentes en la sala estaban dispuestos a hacer lo que Wulfheard y Etelhelmo les pedían, pero sin entusiasmo. Todavía quedaba mucho orgullo en Mercia. Aceptarían como rey a un sajón del oeste, pero sólo como un matrimonio de conveniencia. Por eso callaban; todos menos uno, el *ealdorman* Aidyn.

—Este Witan está facultado para elegir un rey —rezongó. Era un rico hombre del este de Mercia, un hombre cuyas tropas llevaban mucho tiempo luchando del lado de los sajones del oeste en sus incursiones contra los daneses de Anglia Oriental, un hombre del que yo habría esperado que se erigiese en defensor entusiasta de la aspiración de Eduardo; empero, en sus palabras se advertía un deje de escepticismo.

—Elegir rey, ésa ha sido desde siempre una de las prerrogativas del Witan —convino, a regañadientes, el obispo Wulfheard—. ¿Queréis proponer algún nombre?

Aidyn se encogió de hombros. A lo mejor confiaba en ser él el elegido, pensé.

—Los destinos de Mercia deberían quedar en manos de alguien de aquí —dijo.

—Pero ¿de quién? —ladró el obispo Wulfheard, y era una buena pregunta. Si es que aspiraba a algo, Aidyn cayó en la cuenta de que pocos de los presentes en la sala apoyarían su propuesta, y no dijo nada más.

—La corona —terció otro, aunque no llegué a ver quién era— debería ir a parar a manos del hijo del rey.

—Sólo que lord Etelredo no tuvo hijo varón —zanjó el obispo.

—En ese caso, a su pariente más próximo —dijo el hombre.

—Su pariente más cercano es el hermano de su viuda, el rey Eduardo —contestó Wulfheard y, si bien el asunto tenía su enjundia, así planteado no era verdad, aunque no lo dije—. Permitid que os recuerde —añadió el obispo— que la madre del rey Eduardo era de Mercia. —Esto era cierto; algunos de los presentes asintieron. El obispo esperó a ver si se alzaba otra voz, pero nadie dijo nada—. Así las cosas, os propongo... —empezó a decir, antes de callar la boca al ver que yo me ponía en pie.

—Una pregunta, señor obispo —dije muy respetuoso.

—¿Lord Uhtred? —respondió receloso.

—Caso de no tener hijos varones, ¿puede un señor de Mercia nombrar un sucesor?

Wulfheard frunció el ceño buscando la trampa que pudiera encerrar mi pregunta, y decidió plantearme otra no menos envenenada.

—¿Os preguntáis, lord Uhtred —se interesó con voz meliflua—, si lord Etelredo era el señor de este reino?

—Pues claro que lo era —le di la respuesta que quería oír—, pero yo no sé tanto como vos de las leyes de Mercia, y me gustaría saber si las últimas voluntades de lord Etelredo tienen fuerza de ley.

—¡Y tanto! —repuso Wulfheard exultante—. Los deseos expresados por el señor gozan de gran predicamento y sólo precisan del apoyo de esta noble asamblea para tener fuerza de ley. —Silencio de nuevo. Los hombres se retorcían en sus asientos y me miraban. Sabían lo que buscaba: que Etelfleda fuera la señora de Mercia, pero tanto mi pregunta como mi humilde respuesta daban a entender que estaba dispuesto a apoyar a su hermano. Sonriente, Wulfheard, que pensaba que acababa de obtener una gran victoria a costa mía, intervino de nuevo—: Incurriríamos en negligencia —continuó de forma afectada—, si no tuviéramos muy en cuenta los deseos expresados por lord Etelredo en su lecho de muerte y, en tales circunstancias, su deseo fue que su cuñado, el rey Eduardo de Wessex, fuera el rey de Mercia —se calló un momento, pero sólo hubo silencio en la sala. Era posible que el Witan reconociese que no había otra salida, pero eso no quería decir que fuera de su agrado. Aquellos hombres iban a ser testigos de la desaparición de un país orgulloso, un país que, tiempo atrás, en manos del gran rey Offa, había dominado toda Britania. Wulfheard hizo una seña a Etelhelmo—. Lord Etelhelmo de Wessex no es miembro de este Witan... —dijo.

—Por ahora —le interrumpió otro hombre, lo que provocó una sonora carcajada.

—Así es, por ahora —convino el obispo—, pero, contando con vuestro beneplácito, nos dirá cómo tiene pensado el rey Eduardo gobernar este país.

Etelhelmo se puso en pie. Siempre había sido un hombre apuesto y afable; en aquel momento, parecía cercano, humilde y responsable. Se extendió sobre el honor que el Witan se disponía a dispensar a Eduardo, de cómo Eduardo les estaría agradecido para siempre, de cómo trabajaría «noche y día» para velar por Mercia, defender sus fronteras y expulsar a los daneses que aún quedaban en la parte norte del país.

—No hará nada sin escuchar el consejo de este Witan —declaró muy convencido—. ¡Los consejeros de Mercia siempre estarán a su lado! Y el hijo mayor del rey, mi nieto Ælfweard, el heredero, pasará la mitad de sus días en Gleawecestre, de forma que llegue a querer a este país tanto como su padre, ¡tanto como todos los sajones del oeste!

Un bonito discurso, pero sus palabras fueron recibidas con el mismo y hosco silencio. Al ver que Wulfheard se disponía a hablar de nuevo, me pareció que había llegado el momento de animar un poco el cotarro.

—¿Y qué hay de la hermana del rey Eduardo —pregunté, antes de que el obispo hubiera tenido tiempo de respirar siquiera—, la dama Eteflada?

Sabía que estaba oyendo todo lo que allí se decía. No le habían permitido asistir al Witan porque las mujeres no tenían voz en el consejo, pero se mantenía a la espera al otro lado de la puerta que quedaba más cerca del estrado. Etelhelmo también lo sabía.

—La dama Eteflada se ha quedado viuda —dijo con prudencia—, y sin duda querrá retirarse a alguna de sus haciendas, o quién sabe si recluirse en un convento para rezar por el alma de su difunto marido.

—¿Y estará a salvo en cualquier convento? —pregunté.

—¿A salvo? —saltó el obispo al oír mi pregunta—. Estará en las manos de Dios, lord Uhtred. ¡Claro que estará a salvo!

—Lo digo porque hace sólo dos días —alcé la voz y hablé despacio para que hasta los más viejos y sordos de los participantes en el Witan pudieran oírme—, hombres del *ealdorman* Etelhelmo, en connivencia con tropas del traidor Eardwulf, trataron de matarla. ¿Por qué habríamos de creer que no lo intentará de nuevo?

—¡Esto es un ultraje! —acertó a decir Wulfheard.

—Imaginaciones vuestras —dijo Etelhelmo, en tono menos amistoso que antes.

—¿Lo negáis? —le pregunté.

—Absolutamente, sí —repuso, irritado.

—En tal caso, solicito la presencia de unos cuantos testigos para que declaren ante el Witan —dije, señalando a la puerta de entrada a la sala. Allí estaba Hoggar, al frente de los hombres que habían ido con Eardwulf; tras ellos, al lado de Finan, Grindwyn, preso y maniatado. Finan se acercó y se colocó de pie a mi lado.

—Sihtric ha vuelto —me susurró— con lo que le habíais pedido.

—Muy bien —murmuré, —antes de alzar la voz—. Ese hombre —señalé a Grindwyn— ha prestado juramento de fidelidad a lord Etelhelmo. Es, pues, uno de los suyos, y estoy en condiciones de traer a otros testigos que jurarán ante este Witan que, siguiendo órdenes de lord Etelhelmo, ayudaron al traidor Eardwulf en su intento de acabar con la vida de la dama Etelfleda. —Di una palmada y Eadith entró en la sala. Pálida erguida, se quedó de pie junto a Grindwyn—. No hace falta que os diga quién es esta mujer —continué—, pero está dispuesta a declarar sobre la traición de su hermano, llevada a cabo con el visto bueno de lord Etelhelmo. Reclamo que un cura tome juramento a estos testigos que presento.

—¡Esto es intolerable! —rezongó el obispo.

—No menos que el intento de asesinato de la dama Etelfleda —me revolví.

—¡La palabra de una adúltera es un testimonio carente de validez! —gritó Wulfheard—. Exijo que os llevéis de aquí a esa mujer, que retiréis vuestras inmundas patrañas, que...

Fuere lo que fuere a exigir quedó en el aire porque, de nuevo, di una palmada y, en esta ocasión, apareció Sihtric con tres mujeres. Una alta, pelirroja y delgada, como Eadith; la segunda, rubia y rellenita; la tercera, menuda y de cabellos negros. Las tres parecían asustadas, aunque las tres ganaban más plata en cinco minutos que partiéndose los riñones una semana. Cuando entraron, algunos de los hombres de la sala se echaron a reír; otros, pocos, se molestaron, pero el caso es que casi todos los allí presentes sabían quiénes eran: putas de La gavilla de trigo y, aunque de mala gana, el padre Penda me había dado sus nombres. Me había dicho que, en más de una ocasión, había tenido que acompañar a una, a dos, incluso a las tres, de la taberna a la residencia del obispo, tras los muros del palacio de Etelredo.

—¿Quiénes son estas desdichadas? —se interesó Etelhelmo.

—Con vuestra venia, voy a presentároslas. La dama alta se llama... —dije.

—¡Lord Uhtred! —se encaró a gritos conmigo el obispo. Reparé en que tanto Ceolnoth como Ceolberht habían dejado de escribir.

—¿Obispo? —repuse con candor.

—¿Tenéis algo que proponer? —Sabía cuál era la razón de la presencia de las putas en aquella asamblea, igual que sabía que, a nada que se les diera pie, las tres graznarían como gansos. Y Wulfheard, claro está, era un hombre casado.

—¿Os reafirmáis, obispo, en eso de que los adúlteros no pueden hablar en este consejo?

—¡Os pregunto si tenéis algo que proponer! —repitió, con la cara roja de ira.

—Propongo dejar como están los acuerdos entre Mercia y Wessex —dije—, y que la dama Etelfleda se haga cargo de las obligaciones de su marido.

—¿Un mujer? —rezongó alguien.

—¡Una mujer no puede ponerse al frente! —dijo Aidyn, apoyado por un tercio más o menos de los hombres allí presentes.

Tratando de que no se me notase la cojera que me producía el dolor del costado,

me dirigí al estrado. Aunque, por un momento, me dio la impresión de que Wulfheard iba a decir algo, al mirar de nuevo a las putas, optó por cerrar la boca, y nadie se opuso a que subiera y me colocase a la altura de Etelhelmo y del obispo.

—Que, a la muerte de un gobernante, sea el pariente más cercano quien ocupe el trono no tiene nada de raro. ¿Puedo tomarme la licencia de recordar a los miembros de este Witan que mi madre era de Mercia y que soy primo carnal de Etelredo?

Se produjo un silencio incómodo; de repente, empezaron a oírse protestas por parte de un grupo de curas que se sentaban a uno de los lados de la sala. Escuché cómo se desgañitaban llamándome «pagano», sobre todo dos abades que, de pie, me amenazaban con los puños. No me quedó más remedio que retirarme la capa y mostrar la enorme cruz que llevaba al cuello. Al ver aquel pedazo de plata, todos guardaron silencio hasta que volvieron a oírse nuevas protestas.

—¿Tratáis de hacernos creer que ahora sois cristiano? —preguntó a voz en cuello el seboso abad Ricseg.

—Tomé el bautismo esta mañana —dije.

—¡Os mofáis de Cristo! —gritó el abad, y no se equivocaba.

—¡Padre Penda! —llamé.

Y el padre Penda salió en defensa de mi conversión, tratando de convencer a un Witan escéptico de que había recibido el bautismo de corazón. Dudo de que ni él mismo lo creyera, pero, por otra parte, contaba con un converso de renombre en su haber y, con uñas y dientes, defendió mi sinceridad. Etelhelmo hizo caso omiso de la escandalera que estaban montando aquellos clérigos, e hizo un aparte conmigo.

—¿Qué os proponéis, Uhtred? —me preguntó.

—Bien lo sabéis.

Rezongó.

—¿Y esas tres mujeres?

—Las putas preferidas de Wulfheard.

Se echó a reír.

—Astuto cabrón —dijo—. ¿De dónde han salido?

—De La gavilla de trigo.

—Tendré que catarlas.

—Os recomiendo a la pelirroja —le dije.

—¿Y Eadith?

—¿Qué pasa con ella?

—Que hace una semana no se hartaba de decir que no podía ni veros.

—Es que tengo mucha labia.

—Pensaba que eso era cosa de ella. —Miró las hileras de hombres que, desde las bancadas, asistían a la encarnizada discusión que mantenían los curas—. De modo que Wulfheard no osará abrir la boca contra vos —dijo—, y yo corro el riesgo de quedar como un déspota que se dedica a asesinar a mujeres. Llegados a este punto, ¿qué queréis?

—Eso —repuse, señalando al trono.

Frunció el ceño, no porque le pareciera mal, sino porque no se lo esperaba.

—¿Queréis ser el señor de Mercia?

—Sí.

—Imaginad que demos nuestra aprobación —continuó—, ¿qué haréis?

Me encogí de hombros.

—Wessex ya tiene Lundene, así que quedárosla. Lleváis a cabo incursiones en Anglia Oriental, y espero que sigáis haciéndolo, puesto que disponéis de Lundene como punto de referencia. Dejad que Mercia siga luchando en la frontera norte, más allá de Ceaster.

Asintió.

—¿Y qué hay del muchacho? ¿Dónde está Etelstano?

—A salvo —zanjé.

—No es legítimo.

—Lo es.

—Tengo pruebas de que su madre ya estaba casada cuando se topó con Eduardo. Me eché a reír.

—Sois lo bastante rico como para comprar testigos que lo confirmen.

—Lo soy.

—Pero no es cierto.

—El Witan de Wessex se lo creerá; eso es lo que cuenta.

—Así que vuestro nieto será, con toda probabilidad, el próximo rey de Wessex —dije.

—Es lo único que quiero —hizo una pausa, y echó un vistazo al Witan de nuevo—. No quiero enfrentarme con vos —dijo—, así que juradme una cosa.

—¿Qué?

—Que llegado el momento —continuó—, haréis cuanto esté en vuestra mano para que Ælfweard ocupe el trono cuando falte su padre.

—Moriré mucho antes que Eduardo.

—Nunca se sabe cuándo llegará nuestra hora. Así que juradlo.

—Yo...

—Y jurad que el trono de Wessex se unirá al de Mercia —rezongó.

Por un momento, me asaltó la duda. Un juramento es una promesa solemne. Quebrantamos nuestros juramentos sin pensar en el destino, sin pensar en la venganza de las Nornas, esas malévolas diosas que tejen el hilo de nuestras vidas y que pueden cortarlo a su antojo. Había quebrantado otros juramentos y había salido adelante, pero ¿hasta cuándo estarían los dioses dispuestos a consentírmelo?

—¿Qué respondéis? —me urgió Etelhelmo.

—Si cuando vuestro yerno muera aún soy el señor de Mercia —dije tocando la cruz de plata que llevaba al cuello—, en ese caso...

Me apretó la mano con rudeza.

—Juradlo, lord Uhtred —dijo—, por quienquiera que sea el dios al que veneráis.

—Como señor y gobernante de Mercia —dije, eligiendo cuidadosamente las palabras—, haré cuanto esté en mi mano para asegurarme de que Ælfweard sucederá a su padre en el trono. Y que los reinos de Wessex y Mercia se unirán bajo la corona de Wessex. Lo juro por Thor y por Odín.

—Jurad también que seréis un sincero y leal aliado de Wessex —exigió.

—Lo juro —repuse, y lo decía en serio.

—Y lo de Etelfleda —dijo.

—¿Qué pasa con ella?

—Que se recluirá en el convento que fundó su madre. Que os aseguraréis de que así sea.

Me pregunté el porqué de su insistencia. ¿Tendría algo que ver con que Etelfleda mirase por Etelstano?

—No soy quién para dar órdenes a la hija de un rey —contesté—. Será Eduardo quien tenga que decirle a su hermana lo que haya de hacer.

—Insistirá en que se recluya en un convento.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Goza de mayor renombre que él, algo que no gusta a los reyes.

—Planta cara a los daneses —dije.

—Cosa que no hará si decide recluirse en un convento —repuse, mordaz—. Decidme que no os opondréis a los deseos de Eduardo.

—Nada puedo decir. Es un asunto que debéis resolver entre vos y él.

—¿Vais a dejarlo en nuestras manos? ¿No haréis nada?

—En vuestras manos queda —dije.

Frunció el ceño y se me quedó mirando durante unos instantes, hasta que llegó a la conclusión de que le había ofrecido garantías suficientes.

—¡Lord Uhtred —dijo Etelhelmo, apartándose de mí y alzando la voz para acallar el clamor de la sala— conviene conmigo en que hay que unir los tronos de Wessex y Mercia! ¡Que sólo ha de haber un rey, que seremos un solo reino! ¡Un único rey para todos en un único país! —Al menos la mitad de los hombres allí presentes fruncieron el ceño. El orgullo de Mercia venía de antiguo y se sentía mancillado por el más poderoso Wessex—. Pero lord Uhtred —continuó Etelhelmo— también me ha hecho ver que todavía no ha llegado el momento. Las tropas del rey Eduardo luchan sin cesar en el este para expulsar a los extranjeros de Anglia Oriental, en tanto que, si de expulsar a los paganos de vuestras tierras se trata, como hombres de Mercia, vuestra verdadera preocupación está en el norte. Sólo cuando esos paganos extranjeros se hayan ido, podremos hablar de un único y bendito país. Tal es la razón por la que apoyo la aspiración de lord Uhtred al señorío de Mercia.

Y eso fue lo que pasó, que me designaron como señor de Mercia, heredero de los bienes de Etelredo, de sus tropas y de sus dominios. El obispo Wulfheard estaba que

echaba las muelas, pero la presencia de las tres putas bastaba para dejarlo sin palabras, de modo que fingió que estaba de acuerdo con mi elección. De hecho, fue él quien me llamó para ocupar el trono vacante.

Aunque no era su preferido, ni siquiera el preferido de la décima parte de aquella asamblea, los ricoshombres de aquella asamblea patearon el suelo como muestra de aprobación. La mayoría de ellos habían apoyado a Etelredo, y de sobra sabían que no podía ni verme, pero no disponían de un candidato mejor para sucederlo, y mi opción era preferible a la de un rey extranjero que, de seguro, siempre antepondría los intereses de Wessex. Sin olvidar, por otro lado, que yo era hijo de una mujer nacida en Mercia y el pariente varón más cercano a Etelredo. Eligiéndome a mí, su orgullo quedaba a salvo; por si fuera poco, muchos pensaban que no duraría mucho tiempo. Oportunidad tendrían, quizá, y a no mucho tardar, de elegir otro mandatario.

Me acerqué al trono y me hice con el yelmo. Unos pocos no dudaron en manifestar su satisfacción. Muchos más lo hicieron cuando retiré el pano negro que lo cubría y lo arrojé al suelo.

—Tomad asiento, lord Uhtred —dijo Etelhelmo.

—¡Señor obispo! —reclamé. Con una sonrisa forzada, Wulfheard se las compuso para hacer un amago de reverencia al volverse a mí.

—¿Lord Uhtred? —me preguntó.

—Hace un momento dijisteis que grande es el peso que tienen los deseos del señor en cuanto a su sucesor.

—Por supuesto —contestó, frunciendo el ceño; parecía confuso.

—Y que tales deseos sólo precisan del respaldo de este Witan para tener fuerza de ley.

—Así es —dijo resoplando.

—En tal caso —dije—, permitidme que recuerde a este Witan que, sólo gracias al empeño de la dama Etelfleda, hemos ganado nuevos territorios. —Me acerqué a la mesa y me hice con unos pergaminos, las escrituras de aquellas feraces tierras a las que aquellos ricoshombres aspiraban—. Gracias a la dama Etelfleda hay una guarnición en Ceaster que planta cara a los hombres del norte en esos parajes. —Dejé los pergaminos de lado—. Es, pues, mi deseo renunciar al trono de Mercia en favor de la viuda de lord Etelredo, la dama Etelfleda.

De haberlo querido, en ese momento podrían haberme ganado por la mano. Si el Witan hubiera manifestado su oposición, si hubieran alzado la voz en contra mía, toda aquella comedia habría sido en vano; en silencio y expectantes, todos se me quedaron mirando, momento que aproveché Etelfleda para entrar por la puerta lateral. De luto riguroso, una capa blanca bordada con cruces azules entrelazadas con mimbres de color verde pálido ocultaba el vestido de seda que llevaba. Con los cabellos trenzados y dispuestos alrededor de la cara, un collar de esmeraldas y en la mano derecha la espada de su difunto marido, estaba preciosa. Cuando cruzó el estrado, nadie dijo ni palabra. Reparé en cómo el Witan contenía la respiración

cuando le hice entrega del yelmo. Ella me tendió la espada y, sirviéndose de ambas manos, se caló el yelmo sobre sus cabellos rubios; luego, sin decir palabra, se sentó en el trono y le di la espada.

Y toda la sala fue una algarabía: puestos en pie, todos los hombres del Witan la aclamaban con tremendo griterío, mientras ella permanecía impasible. Con aquella expresión tan digna, parecía una reina. ¿Por qué la aclamaba la sala? Como muestra de alivio quizá, al ver que yo no iba a ser su señor, aunque más me inclino a pensar que, para sus adentros, todos preferían a Eteflada, pero que ninguno se había atrevido a ir en contra de la costumbre y proponer su nombre. Sin embargo, bien sabía el Witan de sus dotes para la guerra y para llevar las riendas del país, porque era uno de ellos. Ella era la señora de Mercia.

—Cabrón —me dijo Etehelmo.



Y llegó el momento de pronunciar los juramentos de fidelidad, ceremonia que se prolongó durante casi una hora mientras, de uno en uno, todos los ricoshombres y principales terratenientes de Mercia se acercaban a Eteflada, se arrodillaban ante ella y le juraban fidelidad. La guardia personal de su esposo y sus propias tropas permanecían de pie en los laterales de la sala; eran los únicos que podían llevar espada. Si alguno de los hombres se mostraba renuente a la hora de rendirle homenaje, aquellas espadas bastarían para hacerle entrar en razón. A eso del mediodía, todos los hombres del Witan habían entrelazado sus manos con las de la nueva señora y le habían jurado lealtad.

Pronunció unas breves palabras. Ensalzó la tierra de Mercia y prometió la liberación de aquellos parajes del norte que aún seguían en manos de los paganos.

—Para ello —dijo con voz clara y fuerte—, necesitaré que todos vosotros me prestéis el apoyo de vuestras tropas. Somos una nación en guerra, y vamos a ganar esta guerra.

Que no otra era la diferencia entre ella y su difunto marido. Etefredo había hecho lo imprescindible para poner coto a las incursiones de los daneses, pero nunca había sido partidario de plantarles cara en su propio terreno. Eteflada se mostraba dispuesta a hostigarlos hasta expulsarlos del reino.

—¡Lord Uhtred! —dijo mirándome.

—¿Mi señora?

—Vuestro juramento.

Me arrodillé ante ella. Con la punta de la espada reposando en el suelo entre sus pies y las manos entrelazadas sobre la pesada empuñadura, rodeé sus manos con las

mías.

—Os juro fidelidad, mi señora —declaré—, y os defenderé y apoyaré con todas mis fuerzas.

—Miradme —bajó la voz, de forma que sólo yo la oyera. Me quedé mirándola de frente y reparé en la sonrisa de circunstancias—. ¿Eadith? —me susurró, inclinándose hacia mí sin cambiar de sonrisa.

Me pregunté quién se lo habría dicho.

—¿Queréis oír su juramento también? —pregunté.

—Cabrón —resopló. Noté cómo se le crispaban las manos bajo las mías—. Deshaceos de ella —añadió todavía en un susurro, antes de alzar la voz—. Llevad vuestras tropas al norte, a Ceaster, lord Uhtred. Hay mucho que hacer allí.

—Así lo haré, mi señora —respondí.

—Cincuenta de mis hombres irán con vos —anunció—, y también el príncipe Etelstano.

—Como digáis, señora —repuse. Me pareció sensato apartar a Etelstano tanto como fuera posible de las ambiciones de Etelhelmo.

—En cuanto me sea posible, me uniré a vos —continuó Etelfleda—, pero antes tengo cosas que hacer —se dirigía en realidad al Witan—. Tierras que repartir y cargos que nombrar. ¿Obispo Wulfheard?

—¿Mi señora? —parecía nervioso.

—Fuisteis el consejero más respetado por mi marido. Confío en que aceptéis manteneros al frente de mi consejo.

—Con la ayuda de Dios, mi señora, espero servir a vos con la misma diligencia con que lo serví a él. —Se le notaba aliviado al cabrón. Etelfleda había conseguido que los hombres de Eardwulf le prestaran juramento de fidelidad; se disponía a hacer lo mismo con quienes habían apoyado a su difunto marido y, al designar en público a Wulfheard, les estaba dando a entender que nada habrían de temer. No obstante, tenía razones para temer las iras de Etelhelmo. Lo observé mientras me dirigía a un lado del estrado, y caí en la cuenta de que estaba furioso, que la ira contraía aquel rostro de natural afable, dispuesto a saltar en cuanto cometiera una equivocación o perdiera terreno frente a los paganos; entonces, echaría mano de sus dineros y de su influencia para librarse de ella.

Y si había un lugar en donde pudiera perder terreno, era en el norte, así que iría a Ceaster, porque aquella ciudad no estaba del todo a salvo de nuestros enemigos. Había mucho que hacer allí y muchos hombres del norte contra los que luchar.

Pero antes tenía que encontrar una espada.

TERCERA PARTE

El dios de la guerra

Capítulo VIII

Los remos se hundían, cobraban impulso con trabajo y subían. Chorreando, las largas palas daban un zarpazo adelante antes de hundirse de nuevo. A golpe de largas remadas, pues, el barco avanzaba, más lento cuando las cañas se rezagaban en las aguas grises y verdosas del Sæfern. No teníamos prisa; la marea y la corriente del río nos llevaban hacia el mar; los golpes de remo sólo buscaban que el *Trino* mantuviera el rumbo que marcaba el timón. Los treinta y seis hombres que empuñaban los remos acompañaban sus esfuerzos al ritmo cadencioso de la melancólica canción irlandesa que Finan tarareaba. En la proa, más hombres sentados; sin nada mejor que hacer, contemplaban los juncales que se doblegaban al paso del barco. ¡*Trino!* ¿A quién se le ocurre pensar en la trinidad a la hora de ponerle nombre a un barco? De todos los curas, monjes, monjas o eruditos que he conocido, nunca me he topado con uno que fuera capaz de explicarme eso de la trinidad. ¿Tres dioses en uno? Y, para colmo, ¿uno de ellos espíritu?

Tres días habían pasado desde que Eteflada hubiera sido proclamada señora de Mercia. Tras haberle prestado juramento de fidelidad, me desprendí de la cruz que llevaba al cuello, se la lancé a Finan y, en lugar de aquella fruslería, me colgué el martillo de siempre. A continuación, eché mano al padre Ceolberht por el cuello de la sotana y, a rastras, lo saqué de la sala por la puerta lateral. Eteflada me había dirigido una severa advertencia, pero no le hice caso; a pesar de los gritos que daba, aún a rastras lo llevé al pasadizo y lo estampé contra el muro. El esfuerzo de empujarlo y tirar de él hizo que el dolor del costado se me antojara casi insoportable; la herida volvía a destilar un pus de un olor nauseabundo, pero la cólera que sentía podía más que el dolor.

—Me mentisteis, cabrón desdentado —le espeté.

—Yo... —empezó a decir; lo estampé de nuevo, golpeándole la cabeza monda contra las piedras de la muralla romana.

—Me dijisteis que no sabíais qué había sido de *Duende-de-hielo* —grité.

—Yo... —comenzó otra vez; no tuvo oportunidad de decir nada más; lo empotré contra el muro y empezó a lloriquear.

—Os llevasteis la espada del campo de batalla —continué—, y la trajisteis aquí. —Eso es lo que Eadith me había dicho, que había visto cómo el cura se hacía con la espada. Hasta su hermano Eardwulf había tratado de comprársela, algo a lo que Ceolberht se había negado, asegurándole que había prometido entregársela a otra persona—. De modo que, ¿dónde está? —le pregunté. Aterrorizado, Ceolberht no dijo nada; sólo me miraba. Finan salió por la puerta que daba a la gran sala y levantó una ceja—. Vamos a destripar a este cura mentiroso —le dije al irlandés, sin prisa. Acercadme un cuchillo.

—¡Mi señor! —acertó a decir Ceolberht, jadeante.

—Hablad, mierda repugnante, ¿qué hicisteis con la espada de Cnut? —Al ver que iba a lloriquear de nuevo, me hice con el cuchillo que Finan me tendía. Con aquellos bordes tan afilados como los de una pluma hasta un hombre podría haberse afeitado. Con una sonrisa, deslicé el cuchillo por la negra sotana de Ceolberht hasta que la punta le rozó la piel de la barriga—. Os voy a rajar lentamente, muy despacio —le dije, al tiempo que la punta, tan afilada como una aguja, le rasgaba la piel, arrancándole un vagido—. ¿Dónde está? —le pregunté de nuevo.

—¡Mi señor! —con voz entrecortada. No lo habría destripado, pero debió de pensar que iba en serio. Castañeteándole los dientes que le quedaban, abrió la boca y la cerró casi al instante; por fin, acertó a decir—: La envié a Scireburnan, mi señor.

—¡Repetid lo que acabáis de decir!

—¡Que la envié a Scireburnan! —gritó fuera de sí.

No aparté el cuchillo. Scireburnan era una ciudad de la comarca de Thornsæta, una de las más ricas de Wessex; todas las tierras de por allí estaban en manos de Etelhelmo.

—¿Se la entregasteis a Etelhelmo? —le pregunté.

—¡No, mi señor!

—¿A quién entonces, pedazo de cabrón?

—Al obispo —musitó.

—¿A Wulfheard?

—Se refiere al obispo Asser —intervino Finan.

—¿El obispo Asser? —me interesé, mirando a Ceolberht, que se limitó a asentir. Aparté la punta ensangrentada del cuchillo de su barriga y la alcé hasta dejarla a un dedo de su ojo derecho—. ¿Y si os dejo ciego? —le dije—. Ya os he dejado sin dientes, ¿por qué no también sin ojos? Luego, os cortaré la lengua.

—¡Mi señor! —dijo en apenas un susurro. No se atrevía ni a respirar.

—El obispo Asser está muerto —dije.

—Quería la espada, mi señor.

—¿De modo que está en Scireburnan? —Sólo escuché un gemido. Creo que le habría gustado decir que sí con la cabeza, pero no tuvo valor—. En ese caso —continué, dejando que la punta de la hoja le rozase la piel por debajo del párpado inferior—, ¿dónde está?

—En Tyddewi —musitó.

—¿Tyddewi? —nunca había oído hablar de ese lugar.

—Fue el lugar que eligió el obispo para morir, mi señor —acertó a decir Ceolberht, con una voz más baja que un susurro y bizqueando de tanto seguir la punta amenazante del cuchillo—. Quiso morir donde había nacido, mi señor; por eso se fue a Gales. —Me aparté de Ceolberht, que, aliviado, cayó de rodillas al suelo. Le devolví el cuchillo a Finan—. Por lo visto está en Gales —dije.

—Eso parece —repuso Finan, mientras adecentaba la hoja.

¡El obispo Asser! Eso sí me cuadraba. Un hombre al que había detestado tanto como él había abominado de mí. Un despreciable galés vengativo, un cura fanático que, con maña, había sabido ganarse el afecto del rey Alfredo y, desde ese momento, se había dedicado a lamer el regio culo con el mismo frenesí con que un perro lame la sangre tras la matanza del ganado en otoño. Mucho antes de entrar al servicio de Alfredo, ya estaba yo peleado con él; como me la tenía jurada de antiguo, nunca dejó de malmeter para envenenar la relación que mantenía con el rey. Si los daneses no suponían una amenaza, llevado por las odiosas insidias de Asser, Alfredo me trataba como a un proscrito, pero, tan pronto como Wessex se veía amenazado, recuperaba de nuevo el favor real, motivo por el que Asser nunca había podido satisfacer su sed de venganza. Hasta ahora.

Monasterios y una diócesis, con sus sustanciosas ganancias, tal fue la recompensa que obtuvo por lamerle el culo a Alfredo, quien lo designó obispo de Scireburnan, un premio más que suculento en una comarca tan rica. Me había enterado de que había abandonado la ciudad antes de su muerte, pero, aparte de dirigir una plegaria de agradecimiento a Thor y Odín por haberme librado de aquel artero cabroncete, no había vuelto a acordarme de él. Tal y como tenía la herida, sin embargo, estaba claro que el cabrón seguía haciendo de las suyas, lo que me llevaba a pensar que alguien se había hecho con la espada de Cnut, y que quienquiera que fuese seguía invocando conjuros cristianos sobre su hoja.

De ahí que, plantando cara al viento, el *Trino* siguiese rumbo oeste. Conforme se confundía con el mar, el río se ensanchaba. La corriente del Sæfern remitía a medida que arreciaba el viento, y siempre que el viento sopla contra la corriente, el mar se revuelve, de modo que el *Trino* tenía que vérselas con olas encrespadas que rompían con fuerza. Era uno de los barcos de la corta flota con que Etelredo mantenía a raya a los piratas que, procedentes de las calas y ensenadas de la costa sur de Gales, hostigaban a los mercaderes de Mercia. Dos días me había llevado cargarlo con todo lo necesario, dos días en los que me mantuve a la espera de un aviso por parte de Etelfleda para echarme un rapapolvo por no haberla obedecido. En vez de estar ya camino del norte hacia Ceaster, había pasado dos días a unas pocas millas al sur de Gleawecestre, cargando provisiones en el *Trino*: pescado en salazón, pan y cerveza. Mi hija había querido venir conmigo, pero la convencí para que se fuera con los cincuenta hombres que Etelfleda había enviado como refuerzos a Ceaster. Cualquier hombre que, de verdad, se precie de querer a su hija, jamás la dejaría pisar Gales. Por otra parte, era Etelfleda quien había insistido en que Etelstano, su sobrino, fuese a Ceaster: Alejado de los enredos de Etelhelmo, más seguro estaría tras aquellas recias murallas romanas. Su hermana gemela, Eadgyth, que no representaba amenaza alguna para las ambiciones de Etelhelmo, se había quedado con Etelfleda en Gleawecestre.

Dejando de lado el nombre, el *Trino* era un buen barco: factura recia, provisto de una vela que apenas si se había usado, y a la que tampoco podíamos recurrir en aquel

momento en que teníamos que hacer frente a fuertes rachas de viento. Había cedido el timón a mi hijo, dejándolo al frente de la nave; cuando una gran ola levantó con fuerza la proa adornada con una cruz, observé cómo fruncía el ceño. Aguardé hasta ver qué decisión tomaba, y reparé en cómo viró el timón y variaba el rumbo más al sur. Nuestro destino estaba en la costa norte, pero hacía bien en poner rumbo sur. Cuando cambiase la marea, necesitaríamos el empujón del viento; buscaba, pues, cómo hacerse sitio en el mar, de modo que pudiéramos desplegar la enorme vela y el viento nos llevase. Si el viento seguía soplando con la misma intensidad, veía difícil que pudiéramos desviarnos lo suficiente, pero era más que probable que también el viento rolase al sur. Por otra parte, me imaginé que, al caer la noche, tendríamos que recalar en la costa de Wessex, quién sabe si no lejos del lugar donde había acabado con Ubba muchos años atrás.

Éramos cuarenta y seis hombres, una nutrida cuadrilla de guerreros; Eadith también venía con nosotros. Algunos de los míos no habían ocultado su malestar. Mucha gente piensa que una mujer a bordo de un barco sólo trae mala suerte, porque provoca los celos de Ran, esa diosa del mar que no tolera rivales, pero no me atreví a abandonar a Eadith en Gleawecestre, expuesta a los celos de Etelfleda.

—Capaz sería de acabar con ella —le había dicho a Finan.

—A lo mejor sólo la recluye en un monasterio.

—Lo que vendría a ser lo mismo. Además —mentí—, Eadith conoce Gales.

—Ya. ¿En serio?

—Y muy bien —repuse—; por eso viene con nosotros.

—Claro, claro —dijo, y calló la boca.

Eadith no tenía ni idea de Gales, por supuesto. Pero ¿quién sabía algo de aquellos parajes por entonces? Por suerte, Gerbrucht había estado en Tyddewi. Hacía buenas migas con mi hijo y, entre los hombres, destacaba por su voraz apetito, lo que le había llevado a engordar, si bien gran parte de aquella corpulencia, semejante a la de un buey, era puro músculo. Le pedí que se acercara a la popa, donde estábamos sentados junto al altillo del timón, y consentí que Eadith escuchase la conversación.

—¿Cómo es que conocéis Gales? —le pregunté.

—Fui allí en peregrinación, mi señor.

—¿De verdad? —repuse con cara de sorpresa. Jamás me habría imaginado a Gerbrucht como peregrino.

—Mi padre era cura, mi señor —me aclaró.

—¿Y vino desde Frisia para ir en peregrinación a Gales?

—El rey Alfredo lo convenció para que se fuese a vivir a Wintanceaster, mi señor, porque mi padre sabía griego. —Aquello tenía sentido: Alfredo había conseguido atraer a docenas de clérigos extranjeros, ilustrados, claro está, para que se instalasen en Wessex—. A mi padre y a mi madre les gustaba ir a ver santuarios —añadió Gerbrucht.

—¿Y os llevaron a Tyddewi? —le pregunté.

Asintió.

—Sólo era un niño por entonces, mi señor —dijo.

—No me digáis más —repliqué—. Seguro que allí está enterrado algún santo.

—¡Y tanto que sí, mi señor! —dijo con devoción, al tiempo que se santiguaba—.

¡San Dewi, o san David, como lo llaman los sajones!

—Nunca había oído hablar de él. ¿Qué hizo?

—Predicar, mi señor.

—¡Para variar!

—Sólo que, en su caso, aquéllos que estaban en la parte de atrás de la multitud no podían verlo, mi señor.

—¿Por qué no? —me interesé—. ¿Acaso era enano?

Gerbruht frunció el ceño tratando de echarme una mano, pero no fui capaz de dar con la respuesta adecuada.

—No sé si era enano, mi señor; el caso es que aquella gente no podía verlo: Dewi se lo pidió a Dios y Dios hizo que surgiese una colina bajo sus pies.

Me lo quedé mirando.

—¿Que Dewi consiguió que hubiera una colina en Gales?

—Así es, mi señor.

—¿Y a eso lo llaman milagro?

—¡Por supuesto, mi señor!

Gerbruht no era el hombre más despierto de los que formaban parte de mi muro de escudos; en cambio, era incansable y fuerte. Podía pasarse remando un día entero o empuñar un hacha de guerra con precisión letal.

—Habladme de Tyddewi —le ordené.

Frunció el ceño de nuevo, esforzándose en recordar.

—No queda lejos del mar, mi señor.

—Eso nos viene bien.

—Y hay monjes. Hombres buenos, mi señor.

—Seguro que sí.

—Y colinas, mi señor.

—Si Dewi andaba por esos parajes —repuse—, a lo mejor las hizo él.

—¡Cómo no había caído, mi señor! —le había gustado la idea—. Y pequeños campos, mi señor, con montones de ovejas.

—Me gusta más el cordero.

—Y a mí, mi señor —dijo, relamiéndose.

—¿Visteis hombres de armas en Tyddewi?

Asintió, pero no supo decirme si vivía algún señor cerca del monasterio, ni si aquellos guerreros se alojaban en algún lugar cercano. Sólo que había, como es natural, una iglesia donde estaba enterrado el santo hacedor de colinas, y unas celdas de piedra donde vivían los monjes, pero Gerbruht apenas si se acordaba del pueblo que se alzaba en las inmediaciones.

—La iglesia está en una hondonada, mi señor.

—¿En una hondonada?

—En una tierra que queda metida en un hoyo, mi señor.

—Más propio me parecería que hubieran levantado la iglesia en una colina — dije.

—¿En una colina, mi señor?

—En la que levantó Dewi, por ejemplo.

—No, mi señor —frunciendo de nuevo el ceño, confuso—; está en una hondonada. Y los monjes nos daban pescado para comer.

—Pescado.

—Y miel, mi señor.

—¿Todo junto?

La cosa le hizo gracia y se echó a reír.

—No, mi señor, todo junto no —se quedó mirando a Eadith, con la esperanza de que a ella también le hubiera hecho gracia—. ¡Pescado y miel! —dijo, y ella esbozó una risita tonta que fue muy del gusto de Gerbruht—. ¡Pescado y miel! —repitió—. ¡Arenques!

—¿Arenques? —intervino Eadith, tratando de no reírse.

—Y berberechos, bígaros y anguilas. ¡También caballa!

—Habladme de los guerreros que visteis por allí.

—El pan, eso sí que se me antojó raro, mi señor —dijo, muy seguro—. Sabía a algas.

—Guerreros —le urgí.

—Vi algunos en el santuario de Dewi, mi señor.

—A lo mejor habían ido en peregrinación, como vosotros.

—Así es, mi señor.

—¿Algas? —se interesó Eadith.

—Era un pan lleno de grumos, señora; tenía un regusto amargo. A mí me pareció que estaba bastante bueno.

—¿Cómo fuisteis hasta allí? —le pregunté.

—Nos llevaron por un sendero hasta una cabaña que hacía las veces de refectorio, y comíamos con los monjes.

—¡No! ¡A Tyddewi!

Frunció el ceño.

—A caballo, mi señor.

Poco más podía contarme Gerbruht. Estaba claro que Tyddewi era un lugar de peregrinación para los cristianos y, si la memoria no le fallaba, los forasteros podían transitar con cierta tranquilidad por los agrestes senderos de los reinos del sur de Gales, una idea alentadora. Los cristianos reciben con los brazos abiertos a los peregrinos, gentes devotas que, con tal de ver unos cuantos huesos de cerdo de unos supuestos santos muertos, dejan dinero, montones de dinero, hasta el punto de que

apenas si hay iglesia, monasterio o convento que no guarde un párpado de san juan, el ombligo de santa Ágata o las pezuñas disecadas de los cerdos de la comarca de los gadarenos. La mayoría de los peregrinos son pobres y tan necios que dan hasta la última moneda que han ganado con el sudor de su frente con tal de que les impartan una bendición con un dedal de la suciedad extraída de la uña del dedo gordo de un pie de un santo muerto. Que Tyddewi fuera un sitio donde recibieran bien a necios tan simplones nos venía al pelo, porque podríamos ir allí haciéndonos pasar por peregrinos.

Aquella primera noche recalamos en alguna parte de la costa norte de Defnascir. Fondeamos en una ensenada donde arrojamos el ancla de piedra y aguardamos a que la noche cayese sobre nuestro fatigado barco. Aquel mismo día habíamos dejado atrás la desembocadura del río donde había acabado con Ubba. Gracias a aquel combate me había labrado un nombre, pero de eso hacia ya tanto tiempo que pensé que no tardaría en llegar el día en que alguien más joven acabara conmigo, como yo hiciera con Ubba, se apoderara de *Hálito-de-serpiente* y se vanagloriase de su hazaña. *Wyrð bið ful āræd.*

La mañana siguiente nos deparó un día de mucho trabajo a los remos: con el viento en contra todavía, de vez en cuando la marea trataba de hacernos retroceder; anocheceía cuando arribamos a Lundi, una isla donde había estado unos cuantos años antes. Apenas había cambiado, y eso que, por lo visto, algunos insensatos habían intentado asentarse allí, una locura, porque los hombres de norte, siempre al acecho, debieron de avistar el caserío y, a golpe de remo, se habrían dirigido a tierra. Aparte de un esqueleto en la playa de guijarros donde varamos el *Trino*, allí donde en su día se alzarán dos construcciones, dos montones de cenizas renegridas. Desde lo alto de unos riscos donde los frailecillos horadaban sus madrigueras, unas cabras nos observaban. Matamos y degollamos un par de ellas y las asamos para la cena en una hoguera que preparamos con leña de marea. El cielo se había aclarado, las estrellas dejaban un atisbo de luz, el aire era frío pero no helado y, tras apostar centinelas, pasamos la noche entre aquellas raquílicas hierbas.

Al día siguiente, de nuevo a remo pusimos rumbo oeste surcando unas aguas límpidas que, rizándose levemente, hacían reverberar una luz lechosa. Los frailecillos, con sus cortas alas desplegadas, nos pasaban por encima; las focas levantaban sus caras bigotudas al vernos pasar. A mitad de la mañana, se levantó un viento que, tras vacilar entre el norte y el sur, acabó por rolar del sudoeste, de modo que desplegamos la vela y dejamos que el *Trino* avanzase a su antojo. Me hice cargo del timón durante un rato, no porque mi hijo no estuviese en condiciones de llevar el barco, sino sólo por el gusto de sentir la vibración del mar al cabo de la larga caña. Hasta que el costado comenzó a dolerme de nuevo por el esfuerzo de mantener el largo remo en su sitio; devolví entonces el timón a mi hijo, me recosté en el altillo y contemplé el mar reluciente al pasar. Me pregunté si habría barcos en el Valhalla. Una eternidad a bordo de un buen barco, en un mar reluciente, con el viento dándote en la

cara, una tripulación de hombres de bien y una mujer al lado: un sueño.

—*Skidbladnir* —dije.

—¿Y flota? —me preguntó Eadith.

—Es un barco de los dioses —le aclaré—; cabe en el zurrón de un guerrero y, en caso de necesidad, basta con arrojarlo al mar y se despliega hasta alcanzar su tamaño normal.

Sonrió.

—¿Y sois vos quien os mofáis de los milagros de los cristianos?

—Todavía no he visto a ningún hombre que resucite ni a ciego alguno que haya recuperado la vista.

—¿Pero sí habéis visto un barco que crece en contacto con el mar?

—Abomino de las mujeres que se pasan de listas —rezongué.

Se echó a reír. Salvo para, de forma recatada, ponerse a los remos en las aguas del Sæfern a su paso por Gleawecestre, nunca antes había estado en un barco, y la primera vez que salimos a mar abierto y unas pequeñas olas dieron en romper contra la quilla, se había puesto nerviosa. Al ver cómo cabeceaba frente a las olas más encrespadas, pensó que los tablones acabarían por romperse, hasta que le hice ver que si el casco no cabecease el barco seguramente se iría a pique.

—Los tablones ceden —le expliqué—, pero no en demasía: se lo impide el armazón. Es como una espada: si demasiado frágil, se quiebra; si demasiado flexible, carece de filo.

—¿Y para qué esas piedras? —me preguntó, señalando el pantoque.

—Nos mantienen a flote —dije, echándome a reír al acordarme del ridículo sermón que, en cierta ocasión, nos había dispensado el padre Beocca: había tenido la feliz idea de comparar las piedras de lastre con la fe cristiana y; pletórico, se puso a añadir más y más piedras a aquel barco imaginario, hasta que mi padre, rezongando, le dijo que a ese paso acabaría por hundir el condenado barco, dejando al bueno de Beocca boquiabierto y de pie junto al altar.

—Se os ve feliz —dijo Eadith; ella también parecía estarlo.

Por supuesto que era feliz. El dolor del costado era soportable, el barco iba como la seda; lo único que me preocupaba era Gales. Aparte de ser cristianos, hablar una lengua bárbara y, si Gerbruht estaba en lo cierto, comer algas, poco más sabía de los galeses. Sólo que era un país dividido en pequeños reinos que parecían cambiar de nombre tanto como el tiempo, aunque Tyddewi, eso sí lo sabía, estaba enclavado en un reino llamado Dyfed; con todo, no tenía ni la más remota idea de quién era su rey. Algún reyezuelo barbudo y amargado, sin duda. Pero los galeses eran magníficos guerreros, hasta el punto de que, entre los sajones, se daba por sentado que sólo los necios se aventuraban a poner el pie en aquellas colinas donde acabarían por ser degollados, lo que no frenaba las vanas ansias de algunos. Mientras, los galeses, que aseguraban que les habíamos arrebatado sus tierras, se dedicaban a saquear Mercia llevándose ganado y esclavos; un rosario de escaramuzas, en fin, que a todos

convenía para adiestrar a guerreros bisoños. Galeses habían sido aquéllos a los que yo había plantado cara en el primer muro de escudos en el que había participado. Muchas veces me he preguntado por qué los galeses no veneraban a los dioses que se la tenían jurada a los sajones, dioses que, sin duda, les habrían ayudado a recuperar sus territorios, pero persistían en su fe cristiana, algo que tampoco nos venía mal, pues que galeses y cristianos fueron los guerreros que habían acudido a Teotanheale y nos ayudaron a derrotar a Cnut.

El caso es que la espada de Cnut estaba en Dyfed, y allá se dirigía el *Trino* a toda vela, dejando una ancha estela a su paso. Avisté pocos barcos, todos muy alejados de nosotros. Las velas pequeñas y oscuras me daban a entender que seguramente se trataba de barcos de pesca; dos velas más grandes y de color más claro eran de dos cargueros que se dirigían a la desembocadura del Sæfern. Ni se me pasó por la cabeza que fueran barcos de guerra porque, si bien navegaban juntos, al vernos se apartaron de nosotros a toda prisa y pronto se perdieron entre la bruma del mar.

Al caer la tarde, bordeamos la costa galesa, a remo en aquel momento, porque teníamos el viento otra vez en contra. Durante los dos días que pasamos cargando la bodega del *Trino* con barriles de cerveza, cubas de pescado ahumado y costales de pan horneado dos veces, ocasión tuve de hablar con un armador que conocía aquella costa. Un hombretón de barba poblada y de rostro atezado, curtido por las inclemencias del tiempo. Me había asegurado que no nos resultaría difícil dar con Tyddewi.

—Rumbo oeste siempre, mi señor —me había dicho—, hasta que dejéis atrás una gran ensenada y avistéis un promontorio rocoso rodeado de islas; una vez allí, poned rumbo norte y atravesad una enorme bahía. Tyddewi se alza en el promontorio que veréis al otro lado de la bahía. Hasta un ciego en una noche cerrada lo encontraría.

—Venid con nosotros —le propuse.

—¿Pretendéis que ponga un pie en esos parajes, mi señor? —contestó—. En treinta y ocho años que llevo en el mar, mi señor, jamás se me ha pasado por la cabeza la idea de atracar en Gales, y nunca lo haré.

—Pensamos ir como peregrinos.

—¿Con esas espadas? —soltó una carcajada—. No tiene pérdida, mi señor. Todo al oeste, mi señor; luego, cruzad la bahía hacia el norte. Virad un poco al este hasta que avistéis una isla con una gran peña en forma de arco: veréis una ensenada donde echar el ancla. El hombre que me enseñó a navegar por esa costa decía que era como la boca de un dragón. Unas rocas tan afiladas como dientes, mi señor; una vez allí, podéis ir a pie a Tyddewi.

—¿Fondeasteis en la boca del dragón?

—En tres ocasiones. Un ancla de piedra a popa, otra a proa y buenos centinelas dispuestos a pasar una noche en vela.

—¿Y no fuisteis a tierra? ¿Ni siquiera en busca de agua dulce?

Torció el gesto.

—Había unos cabrones peludos esperándonos. Sólo en busca de abrigo en caso de tempestad, mi señor. Y no dejé de rezar para que el dragón mantuviera las fauces abiertas. Cruzad la bahía, buscad el arco y que Dios no os deje de su mano.

Y quién sabe si el dios cristiano no nos protegería. Al fin y al cabo, Gales era un país cristiano; con todo, acaricié el martillo que llevaba al cuello y dirigí una plegaria a Odín. En cierta ocasión, se había dado una vuelta nuestro mundo, el Midgard, había retozado con una muchacha y le había dado un hijo mortal, y ese hijo tuvo un hijo que, a su vez, tuvo otro, y así, uno tras otro, hasta que nació yo. La sangre de los dioses corre por mis venas. Apreté el martillo y me encomendé a Odín para que nos mantuviese a salvo en aquellas tierras enemigas.

Al anoecer de aquel día, cuando amainó el viento y el mar no pasaba de simple marejada, cruzamos la anchurosa bahía y llegamos a la peña en forma de arco; más allá, en lo alto y bajo un cielo que se oscurecía por momentos, una enorme capa de humo se cernía sobre un terreno rocoso. A mi lado, de pie, Finan contemplaba la oscura mancha. De sobra sabía lo que aquello significaba. Nos habíamos pasado la vida contemplando aquellas humaredas que no significaban otra cosa que destrucción.

—¿Daneses? —aventuró.

—Más me inclino por hombres el norte —repuse—, o quizás una contienda entre galeses, ¿quién sabe? Son pendencieros.

Remamos lentamente hacia el este, tratando de dar con la boca del dragón, y allí estaba, una oscura y negra hendidura en la costa; me llevé la mano al martillo de nuevo, mientras los largos remos nos llevaban al encuentro con tierra firme. No vimos un alma: sólo unas cuantas ovejas en las altas laderas y un puñado de chozas de adobe en un escueto valle, pero ningún hombre, con o sin hacha. Si alguien vivía en el valle que daba a la ensenada, esa gente debía de estar escondiéndose de quienquiera que hubiera sido el causante del humo que afeaba el cielo.

—Alguien tiene que estar observándonos —apuntó Finan, sin perder de vista las altas laderas—. Nosotros no los vemos, pero no nos pierden de vista.

—Seguramente.

—Y darán aviso de nuestra llegada.

—Llevamos una cruz en la proa —dije, dando a entender que nos tomarían por un barco cristiano, cosa que, en territorio de cristianos, nos vendría bien.

—Que Dios nos ayude —repuso Finan, y se santiguó.

Apostamos centinelas y tratamos de dormir.

Nos costó conciliar el sueño aquella noche. Estábamos en la boca del dragón.



Siete de nosotros nos llegamos a la costa antes del amanecer. Me llevé conmigo a Finan, como es natural, a mi hijo, a Gerbruht, porque ya había estado en el santuario, y a dos guerreros más. Eadith insistió en que quería acompañarnos.

—Es mejor que os quedéis en el barco —le dije, pero se puso tan cabezota que me convenció de que la presencia de una mujer entre nosotros bastaría para que resultase más creíble que éramos peregrinos. Y dejé que viniera con nosotros. Todos, con capa; en vez del martillo, yo llevaba una cruz. Las capas ocultaban los machetes.

Una vez que llegamos a tierra, comenzamos a trepar al oeste de la boca del dragón; para cuando, por fin, alcanzamos la cima rocosa y el costado me dolía como si todos los diablos de la cristiandad me estuviesen azuzando con horcas al rojo vivo, Sihtric, al frente del Trino, ya había vuelto a mar abierto. Si el ojeador de la boca del dragón, al que no habíamos llegado a ver, había advertido a su señor de nuestra presencia, cuando los guerreros llegasen a la ensenada comprobarían que no había nadie. Se imaginarían que habríamos fondeado para pasar la noche y que habíamos seguido nuestra ruta o, más bien, en eso confiaba yo, porque le había dicho a Sihtric que se quedase en mar abierto hasta el anochecer y, a esa hora, volviese a la ensenada.

Y echamos a andar.

No estaba lejos, nada lejos.

Para cuando los rayos del sol se asomaban al mundo, habíamos encontrado Tyddewi y, como en las chozas de la boca del dragón, tampoco allí había un alma. Había confiado en oír el alboroto habitual: perros aullando y gallos cacareando; pero, aparte del humo que seguía mancillando el cielo de la mañana, nada. Todo era silencio. Allí donde se había alzado un poblado, sólo había cenizas y vigas humeantes, excepto por una adusta iglesia de piedra en una hondonada. Tantas eran las veces que había visto semejante espectáculo, cuando no había sido yo el causante. Alguien los había atacado por sorpresa, había prendido fuego y se había dedicado al pillaje, pero, a medida que nos íbamos acercando, no vi ni rastro de cadáveres. Los atacantes se habrían llevado a los jóvenes y adolescentes como esclavos o para retozar con ellos, no sin antes matar a todos los viejos y enfermos del lugar, pero no había cadáveres picoteados por cuervos, ni salpicaduras de sangre en las piedras, ni cuerpos retorcidos y ennegrecidos que apestasen junto a los rescoldos. Del pueblo salía una humareda, pero estaba vacío.

—Si alguna vez estuvo aquí la espada de Cnut —dejó caer Finan, malhumorado—, ya no queda ni rastro de ella.

No dije nada. Sabía que tenía razón, pero no quería darle más vueltas al asunto. Alguien, piratas quizá, o guerreros de otro reino galés, se había dejado caer por Tyddewi y dejado un montón de cenizas a su paso. Un gato arqueó el lomo y nos soltó un bufido; ésa fue la única señal de vida que encontramos. Caminando, nos llegamos a la iglesia, de piedra oscura sin desbatar. Más allá un montón de casas quemadas de donde salía más humo que de las demás; supuse que era lo que quedaba

del monasterio al que Asser se había retirado antes de morir. En el extremo más alejado de aquellas ruinas, arrumbadas contra la parte baja de la ladera de la colina que miraba al norte, unas pequeñas cabañas de piedra se agrupaban como una colmena. Un par de ellas estaban fuera de sitio; las otras doce seguían todas juntas.

—Las celdas de piedra —nos dijo Gerbruht— donde viven los monjes.

—No dejaría ni a un perro en un sitio así —comenté.

—Claro que no —apuntó Finan—, porque os gustan los perros. Pero a buen seguro que no dudaríais en meter a un monje en una de éstas. ¡Por todos los santos! ¿Qué ha sido eso? —exclamó, al ver que nos habían lanzado un trozo de viga calcinado desde la puerta oeste de la iglesia—. ¡Por Cristo —dijo Finan—, alguien anda por aquí!

—Cantad —dijo mi hijo.

—¿Que cantemos? —me lo quedé mirando.

—Somos peregrinos —contestó—, así que deberíamos cantar.

—Tiene razón —rezongó Finan.

—Un salmo —dijo mi hijo.

—Cantad, pues —bramé.

Y vaya si cantaron, aunque no fuera para tanto y sólo Gerbruht supiese algo más que un par de versículos. Monjes, en principio, eran los que se habían encargado de educar a mi hijo; sin embargo, no dejaba de echar pestes mientras caminábamos entre los caseríos incendiados. Aquel lugar apestaba a humo.

Un tramo de escalones de piedra bajaba hasta la hondonada; justo cuando llegábamos, un monje salió por la puerta de la iglesia. Horrorizado, se nos quedó mirando un momento, nos arrojó otro pedazo de viga calcinada y desapareció en la oscuridad. El salmo desfallecía a medida que bajábamos hasta que, por fin, llegué a la puerta de la iglesia. Entré.

Me encontré con tres monjes de frente. Uno de ellos, un bravucón sin dos dedos de frente que, a modo de mazo, empuñaba un trozo de madera quemada. De piel blanca, en tensión y dispuesto a todo, no bajó aquel arma rudimentaria ni cuando mis hombres entraron por la puerta. A sus espaldas, los restos de un altar renegrido sobre el que pendía un crucifijo pintado de madera que, si bien lamido por las llamas, no había llegado a quemarse. Los pies del dios crucificado estaban chamuscados; la pintura de su cuerpo desnudo, aún tiznada de negro, había resistido a las llamas. El monje que empuñaba el mazo calcinado nos dijo algo, pero en su propia lengua, que ninguno de nosotros entendíamos.

—Somos peregrinos —dije, con cara de tonto.

El monje, sin dejar de empuñar el trozo de madera, habló de nuevo; entonces, el más joven de los tres, un joven paliducho y de barba poco poblada, se dirigió a nosotros en nuestra lengua.

—¿Quiénes sois?

—Ya os lo he dicho: peregrinos. ¿Quiénes sois vosotros?

—¿Habéis venido con intención de hacernos daño? —preguntó.

—Si hubiera venido con esa intención —repuse—, ya estaríais muertos. Venimos en son de paz. Así que os repito: ¿quiénes sois vosotros? —El joven monje se santiguó, habló en galés con su compañero y, de buenas maneras, consiguió que bajase aquella especie de mazo de madera. Oí que le decía algo de saxones, que es como nos llaman los galeses, y reparé en el gesto de alivio que se dibujaba en sus rostros cuando comprendieron que no habíamos ido allí con intención de matarlos. El más anciano de los monjes, un hombre de barba blanca, se puso de rodillas y comenzó a llorar—. ¿Quiénes sois? —volví a preguntarle al más joven.

—Soy el hermano Edwyn —me contestó.

—¿Sajón?

—De Scireburnan.

—De Scireburnan, mi señor —le corregí con aspereza.

—Como tengáis a bien, mi señor; de Scireburnan.

—¿Vinisteis aquí con el obispo Asser? —le pregunté. Me parecía la única explicación plausible a qué pintaba un monje sajón en aquel rincón perdido de Gales que apestaba a humo.

—Así fue, mi señor.

—¿Por qué?

Confuso, frunció el ceño al oír mi pregunta.

—Para aprender de él, mi señor. Era un hombre santo, un maestro extraordinario. Me pidió que lo acompañase para recoger sus palabras por escrito, mi señor.

—¿Y qué ha pasado? ¿Quién ha quemado esto?

Hombres del norte. Por lo visto y según el hermano Edwyn, en la desembocadura de un río al norte de Tyddewi, en un lugar llamado Abergwaun, un nombre que no me decía nada, se habían asentado unos hombres del norte procedentes de Irlanda.

—Tenían permiso para hacerlo, mi señor.

—¿Permiso?

—Del rey, mi señor, y prometieron pagarle tributo.

Me eché a reír. Dando crédito a sus promesas de que, en son de paz, sólo aspiraban a quedarse como aparceros, otros reyes de Britania habían invitado a asentarse a los hombres del norte; legaron más barcos y, poco a poco, aquellas cuadrillas de colonos belicosos se hicieron más fuertes, hasta que, de repente, el rey en cuestión descubría que había dado cobijo a una horda de guerreros salvajes, inocentes cucos dotados de garras que anhelaban sus territorios, sus mujeres, su tesoro y su trono.

—¿Quién está al frente de esos hombres del norte? —le pregunté.

—Un hombre llamado Rognvald, mi señor.

Me quedé mirando a Finan, que se encogió de hombros dándome a entender que nada le decía aquel nombre.

—¿Venía de Irlanda?

—Muchos hombres del norte han abandonado Irlanda en los últimos años, mi señor.

—¿Por qué será? —comentó Finan, con alborozo.

—¿De cuántos hombres dispone el tal Rognvald?

—De un centenar cuando menos, mi señor. ¡El caso es que sabíamos que iban a venir! Apostamos hombres en las colinas que nos advirtieron de su presencia, y tuvimos el tiempo justo para escapar. Pero los tesoros... —se le quebró la voz y, desesperado, echó un vistazo a la adusta iglesia.

—¿Tesoros?

—Nos llevamos los relicarios de menor tamaño y los utensilios litúrgicos, pero ¿qué habrá sido de todo lo demás? El arcón de oro de san Dewi, el crucifijo de plata... Demasiado pesados; no nos dio tiempo de llevármolos, mi señor. Fue todo muy rápido. Vinieron a caballo.

—¿Se llevaron al santo?

—Pusimos a salvo los huesos, mi señor, pero ¿y los arcones? No tuvimos tiempo de cargar con ellos.

—¿Cuánto hace de eso?

—Dos días, mi señor. Nosotros tres regresamos ayer —dudó un momento; el monje que había enarbolado el enorme trozo de madera a modo de mazo lo urgía y el hermano Edwyn parecía nervioso. Sacando fuerzas de flaqueza, se volvió y nos preguntó—: ¿Y vos, mi señor? ¿Se puede saber de dónde venís?

—Venimos por encargo del rey Eduardo —dije. Me pareció más sensato decir que veníamos de Wessex, que no sólo estaba más lejos, sino que rara vez se peleaban con los galeses, en tanto que Mercia y Gales eran vecinos y los de Mercia no dejaban de mantener escaramuzas con aquellos salteadores que bajaban de las colinas.

—¡El rey Eduardo! Un buen cristiano, alabado sea Dios —dijo Edwyn.

—Como nosotros —dije, con unción.

—¿Y estáis aquí por encargo del rey, mi señor?

—Para visitar la tumba del obispo Asser —repuse.

—¡Claro! —exclamó el hermano Edwyn con una sonrisa—. ¡El obispo era un buen amigo de Wessex! ¡Un hombre santo! ¡Un siervo de Dios! Un dechado de bondad y de generosidad.

Y un baboso y un mierda, pensé, esbozando una sonrisa desmayada.

—En Wessex se le echa mucho de menos —dije.

—Ejerció su labor como obispo aquí —dijo el hermano Edwyn—, y quizá nunca tengamos otro igual, pero ahora está con los santos en el cielo, ¡en el lugar que le corresponde!

—Desde luego —repuse con fervor, sin dejar de pensar en lo aburrido que debía de ser estar en compañía de los santos.

—Aquí está su tumba. —Cruzó al otro extremo del altar quemado y señaló una gran lápida de piedra que habían levantado y sacado de sitio—. ¡Por Dios bendito,

estos hombres del norte ni siquiera dejan en paz a los muertos!

Me acerqué a la tumba y contemplé el hoyo excavado en la piedra, donde, abierto a hachazos, aún reposaba el sencillo ataúd de madera del obispo Asser. Allí estaba aquel cabrón, envuelto en una tela gris teñida de negro. Como el cuerpo estaba envuelto en un sudario, no pude ver su rostro enjuto, pero sí oler su estado de descomposición. Tentado estuve de escupir en la tumba; me contuve para no hacerlo y, en ese momento, se me ocurrió algo, una idea tan brillante que no me explicaba cómo no se me había ocurrido antes.

—El rey Eduardo —dije con voz grave, volviéndome al hermano Edwyn— nos ha pedido que le lleváramos un recuerdo de Asser.

—¡Me lo imagino, mi señor! Era tan querido en Wessex...

—En efecto —contesté—. El rey entregó una espada, una espada danesa, al obispo Asser. Nos ha pedido que se la llevemos para colocarla en el altar mayor de la nueva iglesia de Wintanceaster.

—¡Ya! La espada... —dijo Edwyn, visiblemente nervioso de nuevo.

—Os pagaremos por ella, claro está —le dije.

Edwyn parecía a punto de echarse a llorar.

—El obispo tenía en alta estima esa espada —dijo Edwyn—, y eso que no era un hombre de armas.

—Seguramente por ser el regalo de un rey —apunté.

—¡Ya lo creo! Y tanto que sí; por desgracia, no podemos devolvérsela al rey Eduardo.

—¿Ah, no?

—El último deseo del obispo Asser fue que lo enterrásemos con esa espada. Estaba, pues, en la tumba. Esos hombres del norte debían de estar al tanto, porque se la han llevado.

—¿Cómo pudieron enterarse?

—No era ningún secreto —dijo el hermano Edwyn—; es muy posible que los misioneros les hablasen de ella.

—¿Misioneros, decís?

—Rognvald obtuvo permiso para asentarse, mi señor, con la condición de que acogiese a dos de nuestros misioneros y escuchase sus prédicas. Fue el padre Elidell quien nos avisó de que Rognvald se dirigía hacia aquí.

Y aquellos cabrones de misioneros, pensé para mis adentros, debieron de hacerse lenguas a cuenta de la espada.

—El rey Eduardo deseaba recuperar esa espada —dije, descorazonado.

—¿Y si le lleváis otra reliquia del obispo? —se ofreció Edwyn—. Tenemos algunos de los borceguíes que calzara, al menos eso creo. ¡Ya sé! Aún conservamos algunos de los lienzos donde recogíamos los vómitos que lo aquejaron durante su fatal enfermedad. ¿No se conformaría el rey con uno de ellos?

—¿Un paño para vómitos? —exclamé, atónito.

—¡El vómito ya está más que seco, mi señor! No quedan sino unos residuos resecos que casi ni se notan; pero si lo hacen santo, como es muy posible, ¡seguro que esos residuos obran milagros!

—Y el rey lo guardará como oro en paño, estoy seguro; pero ansiaba la espada.

—Lo entiendo —dijo el hermano Edwyn—: era la que empuñaba el pagano con el que acabó el rey. ¡Tantas veces nos lo contó!

—¿Cómo que el rey Eduardo acabó con él? —me sorprendí.

—¡Pues claro! El obispo Asser no albergaba ninguna duda. Decía que se valdría de esa espada para oponerse al diablo incluso desde la tumba. ¡Un santo, sin duda! —Y un miserable, avaro y taimado pedazo de cagarruta reseca de comadreja, pensé—. Un campeón a la hora de plantar cara al diablo, ¡si hasta nos pidió que recubriéramos la espada de ortigas para mejor incomodar a los demonios que acechan a los cristianos difuntos! —diciendo esto, se santiguó—. Incluso muerto, el obispo persiste en su lucha en nombre de Cristo.

Hasta muerto seguía torturándome, mejor dicho, sólo que ahora la espada estaba en manos de un hombre del norte, aunque ni por un momento dudé que fuere cual fuere el conjuro cristiano empleado por Asser, éste seguiría causándome estragos. Muerto el obispo, si quería dar con la espada tendría que hacer un trato con Rognvald.

—¿Sabéis si ese hombre del norte aún anda por Abergwin? —le pregunté.

—Abergwaun, mi señor. Sí, hasta donde yo sé.

—¿Y a qué distancia...? —me disponía a preguntarle, cuando me interrumpió mi hijo.

—¡Padre! —la voz de Uhtred sonaba apremiante. Estaba a la puerta de la iglesia, de cara a la luz de sol del nuevo día; me volví hacia él y oí voces. Voces de hombres, y luego, un retumbar de pasos, innumerables pasos. Me llegué a la puerta; guerreros, a menos de veinte pasos.

Una horda. Hombres con cotas de malla y yelmos, algunos revestidos de cuero; otros, los menos, con jubones acolchados, de ésos que amortiguan un tajo pero no una estocada. La mayoría llevaban escudos y espadas; tan sólo unos pocos cargaban con pesadas lanzas de punta ancha. Barbudos, de rostro atezado y con cara de pocos amigos, todos llevaban cruces al cuello; algunos hasta una cruz pintada en el escudo, lo que me dio a entender que no eran hombres de Rognvald, sino galeses. Empecé a contarlos, pero eran demasiados.

—¡Gracias a Dios! —exclamó el hermano Edwyn tras haberse llegado a la puerta—. El rey está aquí.

—¿Qué rey?

—¡El rey Hywel! —me respondió de mal humor, como si tuviera que estar al tanto de quién era el salvaje que gobernaba aquel rincón perdido de Gales—. Os dispensará el honor de saludaros, mi señor.

—El honor será mío —repuse, sin dejar de pensar en todos los hombres que

habían ido a Gales y nunca habían vuelto. Circulaban rumores acerca de unas grandes grutas donde los hechiceros galeses mantenían confinadas las almas de los sajones. «¡Lo que a buen seguro tendría que ser nuestro territorio —como me había dicho una vez el padre Pyrlig con un indisimulado entusiasmo que tenía muy poco de cristiano — no es sino un cementerio de sajones! ¡Nos encanta que vengan a vernos! Así, los muchachos tienen ocasión de ejercitarse con la espada».

Y el cabecilla de aquellos guerreros galeses, una bestia malencarada con un pañuelo rojo alrededor del yelmo, una barba que le llegaba a la cintura y un escudo con un dragón que echaba fuego por la boca, desenvainó una espada larga.

Wyrð bið ful āræd.



El hombre malencarado del pañuelo rojo alrededor del yelmo se apartó, y un hombre mucho más menudo, con cota de malla y yelmo, pero sin escudo, salió a nuestro encuentro. Espléndida capa de buen paño de color verde pálido, ribeteada con cruces doradas. De no ser por la magnificencia de su yelmo y el precioso repujado de su vaina, pendiente de un tahalí salpicado de pequeños tachones de oro, habría pensado que era un cura. Al cuello, una cadena de oro de la que colgaba un crucifijo dorado que tocó cuando se detuvo y se nos quedó mirando. Había algo en él que me recordaba al rey Alfredo. No advertí en su rostro ninguno de aquellos surcos de malestar continuo, de angustiosa inquietud que tanto afligieran a Alfredo, pero sí una aguda inteligencia. Aquel hombre no tenía un pelo de necio. Dio otro paso hacia nosotros y reparé en la tranquilidad con que lo hacía. Dijo algo en su propia lengua; el hermano Edwyn se adelantó dos pasos y esbozó una reverencia.

—El rey —nos advirtió en un susurro.

—Inclinaos —ordené a quienes venían conmigo, al tiempo que yo hacía lo propio.

De modo que aquél era el rey Hywel. Le eché unos treinta años y, aunque yo le sacaba la cabeza, era un hombre fornido. Algo me habían contado de él, aunque yo no había prestado mayor atención porque ya se sabe que, en Gales, los reyes van y vienen como ratones por la techumbre; algo tenía aquel hombre, sin embargo, que me llevó a pensar que valía más que muchos de sus iguales. Mientras planteaba sus preguntas al hermano Edwyn y escuchaba la traducción de nuestras respuestas parecía estar pasando un buen rato. Habíamos ido en peregrinación, dije. ¿Por encargo del rey Eduardo? Como no podía decir que fuéramos una embajada oficial, puesto que no llevábamos ni presentes ni cartas, vacilé un momento hasta que se me ocurrió decir que habíamos informado al rey de lo que nos disponíamos a hacer y que

él nos había pedido que no olvidásemos transmitirle saludos cristianos. Hywel sonrió al oír aquella explicación. Cazaba las mentiras al vuelo. Echó un vistazo a mis hombres, y se hizo una idea cabal de lo que eran. Extasiado, contempló un momento a Eadith; luego, se me quedó mirando y dijo algo al hermano Edwyn, que me preguntó:

—El rey desea saber vuestro nombre, mi señor.

—Osbert —contesté.

—Osbert —le dijo el monje al rey.

—Osbert —repitió el rey, pensativo, antes de volverse para escuchar lo que, al oído, le decía aquella mala bestia del pañuelo rojo en el yelmo. Fuere lo que fuere, Hywel sonrió de nuevo. Le dijo algo al hermano Edwyn, que, apurado, se me quedó mirando.

—El credo —tradujo el monje—, el rey desea que recitéis el credo.

—El credo —dije, y a fe mía que no me acordaba de aquellas palabras que, de pequeño, me había metido el padre Beocca en la cabeza.

—Creemos en un solo Dios —comenzó mi hijo—. Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible. Y en un solo Señor Jesucristo —se le unieron Finan y los demás—. Hijo único de Dios —todos se santiguaron al decir estas palabras, gesto que yo me apresuré a imitar—, nacido del Padre antes de todos los siglos, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado...

El rey Hywel alzó una mano al oírlo y, sin apartar los ojos de mí, le dijo algo al hermano Edwyn.

—El rey quiere saber —tradujo el monje— por qué no lo recitáis.

—De la misma naturaleza que el Padre —comencé a repetir, de repente, aquellas palabras que nacían de los albores de mi infancia—, por quien todo fue hecho, que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo y, por obra del Espíritu Santo, se encarnó de la Virgen María, y se hizo hombre.

De nuevo el rey alzó la mano y, respetuoso, dejé de recitar, mientras Hywel miraba al hermano Edwyn. El monje asentía, confirmándole seguramente que había repetido las palabras correctas. Sin dejar de sonreír, Hywel le dijo algo a Edwyn, quien, de repente, se quedó horrorizado.

—El rey dice —balbució hasta que reunió fuerzas para continuar— que está gratamente impresionado de que el infame lord Uhtred sepa el credo. —No dije nada; tan sólo me quedé mirando al rey, quien habló de nuevo—. El rey quiere saber por qué le habéis mentado en cuanto a vuestro nombre —dijo el hermano Edwyn.

—Decidle que tengo mala memoria —contesté.

Hywel se echó a reír, y caí en la cuenta de que no había esperado a que se lo tradujera Edwyn. Se había echado a reír en cuanto había abierto la boca y me dirigió una sonrisa.

—Mala memoria —dijo, en nuestra lengua.

—Al parecer, mi señor —repuse—, también vos la habéis recuperado, puesto que ahora habláis inglés.

—La Iglesia —dijo— nos exhorta a amar a nuestros enemigos. Mi padre pensaba que tampoco estaba de más conocerlos. —Me di cuenta de que había fingido que necesitaba de un traductor para tener tiempo de escuchar, observar y formarse una opinión sobre nosotros. Me dio la impresión de que caíamos bien. Señaló al hombre que le había hablado al oído—. Idwal fue uno de los hombres que, junto con el padre Pyrlig, estuvo presente en la batalla que librasteis contra Cnut. Os reconoció de inmediato. Así que, mi buen lord Uhtred, el desmemoriado, si no sois un peregrino, ¿a qué habéis venido aquí?

Y no me quedó otra que decirle la verdad, al menos la pequeña parte de aquella verdad que estaba dispuesto a revelar. Hemos venido, dije, porque me han robado la espada del *jarl* Cnut, espada que, por derecho, pertenecía al hombre que acabó con él, y ese hombre fui yo. Había ido, pues, en busca de *Duende-de-hielo*.

—Que ahora está en manos de Rognvald —dijo Hywel—, así que estáis de suerte.

—¿De suerte, mi señor? —me interesé.

—Porque estamos aquí para acabar con él. Y podéis echarnos una mano.

Así que nos disponíamos a guerrear.

Capítulo IX

El principal consejero del rey Hywel era un cura que se las sabía todas; se llamaba Anwyn, hablaba nuestra lengua y no dejó de hacerme preguntas mientras nos dirigíamos al norte. Quería saber quién gobernaba en Mercia. Se quedó sorprendido, incluso incrédulo, al oír mi respuesta.

—¿La dama Etelfleda? —se extrañó—. ¿De verdad?

—Estaba presente cuando el Witan tomó la decisión.

—No os oculto que me habéis dejado con la boca abierta —dijo, frunciendo el ceño y quedándose pensativo. Calvo como un huevo, era un hombre de cara larga, huesuda y enjuta, labios finos, de ojos oscuros que parecían chispear cuando algo le hacía gracia, como si fuera un gesto de complicidad. Uno de esos curas listos que saben medrar al servicio de un rey; me imaginé que Anwyn era un servidor honrado y leal del no menos astuto Hywel—. Tenía entendido que en Wessex habían tomado la decisión de que la dama Etelfleda no sucediera a su marido —continuó, sin dejar de dar vueltas al asunto—. ¿Qué ha pasado?

—Que los hombres de Mercia están orgullosos de su país —repuse—, y todavía no parecen dispuestos a tumbarse de espaldas y abrirse de piernas a un rey extranjero.

Sonrió al oír la crudeza con que me expresaba.

—Eso lo entiendo, mi señor, pero de ahí a elegir una mujer... Lo último que nos había llegado era que Eardwulf pensaba contraer matrimonio con la hija de Etelfleda, ¡que él sería quien llevaría las riendas del país en nombre de Eduardo!

—Eardwulf ha sido declarado proscrito —dije, lo que dejó a Anwyn de una pieza. Estaba claro que el rey Hywel tenía informadores en los reinos sajones y que tales soplones eran de fiar, pero cualquier aviso que le hubieran enviado sobre la intentona de Eardwulf de hacerse con el poder y la posterior victoria de Etelfleda aún no había llegado a aquel extremo occidental de Gales. Le conté el ataque que había perpetrado Eardwulf contra Etelfleda y cómo acabó derrotado; nada dije del papel que yo había desempeñado ni de cómo había influido en la decisión del Witan.

—No puedo decir que sienta pena por Eardwulf —dijo el padre Anwyn—; siempre fue enemigo de los galeses.

—Como tantos en Mercia —repuse sin dudarle. El cura sonrió.

—¡Así que será Etelfleda quien lleve las riendas! —comentó, aliviado—. ¡Una mujer en el trono!

—Una mujer muy capaz —dije—, más capacitada para la guerra que su hermano.

Sacudió la cabeza como si aún estuviese asimilando la idea de ver a una mujer ocupando el trono.

—Tiempos extraños estos que nos ha tocado vivir, mi señor.

—Y tanto que sí —convine. Nos habían dejado unos potrillos para que fuéramos

con ellos; el resto de las tropas de Hywel, a lomos de corceles de guerra, seguían un sendero empedrado que, a través de pequeños campos y formaciones rocosas, conducía al norte. El rey había llevado unos trescientos hombres; el padre Anwyn creía que serían más que suficientes.

—Rognvald no dispone de más de ciento treinta guerreros, ¡pocos, a mi modo de ver, incluso para defender su empalizada!

Observé el vuelo en espiral de un halcón en lo alto de una colina y lo seguí con la mirada mientras viraba hacia el este.

—¿Cuánto tiempo lleva Rognvald por aquí?

—Seis años.

—Vuestro rey me ha llamado la atención. —Señalando a Hywel, que cabalgaba al frente de sus dos portaestandartes—: ¿Cómo es posible que un hombre tan inteligente haya dado su beneplácito a Rognvald para asentarse en sus tierras?

—No fue cosa suya. Fue decisión del último rey que tuvimos, un necio llamado Rhodri.

—¿De modo que Rognvald anda por aquí desde hace seis años y hasta ahora nunca os había dado problemas?

—Algunos robos de ganado —dijo Anwyn, restándole importancia—, poca cosa.

—Decís que sólo cuenta con ciento treinta hombres, pero debe de estar al tanto de cuántos guerreros disponéis para ir a por él. ¿Acaso ha perdido la cabeza? ¿Por qué atacar Tyddewi? Tenía que haberse hecho a la idea de que le haríais pagar por ello.

—¡Vio la ocasión! —zanjó Anwyn—. Idwal —me señaló al hombretón del pañuelo rojo— cuenta con un destacamento en Tyddewi, pero el rey lo necesitaba en otra parte.

—¿En otra parte?

Anwyn pasó por alto mi pregunta. Fuera cual fuera la pendencia que Hywel había tenido que resolver, no era de mi incumbencia.

—Pensamos que, si retiráramos unos días la guardia que custodiaba el santuario, no pasaría nada —reconoció con tristeza—, pero nos equivocamos. Regresamos tan pronto como tuvimos noticias de la flota.

—¿Una flota? —repetí, con preocupación. Con Sihtric en mar abierto y esperando por nosotros, «flota» era lo último que esperaba oír.

—Hace unos cuantos días —me aclaró Anwyn—, avistamos veinte barcos, o más, no lejos de la costa. Al menos uno de ellos puso rumbo a Abergwaun, pero desistió de su empeño. Al día siguiente, todos volvieron a poner rumbo norte; acabamos de enterarnos de que se dirigen al sur de nuevo.

—¿Barcos de hombres del norte?

Asintió.

—Una flota enviada por Ivar Imerson, con su hijo al frente. Parece que andan buscando tierras.

—¿Ivar Imerson?

Anwyn pareció sorprendido de que no hubiera oído hablar de él.

—Un hombre de armas tomar, como sus enemigos irlandeses, por otra parte.

Conocía Mercia y Wessex, Northumbria y Anglia Oriental, pero aquello era como si estuviera en otro mundo, un lugar donde señores de la guerra de nombres imposibles peleaban entre sí para establecer sus minúsculos reinos a orillas del mar. No tardé en percatarme de que a Hywel lo acosaban por tres frentes: sajones por el este; reinos galeses enemigos al norte y, por el oeste, los hombres del norte y los irlandeses, peleados entre sí, pero dispuestos ambos a hacerse con el control de sus costas, y, si el cura estaba en lo cierto, dispuestos a apoderarse de más tierras en Dyfed.

Los jinetes que iban delante de nosotros hicieron un alto; un puñado de hombres se arremolinaron en torno a Hywel y sus portaestandartes. Me imaginé que acababa de volver algún ojeador galés y el rey celebraba un apresurado consejo de guerra, al que Anwyn no tardó en sumarse. Nos encontrábamos en lo alto de una anchurosa meseta salpicada de pequeños labrantíos separados por cercados de piedra que alternaban con hondos valles que los vigías de Hywel no dejaban de escrutar. Era de suponer que Rognvald, al tanto de la que se le venía encima, hubiera desplegado sus propios ojeadores por aquellos parajes, pero si Anwyn estaba en lo cierto, el hombre del norte estaba en clara inferioridad. Me maliciaba que, cauteloso, antes trataría de retirarse a algún terreno elevado donde pudiera defenderse más fácilmente que enfrentándose a campo abierto con las tropas de Hywel en aquel altiplano desierto.

—De modo que hay una flota merodeando por estas aguas —dijo Finan, que había escuchado la conversación que había mantenido con el cura.

—Confiemos en que no ande cerca de Sihtric —dije.

—Sihtric es astuto —repuso Finan—, y sabrá cómo mantenerse fuera de su alcance. Pero hay algo que les preocupa —continuó, señalando a los jinetes que se agolpaban en torno al rey—; Ivar Imerson es un hombre que debería preocuparos.

—¿Lo conocéis?

—¡Pues claro! Todo lo que tiene de grande lo tiene de malo. Pero los irlandeses, tan grandes y tan malos como él, lo están presionando. Sin tregua.

—¿Por eso busca un lugar donde asentarse por aquí?

—Y ha enviado a su hijo para que lo encuentre. Me pregunto a cuál de ellos. —Nunca dejaba de sorprenderme lo bien informado que estaba Finan de cuanto sucedía en Irlanda. Con la boca pequeña, decía que no le importaba nada, recalca que había abandonado su tierra natal para siempre, pero, para ser alguien que no se cansaba de decirlo, estaba al tanto de todo. Alguien tenía que ponerle al día de lo que allí pasaba —. ¿Y ahora qué? —se preguntó, señalando el consejo de guerra.

A galope tendido, acababan de llegar dos de los ojeadores de Hywel, que se abrían paso entre el puñado de jinetes que rodeaban al rey. Al poco, todos los galeses comenzaron a gritar y, a toda prisa, se pusieron en marcha hacia el norte. Fuere cual fuere la nueva que los ojeadores hubieran traído, todos se la iban repitiendo a lo largo

de la columna, arrancando alaridos cada vez más estruendosos. Algunos hombres habían desenvainado las espadas. El padre Anwyn nos esperaba junto a los dos portaestandartes del rey.

—¡Los paganos huyen! —me gritó—. ¡Se marchan! —exclamó, al tiempo que espoleaba su caballo para ir tras las tropas de Hywel que, en aquel momento, a todo galope, se dirigían al extremo norte de la meseta donde empezaba a verse humo. Al principio, pensé que no era sino niebla, pero se espesaba con inusitada rapidez. Tenía que ser un pueblo o un caserío en llamas.

—¿Alguien se nos ha adelantado? —me gritó Finan, espoleando su potrillo para ponerse a mi altura.

—Eso parece —repuse. Me retorcí en la silla, doblado por el insufrible dolor—. ¡No os separéis! —les ordené a los míos. Iba a producirse una refriega y no quería que mis hombres se dispersasen porque, por menos de nada, podían confundir a alguno de ellos con un enemigo. Los galeses se conocían entre sí, pero, a la vista de un extraño, no dudarían en atacar—. Y vos —le dije a Eadith— ¡manteneos alejada de la refriega!

—Lo mismo que vos —me advirtió Finan—. No estáis en condiciones de pelear.

No dije nada, pero noté que me hervía la sangre. Por supuesto que tenía razón, pero eso no me ayudaba a aceptar la verdad. Llegamos al borde la meseta y refrené al potrillo. A medio camino de una pendiente que llevaba a un hondo valle por donde discurría un río, los galeses seguían galopando. Caí en la cuenta de que aquello era Abergwaun.

A mi derecha, el río seguía su curso a través de espesos bosques que cubrían casi todo el lecho del valle; a mi izquierda, el río se ensanchaba al encuentro con el océano. El asentamiento de Rognvald se alzaba en la otra orilla, allá donde el río desembocaba en el mar, desembocadura atestada de barcos, por otra parte, al abrigo de unas colinas.

Habría treinta barcos o más, muchos más de los que Rognvald pudiera tener si, como Anwyn decía, sólo disponía de poco más de cien hombres. De modo que la flota misteriosa procedente de Irlanda debía de haber regresado a Abergwaun y, en aquel momento, se disponía a hacerse a la mar de nuevo. Con los remos mordiendo el agua y las velas hinchidas o desmayadas según arreciasen o aflojasen las ráfagas de un suave viento del este, los barcos ponían rumbo a mar abierto. Tras ellos, en la orilla norte del río, el asentamiento ardía por los cuatro costados.

Incendios que no había iniciado ninguna mano enemiga. No se advertían señales de lucha ni se veían cadáveres; los hombres que, lanzando teas contra las techumbres, aún corrían del caserío a las casas y de las casas a los graneros, no llevaban cota de malla. Rognvald se marchaba y no quería dejar nada que pudiera resultar de utilidad a sus espaldas. El fuego había alcanzado la empalizada, y la puerta más cercana estaba en llamas. El padre Anwyn estaba en lo cierto: los hombres del norte se iban; pero no por la llegada de las tropas el rey Hywel. Rognvald había tomado la decisión de unir

sus fuerzas a las de la flota de Irlanda e ir en busca de otro lugar donde asentarse.

La flota se dirigía a mar abierto, pero aún quedaban dos barcos de guerra en la playa. Y alguien tenía que custodiarlos, porque eran los barcos de los hombres que iban prendiendo fuego casa por casa. Las embarcaciones estaban en manos de media docena de hombres que trataban de arrastrarlos por la popa para evitar que las proas encallasen al bajar la marea.

Los galeses ya habían llegado al valle, oculto bajo los árboles. Adentrándonos en aquellos bosques y oyendo los gritos de los hombres de Hywel, que nos sacaban cada vez más ventaja, seguíamos sus pasos. Sus huellas nos llevaron a un vado. El río fluía al albur de la marea y, con la bag amar, sus aguas poco profundas se precipitaban en busca del mar. Chapoteando, lo cruzamos, nos desviamos hacia el oeste y alcanzamos la otra orilla. Íbamos por un sendero de tierra que discurría paralelo al impetuoso río. Dejamos atrás los árboles y, ante nuestros ojos, apareció el asentamiento de Rognvald envuelto en llamas. Tras abandonar los caballos en los campos que rodeaban la empalizada, algunos de los hombres de Hywel ya estaban en el interior del poblado. Tras echar abajo una parte de la empalizada, aquella cuyos maderos estaban más dañados por el fuego, otros galeses, empuñando escudos y armas, trataban de adentrarse gateando sobre los troncos aún humeantes para, de seguido, desvanecerse en aquellas callejas envueltas en humo. Oí gritos y entrechocar de espadas; me bajé de la silla como pude y les grité a mis hombres que permanecieran juntos. Lo más sensato habría sido que nos quedásemos fuera de aquella empalizada en llamas. No teníamos escudos ni espadas ni lanzas; tan sólo machetes y, forasteros como éramos, podrían habernos tomado por tropas enemigas pero, al igual que Finan o cualquiera de los otros, también yo ardía en deseos de saber qué estaba pasando allí.

—No os separéis de mí —le dije a Eadith. Con las alas pegadas al cuerpo, raudo, un halieta salió volando entre el humo, un pálido trazo de esplendoroso plumaje que se perdió camino del norte, y me pregunté qué querría decir aquel presagio. Me llevé la mano a la empuñadura de *Aguijón-de-avispa*, el machete que nunca se separaba de mí; chapoteando, crucé el foso poco profundo que rodeaba el asentamiento, trepé por el repecho y, tras los pasos de Finan y mi hijo, rebasé unos maderos incandescentes.

En el primer callejón, dos hombres yacían muertos. Ninguno llevaba cota de malla, pero sí la cara pintarrajeada con tinta. Dos hombres del norte; al parecer dos de los causantes del incendio, ambos sorprendidos por la celeridad del ataque galés. Con cautela, nos adentramos en la calleja. A ambos lados, las casas ardían por los cuatro costados; no dejamos de sentir el calor en la cara hasta que llegamos a un espacio abierto donde, custodiados por una docena de guerreros, se encontraban los dos portaestandartes de Hywel. Allí estaba también el padre Anwyn, quien, al instante, dio una voz a los hombres que, vueltos hacia nosotros, ya enarbolaban las armas. En uno de los estandartes ondeaba una cruz cristiana; en el otro, un dragón escarlata.

—¡El rey se dispone a atacar los barcos! —me gritó el padre Anwyn.

Media docena de prisioneros permanecían bajo custodia. Allí era donde Hywel

iba enviando a los cautivos que prendía, y no sólo eso, sus armas también. Había un montón de espadas, lanzas y escudos.

—Haceos con lo que necesitéis —les dije a los míos.

Finan sacó unas espadas del montón, eligió un par de ellas y me tendió una. Mi hijo había encontrado una espada larga; Gerbruht se había hecho con un hacha de doble hoja y un escudo rematado en hierro.

—Deshaceos del escudo —le dije.

—¿Nada de escudo, mi señor?

—A no ser que queráis que los galeses acaben con vos.

Frunció el ceño; sólo entonces reparó en la rudimentaria pintura de un águila que destacaba en los tablones de sauce.

—¡Vaya! —dijo, y se deshizo del escudo.

—¡Esas cruces, que se vean bien! —les ordené a los míos antes de adentrarnos en otro callejón que, entre casas que permanecían intactas, llevaba hasta una playa alargada, cubierta de guijarros verdosos y resbaladizos, cieno y fragmentos de conchas. Aún humeaban unas hogueras de leña de deriva bajo unas parihuelas vacías para ahumar el pescado. Sólo vi un bote de pesca encallado al final de la playa, más arriba de la marca que indicaba la marea alta; la mayoría de las tropas de Hywel parecían concentrarse a orillas del agua. Me imaginé que habrían registrado a fondo el poblado y obligado a los hombres del norte que aún seguían con vida a volver a los dos barcos, donde los tenían rodeados. Superiores en número, los galeses trepaban a bordo de las naves, en tanto que sus enemigos se retiraban a popa, donde espadas, hachas y lanzas llevaban a cabo una espantosa carnicería. Algunos de los hombres del norte saltaban al agua y, a zancadas o a nado, trataban de alcanzar la flota que, en desorden, se encontraba a mitad de camino de la desembocadura.

Desorden que se debía a que algunos de los barcos, a pesar de las velas hinchidas que los alejaban de la costa, trataban de dar media vuelta, en tanto que otros seguían adelante, rumbo a mar abierto. Tres de ellos habían logrado zafarse de tanta confusión. Ninguno llevaba la vela desplegada, sino que avanzaban a golpe de remo; y eran esos tres, atestados de guerreros con yelmo que se arremolinaban bajo los altos mascarones de proa, los que trataban de volver al poblado. Intentando llegar a la amplia franja que separaba a los dos barcos fondeados, los hombres que iban a los remos los acercaban a toda prisa; oí el rasponazo de una quilla contra los guijarros y, profiriendo alaridos, los primeros hombres del norte saltaron de la proa con cabeza de dragón del primero.

Al ver aquellos barcos que se acercaban, Hywel y los suyos habían formado un más que prieto muro de escudos en la playa, suficiente para detener a los hombres del norte que, furiosos, pero en tropel, se disponían a atacar; los primeros fueron a caer en las aguas poco profundas de la orilla del río que, de pronto, se tiñeron de sangre. Los galeses que se habían apoderado del barco que quedaba más cerca de nosotros habían acabado con toda la tripulación y, saltando por las bancadas de los remeros,

trataban de regresar a la playa en el preciso instante en que, con la proa sobresaliendo por encima del cieno, el casco alargado del segundo de los barcos encallaba mientras, estremecido, el mástil se inclinaba hacia adelante. Más hombres saltaron por la proa. Profiriendo gritos de guerra, se unieron al diezmado muro de escudos de los hombres del norte, lanzando con todas sus fuerzas sus pesadas lanzas contra los tablones de sauce con que se defendían los galeses. Aquellos hombres del norte no habían previsto que aquel día tendrían que participar en una refriega, y eran pocos, en consecuencia, los que llevaban cotas de malla, aunque todos portaban yelmos y escudos. Los bajeles recién llegados trataban de sacar de allí a sus compañeros, pero, a pesar de que un tercer barco irrumpió en la playa, no había hombres del norte suficientes como para parar los pies a los incontenibles guerreros de Hywel. Ambos bandos vociferaban sus gritos de guerra, pero se oían más los gritos de los galeses; imbatibles, los hombres de Hywel ya se adentraban en las pequeñas olas y obligaban a retroceder al contrario. Muchos de los enfrentamientos que se producen en un muro de escudos arrancan lentamente, mientras los hombres sacan fuerzas de flaqueza antes de ponerse al alcance de un enemigo que trata de matarlos, pero aquella refriega había empezado en un abrir y cerrar de ojos.

Mi hijo echó a andar hacia el flanco izquierdo de los galeses; le di una voz para que regresara.

—No lleváis escudo —bramé—, ni cota de malla. Estamos aquí como peregrinos. ¿Acaso lo habéis olvidado?

—No podemos quedarnos cruzados de brazos —me respondió en el mismo tono.

—¡Esperad!

Poca ayuda por nuestra parte necesitaban los galeses. Eran más que suficientes para contener la furiosa embestida de las tres tripulaciones y, tal y como estaban las cosas, aquella arremetida estaba condenada a concluir en un baño de sangre en los bajíos de la desembocadura. Tendría que haberme quedado sentado y observar el desarrollo de los acontecimientos. Pero el resto de la flota de los hombres del norte trataba de regresar y aquellos barcos eran portadores de una fuerza devastadora que acabaría con los hombres de Hywel; lo único que mantenía a salvo a los galeses era el desorden que reinaba en la flota. Deseosos de echar una mano, habían dado media vuelta antes de tiempo y, con las prisas, los cascos entrechocaban. Los largos remos se entorpecían; hinchidas, las velas los alejaban, los cascos se estorbaban entre sí, y la marea se encargaba de arrastrar toda aquella confusión hacia el mar. Pero los hombres del norte eran marineros avezados; sabía que, en un periquete, pondrían orden en aquel caos, y entonces los hombres de Hywel tendrían que hacer frente a una horda de enardecidos guerreros sedientos de venganza. No habría de pasar mucho tiempo antes de que la carnicería comenzase, pero en sentido contrario.

—Ved de procurarme fuego —le dije a mi hijo.

—¿Fuego? —se extrañó.

—¡Traedme fuego, mucho fuego! ¡Leña, madera, fuego! Va por todos. —Con la

marea baja, el barco que quedaba más cerca de nosotros había encallado y la tripulación había saltado a tierra—. ¡Gerbruht, Folcbald! —grité a los dos frisios antes de que se fueran.

—¿Señor?

—¡Sacad ese barco de la playa!

Fuertes como bueyes, los dos atravesaron el cieno. El barco estaba bien encallado, y era la única posibilidad que teníamos de evitar una matanza. Plantando cara al muro de escudos de los galeses, que trataba de arrollarlos y devolverlos al río, los hombres del norte que andaban más cerca, a no más de veinte pasos, apoyados contra la proa de otro de los barcos arribados a la playa, se ocupaban de proteger el flanco derecho de su muro de escudos. Tres hombres habían subido a bordo y, desde allí, azuzaban con lanzas a los galeses, impidiéndoles trepar por la proa. El muro atacado resistía con firmeza: sólo tenían que aguantar unos minutos más antes de que llegaran los refuerzos del resto de la flota.

Sin conseguirlo, Folcbald y Gerbruht trataban de hacerse con la proa del barco que quedaba más cerca de nosotros. El casco parecía bien asentado en el espeso cieno. Finan echó a correr por la playa con un herrumbroso recipiente de hierro cargado de rescoldos y madera prendida. Me imaginé que sería uno de esos recipientes poco profundos que se utilizaban para obtener sal. Finan se puso de puntillas y lanzó el contenido por encima de uno de los costados del barco. Y echaron más leña y más madera ardiendo.

—Echad una mano a Gerbruht —le grité a mi hijo.

Hywel seguía montado a caballo, el único en toda la playa. Se había servido de la altura de su montura para arrojar una lanza contra el muro de escudos de los hombres del norte; al ver lo que hacíamos, al instante se hizo cargo de la situación. Estaba en condiciones de ver la flota que se acercaba. Si bien la marea los había arrastrado hacia mar abierto, los primeros barcos habían conseguido zafarse del desorden y, a golpe de remo, ya salvaban las pequeñas olas. Vi cómo daba una voz, y una docena de guerreros galeses acudieron en nuestra ayuda; por fin, el barco encallado empezó a moverse.

—¡Más fuego! —grité.

El humo que salía del interior del casco se espesaba, pero aún no se veían llamas. Eadith se acercó con una brazada de leña y la arrojó por encima de la borda; antes de trepar por la proa en el instante en que el barco abandonaba el cieno y se ponía a flote, Finan arrojó otro recipiente lleno de rescoldos. Por fin apareció el fuego, mientras Finan atravesaba las llamas y se dirigía a popa.

—¡Finan! —grité, temiendo que pudiera pasarle algo; fue tal el dolor que sentí en el costado que a punto estuve de proferir un gemido en voz alta.

Las llamas y el humo rodeaban al irlandés. El barco ardía casi con ansia. Madera seca, bien curada, calafateada con pez al igual que las maromas que sujetaban el mástil; las llamas subían por las jarcias hasta la vela enrollada que, en su momento,

habían recogido para no estorbar a la tripulación. Amarrada por una sogas que debía de estar atada a un ancla de piedra, la popa del barco no se movía de donde estaba; la marea la hacía cabecear. A menos que alguien cortase la cuerda de la que pendía el ancla, el barco no abandonaría tan rudimentario amarre. Entonces Finan se personó en el altillo del timón, y vi cómo, espada en mano, propinaba uno, dos tajos, hasta que, con una súbita sacudida, la cuerda atada al ancla se tronchó. Y Finan saltó.

—¡A por ese barco! —Señalé al siguiente que había en la playa, el mismo que defendían los tres lanceros de los hombres del norte—. ¡Deprisa! —grité de nuevo y, en aquella ocasión, fue tal el dolor que me doblé en dos, lo que bastó para que me doliera mucho más. Jadeando y sentado como estaba en aquellas rocas cubiertas de verdín, me dejé caer de espaldas. La espada que había tomado prestada se me fue de entre las manos; el dolor era tan intenso que no podía recuperarla.

—¿Qué os pasa? —se preocupó Eadith, agazapada a mi lado.

—No deberíais estar aquí —contesté.

—Pues aquí estoy —dijo, pasándome un brazo por encima del hombro y mirando el río. Espada en mano, a zancadas, Finan se dirigía a tierra; a sus espaldas, arrastrado por la corriente y a merced de la marea, el barco en llamas se dirigía a mar abierto. Me imaginé que la marea alcanzaba el punto medio entre bajamar y pleamar, porque la corriente era rápida, impetuosa, desigual, tan capaz de arrastrar el barco en llamas como de frenar el avance de los barcos que se acercaban, que veían el peligro que se les venía encima, agravado si cabe por el escaso espacio que tenían para fondear, atestado como estaba de barcos de hombres del norte. Uno de los barcos, uno de alta proa en la que sobresalía el pico de un águila, se detuvo en un remanso; no pasó un instante y otro chocó contra él. Entre tanto, el barco incendiado, con aquella vela enrollada convertida en un torbellino de humo y llamas, se acercaba cada vez más.

Finan había conseguido subir a bordo del segundo barco. Uno de los lanceros lo vio y, saltando por las bancadas de los remeros, fue a por él; pero la lanza no es el arma más adecuada para plantar cara a un hombre diestro en el manejo de la espada, y pocos lo eran tanto como Finan. Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Hizo un quiebro a la derecha, la lanza pasó rozándole la cintura, y hundió la hoja en la barriga del hombre del norte; a continuación, mi hijo arrojó madera prendida; tras él, una docena de hombres hicieron lo mismo. Los dos lanceros que quedaban, tratando de ponerse a salvo, saltaron del barco, mientras un puñado de fornidos galeses lo devolvían al río. Todavía no ardía como el primero, pero el humo que salía del casco era cada vez más espeso. Finan cortó la maroma de popa y se dejó caer a los bajíos, mientras los galeses embestían contra el flanco al descubierto del muro de escudos de los hombres del norte. El primer barco en llamas llegaba a la altura de la flota. Dos de los barcos enemigos habían encallado en la otra orilla del río; a la desesperada, los demás trataban de salir de allí como fuera, mientras el segundo barco incendiado salía a mar abierto. A hachazos, a tajos o ensartados por los enardecidos galeses que, tras rodearlos por aquel flanco, los embestían de frente y por la retaguardia, iban cayendo

los hombres del norte que se habían quedado en la costa. Entre el fuego subiendo por las jarcias y el humo que salía de las bancadas, el segundo barco ardía envuelto en llamas. La flota de los hombres del norte, no menos de veinte barcos, huía en desorden; que más que a los arrecifes, más incluso que a las iras de Ran, esa puta diosa celosa, más temen al fuego los hombres de mar. Resollando por el dolor, que me traspasaba como una espada, me senté y contemple los barcos que se daban a la fuga mientras, desde la playa, me llegaban las súplicas de aquellos enemigos que habían salido con vida. La refriega había concluido.

La flota de los hombres del norte bien podría haber regresado, dejando que los dos barcos se perdiesen en el mar y, a golpe de remo y desde el río, podrían haber vuelto en busca de venganza, pero optaron por renunciar a Abergwaun. De sobra sabían que los galeses se retirarían al altiplano, desde donde los provocarían, invitándolos a ir a por ellos desde lo alto de alguna ladera empinada, donde caerían bajo las espadas galesas, ahítas ya de sangre de hombres del norte.

Con la ropa chamuscada y las manos quemadas, mi hijo volvía andando por la playa. No dejaba de sonreír maliciosamente, hasta que me vio la cara. Echó a correr y se detuvo delante de mí.

—¡Padre!

—Es sólo la herida —le dije—. Ayudadme a levantarme.

Y eso hizo hasta que me puse en pie. El dolor me tenía casi incapacitado. Se me llenaron los ojos de lágrimas, emborronándome la visión de los exultantes galeses que no dejaban de proferir gritos de euforia al ver que el enemigo se retiraba. Tres de los barcos de los hombres del norte aún estaban en la playa; los hombres de Hywel se habían apoderado de uno de ellos y, a medida que descubrían lo que llevaban a bordo, se oían más gritos de satisfacción. Otros de los hombres de Hywel custodiaban a los prisioneros, no menos de cincuenta o sesenta, a los que habían despojado de yelmos y armas. Sin dejar de vociferar amenazas mientras retrocedía, tanto que casi se ahoga, el propio Rognvald era uno de aquellos cautivos. Procedieron a juntarlos a todos, patético tropel, y, cojeando, eché a andar hacia ellos. Había pensado que el dolor iría a menos, que, día tras día, la herida mejoraría, pero, en aquel momento, me sentía peor que nunca. No cojeaba porque tuviera las piernas malheridas, sino porque el dolor del costado hacía que cada movimiento fuera una tortura. Finan se apresuró a echarme una mano; lo aparté de mí. Vi una enorme peña lisa por encima de la marca que señalaba hasta dónde llegaba la marea alta y, acobardado por el dolor, me senté en aquella superficie plana. Recuerdo que me pregunté si ya me habría llegado la hora, si las Nornas, por fin, habían cortado por fin la hebra de mi vida.

—Dadme vuestra espada —le dije a Finan. De morir, hacerlo al menos con una espada en la mano.

—Mi señor —dijo Finan, agachándose a mi lado; se le veía preocupado.

—El dolor pasará —le dije, pensando que la muerte pondría fin a tanto sufrimiento. Me dolía hasta respirar. El padre Anwyn y los portaestandartes del rey

pasaron cerca de nosotros; iban a reunirse con el rey—. No lleva muy buena cara —dije, señalando al cura. No es que me preocupase, pero no quería que Finan, Eadith o mi hijo armasen un escándalo a cuenta de mis males.

—Tan adusta como la parca —convino Finan. Lejos de mostrarse satisfecho con la victoria que los galeses acababan de alcanzar, la cara del padre Anwyn era la de un hombre consumido por la rabia. Departió un rato con Hywel; luego, el rey espoleó su caballo alejándose de donde estábamos para regresar al poblado en llamas.

Traté de respirar hondo, intentando convencerme a mí mismo de que el dolor remitía.

—Tenemos que dar con *Duende-de-hielo* —dije, aun a sabiendas de que me dejaba el resuello. Lo más probable era que, seguida de cerca por los barcos en llamas que ensuciaban de humo el cielo del océano, la espada fuera ya rumbo a mar abierto.

Con gesto adusto, el padre Anwyn se acercó adonde estábamos.

—El rey me ha rogado que os transmita su gratitud —dijo, envarado.

—Agradezco la largueza del rey —repuse, con una sonrisa forzada.

—Es agradecido —comentó Anwyn, frunciendo el ceño—. Al igual que Dios —se santiguó—. Encontramos los tesoros de san Dewi en el barco de Rognvald. —Señaló con la cabeza el barco donde los galeses armaban tanta bulla, y entonces se volvió a mí y me dijo, con cara de preocupación—: ¿Estáis malherido, mi señor?

—Una vieja herida que todavía me molesta de vez en cuando —contesté—; se me pasará. ¿Habéis recuperado, pues, el tesoro?

—Así es, el relicario de oro del santo y el crucifijo de plata; allí estaban.

—¿Y la espada? —me interesé.

—Y Rognvald es ahora nuestro prisionero —dijo Anwyn, como si no hubiera oído mi pregunta—. Fueron sus barcos los que regresaron a la playa —dijo, mirando al mar donde, tras un promontorio, la flota ya se perdía de vista—. Los demás estaban a las órdenes de Sigtryggr Ivarson —pronunció ese nombre como si tuviera un regusto amargo—. El más peligroso de los hijos de Ivar: joven, ambicioso y capaz.

—Y a la caza de tierras —me aventuré a decir, mientras sentía otro latigazo de dolor.

—Pero no aquí, gracias a Dios —dijo Anwyn—. Rognvald había acordado unirse a ellos.

Me pregunté qué otras posibilidades habría contemplado Rognvald. Su poblado, en un extremo de Gales, apenas si había medrado. Seis años llevaba aferrado a aquella costa rocosa sin que hubiera conseguido atraer a nadie más ni ampliar sus dominios; estaba claro que Sigtryggr lo había convencido para que se uniese a sus más numerosas huestes. El acuerdo debía de haberse fraguado una semana antes o cosa así, cuando la flota de Sigtryggr acababa de recalar en Gales, y Rognvald, sabiendo que se disponía a abandonar su asentamiento, había tratado de enriquecerse a costa de san Dewi antes de partir.

En aquel momento, Rognvald y aquéllos de sus hombres que habían sobrevivido

se enfrentaban a la muerte, no por haber atacado el santuario del santo, sino por lo que les habían hecho a los dos misioneros galeses y a aquel puñado de conversos. Tamaña crueldad era la que había despertado la ira de los galeses.

—Obra del diablo —dijo Anwyn con rabia—. ¡Satán en acción! —Se me quedó mirando con desprecio—. ¡Atrocidad pagana! —tras decir lo cual, se dio media vuelta y echó a andar hacia el poblado. Fuimos tras él.

El dolor aún me mortificaba, pero tanto me dolía si cojeando andaba despacio como si me quedaba sentado, de modo que, como pude, me acomodé al paso de Anwyn por un sendero estrecho. Aunque la mayor parte del extremo occidental, el mismo donde los hombres del norte habían matado a los cristianos, aún no había ardido, ante nuestros ojos, el poblado seguía en llamas.

Accedimos por una de las puertas que había en la empalizada; Eadtih, que venía a mi lado, profirió un grito ahogado y se apartó.

—Dios bendito —musitó Finan, santiguándose.

—¿Os dais cuenta de lo que son capaces? —me preguntó a voces el padre Anwyn—. Arderán en las llamas de infierno por siempre jamás. Sufrirán los tormentos que aguardan a los condenados. Serán malditos para siempre.

En ese momento, llegaban los guerreros de Hywel; su júbilo dio paso a la rabia que los invadió al ver cómo, tras haberlos torturado y como si de animales se tratara, habían matado a los dos misioneros y al puñado de conversos. Los nueve cuerpos estaban en cueros, aunque eran tales las laceraciones y los tajos que la sangre y las tripas ocultaban su desnudez. Para su vergüenza, a las mujeres les habían rapado la cabeza; también les habían cercenado los pechos. A los dos curas los habían castrado. A los nueve les habían rajado la barriga, sacado los ojos y cortado la lengua. Atados a unos postes, me estremecí al pensar en cuanto habría tardado la muerte en librarlos de semejante agonía.

—¿Por qué? —me espetó Anwyn. Si sabía que era pagano, también habría debido de saber que no tenía respuesta para su pregunta.

—Por hacer daño —respondió Finan por mí—. Sólo por eso.

—Maldad pagana —se revolvió Anwyn iracundo—. ¡Esto es obra del demonio! ¡Satán en acción!

Rognvald había atacado Tyddewi sin encontrar resistencia. Aunque no tanto como se esperaba, había encontrado un buen botín, pero nada de mozas o niños a los que llevarse cautivos y venderlos como esclavos. Pensó, pues, que los misioneros le habían traicionado, y se había vengado. En aquel momento se disponía a morir.

No habría piedad. Todos los prisioneros morirían, y Hywel los puso de cara a los nueve cristianos muertos para que supiesen cuál era la razón. Aquellos hombres del norte fueron afortunados. A pesar de la cólera de los galeses, a todos los despacharon con rapidez, a la mayoría de un tajo en el cuello. Un hedor a humo y sangre, tanta sangre, se apoderó del poblado. Algunos de ellos, muy pocos, la verdad, imploraron por sus vidas; la mayoría aceptó con resignación su ejecución. A todos se les privó de

empuñar una espada, que bastante castigo era. A Rognvald lo obligaron a mirar. Era un grandullón de enorme barriga, barba poblada y unos ojos crueles que se hundían en una cara arrugada y pintarrajeada: un águila con las alas desplegadas en una mejilla; en la frente, una serpiente que se retorcía; un cuervo volando en la otra mejilla. Aunque el pelo ya se le agrisaba, lo llevaba aceitado y peinado. Con rostro inalterable, contempló cómo morían sus hombres. Debía de haberse imaginado que sería el último en morir, y que su muerte no habría de ser rápida.

Cojeando, recorrí la hilera de hombres que arrastraban los pies camino de su final. Un chaval me llamó la atención. Digo «chaval», aunque supongo que por entonces tendría dieciséis o diecisiete años. Pelo rubio, ojos azules y una cara alargada que, a las claras, daba a entender la lucha que libraba en su interior: sabía que estaba a punto de morir y se le saltaban las lágrimas, al tiempo que, con toda su alma, trataba de afrontar la muerte como un valiente.

—¿Cómo os llamáis? —le pregunté.

—Berg —contestó.

—Berg, ¿qué más?

—Berg Skallagrimmrson, mi señor.

—¿Estabais a las órdenes de Rognvald?

—Sí, mi señor.

—Acercaos —le dije, haciéndole una seña. Uno de los guardianes galeses trató de impedirle que abandonara la hilera, pero un gruñido de Finan bastó para que el hombre diera un paso atrás—. Decidme —me dirigí a Berg en danés, hablando muy despacio para que me entendiera—, ¿participasteis en la matanza de esos cristianos?

—¡No, mi señor!

—Si mentís —le dije—, acabaré por descubrirlo. Preguntaré a vuestros compañeros.

—No participé, mi señor, lo juro.

Le creí. Angustiado y temblando de miedo, no me quitaba los ojos de encima, como si yo fuera su única tabla de salvación.

—Cuando saqueasteis el monasterio, ¿alguien encontró una espada?

—Sí, mi señor.

—Habladme de esa espada.

—Estaba en una tumba, mi señor.

—¿Llegasteis a verla?

—Empuñadura blanca, mi señor; claro que la vi.

—¿Y qué fue de ella?

—Rognvald se la quedó, mi señor.

—Esperad aquí —le dije, y eché a andar hacia el poblado, dirigiendo mis pasos al lugar donde iban amontonando los cuerpos sin vida, allí donde la tierra se había tomado negra y hedía a sangre, donde una brisa fresca en volandas se llevaba el humo de las casas en llamas. Me acerqué a Anwyn.

—Deseo solicitaros un favor —le dije.

El cura observaba cómo morían los hombres del norte. No los perdía de vista mientras, puestos de rodillas, los obligaban a contemplar los nueve cadáveres que permanecían atados a los postes. No quitaba ojo cuando las espadas o las hachas les rozaban el cuello, ni cuando, amilanados, sentían que las hojas se apartaban y sabían que el golpe fatal estaba al caer. Ni siquiera perdía de vista las cabezas en el momento en que las tronchaban, la sangre que salía a borbotones, los cuerpos que se retorcían.

—Hablad —repuso con frialdad, sin dejar de mirar.

—Os pido que tengáis a bien perdonar una vida —le supliqué.

Anwyn echó un vistazo a la hilera de hombres hasta reparar en Berg, erguido junto a Finan.

—¿Queréis que perdonemos la vida a ese muchacho?

—Tal es el favor que os pido.

—¿Por qué?

—Porque me recuerda a mi hijo —contesté, lo cual era cierto, aunque no lo hacía por esa razón— y no participó en la carnicería. —Señalé con la cabeza a los cristianos torturados.

—Eso dice él —replicó Anwyn, desabrido.

—Eso dice —repuse—, y yo le creo.

Anwyn se me quedó mirando durante un instante; luego hizo un gesto, como dándome a entender que el favor que le demandaba era excesivo. Con todo, se acercó al rey y vi cómo los dos hablaban. Desde la silla de montar, Hywel clavó la vista en mí; luego, miró al mozo. Frunció el ceño. Me imaginé que se disponía a negarme el favor que le pedía. ¿Por qué lo había hecho? En aquel momento, no estaba seguro: me gustaba el aspecto de aquel Berg, como de buen chico, y que se parecía a Uhtred, pero ni a mi modo de ver era razón suficiente. Años antes, y porque también me había parecido honrado y sincero, había perdonado la vida a un joven llamado Haesten que, andando el tiempo, resultó ser un enemigo taimado y mendaz. No estaba seguro de por qué quería salvarle la vida, aunque en estos momentos, al cabo de tantos años, sé que era cosa del destino.

El rey Hywel me hizo una seña para que me acercara. De pie, junto a su estribo, incliné la cabeza con respeto.

—Por la ayuda que nos habéis dispensado en la playa, estoy dispuesto a acceder a vuestra petición, pero con una condición.

—La que impongáis, mi señor —repuse, alzando la vista.

—Que me prometáis que haréis de él un cristiano. Me encogí de hombros.

—No puedo obligarle a que crea en vuestro dios —le dije—, pero os prometo que pondré su educación en manos de un buen cura y no haré nada para que no se convierta.

El rey consideró mi promesa durante un momento, y asintió.

—Lo dejo, pues, en vuestras manos.

Y así fue cómo Berg Skallagrimmrson entró a mi servicio.

El destino es ineludible. Aunque entonces no podía saberlo, acababa de hacer realidad el sueño de Alfredo: Inglaterra.

—Venid conmigo —le dije a Berg y, caminando, volvimos a la playa. Con nosotros venían Finan, mi hijo, Eadith y los míos.

Wyrð bið ful āræd.



No vi morir a Rognvald, aunque ocasión tuve de oírlo. No fue rápido, no. Era un guerrero y estaba decidido a morir con gesto desafiante, pero, antes de que los galeses hubieran acabado con él, estaba chillando como un niño. Oía también los desoladores graznidos de las gaviotas, pero, por encima de aquel estruendo, resonaban los alaridos de un hombre que suplicaba que acabasen con él.

La flota de Sigtryggr había desaparecido. Los barcos en llamas se habían hundido, dejando tras ellos sólo dos nubes de humo que se deshacían arrastradas por un viento que soplaba del oeste. Oí cómo los galeses entonaban una endecha y me imaginé que estaban enterrando a sus muertos, los nueve mártires y la media docena de guerreros que habían caído en la refriega de la playa. Los cadáveres de los hombres del norte aún seguían allí, varados durante la bajamar, en tanto que más arriba, en la misma playa, allí donde una orla de madera de deriva y algas marcaba hasta dónde había llegado la última pleamar, había un montón de prendas de vestir, yelmos, espadas, escudos, hachas y lanzas. Habían extendido una capa sobre los guijarros, donde habían ido amontonando las monedas y los pedazos de plata que les habían arrebatado a los prisioneros y a los muertos; a un paso y custodiado por dos jóvenes, el gran relicario dorado que había acogido los restos de san Dewi, y el enorme crucifijo de plata que presidía el altar.

—Buscad vuestro yelmo y vuestra espada —le dije a Berg.

Me miró como si no acabara de creerse lo que le decía.

—¿Puedo ceñirme una espada?

—Faltaría más —le dije—; ahora sois de los míos. Me juraréis fidelidad a mí y, si me pasa algo, a mi hijo.

—Como digáis, mi señor.

Y mientras Berg se dedicaba a buscar su espada, eché un vistazo a las armas amontonadas. Allí estaba. Tan sencillo como lo cuento. La empuñadura de marfil de *Duende-de-hielo* era inconfundible. Aún estremecido por un latigazo de dolor, me incliné y extraje la hoja del montón. A pesar de que hacía buen día, sentí un escalofrío.

La saqué de la vaina. Acostumbrado como estaba al peso de *Hálito-de-serpiente*, aquella espada se me antojó mucho más ligera. Cnut siempre decía que la hoja era obra de un hechicero que la había forjado en el fuego de una fragua que ardía más frío que el hielo de las heladas cavernas de Hel, la diosa de los muertos. Decía que era una espada que pertenecía a los dioses. Yo lo único que sabía era que se trataba de la espada que me había malherido, la misma sobre la que el obispo Asser había lanzado un conjuro cristiano para prolongar mi sufrimiento. Como si fuera de plata, la luz de sol se reflejaba en la hoja, y eso que carecía de adornos o incrustaciones; tan sólo una palabra en la base de la empuñadura:



Se la enseñé a Finan, que se santiguó.

—Una de éstas —acertó a susurrar. Mi hijo se acercó a verla; tras sacarla de la vaina, se hizo con *Pico-de-cuervo*; en su hoja desnuda, llevaba inscrita la misma palabra—. Es una espada mágica, estoy convencido —dijo el irlandés—. ¡Por Dios que tuvisteis suerte de salir con vida!

Blandí la hoja Vlfberht y contemplé el apagado destello del acero pulido. Magnífica herramienta hecha para matar; lo único que llamaba la atención era el marfil que recubría su empuñadura. Durante cosa de un instante, pensé en sustituir a *Hálito-de-serpiente* por aquel pulcro estilete. Pronto cambié de idea. *Hálito-de-serpiente* me había prestado impagables servicios; dejarla de lado hubiera sido como desafiar a los dioses. Con todo, tentado estuve de hacerlo. Le pasé la mano por el filo y palpé las mellas que conservaba de anteriores combates; luego, toqué la punta, tan afilada como una aguja.

—¿Es la espada que andabais buscando? —me preguntó Eadith.

—Así es.

—Entregádmela.

—¿Por qué habría de hacerlo?

Me dirigió una mirada cargada de frialdad, como si de repente ya no sintiera afecto alguno por mí.

—La espada os curará, mi señor.

—¿Cómo lo sabéis?

—¿Para qué, si no, hemos venido aquí? —me preguntó. No dije nada; ella extendió la mano—. Entregadme la espada —insistió; al ver que dudaba, añadió—: Sé lo que hay que hacer, mi señor.

—¿Qué? —le pregunté—. ¿Qué vais a hacer?

—Curaros.

Me quedé mirando la espada. Tanto la había deseado que, aun sin saber de qué habría de valerme, había ido hasta los confines de Britania con tal de dar con ella. Me

había imaginado que bastaría con aplicar la espada sobre la herida, pero sólo eran cosas mías. No sabía qué hacer con ella, y lo estaba pasando mal, y estaba harto de sufrir, harto de aquella flojera, harto de la pegajosa presencia de la muerte. Tomé la espada por la hoja y, por la empuñadura, se la tendí a Eadith.

Esbozó una sonrisa. Los míos nos observaban. Hasta Berg, sorprendido al ver las cosas tan extrañas que se sucedían a orillas de aquel mar tenido de sangre, había dejado de buscar su espada y no nos quitaba el ojo de encima.

—Apoyaos en el barco —me ordenó Eadith; hice lo que me decía. Recosté la espalda contra la proa del barco de Rognvald y me recliné contra las cuadernas—. Mostradme la herida, mi señor —dijo.

Me desabroché el tahalí y me levanté el jubón. Al ver la herida bajo aquella costra de pus y sangre, mi hijo puso mala cara. A pesar del humo, del mar, de la carnicería, del aire fresco, también yo podía olerla.

Eadith cerró los ojos.

—Que esta espada que casi acabó con vos —dijo en voz baja, como si de una salmodia se tratara— os sane ahora.

Abrió los ojos, en su cara se dibujó un gesto de odio y, antes de que Finan o cualquiera de los míos pudiera detenerla, me asestó un tajo.

Capítulo X

Sentí un dolor repentino, cegador, estremecedor, desgarrador, como si me hubiera caído un rayo. Jadeante, me dejé caer contra la proa del barco; observé cómo Finan trataba de sujetarle el brazo, pero ella ya había retirado la espada y contemplaba la herida con cara de espanto.

Con la hoja, salió un olor pestilente, un hedor nauseabundo; noté un líquido que me corría por el costado.

—Es el mal —dijo Eadith—, que abandona su cuerpo.

Sin apartar los ojos de mí, Finan la sujetaba por el brazo.

—¡Por Cristo bendito! —musitó. Al recibir el tajo, me había inclinado hacia delante, y llegué a ver la ingente mezcla de sangre y pus que, burbujeante y a oleadas, al compás de los latidos de mi corazón, fluía de la herida más reciente y, mientras contemplaba la inmundicia que abandonaba mi cuerpo, el dolor remitió. Sin acabar de creérmelo, alcé los ojos y me quedé mirando a Eadith: el dolor cedía, se me estaba pasando.

—Necesitamos miel y telarañas —dijo, al tiempo que, ceñuda, contemplaba la espada, como si no supiera qué hacer con ella.

—Berg —ordené—, haceos con esa espada.

—¿Con la que empuña esa mujer, mi señor?

—Necesitáis una y tengo entendido que ésa es buena —me incorporé y no sentí dolor; volví a inclinarme, y ni rastro de dolor—. ¿Telarañas y miel?

—¡Cómo no se me habrá ocurrido traerlas!

Aún sentía un recordatorio del dolor en el costado, pero nada más. Apreté una costilla por encima de la herida y, por sorprendente que parezca, no sentí dolor alguno.

—¿Cómo lo habéis hecho?

Se quedó medio pensativa, como si no estuviera muy segura de la respuesta que iba a darme.

—El mal estaba dentro de vos, mi señor —dijo, arrastrando las palabras—; había que sacároslo.

—¿Por qué no echasteis mano de otra espada?

—Porque ésa fue la espada que os metió el mal. —Echó una ojeada a *Duende-de-hielo*—. Mi madre trató de dar con la hoja que había herido a mi padre, pero no lo consiguió —se estremeció, y tendió la espada a Berg.

En el barco de Rognvald había miel. Se había ocupado de aprovisionarlo en condiciones: pescado en salazón, pan, cerveza, quesos y cubas de carne de caballo. Antes que abandonarlos, había preferido sacrificar los caballos. Había también dos tarros de miel. Encontrar telarañas no parecía tan sencillo, hasta que mi hijo reparó en

el único bote de pesca que, varado, se encontraba en la otra punta de la playa.

—Parece abandonado —comentó—, de modo que, a lo mejor, está repleto de arañas. —Y allá que se fue a echar un vistazo, mientras Gerbruht y Folcbald iban a buscar telarañas por las casas que no habían sido pasto de las llamas.

—Cuantas más, mejor —les pidió Eadith a gritos—. ¡Necesito un buen puñado!

—Detesto las arañas —refunfuñó Gerbruht.

—¿Acaso no están buenas?

Negó con la cabeza.

—Crujen y amargan, mi señor.

Me eché a reír y no sentí dolor. Pateé el suelo y no sentí dolor. Me estiré cuanto pude y no sentí dolor, sólo un leve recordatorio y aquel olor. Miré a Finan y esbocé una sonrisa.

—Es un milagro. No me duele nada.

También él sonreía.

—Rezo para que siga así, mi señor.

—¡Ha desaparecido! —repuse; me hice con *Hálito-de-serpiente*, la blandí en el aire describiendo un arco amplio y, con todas mis fuerzas, descargue la hoja contra el casco del barco. Ni rastro de dolor. Lo mismo hice una y otra vez, sin sentir el menor latigazo. Envainé la espada, desaté los cordones que unían una bolsa a mi tahalí, y la puse en manos de Eadith—. Vuestra es —le dije.

—¡Mi señor! —replicó, sin apartar los ojos del oro que contenía la pesada bolsa—. De ninguna manera, mi señor...

—Quedáosla —le dije.

—No lo hice porque...

—¡Quedáosla! —con una sonrisa, recibí a mi hijo que, a toda prisa, regresaba del bote abandonado—. ¿Encontrasteis telarañas?

—No; pero he encontrado esto —dijo, y sacó un crucifijo astroso: tanto la cruz como su reo estaban hechos de madera de deriva y tan carcomidos por las inclemencias del clima y el paso del tiempo que, blanquecinos, los contornos del cuerpo casi habían desaparecido. A la cruz le faltaba uno de los brazos, de modo que uno de los brazos de Cristo se apoyaba en el aire. En los extremos del brazo más largo de la cruz, distinguí los herrumbrosos orificios de unos clavos—. Estaba clavada en el mástil —dijo—, y no, no es un bote abandonado. O no lo ha sido hasta hace pocos días.

Un bote cristiano en una costa pagana. Devolví el crucifijo a mi hijo.

—¿Así que los hombres de Rognvald se apoderaron de un bote de pesca galés?

—¿Que se llama *Godspellere*? —se interesó mientras, con la cabeza, señalaba el pequeño bote—. Porque tal es el nombre que, toscamente escrito, lleva en la proa, padre.

Predicador, hombre que predica el evangelio. Muy propio de un barco cristiano.

—A lo mejor los galeses utilizan la misma palabra.

—Quién sabe —repuso, no muy convencido.

Predicador. Se me antojaba raro que los galeses utilizasen la misma palabra, lo que quería decir que se trataba de un bote sajón; me acordé de que Eardwulf había sustraído un bote de pesca para huir por el Sæfern. Me quedé mirando a Eadith.

—¿Vuestro hermano? —dejé caer.

—Podría ser —dijo, no muy segura. Cuanto más lo pensaba, más probable me parecía.

Eardwulf había huido Sæfern abajo y, dado que un bote tan pequeño en mar abierto sería presa fácil para cualquier enemigo, habría buscado un sitio donde cobijarse tan pronto como pudiera. ¿Por qué no llegarse a la costa de Hywel? Porque Eardwulf era conocido por ser el hombre que había fustigado a los galeses. Si hubiera desembarcado en la costa del reino de Hywel, sus días, como los de Rognvald, habrían concluido entre espantosos alaridos, pero los hombres del norte lo habrían recibido con los brazos abiertos, como corresponde a alguien que, por derecho propio, se había ganado el título de enemigo de sus enemigos.

—Mirad a ver si está entre los muertos —le ordené a mi hijo, que, al instante, ya estaba caminando entre cadáveres; dio la vuelta con el pie a un par de ellos, pero ni rastro de Eardwulf. Tampoco estaba entre los hombres que habían muerto en el poblado, de modo que si hubiera hollado aquellos parajes, se había ido en uno de los barcos de Sigtrygr—. ¡Berg! —llamé al muchacho y le pregunté por aquel bote de pesca. Sólo sabía que había llegado allí con la flota de Sigtryggr—. ¿Por qué lo abandonaron? —le pregunté.

—Demasiado lento, mi señor —contestó, y no le faltaba razón.

Pensativo, me quedé mirando el dichoso bote de pesca.

—¿Decís que hace una semana que Sigtryggr —me esforcé en pronunciar lo mejor que supe aquel nombre tan extraño— pasó por aquí por primera vez?

—Así es, mi señor.

—Y que luego se fue. ¿Por qué?

—Los primeros rumores, mi señor, apuntaban a que Sigtryggr pensaba quedarse por aquí. Que nos ayudaría a apoderarnos de más tierras.

—¿Y qué pasó? ¿Acaso cambió de parecer?

—Así es, mi señor.

—¿Adónde se dirige su flota, pues?

—Hablaban de ir al norte, mi señor. —Berg no estaba muy al tanto, aunque trataba de echar una mano—. Que todos nos íbamos al norte.

Sigtryggr había marchado en busca de un lugar donde, caso de que sus enemigos irlandeses se hicieran demasiado fuertes, las tropas de su padre pudieran retirarse tranquilamente. Tras haber avistado el miserable asentamiento de Rognvald, se le ocurrió utilizar sus fuerzas para apoderarse de un reino mayor; pero también se había aventurado más al norte y, de repente, había vuelto y convencido a Rognvald para que abandonase Abergwaun y le ayudase a conquistar otro territorio. Otro territorio

situado más al norte. Un sitio mejor, un botín más cuantioso.

Ceaster.

Más tarde nos enteramos de que la palabra empleada en galés para designar a un predicador no tenía nada que ver con *godspellere*.

—En galés, se diría *efenglydd* —me aseguró el padre Anwyn—; en ningún caso *godspellere*. Así se dice en vuestra lengua bárbara.

Contemplé el bote, sin dejar de hacerme preguntas sobre Eardwulf, mientras su hermana preparaba un emplaste de miel y telas de araña que extendió sobre el tajo que me había abierto.

Y no me dolió nada.



Al día siguiente, no sólo podía inclinarme, sino blandir una espada, girar el cuerpo, incluso empujar con fuerza el timón, que no me dolía nada. Me movía despacio, con cautela, siempre a la espera de que volviera, pero el dolor había desaparecido.

—Teníais el mal metido en el cuerpo —me explicó Eadith una vez más.

—Un espíritu —apuntó Finan.

—Era una espada encantada —dijo Eadith.

—Un espléndido trabajo, mi señor —dijo Finan sin ocultar su satisfacción; Eadith sonrió al oír el cumplido.

—Pero si la espada era portadora de un conjuro —le pregunté, tras haberlo pensado un rato—, ¿por qué no se sumó al mal que llevaba dentro cuando me la clavasteis?

—Porque el tajo no iba contra vos, mi señor —dijo—, sino contra ese espíritu maligno.

Íbamos a bordo del *Trino* de nuevo. Sihtric se las había compuesto para volver a la boca del dragón, y Hywel había enviado hombres para darle la bienvenida. A caballo, Gerbruht había ido con ellos; en mi nombre, él se encargó de advertir a Sihtric de que nos esperase allí aquella noche. Hywel ofrecía un festín en nuestro honor gracias a los víveres que habían encontrado en los barcos de Rognvald, un banquete que, entre el olor a quemado que se cernía sobre el poblado y el recuerdo de aquellos cuerpos torturados, lejos había estado de ser festivo.

Hywel se había mostrado parlanchín, y me hizo un montón de preguntas sobre Eteflada. ¿Era cierta la fama que tenía de ser una buena cristiana?

—Depende de lo que entendáis por cristiana —le había dicho—. Muchos dicen que es una pecadora.

—Todos lo somos —había respondido Hywel.

—Pero es una buena mujer.

Estaba interesado en saber qué pensaba de los galeses.

—Dejadla a su aire —repuse— y no se mezclará en vuestros asuntos.

—¿Porque odia aún más a los daneses?

—No puede ni ver a los paganos.

—Menos a uno, por lo que tengo entendido —había zanjado el rey. Pasé por alto el comentario. Esbozó una sonrisa y se quedó escuchando al arpista un momento, antes de volver a la carga—: ¿Y qué hay de Etelstano?

—¿A qué os referís, mi señor?

—Vos queréis que llegue a ser rey; no así lord Etelhelmo.

—Es un crío todavía —repuse, restándole importancia.

—Pero vos pensáis que bien merece serlo. ¿Por qué?

—Porque es un buen chaval, fuerte —contesté—, y me cae bien. Además, es hijo legítimo.

—¿En serio?

—El cura que casó a sus padres está a mi servicio.

—Lo que pone a lord Etelhelmo en situación delicada —comentó Hywel, divertido—. ¿Y qué me decís del padre del muchacho? ¿Os cae igual de bien?

—Bastante bien, sí.

—Pero es Etelhelmo quien manda en Wessex, de modo que sus deseos siempre acaban por hacerse realidad.

—Veo que disponéis de muy buenos espías en la corte de los sajones del oeste, mi señor —repuse, sin morderme la lengua.

Al oírme, Hywel se echó a reír.

—No necesito espías. No olvidéis a la Iglesia, lord Uhtred. Los clérigos escriben cartas interminables en las que cuentan todo tipo de cosas, ¡tantas! Habladurías también.

—En tal caso, estáis más que al tanto de los deseos de Etelfleda —le dije, volviendo a centrar en ella la conversación—. No cederá ante Etelhelmo y sus ambiciosos planes; lo único que quiere es expulsar a los daneses de Mercia. Y, cuando lo haya conseguido, expulsarlos de Northumbria.

—¡Ah —había dicho el rey—, aspira a Inglaterra! —Había sido un banquete al aire libre, a la luz de las estrellas, desvaída por el humo—. Inglaterra —había repetido Hywel, paladeando aquel extraño nombre, mientras contemplaba una de las enormes fogatas alrededor de las que estábamos sentados. Un bardo cantaba; el rey escuchó lo que decía durante un momento; al cabo, comenzó a hablar de nuevo, en voz baja, con un deje de melancolía, sin apartar los ojos de las llamas—. Oigo ese nombre, Inglaterra —había dicho— que designa lo mismo a lo que nosotros llamamos Lloegyr, las tierras perdidas, ésas que una vez fueron nuestras. Colinas y valles, ríos y pastos que, en su día, fueron nuestros y llevaron nuestros nombres,

nombres que daban cuenta de la historia de nuestro pueblo. Cada colina, su leyenda; cada pueblo, su historia. Los romanos se fueron como llegaron, pero los nombres permanecieron, hasta que aparecisteis vosotros, los sajones, y aquellos nombres se desvanecieron como ese humo que ahí veis. Con los nombres, se borraron las historias, y ahora sólo quedan vuestros nombres sajones. ¡Escuchad lo que dice! — señaló al bardo, que desgranaba su canción, marcando con insistencia el ritmo de sus palabras con ayuda de un arpa pequeña—. Canta la canción de Caddwy y cómo acabó con nuestros enemigos.

—¿Nuestros enemigos? —me extrañé.

—De cómo acabamos con vosotros, los sajones —convino Hywel, con una risotada—. Le pedí que no cantase nada que tuviera que ver con la matanza de los sajones, pero, a lo que parece, ni siquiera un rey está en condiciones de dar órdenes a los poetas.

—Nosotros también tenemos nuestras canciones —dije.

—Y vuestras canciones hablarán de Inglaterra —dijo el rey—, de cómo acabasteis con los daneses, ¿y qué vendrá después, amigo mío?

—¿Después de qué, mi señor?

—Cuando dispongáis de Inglaterra, cuando los paganos hayan desaparecido, cuando de sur a norte, toda Britania sea cristiana, ¿qué pasará entonces?

Me encogí de hombros.

—Dudo que viva para verlo.

—¿Se conformarán los sajones con su Inglaterra? —se preguntó, meneando la cabeza—. ¡Qué va! Repararán en estas colinas, en estos valles.

—Quién sabe.

—Por eso tenemos que ser fuertes. Decidle a vuestra Etelfleda que no me enfrentaré a ella. Por descontado que algunos galeses os robarán ganado, pero es bueno que los jóvenes se mantengan ocupados. Decidle que, como su padre, también yo tengo un sueño: el sueño de un solo país.

¿Por qué me había sorprendido tanto? Era un hombre despierto, tanto como Alfredo, y sabía que la debilidad invita a la guerra. Igual que Alfredo había soñado con unir los reinos sajones hasta forjar una nación fuerte, Hywel soñaba con unir los reinos galeses. Lo había conseguido en el sur, pero el norte era un mosaico de pequeños reinos, y los reinos pequeños son débiles.

—Así que —continuó—, aunque es muy posible que Etelfleda se entere de que hay guerra en nuestro país, decidle que no tiene nada que ver con ella. Que es un asunto nuestro. Dejados a nuestro aire y no nos mezclaremos en vuestros asuntos.

—Hasta que dejéis de hacerlo, mi señor —repuse.

Sonrió de nuevo.

—¿Hasta que dejemos de hacerlo? Sí, tenéis razón, hasta que llegue el día en que hayamos de enfrentarnos, pero, antes, construid vuestra Inglaterra, que nosotros haremos lo propio con nuestra Cymru. Y es probable, amigo mío, que los dos

llevemos muertos mucho tiempo antes de que nuestros muros de escudos tengan que enfrentarse.

—¿Cymru? —le había preguntado, sorprendido al oír tan extraña palabra.

—Vosotros lo llamáis Gales.

En alas de un viento del sudoeste, el mar como un plato ante la proa del *Trino* y abriendo una estela blanca e inquieta a nuestro paso, atrás dejábamos Cymru. Hywel me había caído bien. Lo traté poco tiempo y, sólo en contadas ocasiones, tuve ocasión de cruzarme con él. Aun así, de todos los reyes que he conocido a lo largo de mi dilatada vida, Alfredo y él fueron los que más honda impresión me causaron. Hywel aún vive, su reino ya abarca casi todo Gales, y, con cada año que pasa, se hace más fuerte. Estoy seguro de que llegará el día en que los hombres de Cymru volverán para recuperar las historias que nosotros, los sajones, les hurtamos. O que seremos nosotros quienes nos pongamos en marcha dispuestos a acabar con ellos. Quién sabe si más adelante.

Rumbo norte, pues, nos disponíamos a defender el reino de Etelfleda.



Bien podría estar equivocado. Quizá Sigtryggr fuese en busca de nuevos territorios, sí, pero en Escocia, en la accidentada costa de Cumberland, o quizás en Gwynedd, en el extremo norte de Gales. No las tenía todas conmigo.

Ocasión había tenido de navegar por la costa occidental de Britania, una costa despiadada, cuajada de escollos, batida por las olas y surcada por las corrientes, pero, al norte del río Sæfern, hay un remanso de tranquilidad, una franja de terreno donde los ríos invitan a ir tierra adentro, donde el terreno no es abrupto ni rocoso, donde abundan los pastos para el ganado y crece la avena. Ese lugar no era otro que Wirhealum, la franja de tierra que se extiende entre los ríos Mærse y Dee. Allí se alzaba Ceaster, y hasta Ceaster había llegado Etelfleda con los suyos en su lucha contra los daneses. Sólo gracias a su testarudez se había recuperado la ciudadela y las ricas tierras que la rodeaban, una proeza que había bastado para convencer a los hombres de que podían dejar Mercia en sus manos, pero, en aquel momento y si mis sospechas no eran infundadas, más hombres del norte se dirigían a Wirhealum. Una nueva flota repleta de guerreros, cientos de guerreros, y si el mandato de Etelfleda comenzaba con la pérdida de Ceaster, si se perdía aquella extensa franja de tierra recién recuperada, aquellos mismos hombres dirían que era un castigo del dios de los cristianos por haber elegido a una mujer al frente de sus destinos.

Lo más seguro habría sido regresar a Gleawecestre. Con aquel viento que soplaba del sudoeste dos de cada tres días, habría sido una travesía rápida, pero, una vez allí,

aún nos habría quedado por delante una fatigosa semana de camino antes de llegar a Ceaster. Daba por sentado que Etefleda se habría quedado en Gleawecestre, designando a los funcionarios, escribanos y curas que habrían de administrar el territorio que habían dejado en sus manos; pero también sabía que había enviado cincuenta hombres, cuando menos, como refuerzo de la guarnición de Ceaster, más hombres con los que Sigtryggr tendría que enfrentarse si, de verdad, se dirigía a aquel enclave que se alza entre dos ríos.

Así que decidí mantener rumbo norte. Por delante de nosotros, los barcos de Sigtryggr, más de veinte de tripulaciones, como hablar de un ejército de no menos de quinientos hombres. Quinientos hombres carentes de todo y en busca de tierras. ¿De cuántos hombres disponía Etefleda en Ceaster? Le pedí a mi hijo que se llegara a popa hasta el altillo del timón y se lo pregunté.

—Cuando yo estuve allí, había más de trescientos hombres —le dije.

—¿Contando los vuestros?

—Incluidos los treinta y ocho que éramos —repuse.

—Pero vos os fuisteis; por su parte, Etefleda también se llevó con ella a otros treinta y dos cuando se dirigió al sur. ¿Cuántos, pues, compondrán ahora la guarnición de Ceaster? ¿Unos doscientos cincuenta?

—Algunos más, quizá.

—O algunos menos. Los hombres también caen enfermos.

Volví los ojos a aquella lejana costa y reparé en unas hoscas colinas al pie de unas nubes que se arremolinaban. Estremecidas bajo sus caperuzas blancas, el viento agitaba las olas, llevándonos en volandas hacia el norte.

—Sabemos que acaba de enviar cincuenta hombres al norte, de modo que allí debe de haber unos trescientos hombres. Con Merewalh al frente.

Mi hijo asintió.

—Un buen hombre.

—Lo es —convine.

Mi hijo adivinó un matiz de duda en mi voz.

—¿No lo bastante, según vos?

—Capaz de pelear como un toro —contesté—, y honrado a carta cabal; pero ¿capaz de reaccionar como un gato montés? —Me caía bien Merewalh y me fiaba de él. Estaba seguro de que Etefleda lo ascendería, hasta podría nombrarlo *ealdorman*, incluso había pensado en él como marido de Stiorra. Todo se andaría, pensaba, pero, por el momento, Merewalh tenía que defender Ceaster, y los trescientos hombres con los que contaba deberían de ser más que suficientes para llevar a cabo tal misión. Los muros de la fortaleza eran de piedra; el foso que los rodeaba era profundo. Una buena construcción romana; pero aun dando por sentado que Sigtryggr estuviera al tanto, mi única duda era si aquel joven hombre del norte actuaría con la astucia de un gato montés.

—¿En qué estaba ocupada la dama Etefleda cuando os fuisteis de Ceaster? —le

pregunté a Uhtred.

—Levantaba un nuevo fortín.

—¿Dónde?

—A orillas del Mærse.

Bien pensado. Ceaster era la fortaleza que vigilaba el Dee, el río que discurría más al sur, pero el Mærse era una vía fluvial expedita. Con un fortín en la orilla, nuestros enemigos ya no podrían recurrir a ese río para adentrarse en tierra firme.

—De modo que Merewalh necesita hombres para acabar el nuevo fortín, dejar una guarnición allí —dije—, y más hombres para proteger Ceaster. No puede estar al tanto de todo con trescientos hombres.

—Sin olvidar a Osferth, que se dirige allí con nuestras familias —apuntó mi hijo, torciendo el gesto.

—Y Stiorra —dije, con el corazón encogido. Había sido un padre descuidado. Había repudiado a mi hijo mayor por culpa de su maldita religión. Uhtred había salido bueno, pero no gracias a mí. En cuanto a Stiorra, era un enigma para mí. La quería, sí, pero la había metido en la boca del lobo.

—Las familias —insistió mi hijo— y vuestras riquezas.

El destino es una ramera. Había enviado a Osferth al norte porque Ceaster me había parecido un lugar más seguro que Gleawecestre, pero, a menos que estuviese equivocado en cuanto a las intenciones de los hombres del norte, había dejado a Osferth, a mi hija, a nuestras familias, todo cuanto teníamos, a merced de una horda de enemigos. Y lo que era peor: Eardwulf podía haberse aliado con Sigtryggr, y no me cabía duda de que Eardwulf era tan taimado como un bosquecillo infestado de gatos monteses.

—Supongamos que Eardwulf se presenta en Ceaster —apunté. Mi hijo me miró con cara de no entender nada—. ¿Acaso saben que es un traidor? —le pregunté.

Se dio cuenta de por dónde iban mis recelos.

—Si todavía no están al tanto... —dijo lentamente.

—Le abrirán las puertas —sin dejarle acabar.

—A estas alturas, ya lo sabrán —insistió mi hijo.

—Se habrán enterado de lo de Eardwulf —convine. Los refuerzos que Etelfleda había enviado de Gleawecestre se lo habrían contado—. Pero ¿conocen a los que van con él?

—¡Dios mío! —dijo mi hijo, pensando en lo que acababa de decir y dándose cuenta de cuál era el peligro—. ¡Jesús bendito!

—Gran ayuda —rezongué.

El *Trino* se encaró con una ola encrespada que cubrió la cubierta de fría espuma. A lo largo del día, el viento había refrescado; ariscas y briosas, las olas se sucedían; al caer la noche, amainó el viento y el mar se serenó. Tras perder de vista tierra firme, cruzábamos la anchurosa bahía que conforma la costa occidental de Gales; me amedrentaba el extremo norte de aquella bahía que, como un brazo de roca, se

adentra en el mar, dispuesto a no dejar escapar a ningún barco que se confíe en demasía. Arriamos la vela, nos pusimos a los remos y, guiándome por las estrellas que sólo en contadas ocasiones acertaba a vislumbrar, me hice con el timón y corregí levemente el rumbo hacia el noroeste. Remábamos despacio, mientras contemplaba los destellos que, aun en plena noche, arrancan del agua esas extrañas luces que, en ocasiones, centellean en el mar. Nosotros decimos que son las joyas de Ran, el inquietante resplandor de las piedras preciosas que penden del cuello de la celosa diosa.

—¿Adónde vamos? —me preguntó Finan, en algún momento de aquella oscuridad cuajada de joyas.

—A Wirhealum.

—¿Al norte o al sur?

Buena pregunta, para la que no tenía respuesta. Si nos adentrábamos en el Dee, el río que quedaba más al sur, podríamos llegar a remo hasta las mismas puertas de Ceaster, pero si Sigtryggr había hecho lo mismo, nos encontraríamos de frente con sus hombres. Si nos decidíamos por el río que discurría más al norte, recalaríamos más lejos de Ceaster, evitando casi con toda seguridad cualquier encontronazo con la flota de Sigtryggr, pero tardaríamos mucho más en llegar a la ciudadela.

—Vamos a suponer que Sigtryggr va con la intención de apoderarse de Ceaster —dije.

—Si ha puesto rumbo a Wirhealum, eso es lo que se propone.

—Siempre y cuando sea eso, claro —repuse, de mal humor. Qué cosa tan rara es el instinto. No lo podemos tocar, palpar, oler, ni siquiera oírlo, pero no nos queda otra que fiarnos de él y, aquella noche, entre el golpeteo de las olas y el chasquido de los remos, estaba casi seguro de que mis temores estaban justificados. En algún sitio, por delante de nosotros, había una flota de hombres del norte que trataba de apoderarse de la ciudad de Etefleda, de Ceaster. Pero ¿cómo pensaban hacerlo? Nada me decía mi instinto.

—Querrá apoderarse de la ciudad cuanto antes —dejé caer.

—Eso seguro —dijo Finan—. Cuanto más lo retrase, más fuerte se hará la guarnición.

—De modo que tomará el camino más rápido.

—El Dee.

—Así que pondremos rumbo norte, hacia el Mærse. Al amanecer, nos desharemos de la maldita cruz que llevamos en la proa.

Aquella cruz en la alta proa del *Trino* nos identificaba como barco cristiano, una clara invitación a que cualquier embarcación danesa o tripulada por hombres del norte viniera a por nosotros. Cualquier barco danés luciría una amenazante figura en la proa, un dragón, una serpiente o un águila, mascarones que podían retirarse a voluntad. Así, nunca se exhibían al volver a casa porque, en aguas amigas, no había necesidad de las amenazas de aquella bestia para aplacar a los espíritus hostiles; en

cambio, cuando merodeaban por costas enemigas, tal amenaza resultaba más que necesaria. La cruz del *Trino* formaba parte del barco. El brazo más largo era una prolongación de las cuadernas de proa, que se alzaban unos pocos pies por encima de la cubierta, lo que significaba que mis hombres tendrían que recurrir a hachas para hacerla desaparecer; una vez retirada, dejaríamos de ser un reclamo para otros barcos. Estaba convencido de que, por delante de nosotros, no encontraríamos barcos cristianos, sólo embarcaciones enemigas.

A la luz gris de un límpido amanecer, las hachas cumplieron su cometido. Algunos de los cristianos se espantaron al ver que la enorme cruz, tras chocar con estrépito contra el casco, iba a parar al agua y la dejábamos atrás. Un remolino de viento rizó el mar, izamos la vela de nuevo, retiramos los remos y dejamos que aquella ligera brisa nos llevara al norte. Mucho más lejos, hacia el este, atisbé unas velas oscuras y dispersas: barcos de pesca galeses, pensé. Una nube de gaviotas revoloteaba por encima de ellos; al vernos, se apresuraron a volver a tierra, tierra que quedó a la vista más o menos una hora después del amanecer.

Seguimos adelante. ¿Rumbo a qué? No lo sabía. Acaricié el martillo que llevaba colgado al cuello y le supliqué a Thor que estuviera errado, que nos llevase hasta el Mæse y que todo estuviera tranquilo.

Pero no me equivocaba, no. Íbamos a meternos en la boca del lobo.



Esa noche, mientras el viento aullaba sobre nuestras cabezas, buscamos refugio en la costa norte de Gales y recalamos en una ensenada. Llovía a cántaros. Los relámpagos se sucedían en la costa; cada fogonazo dejaba ver unas colinas desvaídas y lo más parecido a una especie de aguanieve. La tormenta descargó tan rápida como llegó. Un arranque de mal genio de los dioses. Mucho antes del amanecer, ya había escampado. Como no entendí el significado de la cellisca, me temí lo peor. Aun así, al amanecer, el viento se había encalmado, las nubes se habían dispersado y el sol de un nuevo día se alzaba sobre unas olas tranquilas mientras recogíamos la piedra del ancla y colocábamos los remos en los escálamos.

Me hice con uno de los remos. No me dolía nada; eso sí, al cabo de una hora, tenía el cuerpo molido. Cantábamos la canción de Beowulf, que habla de cómo un héroe nadó un día entero para llegar al fondo de un gran lago y enfrentarse con la madre de Grendel, una bruja pavorosa. «*Wearþ ðã wunden-mæl* —gritábamos, mientras hundíamos las palas de los remos— *wrættum gebunden* —levantábamos las cañas—. *yrre oretta, þæt hit on eorðan læg* —seguíamos en tanto el casco avanzaba en aquel mar resplandeciente— *stið ond styl-ecg*» —cuando recuperábamos los

remos y los arrastrábamos hacia atrás—. La canción daba cuenta de cómo Beowulf, al ver que no era capaz de atravesar con su espada el espeso caparazón del monstruo, se había deshecho de aquella hoja con inscripciones en forma de volutas de humo, igual que *Hálito-de-serpiente*, y, enfrentándose a la bruja, la había arrojado al suelo, llevándose una buena tunda, que no dudó en devolver. Al fin se hizo con una de las espadas de la bruja, una espada descomunal de los días en que los gigantes hollaban la tierra, una espada tan pesada que sólo un héroe era capaz de empuñar; Beowulf descargó la espada contra el cuello del monstruo y sus gritos agonizantes se alzaron hasta la bóveda del cielo. Una bonita leyenda que, de niño, me había enseñado Ealdwulf el herrero, aunque él cantaba la versión antigua, no la más reciente, aquella que mis hombres vociferaban a bordo del *Trino* mientras surcábamos el mar aquella mañana. Así, mientras a gritos imploraban que Hālig God concediese la victoria a Beowulf, según Ealdwulf, había sido Thor, que no Dios, quien había procurado al héroe la fuerza necesaria para derrotar a tan espantosa criatura.

Y le pedí a Thor que me diera fuerzas, que para eso empuñaba la caña de aquel remo. Un hombre necesita estar fuerte para empuñar una espada, para cargar con un escudo, para embestir contra un enemigo. Me disponía a pelear y me sentía flojo, tanto que al cabo de una hora remando, le cedí el remo a Eadric y me uní a mi hijo en el altillo del timón a popa. Me dolían los brazos, pero no sentía dolor alguno en el costado.

Remamos durante todo el día y, cuando el sol ya se ocultaba a nuestras espaldas, llegamos a los grandes bancos de arena que se extienden a la entrada de Wirhealum, ese enclave donde los ríos, la tierra y el mar se confunden, donde las corrientes discurren entre ondulantes arenales atestados de bandadas de aves marinas, tan apiñadas que parecen cubiertas de nieve. Al sur, la desembocadura del Dee, más ancha que la del Mærse, y me pregunté si no me estaría equivocando, si no deberíamos remar Dee arriba por ver de llegar a Ceaster cuanto antes; sin embargo, pusimos rumbo a los intrincados arenales del Mærse. Temía que, de haber llegado allí, hubiera sido Sigtryggr quien se hubiera adentrado por el Dee para, al asalto, apoderarse de Ceaster. Toqué el martillo que llevaba al cuello y musité una plegaria.

Al cabo de los arenales, hierba y juncales; más allá, pastos y brezales, monte bajo y suaves colinas que cubría el fulgurante amarillo de la retama. Al sur de donde nos encontrábamos, en Wirhealum, dispersas trazas de humo indicaban la presencia de un caserío o de una hacienda entre los árboles, pero ninguna enorme mancha de humo afeaba el cielo del anochecer. Unas vacas pastaban junto a un arroyo; unas cuantas ovejas estaban desperdigadas en la parte más alta del terreno. Con los ojos busqué el nuevo fortín de Etelfleda. Ni rastro. Sabía que lo estaba levantando para defender aquel río, lo que significaba que estaría cerca de la orilla y, como no tenía un pelo de tonta, tenía que alzarse en la orilla sur, de forma tal que, desde Ceaster, los hombres no tuvieran dificultades en llegar; pero, a medida que nuestra sombra se alargaba sobre el agua, no vi nada parecido a una muralla, ni a una empalizada siquiera.

El *Trino* seguía adelante. Dejándonos llevar por la fuerte corriente, utilizábamos los remos sólo para mantener el rumbo río arriba. Avanzábamos despacio, sorteando los traicioneros bajíos del río. Bancos de arena en ambas orillas, unos remolinos de agua oscura nos indicaban el canal y, poco a poco, avanzábamos tierra adentro. Un chaval que cavaba en los arenales de la orilla norte interrumpió lo que estaba haciendo y nos dirigió un saludo con la mano. Saludo que devolví sin dejar de preguntarme si sería danés o de los hombres del norte. Me imaginé que también podía ser sajón. Durante años, los hombres del norte habían dominado aquellos pagos, pero, tras habernos apoderado de Ceaster, podíamos habernos hecho con muchas de las tierras que rodeaban la fortaleza y haberlas repoblado de sajones.

—Allí —dijo Finan. Aparté los ojos del muchacho, dirigí la vista río arriba y atisé un espeso bosque de mástiles que sobresalía por encima de un soto. Hasta que no reparé en lo derechos y desnudos que estaban, líneas rígidas contra un cielo cada vez más oscuro, en un primer momento, confundí los mástiles con los árboles. La corriente nos arrastraba, y no me atreví a dar media vuelta por miedo de encallar en algún bajío que no acertáramos a ver. Habría sido lo más prudente, porque aquellos mástiles daban a entender que Sigtryggr había seguido la misma ruta, Mærse arriba, que todos sus barcos estaban varados en Wirhealum, que no en Ceaster, y que un ejército de hombres del norte nos estaba esperando, pero, como el destino, la corriente nos arrastraba. En tierra, no lejos de los mástiles, se veía humo; nada que ver con una gran humareda de destrucción, sólo la neblina de las fogatas donde preparaban algo de comer que, al anochecer, destacaba entre los árboles bajos, y pensé que, por fin, había dado con el nuevo fortín de Eteflæda.

Y así, por primera vez en mi vida, que no por última, llegué a Brunanburh.

Dejamos atrás un suave recodo del río y vimos los barcos de los hombres del norte, varados en su mayoría; amarrados cerca de aquella costa cenagosa, unos pocos aún seguían a flote. Comencé a contarlos.

—Veintiséis —dijo Finan. Habían retirado los mástiles de algunos de los barcos allí varados, señal de que Sigtryggr pensaba quedarse una temporada larga.

La marea estaba casi baja. Aunque el río parecía lo bastante ancho, no dejaba de ser una ilusión óptica: estábamos rodeados de bajíos.

—¿Qué hacemos? —me preguntó mi hijo.

—Cuando lo tenga claro, os lo haré saber —rezongué, antes de inclinarme sobre el timón para aproximarnos a la flota de Sigtryggr. El sol ya casi se había puesto del todo, y el anochecer se confundía con las sombras que alargaban la oscuridad en tierra.

—Hay un montón de esos cabrones —dijo Finan en voz baja, sin apartar los ojos de la orilla.

Tampoco yo perdía de vista la orilla, pero, sobre todo, estaba pendiente del río, tratando de que el *Trino* no encallase. Sin prestar atención a los remos, mis hombres no dejaban de mirar al sur; les di una voz para que siguiesen remando y cuando,

suavemente, el barco empezó a moverse de nuevo, cedí el timón a mi hijo y contemple el nuevo fortín de Etelfleda. Hasta donde podía ver, los constructores se habían limitado a levantar un muro de tierra en un altozano próximo al río. Un muro, poco más que un terraplén, de la altura de un hombre y de unos doscientos pasos de longitud. Junto a dos edificios más pequeños, quién sabe si unos establos, se alzaba un caserío más espacioso, pero ni siquiera había empalizada. Harían falta cientos de sólidos troncos de roble o de olmo para levantar una empalizada de madera y, cerca de aquel nuevo muro de tierra, no vi árboles grandes de donde sacar tales troncos.

—Tendrá que traer los troncos hasta aquí —comenté.

—Si es que algún día llega a concluirlo —apuntó Finan.

Me imaginé que, como todos los fortines, sería cuadrado, pero, desde el *Trino*, era imposible estar seguro. El caserío no era muy grande; la madera nueva resplandecía bajo la luz agonizante. Me imaginé que los constructores de Etelfleda lo utilizarían como refugio y que, una vez concluido el fortín, levantarían un caserío más amplio. De repente reparé en la cruz en el hastial, y poco faltó para que no me echase a reír a carcajadas.

—¡Es una iglesia, no un caserío! —dije.

—Quiere que Dios esté de su parte —observó Finan.

—Más le habría valido ocuparse de levantar una empalizada —refunfuñé. Los barcos amarrados y varados ocupaban casi toda la orilla del río, pero me pareció atisbar los repechos de un canal recién excavado, probablemente para llevar el agua del Mærse hasta el foso que rodeaba la nueva construcción, en aquel momento en manos de los hombres del norte.

—¡Por Cristo bendito —susurró Finan—, hay cientos de esos cabrones! —Los hombres salían de la iglesia y se quedaban mirándonos; como bien había dicho Finan, los había a centenares. Hasta entonces, muchos se habían quedado sentados alrededor de unas fogatas. Había mujeres y niños también. En ese momento, todos se acercaban a la orilla del río para vernos pasar.

—¡No dejéis de remar! —les grité a mis hombres, arrebatando el timón a mi hijo.

Estaba claro que Sigtryggr se había apoderado del fortín a medio construir, pero la presencia de tantos hombres allí me daba a entender que aún no había intentado el asalto a Ceaster. No había tenido tiempo, aunque no me cabía duda de que lo intentaría tan pronto como pudiera. Más peligroso sería que hubiese llevado barcos y tripulaciones Dee arriba para caer de improviso sobre Ceaster porque, una vez al abrigo de aquellas murallas romanas, habría sido inexpugnable. Es lo que yo habría hecho, pero él se había mostrado más prudente. Se había apoderado de la fortaleza de menor importancia, y mantendría a sus hombres ocupados levantando una empalizada con los árboles y matorrales de espino que encontrasen, y harían más hondo el foso. Una vez que el fortín estuviese concluido, una vez que Sigtryggr se viese rodeado de tierra, estacas de madera y espinos, se sentiría casi tan seguro en Brunanburh como en el interior de Ceaster.

Un hombre se subió a los barcos varados, tan juntos que más parecían un muro de protección; de allí, saltó a uno de los barcos amarrados, tratando de llegar lo más cerca posible a nosotros.

—¿Quiénes sois? —gritó.

—¡No dejéis de remar! —La oscuridad iba a más por momentos; temía que fuésemos a encallar, pero no me atrevía a detenerme.

—¿Quiénes sois? —gritó el hombre otra vez.

—¡Sigulf Haraldson! —respondí, gritando un nombre que se me acababa de ocurrir.

—¿Qué hacéis por aquí?

—¿Quién quiere saberlo? —grité en danés, desgranando lentamente las palabras.

—¡Sigtryggr Olafson!

—¡Decidle que somos de por aquí! —contesté, sin dejar de preguntarme si el hombre que gritaba no sería el propio Sigtryggr, cosa que me parecía dudosa. Lo más probable es que fuera uno de sus hombres, enviado para echarnos el alto.

—¿Sois daneses? —gritó; pasé por alto la pregunta—. ¡Mi señor os invita a bajar a tierra!

—¡Decidle a vuestro señor que queremos llegar a casa antes de que se haga de noche!

—¿Qué sabéis de los sajones de la ciudadela?

—¡Nada! ¡No nos meternos con ellos y ellos no se meten con nosotros!

Habíamos dejado atrás el barco desde el que aquel hombre no dejaba de gritarnos, pero, con agilidad, saltó a otro que quedaba aún más cerca.

—¡Bajad a tierra! —nos gritó.

—¡Mañana!

—¿Dónde vivís? —insistió.

—Río arriba —contesté a voces—, a una hora de aquí —solté un bufido para que mis hombres remasen más deprisa; por fuerza Thor tenía que estar con nosotros, porque el *Trino* no se desvió del canal, aunque más de una vez los remos se hundieron en el cieno y, hasta en dos ocasiones, el casco chocó suavemente contra algún banco de arena antes de volver a aguas más profundas. El hombre siguió haciendo preguntas en mitad de la oscuridad, pero ya nos habíamos ido. Nos habíamos convertido en un barco espectral al anochecer, un barco fantasma que se desvanecía en la noche.

—¡Ya podéis pedirle a Dios que, por la voz, no os hayan reconocido! —apuntó Finan.

—Desde tierra no podían oírme —repuse, confiando en estar en lo cierto. Con la esperanza de que sólo llegara a oírme el hombre del barco, no había gritado tan fuerte como podía hacerlo—. Además, ¿quién habría podido reconocer mi voz?

—¿Mi hermano? —apuntó Eadith.

—¿Habéis llegado a verlo?

Negó con la cabeza. Me volví para mirar por la parte de popa, pero el nuevo fortín no era sino una sombra envuelta en otra sombra, una sombra titubeante a la luz de las fogatas, en tanto que, por el oeste, los mástiles de los barcos de Sigtryggr no eran sino vetas oscuras que se recortaban contra el cielo. La corriente había aflojado y el agua permanecía en calma; espectral, el *Trino* se perdía río arriba. No sabía lo lejos que estaba Brunanburh de Ceaster, pero calculaba que estaría a unas cuantas millas. ¿Veinte, diez, quizá? No tenía ni idea. Ninguno de mis hombres había pisado nunca el nuevo fortín de Etelfleda, así que poco podían aclararme. Había andado por las proximidades del Mærse y había recorrido las orillas que quedaban más cerca de Ceaster, pero, en aquella oscuridad cada vez más impenetrable, era imposible dar con algún punto de referencia. Sin dejar de mirar atrás, vi cómo las manchas de humo de Brunanburh quedaban cada vez más lejos, y seguí mirando hasta que, por el oeste, no atisé sino la línea del resplandor rojizo del sol que se ocultaba bajo el horizonte; por encima de nuestras cabezas, el cielo no era sino una negra oscuridad cuajada de estrellas. Estaba demasiado oscuro como para que un barco nos siguiera; en cuanto a hombres, ya fueran a pie o a caballo, sólo podrían ir dando tumbos por aquellos parajes desconocidos.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó Finan.

—Ir a Ceaster —contesté.

Y defender el trono de Etelfleda.



De vez en cuando, un atisbo de luz de luna asomaba entre las nubes y nos permitía distinguir el río. Remamos en silencio hasta que, por fin, el casco se hundió en el cieno, el *Trino* se estremeció y se quedó varado. La costa sur del río estaba sólo a unos veinte pasos; tras saltar por la borda, chapoteando, los primeros de mis hombres bajaron a tierra.

—Armas y cotas de malla —les ordené.

—¿Qué hacemos con el barco? —se interesó Finan.

—Aquí se queda —contesté. Los hombres de Sigtryggr darían con él. Con la marea alta, el *Trino* volvería a ponerse a flote y la corriente lo arrastraría río abajo; no tenía tiempo de quemarlo y, si optaba por amarrarlo, revelaría el lugar donde habíamos desembarcado. Mejor dejar que siguiera su destino. *Wýrd bið ful āraed*.

Cuarenta y siete hombres, pues, con cotas de malla, escudos y armas, mas una mujer, bajamos a tierra. Íbamos preparados para la guerra, una guerra que no tardaría en salirnos al encuentro. La presencia de tantos hombres en Brunanburh me había dado a entender que Ceaster aún estaba en manos de los sajones, y también que

Sigtryggr no tardaría en lanzar un ataque contra la imponente fortaleza.

—A lo mejor sólo pretende quedarse en Brunanburh —dejó caer Finan.

—¿Y que sigamos en Ceaster?

—Si acaba de levantar una empalizada en Brunanburh, ¿para qué tomarse la molestia? A lo mejor confía en que le paguemos para que se vaya.

—Más necio será, porque no vamos a pagar.

—Sólo un necio se atrevería a asaltar las murallas de piedra de Ceaster.

—Nosotros lo hicimos —repuse, y Finan se echó a reír—. No le gustará verse recluido en Brunanburh. Su padre lo envió en busca de tierras, y eso es lo que se dispone a hacer. Además, es joven. Tiene que labrarse un nombre. Y Berg asegura que es testarudo.

Había hablado con el muchacho. Como había sido uno de los hombres de Rognvald, no sabía mucho de Sigtryggr, pero lo que había visto le había dejado impresionado.

—Es alto, mi señor —me había contado—, de cabellos tan rubios como los de vuestro hijo, y con cara de águila, mi señor; siempre a carcajadas y dando voces. Los hombres le tienen estima.

—¿Y vos?

Berg se había quedado pensativo; al cabo, con la desenvoltura de los pocos años, se arrancó diciendo:

—¡Es como un dios que hubiera bajado a la tierra, mi señor!

Sonreí.

—¿Como un dios, decís?

—Como un dios, mi señor —había mascullado, avergonzándose casi al instante de lo que acababa de decir.

Pero aquel dios que había bajado a la tierra aún tenía que hacerse un nombre, ¿y qué mejor forma de conseguirlo que recuperar Ceaster para los hombres del norte? Por eso tenía tanta prisa en llegar. Al final, me había resultado más fácil dar con él de lo que me temía. Echamos a andar por la orilla este del río hasta que vimos la calzada romana y la seguimos en dirección sur, adentrándonos en el cementerio romano que, imaginándolo plagado de espíritus, tanto los sajones como los hombres del norte procuraban evitar. Lo cruzamos en silencio; al ver que los cristianos se santiguaban, acaricié el martillo que llevaba al cuello. Era noche cerrada, esa hora en que los muertos salen a pasear, y mientras pasábamos por delante de sus taciturnas moradas, sólo se oían nuestras pisadas sobre las piedras de la calzada.

Hasta que allí, ante nuestros ojos, apareció Ceaster.

Llegamos a la ciudad justo antes del amanecer. Hacia el este, por el cielo asomaba un filo gris como el de una espada, un atisbo de luz, nada más. Las murallas pálidas de la fortaleza, tan oscuras como la noche; la puerta norte, una negrura embozada. No alcancé a ver si en la puerta ondeaba algún estandarte. Se vislumbraba el resplandor de unas fogatas detrás de las murallas, pero no se veía a nadie montando guardia en

los parapetos. Me llevé, pues, conmigo a Finan y a mi hijo; los tres nos dirigimos a la puerta. Sabía que alguien se percataría de nuestra presencia.

—Fuisteis vos quien abrió esa puerta por última vez —le dijo Finan a mi hijo—; a lo mejor tenéis que hacerlo de nuevo.

—En aquella ocasión disponía de un caballo —repuso Uhtred. De pie en la silla de montar, había saltado por encima de la puerta, y así fue cómo arrebatamos la ciudadela a los daneses. Confiaba en que aún seguiría en nuestras manos.

—¿Quiénes sois? —gritó un hombre desde la muralla.

—Gente amiga —contesté—. ¿Sigue Merewalh al frente?

—Así es —contestó el otro de mala gana.

—Id a buscarlo.

—Está durmiendo.

—¡Que vayáis a buscarlo! —bramé.

—¿Quién sois? —insistió el hombre.

—¡Aquél que quiere hablar con Merewalh! ¿A qué estáis esperando?

Oí como el Centinela les decía algo a sus compañeros; luego, tan sólo silencio. Esperamos hasta que el filo gris de aquella espada por el este se ensanchó y alcanzó el tamaño de una hoja de luz mortecina. Cantaron los gallos; un perro aullaba en alguna parte de la ciudadela. Al cabo de un rato, por fin atisé unas sombras en la muralla.

—¡Soy Merewalh! —gritó una voz conocida—. ¿Quién sois vos?

—Uhtred —dije.

Se produjo un momento de silencio.

—¿Quién? —preguntó de nuevo.

—¡Uhtred! —grité—. ¡Uhtred de Bebbanburg!

—¿Mi señor? —como si no acabara de creérselo.

—¿Está Osferth con vosotros?

—Sí, mi señor, y vuestra hija.

—¿Y Etelfleda?

—¿Lord Uhtred? —no se lo acababa de creer.

—Abrid la maldita puerta, Merewalh —le exigí—. Vengo con ganas de desayunar.

Abrieron la puerta de par en par y entramos. Unas antorchas iluminaban el arco; reparé en el gesto de alivio que se dibujó en la cara de Merewalh en cuanto me reconoció. A sus espaldas, con lanzas o espadas en mano, una docena de hombres.

—¡Mi señor! —dijo Merewalh acercándose a mí—. ¡Estáis curado, mi señor!

—Así es —contesté. Era tranquilizador volver a ver a Merewalh, un guerrero leal, un hombre honrado y un amigo. Un alma cándida, de cara redonda y sin doblez, que no podía ocultar que estaba encantado de vernos. Antaño, había sido un hombre de Etelredo, aunque nunca había dejado de proteger a Etelfleda, lealtad por la que había pagado un alto precio.

—¿Anda Etelfleda por aquí? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—Dijo que enviaría más hombres en cuanto pudiera, pero de eso hace ya una semana y no hemos vuelto a saber nada.

Me quedé mirando a los hombres que componían su escolta mientras, con cara de circunstancias, envainaban las espadas.

—¿De cuántos hombres disponéis, pues?

—Doscientos noventa y dos en condiciones de pelear.

—¿Contando a los cincuenta que os enviara Etelfleda?

—Así es, mi señor.

—¿Y el príncipe Etelstano? ¿Está aquí también?

—Aquí está, mi señor, sí.

Me volví y observé cómo cerraban las puertas a cal y canto, cómo la recia tranca quedaba encajada en los soportes.

—¿Estáis al tanto de que hay quinientos hombres del norte en Brunanburh?

—Por lo que tenía entendido, creía que eran seiscientos —dijo, torciendo el gesto.

—¿Quién os lo dijo?

—Cinco sajones que llegaron ayer. Cinco hombres de Mercia, en realidad. Al ver que esos hombres del norte bajaban a tierra, se apresuraron a venir aquí.

—¿Cinco hombres de Mercia? —me extrañé, sin darle tiempo a responder—. Decidme: ¿teníais hombres destacados en Brunanburh?

Negó con la cabeza.

—La dama Etelfleda nos dijo que dejáramos todo como estaba hasta que ella volviese. Según ella, no estábamos en condiciones de defender a la vez Ceaster y el nuevo fortín. Una vez que esté aquí, comenzaremos las obras de nuevo.

—¿Cinco hombres de Mercia? —volví a la carga—. ¿Os dijeron quiénes eran?

—¡Los conozco! —repuso Merewalh, confiado—. Hombres de lord Etelredo.

—¿De modo que ahora están al servicio de la dama Etelfleda? —le pregunté; Merewalh asintió—. ¿Con qué fin los envió?

—Quería que se diesen una vuelta por Brunanburh.

—¿Para echar un vistazo?

—Hay daneses en Wirhealum —me explicó—. No muchos; además, aseguran que son cristianos. —Se encogió de hombros como si no acabara de creérselo—. Se dedican al pastoreo de ovejas y, si no se meten con nosotros, nosotros los dejamos tranquilos; me imagino que se temía que hubiesen causado algún destrozo.

—¿De modo que, por orden de Etelfleda, los cinco han venido aquí, han entrado por la puerta sur sin que nadie les diera el alto y no han solicitado veros? ¿Qué hacían en Brunanburh? —Esperé su respuesta, pero Merewalh no decía nada—. ¿Cinco hombres se llegan hasta aquí sólo para cerciorarse de que unos pastores no hayan echado abajo una muralla de tierra? —Seguía sin decir nada—. ¿Acaso no habéis enviado a vuestros propios hombres a echar un vistazo al nuevo fortín?

—Claro que sí.

—Entonces, ¿tan poco se fiaba Etefleda de vos que ha tenido que enviar a cinco hombres para hacer un trabajo que de sobra sabía que ya estaríais haciendo?

Atosigado con mis preguntas, al pobre Merewalh se le cambió la cara.

—Conozco a esos hombres, mi señor —dijo, aunque no muy convencido.

—¿Los conocéis bien?

Todos estábamos al servicio de lord Etefredo. Y no, no los conozco bien.

—Y esos cinco —dejé caer— estaban al servicio de Eardwulf.

—Como todos nosotros. Era el jefe de la guardia personal de lord Etefredo.

—Pero esos cinco pertenecían a su círculo íntimo —dije sin dudar; aunque de mala gana, Merewalh asintió—. Y Eardwulf —añadí— se ha unido seguramente a Sigtryggr.

—¿Quién es Sigtryggr, mi señor?

—El hombre que acababa de desembarcar en Brunanburh al frente de quinientos o seiscientos hombres del norte.

—Que Eardwulf está... —empezó a decir, antes de volverse y quedarse mirando la calle principal de Ceaster, como si, de repente, esperase ver la llegada de unos hombres del norte dispuestos a invadir la ciudadela.

—Es probable que Eardwulf se haya unido a Sigtryggr —repetí—; Eardwulf, ese traidor que ha sido declarado proscrito. Y es probable que se dirija hacia aquí en este momento. Pero no vendrá solo.

—¡Santo Dios! —dijo Merewalh, santiguándose.

—Bien podéis dar gracias a vuestro dios —le dije.

Porque la matanza estaba a punto de empezar, y habíamos llegado a tiempo.

Capítulo XI

Sigtryggr llegó al mediodía.

Sabíamos que vendría.

Sabíamos por dónde tenía pensado atacarnos.

Éramos inferiores en número; a nuestro favor, las murallas de Ceaster, que eran como disponer de un millar de hombres. Sigtiyggr también lo sabía, aunque, como todos los hombres del norte, carecía de la paciencia necesaria para planear un asedio. Sin tiempo de preparar escalas, tampoco disponía de herramientas para excavar por debajo de nuestras murallas; sólo contaba con el arrojo de sus hombres y con que estaba al tanto de que nos había engañado.

Sólo que nosotros sabíamos en qué consistía la treta.

Bienvenidos a Ceaster.



Aunque el sol ya lucía, el interior de la Gran Mansión, un sobrio edificio romano que se alzaba en el centro de Ceaster, permanecía en penumbra. Unos rescoldos ardían en el hogar central; en espiral, unas volutas de humo subían hasta el techo antes de dar con el agujero perforado entre las tejas. Los poderosos ronquidos de los hombres que aún dormían en los extremos del salón retumbaban en la amplia estancia. Había mesas y bancos corridos; algunos hombres dormían encima de las mesas. Dos criadas disponían unas tortas de avena en las piedras del hogar; otra se encargaba de acarrear leña para reavivar el fuego.

En el exterior de la sala, unos descomunales montones de leña. No leña menuda, sino troncos de roble y de olmo toscamente desbastados. Me detuve y me los quedé mirando.

—¿Acaso es ésa la empalizada de Brunanburh? —le pregunté a Merewalh.

Asintió.

—Ya no quedan troncos grandes en Wirhealum —me aclaró—, de modo que tuvimos que talarlos aquí.

—¿Y pensáis llevarlos en carreta?

—En barco, probablemente —dijo.

Eran unos troncos enormes, tan gruesos como el contorno de un gigantón, el doble de altos que un hombre. Cavarían una zanja en lo más alto del terraplén de

Brunanburh y dejarían caer los troncos en vertical, de forma que la parte superior se asentara en tierra. De esa forma, la madera duraba más tiempo. De los maderos más pequeños sacarían adarves y escalones. Abatido, Merewalh contemplaba los enormes montones.

—La dama Etelfleda desea que esté listo para el adviento.

—¡Ya podéis andar listos!

Cuando entramos en la sala, los hombres se desperezaban. El cielo clareaba y los gallos cantaban; hora de encarar un nuevo día. Bostezando y rascándose, Osferth apareció al poco; al verme, se quedó de una pieza.

—¡Mi señor!

—Veo que llegasteis bien.

—Así es, mi señor.

—¿Y mi hija?

—Todos bien, mi señor —mirándome de arriba abajo—. ¡Se os ve más ágil!

—El dolor ha desaparecido.

—¡Alabado sea Dios! —dijo, antes de darme un abrazo—. ¡Finan, Sihtric, Uhtred! —No podía ocultar el placer que sentía al ver de nuevo a sus antiguos compañeros de armas. Se fijó, luego, en Eadith; puso unos ojos como platos y me echó una mirada en busca de una explicación.

—La dama Eadith —dije— ha de recibir un trato acorde con su posición.

—Faltaría más, mi señor —mordiéndose la lengua ante tal recomendación, como si no tratase a las mujeres como es debido; en ese instante, Finan le guiñó un ojo; volvió a fijarse en ella; luego, en mí—. Faltaría más, mi señor —repitió, envarado.

—¿Y Etelstano?

—Por aquí anda, mi señor.

El fuego ardía con fuerza de nuevo; me llevé a los míos a un rincón oscuro de la sala, mientras Merewalh reclamaba la presencia de los cinco sajones que habían llegado la víspera. Entraron muy sonrientes. Para entonces, la sala estaba repleta de hombres que, una vez despiertos, acudían en busca de comida y cerveza. La mayoría de ellos no llevaban espadas ni escudos; aquellos cinco, en cambio, portaban espadas ceñidas a la cintura.

—¡Sentaos! —les dijo Merewalh, señalando una mesa—. Hay cerveza; la comida no tardará en estar lista.

—Son hombres de mi hermano —me susurró Eadith.

—Acabáis de firmar su sentencia de muerte —repuse en el mismo tono.

Vaciló un instante.

—Lo sé.

—¿Cómo se llaman?

Me lo dijo, y me los quedé mirando. Aunque todos menos uno trataban de ocultarlo, se notaba que estaban nerviosos. El más joven, poco más que un chaval, parecía aterrorizado. Los otros hablaban demasiado alto, sin dejar de tomarse el pelo

entre ellos; uno incluso le propinó un azote a la muchacha que les había llevado cerveza; a pesar de su aparente tranquilidad, por su forma de mirar, me di cuenta de que estaban a la que salta. El mayor de los cinco, un hombre llamado Hanulf Eralson, echó un vistazo por la sala y se detuvo en aquel rincón oscuro donde, en penumbra y entre unas mesas, nos habíamos medio escondido. Seguramente pensó que todavía estábamos dormidos.

—¿Confiáis en que hoy habrá pelea, Merewalh? —gritó.

—No tardaremos en saberlo.

—Dios lo quiera —dijo Hanulf, de buen talante—, porque nunca podrán con estas murallas.

—Lord Uhtred lo hizo —apuntó Merewalh.

—Lord Uhtred siempre tuvo una suerte del demonio —replicó Hanulf con aspereza—; se ve que el diablo cuida de los suyos. ¿Sabéis algo de él?

—¿Del diablo?

—No, de Uhtred —contestó Hanulf.

Le había dicho a Merewalh cómo responder si le hacían esa pregunta. Se santiguó.

—Sus hombres comentan que lord Uhtred se muere.

—Un pagano menos —dijo Hanulf, con gesto desdenoso; luego, cuando les dejaron pan y queso en la mesa, calló la boca. Sobeteó a la joven que les había llevado el queso, y algo le dijo que hizo que la chica se sonrojase y se alejase a todo correr. Sus hombres se echaron a reír; el más joven parecía más atemorizado si cabe.

—¿Así que el diablo vela por los suyos, eh? —dijo Finan.

—Vamos a ver si mira también por esos cinco —repuse, antes de volverme justo en el momento en que, seguido por tres chavales y dos muchachas de no más de once o doce años, entre risas y empujones, Etelstano entraba en la sala. Al ver a dos podencos junto al hogar, Etelstano se acomodó a su lado y les acarició los largos lomos y los hocicos grises. Los otros chicos lo imitaron, algo que no dejó de llamarme la atención: estaba claro que era el cabecilla indiscutible de aquella pequeña tropa, pensé. Tenía ese don, y estaba seguro de que, de adulto, seguiría teniéndolo. Lo observé mientras robaba dos tortas de avena de las piedras del hogar y procedía a repartirlas entre los perros, las dos chicas y él.

—¿De modo que quizá podamos echaros una mano en las murallas hoy? —le preguntó Hanulf a Merewalh.

—No esperábamos menos de vosotros —contestó Merewalh.

—¿Por dónde atacarán?

—Ojalá lo supiéramos.

—¿Una puerta, quizá? —apuntó Hanulf.

—Supongo que sí.

Los hombres escuchaban la conversación. La mayoría de los hombres de Merewalh estaban tanto de mi presencia en la sala, pero les habían ordenado no

decir nada. Por otra parte, la mayoría de ellos también estaban convencidos de que Hanulf sólo quería echar una mano a la hora de defender las murallas. Hasta donde sabían, tanto él como sus compañeros eran cinco hombres de Mercia que, por pura casualidad, habían llegado allí, dispuestos a ayudarles a defender la ciudadela.

—¿Qué me decís de la puerta que da a tierra? —se interesó Hanulf.

—¿La puerta que mira a tierra?

—La misma por la que entramos ayer.

—¡Ah, la puerta norte!

—Podemos pelear allí —se ofreció Hanulf—, si no tenéis inconveniente.

Lo que me dio a entender que Sigtryggr no pensaba venir por mar. Tampoco me lo esperaba. Habría tenido que llevar a remo su flota Mærse abajo, poner rumbo sur y remar de nuevo Dee arriba, maniobra que le habría llevado todo el día antes de llegar a la puerta sur. Eso quería decir que pensaba venir por tierra, y la puerta más próxima a Brunanburh no era otra que la norte, la misma por donde habíamos entrado nosotros.

—¿Puedo pelear en la puerta norte? —le preguntó Etelstano a Merewalh.

—Vos, mi príncipe —repuso Merewalh, muy serio—, ¡os mantendréis lo más lejos posible de cualquier combate!

—¡Dejad que el chico venga con nosotros! —propuso Hanulf, de buen humor.

—Os quedaréis en la iglesia —le ordenó Merewalh—, y rezaréis para que nos alcemos con la victoria.

A medida que el sol despuntaba, más luz había en la sala.

—Ha llegado la hora —le dije a Finan—. Hacedos con esos cabrones.

Aunque había desenvainado a *Hálito-de-serpiente*, no me fiaba por completo de mis propias fuerzas, así que dejé que, al frente de una docena de los míos, Finan y mi hijo se acercaran a la mesa. Acompañado de Eadith, fui tras ellos.

Hanulf se dio cuenta de que nos acercábamos. Imposible no hacerlo porque, de repente, todos los que estaban en la sala guardaron silencio, las voces se apagaron. Se revolvió en el banco, vio las espadas que se acercaban, y también a Eadith. Sorprendido, se quedó boquiabierto; trató de ponerse en pie, pero, al tratar de sacar la espada de la vaina, se quedó medio atorado en el banco.

—¿De verdad pretendéis plantarnos cara? —le pregunté. Una veintena de los hombres de Merewalh también habían desenvainado las espadas. La mayoría de ellos no sabían muy bien qué estaba pasando, pero optaron por imitar el gesto de Finan. Hanulf se vio acorralado. Sorprendido, Etelstano se había puesto en pie; no dejaba de mirarme.

Hanulf derribó el banco de una patada y miró hacia la puerta. No había escapatoria posible. Por un instante, pensé que pretendía abalanzarse sobre nosotros, dispuesto a encontrar la muerte en repentina y desigual pelea; en cambio, dejó caer la espada, que fue a estrellarse contra el suelo, y no dijo nada.

—Vosotros —ordené—, arrojad al suelo vuestras espadas. Vos —señalando a

Etelstano—, venid aquí.

Tuvimos tiempo entonces de interrogarlos y no nos costó nada arrancarles las respuestas. ¿Acaso esperaban seguir con vida si decían la verdad? Confesaron que eran hombres de Eardwulf, que habían huido de Gleawecestre con él y que habían navegado rumbo oeste a bordo del Godspellere hasta que se encontraron con la flota de Sigtryggr. Y que habían ido a Ceaster con la intención de abrir la puerta norte a los hombres de Sigtryggr.

—¿Y eso será hoy? —les pregunté.

—Sí, mi señor.

—¿Cuál será la señal?

—¿Señal, mi señor?

—Para avisaros de que abráis la puerta.

—Bajará su estandarte, mi señor.

—¿Y en ese momento acabaríais con todos los hombres que se cruzasen en vuestro camino —pregunté— y abriríais la puerta a nuestros enemigos?

Hanulf calló la boca, pero el más joven, aquel chico, se descolgó con una súplica.

—¡Mi señor! —empezó a decir.

—¡Silencio! —bramé.

—Mi hijo no... —empezó a decir otro de los hombres, antes de que le dirigiera una mirada que le obligó a cerrar la boca. El chaval estaba llorando. No tendría más de catorce años, quince a lo sumo, y sabía de la espantosa suerte que le esperaba, pero no estaba de humor para peticiones de piedad. Ninguno de ellos la merecía. Si Hanulf hubiera conseguido su propósito, Sigtryggr habría entrado en Ceaster y casi todos mis hombres, por no hablar de los de Merewalh, habrían muerto.

—¡Príncipe Etelstano! —grité—. ¡Venid aquí!

Etelstano se apresuró a cruzar la sala y llegarse a mi lado.

—¿Mi señor?

—Estos hombres formaban parte de aquéllos que fueron a Alencestre con el propósito de haceros prisionero, mi príncipe —le dije—, y ahora están aquí para entregar Ceaster a nuestros enemigos. Vos seréis quien decida el castigo que merecen. Osferth, traed una silla a vuestro sobrino. —Osferth le acercó una silla—. Ésa no —le dije, señalando la silla más imponente de aquella sala, probablemente la misma que ocupaba Etelfleda cuando estaba en la ciudadela. Provista de brazos y de alto respaldo, era lo más parecido a un trono; obligué a Etelstano a sentarse en ella—. Algún día —le dije—, podríais llegar a ser el rey de este reino; así que, igual que con la espada, debéis ejercitaros en el arte de reinar. Hoy, seréis vos quien imparta justicia.

Se me quedó mirando. No era más que un crío.

—Justicia —dijo, azorado.

—Justicia —repetí, mirando a los cinco—. Con oro y plata, recompensáis aquello que os parece bien; del mismo modo, no dejáis impunes los delitos. Impartid justicia,

pues. —El chico torció el gesto, como queriendo saber si hablaba en serio—. Están esperando —dije con aspereza—, ¡todos estamos esperando!

Etelstano miró a los cinco, respiró hondo y, por fin, preguntó:

—¿Sois cristianos?

—Más alto —le dije.

—¿Sois cristianos? —aún no le había cambiado la voz.

Hanulf me echó una mirada, como rogándome que le ahorrara semejante desaire.

—Dirigíos al príncipe —le dije.

—Lo somos —repuso desafiante.

—¿Habríais permitido que los paganos se apoderasen de esta plaza? —le preguntó Etelstano.

—Obedecíamos a nuestro señor —contestó Hanulf.

—Vuestro señor es un proscrito —repuso Etelstano; Hanulf calló la boca.

—¿Cuál es vuestra decisión, mi príncipe? —le pregunté.

Nervioso, Etelstano se humedeció los labios.

—Son reos de muerte —dijo.

—¡Más alto!

—¡Reos de muerte!

—Más alto todavía —le dije—, y decídselo a ellos, no a mí. Miradles a los ojos y decidles cuál es vuestra sentencia.

Con los nudillos blancos de tanto aferrarse a los brazos del sillón, soltó mirándoles a los ojos:

—Sois reos de muerte porque os disponíais a traicionar a vuestro país y a vuestro dios.

—Nosotros... —empezó a decir Hanulf.

—¡Silencio! —bramé, y miré a Etelstano—. ¿Cómo han de morir, mi príncipe, lenta o rápidamente? ¿Cómo hemos de ejecutados?

—¿Cómo?

—Podemos ahorcarlos con rapidez, mi príncipe —le aclaré—, o hacer que su agonía se prolongue. O podemos ejecutarlos a espada.

El chico se mordió los labios y se volvió a los cinco.

—Moriréis a espada —dijo con aplomo.

Los cuatro de más edad trataron de hacerse con las espadas, pero fueron demasiado lentos. Tras prenderlos, a rastras los sacaron a la luz gris del amanecer, bajo la cual los hombres de Merewalh los despojaron de cotas de malla y ropas, dejándolos tan sólo con unas camisolas sucias que les llegaban a las rodillas.

—Que venga un cura —suplicó Hanulf—, no nos negaréis un cura.

El cura de Merewalh, un hombre llamado Wissian, rezó con ellos.

—No os demoréis, padre —le advertí—, ¡nos queda mucho por hacer!

Etelstano observaba a los hombres, a los que habían obligado a ponerse de rodillas.

—¿Ha sido una decisión acertada, mi señor? —me preguntó.

—Cuando comenzasteis a ejercitaros con la espada, ¿qué fue lo primero que aprendisteis? —le pregunté.

—A eludir.

—A eludir, muy bien —le dije—, ¿y qué más?

—A eludir, a esquivar y a atacar.

—Empezasteis por lo más fácil —le dije—; lo mismo ocurre con la justicia. Era una decisión fácil; por eso consentí que fuerais vos quien la tomarais.

Se me quedó mirando muy serio.

—¿Fácil? ¿Arrebatarse la vida a un hombre? ¿Arrebatársela a cinco?

—Eran traidores y proscritos. Fuere cual fuere vuestra decisión, iban a morir. —Vi cómo el cura les tocaba la frente—. ¡Padre Wissian! —grité—. Al diablo no le gusta esperar mientras vos perdéis el tiempo. ¡Daos prisa!

—Siempre decís que uno ha de quedar con vida —dijo Etelstano en voz baja.

—¿Ah, sí?

—Así es, mi señor —dijo, al tiempo que muy seguro se acercaba a los hombres que estaban de rodillas y le hacía una seña al más joven.

—¿Cómo os llamáis?

—Cengar, mi señor —dijo el chico.

—Venid —dijo Etelstano y, como el chico dudaba, lo arrastró por el hombro—. Os he dicho que vengáis. —Trajo a Cengar ante mí—. De rodillas —le ordenó—. ¿Tendréis la bondad de prestarme vuestra espada, lord Uhtred?

Le tendí la espada y reparé en cómo cerraba sus pequeñas manos sobre la empuñadura.

—Juradme fidelidad —le dijo a Cengar.

—Sois un necio, un cabeza de chorlito, mi príncipe —le dije a Etelstano.

—Jurad —le dijo Etelstano a Cengar.

El chaval tomó entre las suyas las manos de Etelstano y le juró fidelidad. Mientras pronunciaba el juramento, alzó la vista y lo miró a los ojos; vi los lagrimones que le corrían por la cara.

—Tenéis tanto seso como un renacuajo —le dije a Etelstano.

—¡Finan! —alzó la voz Etelstano, sin hacer caso de mis palabras.

—¿Mi príncipe?

—Devolvedle a Cengar sus ropas y sus armas.

Finan se me quedó mirando. Me encogí de hombros.

—Haced lo que os dice este necio, este cabeza de serrín.

Matamos a los otros cuatro. Todo fue bastante rápido. Obligué a Etelstano a ver cómo morían. Tentado estuve de dejar que fuera él quien acabara con Hanulf, pero tenía prisa y no quería perder el tiempo viendo cómo un chiquillo trataba de acabar con un hombre, de modo que fue mi hijo quien acabó con Hanulf, esparciendo más sangre en aquella calle romana. Pálido, Etelstano contempló la matanza, mientras

Cengar seguía llorando porque lo habían obligado a presenciar la muerte de su padre. Hice un aparte con el chico y le dije:

—Escuchadme bien: si quebrantáis el juramento que habéis hecho al príncipe, acabaré con vos. Dejaré que las comadreas os mordisqueen las pelotas, os cortaré la polla en rodajas, os sacaré los ojos, os arrancaré la lengua, os despellejaré empezando por la espalda y os romperé los tobillos y las muñecas. Y permitiré que sigáis con vida. ¿Me habéis entendido bien, muchacho? —Demasiado asustado para articular palabra, se limitó a asentir—. Así que, dejad de lloriquear y a trabajar. Hay mucho que hacer.

Y llegó la hora de trabajar.



Aunque no andaba lejos cuando le llegó su hora, no presencié la muerte de mi padre. Tendría la edad de Etelstano más o menos cuando los daneses invadieron Northumbria y se apoderaron de Eoferwic, capital de ese territorio. Al frente de sus hombres, mi padre se unió al ejército que se disponía a recuperar la ciudad, tarea que, a primera vista, parecía sencilla, porque los daneses habían permitido que todo un lienzo de la empalizada de Eoferwic se viniera abajo, desbrozando el camino que llevaba a las calles y callejas que se abrían más atrás. Todavía recuerdo cómo nos mofábamos de lo descuidados y necios que eran.

Vi cómo nuestro ejército formaba tres cuñas. El padre Beocca, a quien habían dejado a mi cuidado para mantenerme alejado de la refriega, me explicó que la cuña se llamaba en realidad *porcinum capet*, hocico de verraco o táctica de la piara, palabras latinas que, por inexplicable que parezca, se me quedaron grabadas para siempre. Convencido de que estaba a punto de presenciar una victoria cristiana sobre los invasores paganos, Beocca estaba exultante. A su lado, y tan nervioso como él, recuerdo el animoso griterío de los nuestros, los de Northumbria, cuando, estandartes al viento, se dispersaron por el bajo terraplén de tierra, saltaron lo poco que quedaba en pie de la empalizada y entraron en la ciudad.

Allí perdieron la vida.

Los daneses no habían sido ni tan descuidados ni tan necios. Habían dejado que los nuestros se adentrasen en la ciudad; una vez dentro, se encontraron con que sus enemigos habían levantado un nuevo muro, delimitando el recinto donde tendría lugar la carnicería, y nuestro ejército se vio atrapado. Desde entonces, Eoferwic fue conocida como Jorvik y los daneses se apoderaron de toda Northumbria, de toda menos de la fortaleza de Bebbanburg, inexpugnable incluso para un ejército de daneses de pura cepa.

En Ceaster, y gracias a Etelfleda, disponíamos de docenas de pesados troncos de árbol, listos para ser transportados a Brunanburh y, con ellos, levantar una empalizada.

Los utilizamos, pues, para levantar un muro.

Quienquiera que se adentre en Ceaster por la puerta norte verá una calle, edificios a ambos lados, construcciones romanas de piedra o ladrillo en realidad, que en línea recta discurre hacia el sur. A la derecha, un caserón alargado con ventanales y una sola puerta, vanos todos fáciles de clausurar; de siempre había pensado que era un acuartelamiento. A la izquierda, unas cuantas casas separadas entre sí por callejas. Cegamos las callejas con troncos de árbol y claveteamos las puertas y ventanas de las casas. Como las callejas eran estrechas, dispusimos los troncos a lo largo hasta levantar una especie de adarve de unos cinco pies de altura sobre el ras de la calle; larga como era, la cegamos con más troncos, un descomunal montón de pesados troncos. Los hombres de Sigtryggr podrían entrar en la ciudad, pero sólo se encontrarían con una calle que no llevaba a ninguna parte, una calle cegada por enormes troncos, una calle convertida en una ratonera de piedra y madera, aparte de letal, por obra del fuego y del acero.

Fuego. La parte más endeble de aquella encerrona era el caserón alargado que se alzaba al oeste de la calle. No teníamos tiempo de echar abajo la techumbre y habilitar un adarve en lo alto de los muros; al verse atrapados, a hachazos, los hombres del norte echarían abajo la puerta y los amplios ventanales clausurados. Ordené que unos cuantos hombres amontonasen paja y leña menuda, tablones de madera, cualquier cosa que pudiera arder, en aquel edificio alargado. Si a los guerreros de Sigtryggr se les ocurría irrumpir en el antiguo acuartelamiento, un infierno se les vendría encima.

Amontonamos más troncos en el adarve que había en lo alto de la puerta. Ordene que echaran abajo dos de las casas romanas y que los hombres llevaran los bloques de piedra de mampostería a las barricadas y a la puerta. Apilamos unas cuantas lanzas para arrojárselas a los hombres de Sigtryggr. El sol estaba cada vez más alto; mientras, nosotros seguíamos acarreando madera, piedra, acero y fuego para culminar la encerrona. Luego, cerramos la puerta, dispusimos hombres en las murallas, izamos nuestros esplendorosos estandartes y esperamos.

Bienvenidos a Ceaster.



—Etelfleda estaba al tanto de que no pensabais venir directamente aquí —me dijo mi hija—. Se enteró de que estabais aprovisionando un barco.

—¿Y no hizo nada para impedirlo?

Stiorra sonrió.

—¿Queréis que os cuente lo que dijo?

—Más os vale.

—Vuestro padre, me dijo, roza la perfección cuando desobedece una orden.

Refunfuñé. Stiorra y yo nos encontrábamos en el adarve situado encima de la puerta norte; no perdía de vista los bosques por donde, a lo lejos, esperaba que Sigtryggr se dejase ver. Toda la mañana había brillado el sol; en aquel momento aparecieron unas nubes por el norte y por el oeste. Más lejos, hacia el norte, se veían las grises cortinas de lluvia que caían sobre las inhóspitas tierras de Cumbria; en Ceaster, ni una gota.

—¿Más piedras? —preguntó Gerbruht. Amontonados en el adarve, debía de haber unos doscientos bloques de piedra de mampostería, ninguno de ellos de menor tamaño que la cabeza de un hombre.

—Más, muchos más —dije, y esperé hasta que se hubo ido—. ¿Qué pinto yo aquí si, como dicen, no estoy en condiciones de pelear?

—Tengo la impresión de que la dama Etelfleda se lo imaginaba.

—¡Es una puta muy larga!

—¡Padre! —se revolvió.

—Igual que vos —dije.

—Dice que ya va siendo más que hora de que me case —dijo Stiorra.

Di un leve respingo. Si bien no le faltaba razón al decir que ya iba siendo más que hora de encontrar un marido para Stiorra, el matrimonio de mi hija no era asunto de ella.

—¿Tiene alguna víctima propiciatoria en mente? —le pregunté.

—Según ella, cualquier sajón del oeste.

—¡Un sajón del oeste! ¿Así, sin más? ¿Cualquier sajón del oeste?

—Dice que el *ealdorman* Etelhelmo tiene tres hijos.

Me eché a reír.

—No le aportáis nada, ni tierras ni una enorme fortuna. Se avendría a casaros con su intendente, pero no con uno de sus hijos.

—La dama Etelfleda dice que cualquier hijo de un *ealdorman* sajón del oeste sería un buen partido —dijo Stiorra.

—Eso quisiera ella.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Etelfreda quiere vincularme al reino de su hermano —le expliqué—; le preocupa que, caso de que ella desaparezca, vuelva a unirme a los paganos; por eso cree que vuestro matrimonio con un sajón del oeste sería de ayuda.

—¿Lo sería?

Me encogí de hombros de nuevo.

—No me imagino peleando contra el padre de vuestros hijos; menos aún si lo queréis. Así que sí, ayudaría.

—¿Acaso tengo elección? —preguntó.

—Por supuesto que no.

Torció el gesto.

—¿De modo que vos y la dama Etefleda elegiréis por mí?

Reparé en unos pájaros que alzaban el vuelo por encima de aquellos lejanos bosques. Algo los había espantado.

—No es asunto de ella —le dije—; yo elegiré por vos.

Stiorra también había reparado en los pájaros que habían alzado el vuelo por encima de los árboles y se los quedó mirando.

—¿Y madre? ¿Acaso tuvo ella elección?

—Ninguna. Me vio y se quedó prendada. —Lo había dicho muy a la ligera, pero era cierto o, al menos en mi caso, lo había sido—. La vi —añadí— y me quedé embelesado.

—Pero vos pensáis que el mío ha de ser un matrimonio de conveniencia, a cambio de tierras o dinero.

—¿Qué otra cosa podáis esperar? —insistí, muy serio, Alzó los ojos, me miró y traté de mantenerme serio, pero me hizo reír—. Nunca os pondré en manos de un mal hombre —le prometí—, y dispondréis de una rica dote, pero tanto vos como yo sabemos que los matrimonios se conciertan por conveniencia. —Miré a los bosques que quedaban a lo lejos y no atisé nada que se aproximase, pero estaba seguro de que los hombres del norte andaban por allí.

—Vos no os casasteis por conveniencia —me echó en cara Stiorra.

—Pero vos sí lo haréis —repuse—, en interés mío. —Me volví en el instante en que Gerbruht dejaba otro pedazo de piedra de mampostería en el adarve—. Debe de haber bacines en la ciudad —le dije.

—¿Orinales, mi señor?

—Traed todos los que podáis.

Esbozó una sonrisa maliciosa.

—Sin falta, mi señor.

Arrancando destellos de las lápidas blancas, un rayo de sol se abrió paso por encima del cementerio romano.

—¿Hay algún hombre con el que deseéis casaros? —le pregunté a Stiorra.

—No —meneando la cabeza—, claro que no.

—Pero ¿queréis casaros?

—Me gustaría haceros abuelo —dijo.

—A lo mejor os recluyo en un convento —rezongué.

—No —replicó—, no lo haréis.

Y recordé la profecía que, mucho tiempo atrás, pronunciara Gisela al ver la distribución de las runas: que un hijo me partiría el corazón; que otro hijo haría que

me sintiera orgulloso y que Stiorra sería madre de reyes. Hasta entonces, las runas no se habían equivocado. Un hijo se había hecho cura, mi otro hijo iba camino de ser un consumado hombre de armas; sólo quedaba por ver qué le deparaba el destino a Stiorra. Al acordarme de las runas me acordé de Ælfadell, aquella vieja que había profetizado un futuro de reyes muertos, y pensé en su nieta, la muchacha que, aunque muda, embrujaba a los hombres con su belleza. Su abuela la había llamado Erce, pero cuando, más adelante, se casó con Cnut Longsword, él le impuso el nombre de Frigg. No se casó con ella por tierras ni por conveniencia, tan sólo por lo hermosa que era. Antes de la batalla de Teotanheale, tanto ella como su hijo habían caído en nuestras manos; desde entonces, sin embargo, había estado tan quebrantado que casi la había olvidado.

—Me pregunto qué habrá sido de Frigg —le dije a mi hija. Se quedó tan sorprendida que hasta yo mismo me extrañé—. ¿Sabéis algo de ella? —le pregunté.

Esbozó una sonrisa desmayada.

—Vuestro hijo la mantiene.

Sin salir de mi asombro, me la quedé mirando.

—¿Que Uhtred la mantiene?

No era capaz de mirar a otra parte. Había creído que mi hijo de verdad le había sacado gusto a llevar una hacienda, y yo le había animado a hacerlo. En ese momento entendía el porqué de tanto entusiasmo con la hacienda.

—¿Por qué no me ha dicho nada?

—Me imagino que porque no quiere que vayáis a verla, padre —repuso con una sonrisa dulce—. Me cae bien.

—¿No se habrá casado con ella, verdad? —le pregunté, asustado.

—No, padre. Pero ya va siendo hora de que se case. Es mayor que yo. —Dio un paso atrás y arrugó la nariz; Gerbruht traía un enorme barreño repleto de heces y orines—. ¡Cuidado, no derramáis nada! —le gritó.

—Son sólo heces de las dependencias de la guardia, señora —dijo—; no hacen daño a nadie. Sólo que huelen un poco fuerte. ¿Dónde queréis que lo ponga, mi señor?

—¿Hay más?

—A montones, mi señor. Cubos y cubos de maravillosa mierda.

—Ponedlos donde podáis arrojárselos a los hombres del norte —le dije.

Bienvenidos a Ceaster.



Sigtryggr llegó al mediodía. Aunque unas nubes ocultaban el sol, su luz arrancaba

destellos de las hojas de los hombres que venían con él. Como no resultan fáciles de manejar a bordo de un barco, sólo había traído doce caballos de Irlanda, de modo que la mayoría de los suyos venían a pie. Supuse que Sigtryggr formaría parte del reducido grupo de jinetes que cabalgaban al pie de un enorme estandarte blanco donde ondeaba un hacha de color rojo.

Al menos en una cosa me había equivocado: Sigtryggr traía escalas. Al principio, me parecieron un tanto rudimentarias, hasta que caí en la cuenta de que no eran sino los mástiles de los barcos varados a modo de travesaños atados o claveteados. Traían doce de aquellas escalas, lo bastante largas como para salvar el foso y llegar a lo alto de las murallas.

Su ejército se abrió paso por entre las tumbas del cementerio romano y se detuvo a cien pasos de la ciudadela. Hasta donde yo estaba, sólo llegaba un rugido de voces masculinas y el estrépito de espadas aporreando pesados escudos; aunque no llegaba a oírlos, sabía que nos cubrían de insultos. Con los escudos a la espalda, los jinetes se acercaron por la calzada. Uno de ellos llevaba una rama llena de hojas, señal de que querían parlamentar. Busqué a Eardwulf entre ellos, pero no llegué a verlo. Los jinetes se detuvieron; todos menos uno, que espoleó su enorme corcel y se llegó cerca de la puerta.

—Vos seréis quien hable con él —le dije a Merewalh—; no debe saber que ando por aquí. —Di un paso atrás al tiempo que cerraba las baberas del yelmo.

Sin apartar los ojos del jinete que venía solo, mi hija se quedó junto a Merewalh.

—Tiene que ser Sigtryggr —dijo, dando un paso atrás hasta llegarse a mi lado.

Y así era. Aquélla fue la primera vez en mi vida que vi a Sigtryggr Ivarson. Era un hombre joven, muy joven, ni siquiera habría cumplido los veinte, y ya marchaba al frente de un ejército. Sin barba, cara alargada y rasgos muy marcados que una sonrisa se encargaba de suavizar, no llevaba yelmo, de modo que sus largos cabellos claros le caían por la espalda. Me dio la impresión de ser alguien muy pagado de sí mismo, muy seguro y, me malicié, muy engreído. Su cota de malla refulgía; una cadena de oro de tres vueltas al cuello; unos brazos cargados de esplendorosos brazaletes; tachones de plata en la vaina y en la brida, a lomos de un impresionante corcel no menos engalanado que su amo. Pensé en las enfervorizadas palabras de Berg en cuanto a que Sigtryggr era como un dios que hubiera bajado a la tierra. Brioso, su corcel gris se encabritó en la calzada cuando Sigtryggr lo refrenó a diez pasos del foso.

—Me llamo Sigtryggr Ivarson —gritó—. Os presento mis respetos.

Merewalh no dijo nada. Uno de sus hombres le iba traduciendo en voz baja.

—Observo que guardáis silencio —gritó Sigtryggr—, ¿por miedo, quizá? Hacéis bien en temernos, porque acabaremos con vosotros. Nos quedaremos con vuestras mujeres y venderemos a vuestros hijos como esclavos. A menos, claro está, que nos entreguéis la ciudadela.

—No digáis nada —le musité a Merewalh.

—Si os rendís, dejaré que os vayáis tranquilamente. Los podencos no se dedican a perseguir ratones de campo. —Clavó los talones en su corcel y se acercó un par de pasos. Se quedó mirando el foso inundado y reparó en las puntiagudas estacas que sobresalían del agua; luego, volvió a mirarnos. Estaba más cerca, y entendí por qué Berg se había quedado tan impresionado. Sigtryggr era un hombre apuesto sobremanera, de cabellos rubios y ojos azules, de aspecto temerario incluso. Parecía que nuestro silencio le hacía gracia—. ¿Tenéis perros y cerdos tras esos muros?

—Dejad que siga hablando —musité.

—Seguro que sí —continuó, tras esperar una respuesta que nunca llegó—. Os lo pregunto sólo por consideraciones prácticas. Enterrar vuestros cadáveres nos llevaría tiempo; quemarlos nos llevaría días, ¡con lo mal que huelen los cuerpos cuando arden! Pero los perros y los cerdos no tardarán en devoraros. A menos, claro está, que os rindáis ahora. —Calló un momento y se quedó mirando a Merewalh—. ¿Preferís guardar silencio? —preguntó entonces—. En tal caso, debo deciros que mis dioses han decretado que hoy me alzaría con la victoria. Así lo confirman las runas, ¡y ellas nunca mienten! Me alzaré, pues, con la victoria, en tanto que vosotros sufriréis la derrota, aunque siempre os quedará el consuelo de que vuestros perros y vuestros cerdos no pasarán hambre. —Volvió grupas—. ¡A más ver! —gritó, y espoleó su montura.

—Cabrón engreído —musitó Merewalh.

Sabíamos que pensaba atacar por la puerta norte. Aun cuando Hanulf y sus secuaces hubieran seguido con vida para abrirles las puertas, si Sigtryggr hubiera concentrado a sus hombres para caer sobre ese punto, habríamos contado con fuerzas suficientes para plantarles cara; suficientes para librar un encarnizado combate en el arco de la entrada. Pero Sigtryggr parecía dispuesto a enredarnos. Dividió sus fuerzas: desplegó la mitad de sus hombres por la esquina nordeste de la ciudadela, en tanto que la otra mitad se dirigió a aquélla que se alzaba en el noroeste. Socavado en parte tras las inundaciones que había habido a comienzos de aquella primavera, el baluarte del noroeste era nuestro punto más débil; con todo, aun medio en ruinas, seguía siendo un obstáculo formidable. La muralla estaba reforzada con tablones en aquel punto donde, por otra parte, el foso era ancho y profundo. Al igual que en las murallas que daban al nordeste, allí también disponíamos de hombres curtidos; con todo, agazapados, la mayoría de los nuestros se concentraban en el lugar donde habíamos planeado la encerrona. Lo único que Sigtryggr podía llegar a ver de la puerta norte era una docena de hombres en lo alto de la muralla.

Sentados por el suelo, en la calzada o en los campos que se extendían a ambos lados, algo más de un centenar de los suyos mataban el tiempo. Aunque sabíamos que estaban a la espera de que se abrieran las puertas, me imaginé que pretendía hacernos creer que se trataba de tropas que prefería mantener en la reserva. Mientras, arrojando lanzas y profiriendo insultos, unos cuantos grupos se dispersaban a lo largo de la muralla norte con la intención de desviar la atención de los defensores hacia otro lado

mientras, en el interior, sus cinco hombres desatracaban la puerta. Rodeado por los otros jinetes y un montón de guerreros a pie, a lomos de su montura, Sigtryggr se encontraba a unos sesenta o setenta pasos de la muralla. Como si la puerta fuera lo de menos, procuraba no apartar la vista del baluarte del noroeste. Desenvainó la espada, la mantuvo en alto un instante y la dejó caer, señal que marcaba el inicio del ataque contra aquella esquina. Los hombres concentrados en aquel punto lanzaron sus gritos de guerra, se llegaron al pie del foso y colocaron sus enormes y pesadas escalas contra la parte alta de la muralla. Estampando las espadas contra los escudos, en medio de un estruendo ensordecedor, arrojaron hachas y lanzas, pero ni uno solo en realidad trató de trepar por las desmañadas escalas. De repente, el portaestandarte de Sigtryggr agitó el enorme pendón de lado a lado hasta que, con ademán calculado y ostentoso, bajó el estandarte hasta que el hacha roja tocó la calzada.

—Ahora —grité.

Y los hombres que esperaban bajo el arco abrieron la pesada puerta. Y los hombres del norte se abalanzaron en tromba. Eran raudos, tanto que cuatro de los míos, aquéllos que estaban retirando la tranca y abriendo las puertas, casi resultan arrollados por los jinetes que venían con Sigtryggr, los primeros en pasar bajo el arco, quienes, al ver que ni siquiera les arrojaban lanzas desde lo alto de la puerta, debieron de pensar que era su día de suerte. No pretendía contener la avalancha; sólo quería reunir el mayor número posible de hombres del norte en aquella calle cegada. Por eso, los caballos no encontraron ningún impedimento y sus cascos retumbaron sobre las venerables losas de piedra; tras ellos, un enjambre de guerreros a pie. Los hombres que simulaban atacar los baluartes de las esquinas no se molestaron ya en ocultar sus verdaderas intenciones y se abalanzaron hacia la puerta abierta.

Sigtryggr se encontraba en el interior de la ciudad y, durante un par de segundos, debió de pensar que había alcanzado una sonada victoria, hasta que reparó en la alta barrera que se alzaba más adelante y en los hombres que acechaban en lo alto de las barricadas del lado este de la calle. Al darse cuenta de que el ataque estaba condenado al fracaso, volvió grupas con rapidez y los jinetes que iban tras él chocaron con su corcel.

—¡Ahora, ahora! ¡Acabad con ellos! —grité, y volaron las primeras lanzas.

Los jinetes que casi habían llegado a la alta barricada que cegaba la calle no tuvieron ninguna oportunidad. Gritaban mientras caían, gritaban mientras llovían las pesadas lanzas y, dando vueltas por el aire, les lanzaban hachas desde tres puntos distintos. Sangre en las losas del pavimento, jinetes que trataban de zafarse de sus monturas y, tras ellos, una avalancha de hombres del norte que, ignorantes de la encerrona que les teníamos preparada, se afanaba en entrar por la puerta.

Y así fue, me dio por pensar, cómo mi padre encontró la muerte. Cómo se perdió Northumbria. Cómo los daneses habían iniciado la invasión de la Britania sajona, empresa que poco faltó para que culminasen con éxito. Como una inundación, se extendieron hacia el sur; tras ellos, llegaron más y más hombres del norte, y contra

ellos habíamos tenido que enfrentarnos de sur a norte, condado a condado, pueblo a pueblo, para recuperar nuestro país.

—¿Mi señor? —gritó Gerbruht, impaciente.

—¡Adelante! —ordené.

Gerbruht y sus hombres arrojaron los pesados troncos de árbol que habrían de cegar la puerta y, con satisfacción, procedieron a vaciar los barreños repletos de heces sobre los acorralados hombres del norte. Incapaces de entender por qué no avanzaban, ignorantes del horror que les habíamos preparado, más y más hombres del norte se agolpaban en el exterior de la puerta de la fortaleza, cuando cuatro de los míos comenzaron a lanzarles grandes piedras, capaz cada una de aplastar una cabeza con yelmo y todo.

Despiadada fue, por nuestra parte, la carnicería. Algunos de los hombres de Sigtryggr trataron de subirse a las barricadas; los nuestros estaban ya en posición. Si trata de trepar, un hombre siempre queda expuesto a que lo alanceen, por no hablar de los hachazos que puedan caerle encima. En lo alto de la puerta, contemplaba lo que estaba pasando, satisfecho de haber consentido que fueran los jóvenes quienes librarán aquella batalla. Tratando de responder, los hombres del norte sólo añadían más y más muertos a las barricadas. Una docena de los suyos trató de irrumpir en el caserón alargado; a hachazos, echaron abajo la puerta que daba a la calle por ver de escapar por las puertas traseras, pero Osferth ya había dado orden arrojar antorchas prendidas en la estancia, y el humo, espesándose por momentos, más aquel repentino y terrible calor bastaron para echarlos atrás.

Algunos de los hombres de Sigtryggr pretendían huir por la puerta que seguía abierta, en tanto que otros tantos no cejaban en su empeño de entrar, mientras Gerbruht y sus cuatro hombres no dejaban de arrojarles pedruscos. Unos gritaban para que dejaran libre la puerta, otros trataban de ponerse a salvo de los bloques de mampostería, y ése fue el momento elegido por Finan para cargar desde la imponente barricada que cegaba la calle.

Se había negado en redondo a que participase en el combate.

—Todavía no estáis lo bastante fuerte, mi señor —había zanjado la conversación.

—Tiene razón —había añadido mi hijo.

De modo que no me había movido del adarve que coronaba la puerta y, desde allí, observé cómo Finan y mi hijo, al frente de cincuenta hombres, se asomaban a lo alto de la barricada. De allí saltaron al único sitio de la calle que lanzas y piedras se habían encargado de despejar, un recinto sembrado de cadáveres de hombres y de caballos, y formaron un muro de escudos. Los hombres del norte, rabiosos, malheridos, asustados y confundidos, fueron a por ellos como locos. Ciegos de rabia, ni siquiera formaron su propio muro de escudos, sino que, al ver al enemigo, no dudaron en lanzarse al ataque para encontrarse con los prietos escudos y las lanzas en ristre de Finan.

—¡Adelante! —gritó Finan—. ¡Con calma y tranquilidad! ¡Adelante!

Se oyó un entrecocar de escudos, mientras que, sobre los hombres del norte, todavía asustados, seguían lloviendo proyectiles desde un lado de la calle; tan pronto como los hombres de Finan hubieron avanzado unos pocos pasos, más hombres saltaron de la barricada y se les unieron. Desde lo alto de la puerta podía ver aquella hilera de escudos bien prietos, punteada de yelmos y largas lanzas que seguían adelante, y cómo la hilera avanzaba lenta, muy lentamente. Demasiados muertos o moribundos les salían al paso; en el suelo, los caballos agonizantes daban coces al aire. Si querían mantener el muro de escudos en condiciones, los hombres de Finan tenían que ir salvando aquellos obstáculos. A medida que avanzaban, no dejaban de repetir: «¡Liquidar, liquidar, liquidar, liquidar, liquidar!». En el momento en que los hombres del norte trataban de formar un muro de escudos para plantarles cara, les caía encima una piedra lanzada desde el lado este de la calle. El calor que desprendía el caserón en llamas los obligaba a alejarse del lado oeste; por el sur, Finan y mi hijo marchaban al frente de una cuadrilla que acababa con todo lo que les salía a paso.

Entonces, vi a Sigtryggr. Pensaba que habría muerto al comienzo de la encerrona o que, al menos, habría resultado herido en el momento en que su caballo se fue al suelo, pero allí estaba, sin yelmo, con sus largos cabellos rubios tiznados de sangre. En medio de nuestros enemigos, no dejaba de dar voces a los hombres para que fueran tras él, igual que gritaba a los otros para que despejasen la puerta. Sabía que el demoledor muro de escudos encabezado por Finan haría de aquella refriega una auténtica carnicería, y echó a correr. Pensé que se dirigía a la puerta, pero, en el último momento, hizo un quiebro y se encaramó a la barricada que cegaba la angosta calleja que discurría entre el muro norte y la casa más próxima.

Saltaba como un ciervo. Había perdido el escudo, pero, aun revestido con tupida cota de malla y cuero, de un salto se llegó a lo alto de la barricada. Fue un quiebro tan repentino, tan inesperado, al que siguió un salto tan rápido, que tomó por sorpresa a los tres hombres que custodiaban la barricada; Sigtryggr le acertó a uno de ellos en la garganta y, tan rápido como iba, se llevó por delante a otro. El segundo guardia se fue al suelo, y los hombres del norte se precipitaron tras los pasos de Sigtryggr. Vi cómo el tercero de los guardias le asestaba un tajo, pero la cota de malla contuvo el golpe y el guardia gritaba cuando un hombre del norte le asestó un hachazo. Media docena de hombres del norte habían conseguido encaramarse a la barricada, en tanto que Gerbruht y los suyos no dejaban de lanzar piedras para impedir que más hombres se unieran a ellos, pero Sigtryggr ya había saltado de los troncos de árbol a los escalones que llevaban a las murallas. Sin perder la sonrisa. Se lo estaba pasando en grande. Sus hombres caían aplastados, muertos, quemados o derrotados, pero él era un señor de la guerra en combate, y el placer de pelear refulgía en sus ojos cuando, al volverse, nos vio en lo alto de aquellos interminables escalones.

Me vio.

Y lo que vio fue a otro señor de la guerra. Vio a un hombre que se había hecho rico gracias a la guerra, un hombre de yelmo historiado y resplandeciente cota de

mallá, un hombre con los brazos cargados de esos brazaletes que acreditan las victorias alcanzadas, un hombre que ocultaba el rostro tras unas baberas con incrustaciones de plata, un hombre que llevaba oro al cuello, el hombre que había planeado aquella encerrona, y Sigtryggr comprendió que, a pesar de aquel desastre, aún podía cobrarse un trofeo y, sin dejar de sonreír, se llegó a lo alto de los escalones. A Gerbruht no se le ocurrió nada mejor que lanzarle una piedra, pero Sigtryggr era rápido, muy rápido, de forma que, como en un paso de baile, esquivó el proyectil y corrió hacia mí. Era joven, la guerra era su pasión, era todo un guerrero.

—¿Quién sois? —preguntó a voces, mientras salvaba los últimos escalones.

—Soy Uhtred de Bebbanburg —contesté.

Dio un grito de satisfacción. Conseguiría hacerse un nombre.

Y se acercó dispuesto a acabar conmigo.

Capítulo XII

Hemos conocido la paz. A veces sembramos los campos sabiendo que seguiremos con vida para recoger la cosecha. Son tiempos en que lo único que nuestros hijos saben de la guerra es aquello que cantan los poetas. Raras son tales ocasiones; con todo, y como hombre cabal que soy, he tratado de explicar a mis nietos qué es la guerra. Les digo que la guerra es algo malo, que siempre causa dolor y aflicción, pero ellos no me creen. Les digo que se den una vuelta por el pueblo y reparen en los hombres mutilados, que se acerquen a las tumbas y escuchen el llanto de las viudas, pero no me creen. Sí escuchan, en cambio, a los poetas: prefieren los compases machacones de esas canciones que, como en la batalla, enardecen sus corazones; historias de héroes que hablan de hombres, y también mujeres, que alzaron sus espadas contra un enemigo que pretendía acabar con nuestro pueblo y esclavizarnos; oyen hablar de la gloria que depara la guerra y a eso juegan en los patios, entrechocando espadas de madera contra escudos de mimbre, y no creen que la guerra sea una abominación.

Y quizá no les falte razón a esos pequeños. Hay curas que despotrican contra la guerra, los mismos que corren a agazaparse tras nuestros escudos cuando el enemigo amenaza, y enemigos nunca faltan. Barcos con cabezas de dragón como mascarones de proa siguen llegando a nuestras costas; los escoceses envían sus hordas guerreras al sur, y nada le gusta tanto a un galés como un sajón muerto. Si hiciéramos lo que dicen los curas, si mudáramos nuestras espadas por rejas de arado, todos estaríamos muertos o convertidos en esclavos. Por eso los niños deben aprender a manejar la espada, crecer fuertes para empuñar un escudo de madera de sauce con reborde de hierro, para ser capaces, en definitiva, de contener la furia de un enemigo encarnizado. Algunos sabrán cómo sacarle jugo a la guerra, la canción de la espada, la emoción del peligro.

Bien aprendido se lo tenía Sigtryggr, que disfrutaba guerreando. Todavía me parece estar viéndolo, subiendo por aquellos escalones de piedra, con el rostro resplandeciente de contento y empuñando su larga espada. ¿Habría causado yo esa misma impresión cuando acabé con Ubba? ¿Acaso había reparado Ubba en mi juventud y en mis ansias, en mi ambición? ¿Las habría considerado presagios de su muerte? Aparte de huesos y renombre, nada más dejamos en este mundo, y Sigtryggr, señalándome con la espada, vio que su renombre resplandecía como una estrella brillante en la oscuridad.

Hasta que vio a Stiorra.

La tenía a mis espaldas, casi pegada a mí, tapándose la boca con las manos. ¿Que cómo lo sé? No la estaba mirando pero, más tarde, me lo contaron: allí estaba ella; llevándose las manos a la boca para ahogar un grito. Como no quería que Gerbruht el

frisio librara un combate que me estaba destinado, de un empujón lo obligué a dar un paso atrás, pero Stiorra no se movió de mi lado. Profirió un grito, más de sorpresa que de miedo, aunque debería de estar aterrorizada al ver la impaciencia con que la muerte salvaba los últimos escalones en nuestra busca. Cuando Sigtryggr vio a mi hija y, durante cosa de un instante, un parpadeo tan sólo, no apartó los ojos de ella. En el campo de batalla sabemos que habrá hombres, pero ¿qué pinta una mujer? Aquella visión lo distrajo.

Fue sólo un instante de vacilación, pero suficiente. No había dejado de mirarme a los ojos, pero, al ver a Stiorra, se despidió un momento, mirándola, y lo aproveché. No era tan rápido como solía serlo ni tan fuerte como antaño lo fuera, pero llevaba guerreando toda la vida; enarbolé el brazo del escudo hacia la izquierda, atrapando la punta de su hoja con intención de arrebatársela la espada; volvió a reparar en mí, profirió un bramido desafiante y trató de descargar su espada contra el borde superior de mi escudo, pero, alzándose, *Hálito-de-serpiente* ya se había puesto en marcha. Escudo en alto, di un paso y bajé un peldaño, obligándole a mantener su espada en alto hasta que reparó en mi hoja, que iba en busca de su barriga; a la desesperada, se contorsionó para esquivar la embestida, y perdió el equilibrio tratando de asentar el pie en los escalones; su grito de ardor guerrero dio paso a un gemido de desconcierto al ver que tropezaba. Con rapidez, me hice con *Hálito-de-serpiente* en el momento en que, tras recuperar el equilibrio, me embestía por debajo del escudo. Una buena estocada, una reacción muy rápida por parte de un hombre que aún no había recuperado el equilibrio por completo, un tajo que me hizo un siete en el muslo izquierdo. Estampé el escudo contra su hoja y tomé impulso, al tiempo que enarbolaba a *Hálito-de-serpiente* con intención de rebanarle el cuello, pero supo apartar la cabeza a tiempo.

Aunque un segundo demasiado tarde. Mientras, con la cabeza echada atrás, trataba de recuperar el equilibrio, resbaló en el escalón y la afilada punta de *Hálito-de-serpiente* le arrebató el ojo derecho. Sólo el ojo y la piel del puente de la nariz. Brotó un pequeño chorro de sangre, un hilillo de un líquido incoloro, y, tambaleándose, Sigtryggr se alejó en el momento en que Gerbruht, de un empujón, me apartaba, dispuesto a concluir la tarea hacha en mano. En ese instante, Sigtryggr dio un salto de nuevo, un salto que, en aquella ocasión, lo llevó desde los escalones de la muralla hasta el mismo foso, una buena caída. Al ver que se le escapaba, Gerbruht profirió un grito de rabia y lanzó el hacha contra el hombre que venía detrás; la frenó con el escudo y, tambaleándose, dio un paso atrás, momento en que los seis hombres del norte que habían seguido los pasos de su señor hicieron lo mismo que él: saltar desde las murallas. Uno acabó empalado contra una de las estacas; los otros, Sigtryggr entre ellos, trepaban por el repecho más alejado del foso.

Así fue cómo derroté a Sigtryggr, arrebatándole uno de sus globos oculares.

—¡Soy Odín! —bramó Sigtryggr tras llegar a lo alto del foso. Con una mano, se tapaba la cara estragada, mirándome con el único ojo que le quedaba, ¡sonriente a

pesar de todo!—. Soy Odín —me gritó—. ¡He ganado en sabiduría! —Odín había sacrificado un ojo para hacerse más sabio, y Sigtryggr se reía de la derrota que había sufrido. A rastras, sus hombres se lo llevaron lejos de las lanzas que seguían lanzándoles desde la muralla; empero, unos doce pasos más allá, se volvió una vez más y me dirigió un saludo con la espada.

—Si no hubiera saltado, habría acabado con él —dijo Gerbruht.

—Os habría sacado las tripas —repuse—, nos habría rajado a los dos. —Era un dios que había bajado a la tierra, un dios de la guerra, aunque el dios había sido derrotado y, en aquel momento, trataba de ponerse a salvo de nuestras lanzas.

Finan había llegado a la puerta. Los hombres del norte que aún seguían con vida echaron a correr de vuelta al sitio donde iniciaran el ataque, y formaron un muro de escudos alrededor de su señor malherido. Olvidado el simulacro de ataque contra el baluarte del noroeste, todos los hombres del norte, unos quinientos, se concentraron en la calzada.

Seguían siendo muy superiores en número a nosotros.

—Merewalh —ordené—, hora es de que soltéis a vuestros jinetes. —Entonces, me incliné sobre el parapeto de la muralla que daba al interior de la fortaleza—. Finan, ¿habéis visto a Eardwulf?

—No, mi señor.

—En ese caso, aún no hemos acabado.

Había llegado la hora de guerrear fuera de aquellas murallas.



Merewalh desplegó doscientos jinetes por los campos que se extendían al este de los hombres del norte. Aunque los jinetes se mantenían a una distancia considerable, no por eso dejaban de representar una amenaza. Si Sigtryggr trataba de retirarse a Brunanburh, no dejarían de hostigarlo a lo largo del camino, y lo sabía.

¿Qué otra cosa podía hacer? Enviar a sus hombres contra las murallas; pero de sobra sabía que, mediante el asalto, nunca se apoderaría de Ceaster. ¡Su única posibilidad había sido una traición! Pero, cegado ese camino, el resultado era cincuenta o sesenta de sus hombres muertos en aquella calle. Una docena de los hombres de Finan se desplazaban entre los cuerpos tendidos, rebanando el cuello a los moribundos y haciéndose con las cotas de malla de los muertos.

—¡Magnífico botín el de hoy! —gritó uno de ellos, exultante. Otro hacía cabriolas por las piedras ensangrentadas, ataviado con un yelmo con una descomunal ala de águila por cimera.

—¿Estaba loco? —me preguntó Stiorra.

—¿A quién os referís?

—A Sigtryggr. ¿A quién se le ocurre subir por esos escalones?

—Estaba sediento de combate —le dije—, y vos me habéis salvado la vida.

—¿Lo decís en serio?

—Os miró, y eso le distrajo el tiempo justo. —Sabía que aquella noche me despertaría temblando al recordar cómo me apuntaba aquella espada, estremecido al reconocer que nunca habría conseguido detener un ataque tan rápido, tiritando ante aquella carambola del destino que me había librado de la muerte. El caso es que había visto a Stiorra y había vacilado.

—Y ahora quiere parlamentar —dijo.

Me volví y reparé en un hombre del norte que agitaba una rama cargada de hojas.

—¡Mi señor! —gritó Finan desde la puerta.

—¡Ya lo he visto!

—¿Dejo que se acerque?

—Sí, dejad que se acerque —repose, al tiempo que tiraba a Stiorra de la manga—. Vos venís también.

—¿Yo?

—Sí, vos. ¿Dónde anda Etelstano?

—Con Finan.

—¿Ese cabroncete se unió al muro de escudos? —pregunté, sorprendido.

—En la última hilera —dijo Stiorra—. ¿Acaso no lo visteis?

—Voy a darle su merecido.

Riendo entre dientes, bajó conmigo a la barricada. Saltamos a la calle; nos encaramamos sobre unos bloques de piedra de mampostería y unos cuantos cuerpos ensangrentados.

—¡Etelstano!

—¿Mi señor?

—¿No os dije que os quedarais en la iglesia? —le espeté—. ¿Os di permiso para uniros al muro de escudos de Finan?

—Salí de la iglesia porque tenía ganas de mear, mi señor —dijo con aplomo—; jamás se me pasó por la cabeza unirme a los hombres de Finan. Me disponía a ver lo que hacían desde lo alto de los troncos, y tropecé.

—¿Que tropezasteis?

Asintió, muy seguro de lo que decía.

—Así fue, mi señor —dijo—, y me vi en la calle. —Reparé en que Cengar, el muchacho al que había perdonado la vida, y dos de los hombres de Finan no se apartaban de él.

—No tropezasteis —dije, agarrándolo por una oreja; como llevaba yelmo, me hice yo más daño que él—. Ahora venid conmigo —dije—, y vos también —mirando a Stiorra.

Los tres pasamos bajo el arco, sorteamos unos cuantos cadáveres con la cabeza

aplastada por los pedruscos, evitamos unos charcos de inmundicia y los hombres de Finan se apartaron para abrirnos paso.

—Vosotros dos, venid con nosotros —les dije a Finan y a mi hijo—. Los demás quedaos aquí.

Sigtryggr venía con un hombre tan sólo, un gigantón con pinta de mala bestia, de hombros anchos y una no menos ancha barba negra trenzada con quijadas de lobos y perros.

—Se llama Svart —dijo Sigtryggr, de buen humor—; le gustan los sajones para desayunar. —Llevaba una venda atada encima del ojo que había perdido; se palpó el vendaje—. Habéis echado a perder mi galanura, lord Uhtred.

—No os dirijáis a mí —repuse—. Sólo hablo con hombres. Para eso os he traído a una mujer y a un niño, para que habléis con vuestros iguales.

Se echó a reír. Era como si no hubiera insulto capaz de hacerle mella.

—En ese caso, hablaré con mis iguales —dijo, inclinándose ante Stiorra—. ¿Cómo os llamáis, señora?

Mi hija me miró, preguntándose si de verdad quería que fuera ella quien llevara el peso de las conversaciones.

—No diré ni una palabra —le dije en danés, hablando lentamente para que Sigtryggr me entendiera—. Componéoslas con el muchacho.

Svart rezongó al oír cómo lo había llamado, pero Sigtryggr posó una mano sobre el brazo cubierto de brazaletes de oro de aquel grandullón.

—Tranquilo, Svart; son sólo juegos de palabras. —Dirigió una sonrisa a Stiorra—. Soy el *jarl* Sigtryggr Ivarson, ¿quién sois vos?

—Stiorra Uhtredsdottir —contestó mi hija.

—Y yo que os había tomado por una diosa —repuso Sigtryggr.

—Y éste es el príncipe Etelstano —continuó Stiorra, hablando en danés, con voz altiva y segura.

—¡Un príncipe! Me honro en presentaros mis respetos, mi príncipe. —Se inclinó ante el chaval, que no entendía nada de lo que decían. Sigtryggr esbozó una sonrisa—. Lord Uhtred me había dicho que tenía que hablar con mis iguales, ¡y me envía a una diosa y a un príncipe! ¡Qué gran honor!

—Habéis venido para hablar —dijo Stiorra con frialdad—; hablad, pues.

—Veréis, señora; reconozco que las cosas no han salido como yo esperaba. Mi padre me envió para establecer un reino en Britania, pero hete aquí que vuestro padre se cruzó en mi camino. Un hombre astuto, ¿verdad? —Alta, orgullosa y muy derecha, tan parecida a su madre, Stiorra no decía nada; sólo lo miraba—. Eardwulf el sajón nos dijo que vuestro padre estaba en las últimas —confesó Sigtryggr—. Que vuestro padre estaba tan débil como una lombriz, que no era ni la sombra de lo que había sido, que era imposible que estuviera en Ceaster.

—Mi padre aún tiene los dos ojos —repuso Stiorra.

—No tan hermosos como los vuestros, señora.

—¿Habéis venido a hacernos perder el tiempo —le preguntó Stiorra—, o a decirnos que os rendís?

—Sólo por vos, señora, me desprendería de todo cuanto tengo, pero ¿y mis hombres? ¿Sabéis contar?

—Claro que sí.

—Os superamos en número.

—Lo que pretende es llevarse los barcos sin que nadie los hostigue —le dije a Finan en inglés.

—¿Y qué queréis vos? —me preguntó Finan, al darse cuenta de que si manteníamos aquella conversación era sólo por echar una mano a Stiorra.

—No puede permitirse otro enfrentamiento —repuse—; perdería muchos hombres. Igual que nosotros, por otra parte.

Sigtryggr no entendía lo que hablábamos, pero escuchaba con atención, como si pretendiera sacar algo en limpio de aquella lengua que no hablaba.

—¿Vamos a dejar que se vayan así, sin más? —insistió Finan.

—Que vuelva con su padre —dije—, pero deberá dejar aquí la mitad de sus espadas y entregarnos unos cuantos rehenes.

—Y a Eardwulf —apostilló Finan.

—Y entregarnos a Eardwulf —convine.

Sigtryggr oyó el nombre.

—¿Queréis a Eardwulf? —preguntó—. Vuestro es. ¡Lo dejo en vuestras manos! A él y a sus sajones.

—Lo que queréis arrancarnos —dijo Stiorra—, es una promesa de que no os impediremos volver a vuestros barcos.

Sigtryggr puso cara de sorpresa.

—No lo había pensado, señora, pero ya que lo decís, ¡si! Que pudiéramos volver a nuestros barcos sería un gesto de generosidad por vuestra parte.

—Y con vuestro padre.

—No se pondrá muy contento.

—Qué pena me da —dijo mi hija con desdén—. Dejaréis aquí la mitad de vuestras espadas —continuó—, y también unos cuantos rehenes como prenda de que vais a portaros como es debido.

—Rehenes —dijo, y por primera vez no se mostró tan seguro de sí mismo.

—Nos quedaremos con una docena de los vuestros —dijo Stiorra.

—¿Y cómo van a ser tratados los rehenes?

—Con respeto, claro está, a no ser que os quedéis en estas costas, en cuyo caso los mataremos.

—¿Dispondrán de comida?

—Claro que sí.

—¿Celebraréis un festín en su honor?

—Les daremos de comer.

Meneó la cabeza.

—No puedo entregaros doce hombres, mi señora. Doce son demasiados. Os ofrezco un rehén.

—No digáis sandeces —le recriminó Stiorra.

—Yo mismo, mi señora. Yo seré vuestro rehén.

Confieso que me quedé sorprendido. Lo mismo que Stiorra que, sin saber qué decir, me echó una mirada en busca de respuesta. Reflexioné un momento y asentí.

—Sus hombres pueden volver a los barcos —le dije a mi hija en danés—, pero la mitad habrán de dejar aquí sus espadas. Disponen de un día para poner a punto los barcos.

—Un día —dijo.

—Dos mañanas contando la de hoy —repuse con aspereza—; llevaremos a Sigtryggr con los suyos. Si los barcos están en condiciones y dispuestos para zarpar, con sus tripulaciones a bordo, podrá unirse a ellos. De lo contrario, morirá. Y habrán de entregarnos a Eardwulf y sus secuaces.

—Me parece bien —dijo Sigtryggr—. ¿Puedo quedarme con mi espada?

—No.

Se desabrochó el tahalí y se lo entregó a Svart; luego, sin perder la sonrisa, se acercó a nosotros. Y aquella noche lo celebramos con Sigtryggr.



Sin avisarnos, Etelfleda llegó al día siguiente. Los primeros jinetes aparecieron poco después del mediodía; una hora después, y al frente de más de cien hombres a lomos de otros tantos caballos exhaustos y cubiertos de sudor, hacía su entrada por la puerta sur. Llevaba la cota de malla de plata y, recogidos con una diadema del mismo metal, aquellos cabellos que empezaban a blanquear. El portaestandarte enarbolaba el pendón de su difunto marido, el del caballo blanco encabritado.

—¿Qué pasó con el ganso? —me interesé.

Mirándome desde lo alto de la silla de montar, pasó por alto mi pregunta.

—¡Estáis mejor!

—Lo estoy.

—¿En serio? —insistió, con preocupación.

—Curado —dije.

—¡Gracias a Dios! —alzando los ojos al cielo nublado—. ¿Cómo ha sido?

—Luego os lo cuento —repuse—, pero, decidme, ¿qué ha sido del ganso?

—Mantengo el estandarte de Etelredo —dijo con rudeza—, porque las gentes de Mercia estaban más que acostumbradas a verlo y no son muy dadas a los cambios.

Bastante difícil les resulta aceptar que una mujer esté al frente de sus destinos como para imponerles nuevos usos. —Se bajó de la silla de Trasgo; la cota de malla, las botas y la larga capa blanca estaban llenas de salpicaduras de barro—. Confiaba en que estuvierais aquí.

—Como me ordenasteis.

—No os ordené que perdierais el tiempo yendo en busca de un barco —replicó enojada; un criado se hizo cargo del caballo mientras los hombres desmontaban y estiraban las piernas—. Corren rumores acerca de si unos hombres del norte andan al acecho por estas costas —añadió.

—Se oyen tantas cosas... —dije, quitándole hierro al asunto.

—De Gales nos ha llegado el aviso de la presencia de una flota en estas aguas. —No hizo caso de comentario tan frívolo—. Es posible que no se acerquen por aquí, pero esos territorios despoblados al norte del Mærse podrían resultarles tentadores —olfateó el aire y frunció el ceño, como si no le gustara lo que olía—. ¡No expulsé a Haki de esas tierras para que otro pagano, otro señor de la guerra se hiciera con ellas! Vamos a repoblar esas tierras.

—Sigtryggr —dije.

Frunció el ceño de nuevo.

—¿Sigtryggr?

—Vuestros espías galeses estaban en lo cierto —dije—. Sigtryggr es el señor de la guerra que está al frente de esa flota de hombres del norte.

—¿Sabéis dónde anda?

—¡Y tanto! Se han apoderado de Brunanburh.

—¡Dios mío! —dolido al oír la noticia—. ¡No es posible, Dios mío! ¡Así que decidieron pasarse por aquí! ¡No será por mucho tiempo! ¡Tenemos que librarnos de ellos cuanto antes!

Negué con la cabeza.

—Yo los dejaría a su aire.

Desconcertada, se me quedó mirando.

—¿A su aire, decís? ¿Acaso habéis perdido el juicio? Lo último que queremos son hombres del norte merodeando por el Mærse. —A zancadas, echó a andar hacia la Gran Mansión; dos curas echaron a correr tras ella con fajos de pergaminos—. Buscad un arcón reforzado —les decía mientras seguía adelante—, ¡y mirad por que esos documentos no se mojen! No puedo quedarme mucho tiempo —dijo, dirigiéndose a mí—. Gleawecestre está tranquilo, pero aún queda mucho por hacer. ¡Por eso quiero fuera de aquí a esos hombres del norte!

—Nos superan en número —repuse, como si no las tuviera todas conmigo.

Enérgica y decidida, se volvió al instante y me señaló con el dedo.

—Y cuanto más tiempo se queden, más fuertes se harán. ¡Lo sabéis tan bien como yo! ¡Tenemos que deshacernos de ellos!

—Nos superan en número —repetí—, y son guerreros curtidos. Acostumbrados a

pelear en Irlanda, y ya sabéis cómo se las gastan por allí. Si vamos a atacar Brunanburh, ¡necesitaría otros trescientos hombres cuando menos!

Frunció el ceño, con gesto preocupación.

—¿Qué os ha pasado? ¿Acaso tenéis miedo de ese Sigtryggr?

—Es un señor de la guerra.

Me miró a los ojos tratando de adivinar qué había de cierto en mis palabras, y lo que vio debió de parecerle más que convincente.

—¡Dios mío! —dijo, sin cambiar de expresión—. ¡Tiene que ser esa herida! —añadió casi en un susurro, mientras se alejaba. Pensaba que había perdido mi peculiar arrojo y, en consecuencia, era un motivo de preocupación añadido a sus de por sí ya pesadas cargas. Siguió andando hasta que reparó en las espadas, los escudos, las lanzas, las cotas de malla, los yelmos y las hachas que, al pie del estandarte del hacha roja de Sigtryggr, que habíamos claveteado en la pared, estaban amontonados junto a la puerta de la Gran Mansión. Desconcertada, se detuvo—. ¿Qué es todo eso?

—Olvidé deciros que esos hombres curtidos de quienes os hablaba nos atacaron ayer. Mataron a tres de los nuestros y dejaron malheridos a otros dieciséis, pero acabamos con setenta y dos de los suyos y nos hemos hecho con Sigtryggr como rehén. Sólo hasta mañana, día en que su flota zarpará rumbo a Irlanda. Me alegro de veros, claro, pero Merewalh y yo nos bastamos para tratar con esos temibles hombres del norte.

—Cabrón —dijo, aunque no enfadada. Se quedó mirando los trofeos, volvió la vista a mí y se echó a reír—. Demos gracias a Dios —añadió, acariciando la cruz de plata que llevaba al pecho.

Aquella noche lo festejamos con Sigtryggr de nuevo, aunque la llegada de Etelfleda con tantos guerreros hizo que la carne se nos quedase corta. En cambio, hubo cerveza de sobra; además, el intendente sacó unos pellejos de vino y una enorme barrica de hidromiel. Con todo, la presencia de Etelfleda hacía que reinase un ambiente mucho más recatado que el de la noche anterior; cuando ella estaba presente, los hombres hablaban más bajo y era menos probable que se enzarzasen en una pelea o que, a voz en cuello, berrearan sus canciones predilectas sobre mujeres. A deslucir el ambiente, contribuía no poco la presencia de media docena de clérigos en aquella mesa elevada donde Etelfleda no dejaba de hacernos preguntas a Merewalh y a mí acerca de cómo había sido la refriega que habíamos librado en la puerta norte. Sigtryggr, al igual que mi hija, ocupaba un lugar destacado en la mesa.

—Y todo por su culpa —dijo Sigtryggr, señalando a Stiorra.

Se lo tradujo a Etelfleda.

—¿Cómo que por culpa suya?

—La vi y me distraje —explicó.

—Una pena que no se distrajera más tiempo —comentó mi hija con frialdad.

Etelfleda esbozó una sonrisa de aprobación al oír el comentario. Sentada y muy erguida, no perdía de vista la estancia. Comió poco y bebió menos.

—¿Así que no es de las que se emborracha? —me comentó Sigtryggr, decepcionado, señalando a Etelfleda. Estaba sentado en frente de mí, al otro lado de la mesa.

—No; no es de éstas —repuse.

—A estas alturas, mi madre ya estaría peleándose con los guerreros de mi padre —dijo con cara de abatimiento—, cuando no los habría dejado tumbados y ella seguiría bebiendo.

—¿Qué dice? —se interesó Etelfleda, que había visto cómo la miraba aquel hombre del norte.

—Se hace lenguas de vuestro vino —contesté.

—Decidle que es un presente de mi hermana pequeña, de Elfrida.

Elfrida se había casado con Balduino de Flandes, señor de un territorio al sur de Frisia, y si aquél era el vino que allí se hacía, mil veces preferiría beber orina de caballo, pero parecía que a Sigtryggr le gustaba. Se ofreció a servirle un poco a Stiorra; mi hija lo rechazó con sequedad mientras seguía conversando con el padre Fraomar, un cura joven al servicio de Etelfleda.

—El vino sienta bien —le urgió Sigtryggr.

—Ya me serviré yo —le contestó mi hija, distante. Era la única de mi familia y de mis hombres que parecía ajena a la atracción que desprendía Sigtryggr. Me gustaba aquel hombre. Me recordaba a mí o, por lo menos, a mí de joven: testarudo y dispuesto a correr esos riegos que sólo pueden concluir con la muerte o la adquisición de renombre. Sigtryggr había encandilado a mis hombres. A Finan, le había regalado un brazalete; había elogiado la preparación que tenían, admitido que le habíamos vapuleado de lo lindo y prometido que algún día volvería para tomarse la revancha.

—Si es que vuestro padre alguna vez os deja al frente de otra flota —le había dicho.

—Lo hará —dijo muy seguro—, sólo que la próxima vez no me enfrentaré con vos; buscaré a un sajón más fácil de derrotar.

—¿Y por qué no os quedáis Irlanda? —se me ocurrió preguntarle.

Al ver que dudaba un momento, me dispuse a escuchar otra muestra de ingenio, pero, entonces, me miró con el único ojo que le quedaba.

—Porque son como animales, mi señor. Cargas contra ellos, crees que les has dado una buena tunda y, de repente, aparece otra horda. Y cuanto más se adentra uno por esas tierras, más salen todavía; aunque sabes que están ahí, la mitad de las veces ni los ves. Es como enfrentarse con unos fantasmas que, de repente, cobran cuerpo y se lanzasen al ataque —esbozó una media sonrisa—. Que se queden con su tierra.

—Como nosotros nos quedaremos con las nuestra.

—Quizá sí, quizá no, quién sabe —replicó con una sonrisa maliciosa—. Vamos a merodear un poco por la costa de Gales, a ver si podemos hacernos con un par de esclavos y llevarlos a casa. Poco habrá de durarle el enfado de mi padre si me presento con una buena recua de mozas.

Etefleda trataba a Sigtryggr con altivez. Un pagano más y, exceptuándome a mí, no podía ni verlos.

—Es una pena que no acabaseis con él —me dijo durante el festín.

—No será porque no lo intenté.

Observaba cómo Stiorra rechazaba todos los gestos de deferencia que tenía Sigtryggr para con ella.

—Ésta al menos ha salido buena —comentó con afecto.

—Desde luego.

—No como mi hija —en un suspiro y con voz queda.

—Me gusta Ælwynn.

—Tiene la cabeza llena de pájaros —dijo con desdén—. Ya va siendo hora de que le busquéis un marido a Stiorra.

—Lo sé.

Calló un momento y, a la luz de las antorchas, echó una ojeada por la sala.

—La esposa de Etelhelmo está en las últimas.

—Eso me dijo, sí.

—Quién sabe si no habrá muerto ya a estas horas. Etelhelmo me dijo que le habían administrado los últimos sacramentos.

—Pobre mujer —dije. No era para menos.

—Antes de salir de Gleawecestre, mantuve una larga conversación con él —me dijo, sin apartar la vista de la estancia—; bueno, con él y con mi hermano. Aceptan la decisión del Witan. Y están de acuerdo en que Etelstano siga a mi cuidado. Se criará en Mercia y nadie moverá un dedo para hacerlo desaparecer.

—¿Y os lo creéis?

—Creo que tenemos la obligación de velar por el muchacho —dijo con aspereza, y se quedó mirando a Etelstano que, junto a su hermana gemela, estaba en una de las mesas de más abajo. Por su condición de vástago regio, debería sentarse en la mesa del estrado, pero había preferido evitarle el enojo de asistir a la conversación de los curas de Etefleda—. Creo que mi hermano no desea que el chico sufra ninguna tropelía —dijo—, y está convencido que no debe de haber enfrentamientos entre Wessex y Mercia.

—Y no los habrá, a menos que Etelhelmo se deje cegar por la ambición una vez más.

—Se excedió —dijo—, y así lo reconoce. Me presentó sus disculpas y de buenas maneras. Pero sí, es ambicioso. A lo mejor una nueva esposa le hace olvidar esas veleidades. La mujer que tengo en mente sabría cómo meterlo en cintura.

Me llevó un momento entender lo que me estaba diciendo.

—¿Vos? —le pregunté, extrañado—. ¿Acaso estáis pensando en casaros con Etelhelmo?

—No —repuso—, yo no.

—¿Quién, entonces?

Dudó un instante y me lanzó una mirada desafiante.

—Stiorra.

—¡Stiorra! —dije en voz alta; mi hija se volvió y se me quedó mirando. Le hice una seña, y volvió a su conversación con el padre Fraomar—. ¡Stiorra! —volví a decir, aunque en voz más baja—. ¡Podría ser su nieta!

—No es raro que un hombre se case con una mujer más joven —replicó, mordaz. Echó un vistazo a Eadith, que, con Finan y mi hijo, se sentaba a una mesa más abajo. A Etelfleda no le había hecho ninguna gracia encontrarse en Ceaster con la hermana de Eardwulf, pero yo había justificado su presencia, alegando que, gracias a ella, me había recuperado—. ¿Y a qué más os ayudó? —se revolvió; pasé por alto la pregunta, igual que Etelfleda había ignorado a Eadith—. Además, Etelhelmo goza de buena salud —continuó—, y es rico. Es un buen hombre.

—Que intentó mataros.

—Cosa de Eardwulf —replicó—; malinterpretó los deseos de Etelhelmo.

—Que os habría matado —le dije—, igual que habría acabado con Etelstano y con quienquiera que se interpusiera en el camino de su nieto.

Emitió un suspiro.

—Mi hermano necesita contar con Etelhelmo de su parte —me dijo—. Es demasiado poderoso como para dejarlo de lado; además, es un hombre muy capaz. Y Mercia necesita tanto de él como Wessex.

—¿Me estáis diciendo que Wessex está en manos de Etelhelmo?

Se encogió de hombros, como si le costara admitirlo.

—Sólo digo que Etelhelmo es un buen hombre; ambicioso, sí, pero inteligente, y necesitamos de su apoyo.

—¿Y creéis que sacrificando a Stiorra y metiéndola en su cama vais a conseguirlo?

Se estremeció al oír el tono que empleaba.

—Creo que vuestra hija debería casarse —dijo—, y que lord Etelhelmo le tiene echado el ojo.

—O sea, que quiere retozar con ella —rezongué. Miré a mi hija que, con la cabeza ladeada, tan seria y tan hermosa, escuchaba a Fraomar—. ¿O sea que ha de ser la vaca propiciatoria entre Wessex y Mercia? —le pregunté. Así llamábamos a la mujer que casábamos con el enemigo para rubricar un tratado de paz.

—Pensadlo —dijo Etelfleda, apremiándome—. Cuando se quede viuda, heredará más tierras de las que vos podéis soñar, más guerreros de los que jamás llegaréis a reunir, y más dinero incluso que el que contiene el tesoro de Eduardo —calló un momento, pero no dije nada—. Y todo eso será nuestro —añadió en voz baja—. Wessex no se apoderará de Mercia; nosotros nos haremos con Wessex.

En las escrituras cristianas se habla de alguien a quien, tras llevarlo a la cima de un monte, le ofrecían el mundo entero. No recuerdo muy bien cómo acabó la cosa, sólo sé que aquel idiota declinó la oferta y que, en aquel festejo, yo me sentía como

él.

—¿Y por qué no casar a Ælfwynn con Etelhelmo? —le pregunté.

—Mi hija no es tan despierta —repuso Etelfleda—; Stiorra sí lo es. Y lista ha de ser la mujer que sepa llevar a Etelhelmo.

—¿Y qué pensáis hacer con Ælfwynn?

—Casarla con algún otro. Con Merewalh, quizá. No lo sé. Esa chica me trae loca.

Stiorra. Me la quedé mirando. Desde luego era lista, y también hermosa, y tenía que encontrarle marido. ¿Por qué no el hombre más rico de Wessex?

—Lo pensaré —le prometí, y recordé la antigua profecía de que mi hija sería madre de reyes.

Como lo fue.



Amanecía. Las oscuras siluetas de veintiséis barcos con dragones como mascarones de proa se recortaban contra la bruma ligera que envolvía el Mærse; a lentos golpes de remo, trataban de mantenerse en posición frente a una marea que ya subía. Los hombres de Sigtryggr habían cumplido su palabra. Los barcos estaban listos para zarpar y Brunanburh volvía a estar en nuestras manos. Custodiando a Eardwulf y a los tres secuaces que aún seguían a su lado, Svart y seis de los suyos eran los únicos hombres del norte que permanecían en la orilla. Me habría gustado que me lo hubieran entregado el mismo día que derroté a Sigtryggr, pero se las había arreglado para huir a toda prisa; nunca llegó más allá de una de las haciendas danesas de Wirhealum, donde los hombres de Sigtryggr lo habían encontrado. Y allí estaba, a la espera de que llegáramos.

Venían conmigo Finan, mi hijo y veinte hombres; una docena más formaban la escolta de Etelfleda. Había insistido en que Etelstano me acompañara a Brunanburh; con la excusa de que quería ver cómo partían los hombres del norte y en compañía de Hella, su doncella, mi hija se había unido a nosotros.

—¿Qué falta os hacía una doncella? —le había preguntado.

—¿Y qué razón había para no traerla? No nos acecha ningún peligro, ¿verdad?

—En efecto —asentí. Confiaba en que Sigtryggr mantuviera su promesa de que no habría pelea entre los suyos y los nuestros, y no la hubo. Nos encontramos con Svart y los pocos que estaban con él a un paso del fortín a medio construir; Sigtryggr desmontó del caballo que le habíamos dejado. Svart le entregó su espada; Sigtryggr se me quedó mirando como solicitándome permiso para ceñírsela. Sacó la espada de la vaina y besó la hoja de acero.

—¿Queréis que sea yo quien acabe con los sajones? —me preguntó, señalando a

Eardwulf.

—Dejádmelos a mí —repliqué, echando el pie a tierra; sin acabar de creérmelo, no sentí ningún dolor.

—Padre —me reclamó Uhtred. Quería ser él quien acabase con ellos.

—Cosa mía —repetí; aun sin dolor, puse buen cuidado en reclinar me contra el caballo. Con todo, jadeante, como si el dolor hubiera reaparecido, di una palmada al caballo en el lomo y, cojeando, me llegué junto a Eardwulf. La cojera era puro fingimiento.

Erguido, inalterable la cara enjuta, me observó mientras me acercaba. Aunque sin aceitar como tenía por costumbre, una cinta ceñía sus cabellos oscuros. Con la capa manchada y las botas tazadas, una barba de pocos días le oscurecía la barbilla alargada. Parecía un hombre zarandeado por los reveses del destino.

—Deberíais haberos librado de mí en Alenestre —le dije.

—Si lo hubiera hecho —replicó—, ahora sería el señor de Mercia.

—Ahora sólo tendréis derecho a una tumba en su suelo —repuse, desenvainando a *Hálito-de-serpiente*. Hice una mueca de dolor, como si el peso de la espada me resultara poco menos que insoportable.

—¿Vais a deshaceros de un hombre desarmado, lord Uhtred? —se extrañó Eardwulf.

—No —repuse—. Berg —dando una voz, sin volverme siquiera—, ¡poned vuestra espada en manos de este hombre!

Me recliné sobre mi espada, apoyando la punta en una piedra lisa, y me dejé caer sobre la empuñadura. Tras Eardwulf, el fortín inacabado, un largo terraplén de tierra coronado de matas de espino a modo de empalizada provisional. Había pensado que los hombres del norte habrían quemado la iglesia y las cuadras, pero allí seguían. Svart y sus hombres custodiaban a los secuaces de Eardwulf. A caballo, Berg se adelantó. Me miró, desenvainó a *Duende-de-hielo* y la dejó caer a los pies de Eardwulf sobre la hierba cubierta de rocío.

—Ahí tenéis: *Duende-de-hielo*, la espada de Cnut Longsword —le dije—. Vuestra hermana me asegura que hubo un tiempo en que tratasteis de haceros con ella; vuestra es. En cierta ocasión, casi consiguió acabar conmigo. Veamos si sois capaz de rematar la faena.

—Padre —gritó Stiorra, angustiada. Debía de estar pensando que, en mi situación, Eardwulfy *Duende-de-hielo* representaban algo más que una simple justa para mí.

—Silencio, muchacha. Estoy ocupado.

¿Por qué me decanté por enfrentarme con él? Con o sin pelea, sabía que la muerte era su única salida que le quedaba; además, era peligroso: la mitad de años que yo y todo un guerrero. Pero, por encima de todo, el renombre, siempre la misma monserga. Creo que el amor propio es la más traicionera de las virtudes. Los cristianos afirman que es pecado, pero no sé de ningún poeta que haya cantado las

gestas de ningún hombre que haya carecido de amor propio. Los cristianos aseguran que los mansos poseerán la tierra, pero no sé de ninguno que haya inspirado tales cantares. Eardwulf había querido acabar conmigo, con Etelfleda y con Etelstano. Había aspirado a convertirse en señor y era el último vestigio del deleznable Etelredo. Nada, pues, tan natural como que yo acabase con él y que toda la Inglaterra sajona supiera que había sido yo.

Dio un paso al frente y se hizo con la espada.

—Lleváis cota de malla por lo que veo —me dijo, lo que me dio a entender que estaba nervioso.

—Soy viejo y estoy malherido —repuse—. Vos sois joven. *Duende-de-hielo* ya me traspasó una vez. Veamos si es capaz de volver a hacerlo. Es una espada mágica.

—¿Mágica? —se sorprendió, antes de mirar la espada y ver la inscripción.



Puso unos ojos como platos y enarboló la espada.

Eché mano de *Hálito-de-serpiente* y torcí el gesto como si el peso de la espada me atenazase las costillas.

—Además —continué—, sin cota de malla, seréis más rápido.

—¿Y si acabo con vos?

—En ese caso, mi hijo os matará —repuse—, pero los hombres nunca olvidarán que lord Eardwulf —dije con cara de sorna al recurrir al tratamiento— derrotó a Uhtred.

Y vino a por mí. Rápido. Yo no llevaba escudo y, aunque sólo a modo de intentona, por ver si era capaz de esquivarlo y aun desprotegido como estaba, me dirigió un envite por el costado izquierdo. Ni siquiera me preocupé. Entrechocaron nuestras hojas, y *Hálito-de-serpiente* contuvo a *Duende-de-hielo*. Di un paso atrás y bajé la espada.

—No acabaréis conmigo de un tajo —le dije—; ni siquiera una hoja de Vlfberht podría rasgar una cota de malla de anillos tan abiertos. Tendréis que atacar de frente.

Me miraba a los ojos. Enarbolando la espada, dio un paso adelante; no me moví, y retrocedió de nuevo. Me estaba poniendo a prueba; se notaba que él también estaba nervioso.

—Vuestra hermana me ha contado que a la hora de pelear en un muro de escudos, siempre lo hacéis en la última hilera, que nunca lucháis en primera fila.

—Os mintió.

—Me lo dijo mientras estaba tumbada —repliqué—, tumbada en mi cama. Me dijo que siempre dejabais que fueran otros quienes pelearan, que no vos.

—Es una puta mentirosa.

Hice una mueca de nuevo. Me doblé levemente a la altura de la cintura, como

solía hacer cuando, de repente, notaba un latigazo de dolor. Eardwulf, que no sabía que estaba curado, al ver que *Hálito-de-serpiente* apuntaba casi al suelo, echó el pie derecho adelante y, rápido, embistió contra mi pecho; me eché a un lado, la hoja se perdió en el aire. Entonces, le propiné un mamporro en la cara con la pesada empuñadura de *Hálito-de-serpiente*. Se tambaleó. Oí cómo Finan reía entre dientes, mientras Eardwulf dirigía la espada de nuevo contra mi costado izquierdo, pero sin fuerza, pues todavía se estaba reponiendo del envite anterior y del golpe que le había propinado; alcé en ese momento los brazos y dejé que su espada se estrellase contra mi cota de malla. Me acertó justo encima de la herida, pero la cota de malla bastó para detener el golpe y no sentí ningún dolor. Le dediqué una sonrisa y, blandiendo mi espada, con la punta le rajé la mejilla izquierda, ensangrentada ya por el golpe que le había propinado.

—Si por alguien se prostituyó vuestra hermana —le dije—, fue por vos.

Se llevó la mano izquierda a la mejilla y se dio cuenta de que estaba sangrando. Vi que tenía miedo. Era un guerrero, desde luego, y no de los malos. Había ido a por los galeses que merodeaban en la frontera con Mercia y los había alejado de aquellos parajes, pero su talento consistía en saber tender, o evitar, celadas; en ir por delante de las intenciones de sus enemigos y caer sobre ellos cuando éstos ya se creían a salvo. Estaba claro que había participado en muros de escudos, aunque flanqueado siempre, eso sí, por hombres leales, pero también que siempre lo había hecho en último lugar. No era un hombre al que le deleitase la canción de las espadas.

—Prostituisteis a vuestra hermana con Etelredo y os aprovechasteis para haceros rico —dije, al tiempo que enarbolaba de nuevo *Hálito-de-serpiente* apuntándole a la cara; al instante, dio un paso atrás. Bajé la espada—. ¡Jarl Sigtryggr! —grité.

—¿Lord Uhtred?

—¿Aún conserváis el dinero de Eardwulf, el tesoro que se llevó de Gleawecestre?

—¡Así es!

—Ese dinero es de Mercia —le dije.

—Pues si lo quieren, ya saben dónde encontrarlo —contestó.

Me eché a reír.

—De modo que, al fin y al cabo, no vais a volver a casa con las manos vacías. ¿Fue mucho lo que robó?

—Bastante —dijo Sigtryggr.

Dirigí un mandoble a las piernas de Eardwulf, nada serio, pero suficiente para obligarle a retroceder un paso más.

—Sois un ladrón —le dije.

—Ese dinero era mío —dio un paso adelante, alzando la espada, pero, al ver que no respondía a su amenaza, retrocedió de nuevo.

—Ese oro era para repartirlo entre los hombres —insistí—, para emplearlo en armas, empalizadas y escudos. —Di un paso adelante y le asesté un tajo del revés que lo alejó aún más. Espada en mano, seguí adelante; a esas alturas, ya tendría que

haberse dado cuenta de que no buscaba herirlo, que me movía con facilidad y ligereza, aunque sabía que no tardaría en acusar el cansancio. *Hálito-de-serpiente* es una espada pesada—. Lo gastasteis en afeites para aceitaros el pelo —continué—, en naderías para vuestras putas, en pieles y caballos, en joyas y sedas. De cuero y de hierro, lord Eardwulf, son los atuendos que más convienen a un hombre. Además de pelear. —Y en éstas cargué contra él; contuvo el ataque, pero era demasiado lento.

Me he pasado la vida ejercitándome con la espada. Casi desde que eché a andar, he tenido una espada en las manos y he aprendido a manejarla. En un primer momento, dando por sentado que sería más rápido que yo, incluso más ducho en el manejo de la espada, me había mostrado cauteloso, hasta que descubrí que no iba mucho más allá de lanzar tajos, estocadas y esquivar como buenamente podía. No apartaba los ojos de mi espada, de modo que espacié las embestidas para darle tiempo a ver lo que me disponía a hacer y que pudiera detenerlas; porque eso era justo lo que yo quería, lo que fuera con tal de que no volviese la vista atrás. Y no lo hizo; cuando llegó al borde del foso, redoblé los ataques, golpeándole con el canto de la hoja de *Hálito-de-serpiente* para no herirlo, sólo para humillarlo, esquivando sus alicaídos contraataques casi sin esfuerzo, hasta que, de repente, cargué, dio un paso atrás, resbaló en el cieno del foso y se cayó.

Cayó de espaldas al agua del foso. No era profundo. Riéndome de él, con cuidado, bajé por el repecho resbaladizo y me planté ante él. Los mirones, sajones y hombres del norte, se asomaron al borde del foso sin perdersen de vista; Eardwulf miró a lo alto y vio a aquellos guerreros, guerreros malencarados, y fue tal la humillación que sintió que pensé que se iba a echar a llorar.

—Sois un traidor y un proscrito —le dije, apuntándole a la barriga con *Hálito-de-serpiente*, se hizo con *Duende-de-hielo* como si fuera a responder, pero retiré el brazo y le devolví el golpe. Un tajo en condiciones, con todas mis fuerzas, y *Hálito-de-serpiente* se encontró con *Duende-de-hielo*, y fue ésta la que se quebró. La famosa hoja se partió en dos tal y como yo quería. Una hoja sajona había destrozado la *Vlfberht*, de mejor factura, y fuere cual fuere el demonio que la hubiera poseído o la brujería que hubiera impregnado su acero, ambos habían desaparecido.

De espaldas, Eardwulf trató de escabullirse, pero al ver que *Hálito-de-serpiente* tanteaba su barriga, no le quedó otra que quedarse quieto.

—¿Queréis que os raje de arriba abajo? —le pregunté, antes de alzar la voz—. ¡Príncipe Etselstano! —llamé a voces.

Dando saltos, el chico bajó por el repecho del foso y se quedó de pie con los pies en el agua.

—¿Mi señor?

—¿Qué sentencia merece a vuestros ojos este proscrito?

—La muerte, mi señor —dijo, con aquella voz que aún no le había cambiado.

—Administradla, pues —le dije, dejando en sus manos a *Hálito-de-serpiente*.

—¡No! —grito Eardwulf.

—¡Lord Uhtred! —me reclamó a voces Etelfleda.

—¿Mi señora?

—Sólo es un chico —dijo, mirando enfurruñada a Etelstano.

—Un chico que tiene que aprender a ser un guerrero y un rey —repuse—; lleva la muerte inscrita en su destino. Tiene que aprender a administrarla. —Le di una palmada en el hombro—. Que sea rápido, chaval —le dije—. Lenta es la muerte que merece, pero ya que es la primera vez que lo hacéis, no os compliquéis la vida.

Miré a Etelstano y vi la determinación que animaba su joven rostro. No dejé de mirarlo mientras dirigía la pesada espada contra el cuello de Eardwulf, y reparé en el pequeño gesto de esfuerzo que hizo cuando hundió la hoja. Un impetuoso chorro de sangre me empapó la cota de malla. Etelstano no apartó los ojos de Eardwulf mientras se la clavaba de nuevo y, sin retirar la hoja, apoyaba todo su peso sobre la empuñadura de *Hálito-de-serpiente*, en tanto el agua gris del foso se teñía de rojo y Eardwulf se agitaba en una especie de gorgoteo mientras, a borbotones, más sangre teñía el agua, y Etelstano seguía apoyado en mi espada hasta que, por fin, cesó tanta agitación y el agua volvió a su ser. Me abracé al chico, le tomé la cara entre las manos y lo obligué a mirarme a los ojos.

—Así se imparte justicia, mi príncipe —le dije—, y lo habéis hecho a entera satisfacción —suspiré, haciéndome con *Hálito-de-serpiente*—. Berg —dije a voces—, ¡necesitáis otra espada! Ésa no era buena.

Sigtryygr me tendió una mano para ayudarme a salir del foso. El único ojo que le quedaba refulgía con la misma satisfacción que había visto en las murallas de Ceaster.

—No me gustaría teneros como enemigo, lord Uhtred —me dijo.

—En ese caso, procurad no volver por aquí, *jarl* Sigtryggr —contesté, apretándole el antebrazo, como él me apretaba el mío.

—Volveré —repuso—, porque estaréis deseando que lo haga.

—¿En serio?

Volvió la cabeza y contempló sus barcos. A un paso de la orilla, una maroma mantenía a uno de ellos amarrado a una estaca. En la proa, un enorme dragón pintado de blanco con un hacha roja en la mandíbula. El barco esperaba por Sigtryggr, pero, junto a la nave, allí donde la hierba daba paso al cieno de la orilla del río, vi a Stiorra de pie. Hella, la doncella, ya estaba a bordo del barco engalanado con el dragón. Etelfleda, que había presenciado la muerte de Eardwulf, había visto a Stiorra junto al barco amarrado y frunció el ceño, como si no estuviese muy segura de lo que veía.

—¿Lord Uhtred?

—¿Mi señora?

—Vuestra hija —empezó a decir, pero no supo cómo seguir.

—Yo me las compondré con mi hija —dije con una sonrisa maliciosa—. ¡Finan! Preguntándose qué me disponía a hacer, Finan y mi hijo no dejaban de mirarme.

—¡Finan! —grité de nuevo.

—¿Mi señor?

—Acabad con esa escoria —señalando con la cabeza a los secuaces de Eardwulf. Luego, tomé a Sigtryggr por el codo y eché a andar con él hacia el barco.

—¡Lord Uhtred! —me reclamó de nuevo Etelfleda, apremiante en esta ocasión.

Hice un gesto con la mano para que me dejase en paz y me desentendí de ella.

—Pensaba que no le gustabais —le dije a Sigtryggr.

—Eso era lo que queríamos los dos.

—No la conocéis —le advertí.

—¿Acaso conocíais a su madre cuando se cruzó en vuestro camino?

—Es una locura —dije.

—Un honor viniendo de alguien tan conocido por su buen juicio como vos, mi señor.

Tensa, Stiorra nos esperaba. Me lanzó una mirada desafiante y no dijo nada. Sentí un nudo en la garganta, un picor en los ojos. Me dije que era el humo que aún salía de las hogueras abandonadas del campamento de los hombres del norte.

—Sois una necia —le dije, con aspereza.

—En cuanto lo vi —replicó—, me quedé prendada.

—¿Y él también? —le pregunté; se limitó a asentir—. ¿De modo que estas dos últimas noches, al acabar el festín...? —No había acabado de hacerle la pregunta cuando vi que asentía de nuevo—. Sois digna hija de vuestra madre —le dije, abrazándola estrechamente contra mí—. Pero con quién os caséis es cosa mía —continué, notando cómo se ponía rígida entre mis brazos—, y lord Etelhelmo quiere casarse con vos.

Pensé que estaba gimoteando; me aparté un poco y caí en la cuenta de que se estaba riendo.

—¿Lord Etelhelmo? —me preguntó.

—Seréis la viuda más rica de toda Britania —le prometí.

Aún abrazada a mí, alzó los ojos.

—Padre —dijo—, os juro por mi vida que aceptaré al hombre que vos me elijáis como marido.

Me tenía calado. Había visto las lágrimas y de sobra sabía que no tenían nada que ver con el humo. Me incliné hacia delante y le di un beso en la frente.

—Seréis la vaca propiciatoria —le dije— entre los hombres del norte y yo. Y sois una necia. Igual que yo. Y vuestra dote —añadí en voz bien alta mientras daba un paso atrás— será el dinero de Eardwulf. —Me di cuenta de que le había manchado el delicado vestido de lino que llevaba con la sangre de Eardwulf. Me quedé mirando a Sigtryggr—: Os la entrego —le dije—, así que no me falléis.

Un sabio, no recuerdo quién, dejó dicho que hemos de aceptar que nuestros hijos elijan su propio camino. Etelfleda estaba furiosa conmigo, pero no hice caso de sus invectivas, y me dediqué a escuchar los cánticos de los hombres del norte, la canción de los remos, mientras observaba cómo sus barcos con aquellos dragones como

mascarones de proa se perdían río abajo entre la ligera bruma que cubría el Mærse.

Stiorra no dejaba de mirarme. Pensé que me dedicaría un gesto de despedida, pero permaneció inmóvil hasta que la perdí de vista.

—Tenemos que acabar de construir un fortín —les dije a los míos.

Wyrð bið ful ãræd.

Nota histórica

Aunque nunca fuera proclamada reina, Etelfleda sucedió a su marido como señora de Mercia. Conocida en su tiempo como la Dama de Mercia, sus proezas bien merecen ser recordadas en la prolongada historia que concluyó con la aparición de Inglaterra. La enemistad entre Etelfleda y Etelredo es completamente ficticia, al igual que las deliberaciones del Witan que la proclamó señora de ese territorio. No así las dudas en cuanto a la legitimidad de Etelstano, aunque nada lleva a pensar que Etelhelmo, el suegro de Eduardo, intentase apartarlo de la línea de sucesión al trono.

El rey Hywel existió, y todavía hoy se lo conoce como Hywel Dda, o Hywel el Bueno. Fue un hombre extraordinario, inteligente, ambicioso y capaz que, en muchos aspectos, consiguió para Gales lo mismo que Alfredo soñara para Inglaterra.

Lo mismo que Sigtryggr, quien, por supuesto, atacó Chester y, en efecto, perdió un ojo a lo largo de su dilatada trayectoria. Me he tomado la licencia de adelantar un poco la fecha en que se produjo tal enfrentamiento. En inglés, se le conoce como Sihtric, pero he preferido recurrir a su apelativo en la lengua propia de los hombres del norte para no confundirlo con Sihtric, uno de los leales seguidores de Uhtred.

En lo tocante a la milagrosa recuperación de Uhtred, quiero manifestar mi agradecimiento a mi buen amigo, el doctor Thomas Keane. El bueno de Tom nunca afirmó que tal cosa fuera probable, pero ¿quién ♀ podría asegurarlo tratándose como se trataba de una noche oscura, oyendo el aullido del viento y con un whisky entre pecho y espalda? Como a Uhtred todo le sale bien, lo di por sentado. No menos suerte tiene su hijo, dueño de una espada forjada por el herrero que, en su hoja, estampara este nombre o esta palabra:



Tales espadas existieron en realidad y aún quedan algunas, aunque parece que sus hojas eran tan apreciadas que, a lo largo de los siglos IX y X, circularon unas cuantas imitaciones. Quien aspirara a hacerse con una de tales espadas habría tenido que pagar una suma exorbitante, porque mil años habrían de pasar antes de que volviera a forjarse un acero de calidad similar al de una auténtica hoja Vlfberht. El hierro es un material quebradizo, pero, para entonces, los herreros habían descubierto que, mezclándolo con carbono, podían convertirlo en acero y, así, obtener una hoja más resistente, afilada y flexible, menos probable, por tanto, de que se quebrara en combate. La forma normal de obtener el carbono pasaba por quemar huesos en la fragua del herrero, un proceso de resultado incierto que dejaba impurezas en el metal; no obstante, a lo largo del siglo IX, alguien dio con la forma de licuar la mezcla en un

crisol y producir lingotes de acero de mayor calidad. No sabemos quién fue, ni tampoco dónde se hacía ese acero. Todo apunta a que pudo llegar al norte de Europa desde la India o, quizá, de Persia, una prueba más de las dilatadas rutas comerciales que hubieron de seguir la seda y otras mercancías preciosas antes de recalar en Britania.

No hay lugar que guarde una relación más estrecha con el nacimiento de Inglaterra que Brunanburh. Es, sin duda, la cuna de Inglaterra; igual que no me cabe duda de que habrá lectores que no estén de acuerdo con que identifique Bromborough on the Wirral con el sitio de Brunanburh. Sabemos que Brunanburh existió, pero no hay unanimidad y sí muy pocas certezas en cuanto a su localización exacta. Se han propuesto infinidad de sitios, desde Dumfries y Galloway, en Escocia, hasta Axminster, en Devon, pero más me convencen las razones esgrimidas por Michael Livingston en su minuciosa monografía, *The Battle of Brunanburh: A Casebook* (Exeter University Press, 2011). La batalla de la que da cuenta tan pormenorizada crónica no es la descrita en este volumen, sino aquel enfrentamiento, mucho más famoso y decisivo, que tuvo lugar en el año 937. Brunanburh es la batalla que, en definitiva, hará realidad el sueño de Alfredo, aquélla en la que se forjó una Inglaterra unida. Pero ésa es otra historia.